

VARIAS AUTORAS

*Historias
de Piel*

ANTOLOGÍA SOLIDARIA

Historias de Piel

Allegra Martin - Aryam Shields - Mirna Grudina - Gianna Leiman -
Teresa Cuenca - Cleorompatt - Lue Martin – Marie Del'herbe -
Amelie Pegal - Salem Fabian - Valentina Shaday - Alexandra Simon -
Marina Soto - Claudia Vega – Ana Carina Orellano

Historias de Piel

© Allegra Martin — Aryam Shields — Mirna Grudina — Gianna Leiman — Teresa Cuenca — Cleorompatt — Lue Martin — Marie Del'herbe — Amelie Pegal — Salem Fabian — Valentina Shaday — Alexandra Simon — Marina Soto — Claudia Vega — Ana Carina Orellano.

Diseño de portada y dirección de arte: ©FlorUrdaneta

Edición y corrección de estilo: Claudia Vega, Martina Bennett

Primera edición: Junio 2017

©Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción producto de la imaginación de las autoras.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LAS REGALIAS OBTENIDAS POR ESTA OBRA SERAN DONADAS AL HOSPITAL ST JUDE.

Si te preocupas suficiente por la vida
haz un pequeño espacio
haz un lugar mejor...
Cura al mundo
hazlo un lugar mejor
por ti y por mí y por toda la raza humana.

Heal the world

Michael Jackson

TABLA DE CONTENIDO

[PREFACIO](#)

[AHORA O NUNCA](#)

[AMOR, PERDÓN Y FANTASÍAS](#)

[¿TU PIEL ES TAN SUAVE COMO PARECE?](#)

[RESILIENCIA](#)

[INSOLENTE](#)

[FRUTO DE NUESTRO AMOR](#)

[REALIDAD Y FANTASIA](#)

[LA CITA](#)

[DESNUDA](#)

[SOLO DI QUE SÍ.](#)

[EL FANTASMA DEL CENTRO DE COPIADO](#)

[DOS EXTRAÑOS EN UN BAR](#)

[UNA NOCHE AL DESNUDO](#)

[¡HEY TAXI!](#)

[DOBLE ESPÍA](#)

[DIEGO Y LA COSTUMBRE](#)

[AGRADECIMIENTOS.](#)

[AUTORAS](#)

PREFACIO

Isabel Acuña

El romance erótico nos lleva a evocar una serie de imágenes que conectan nuestra mente con sensaciones y fantasías que nos enlazan a nuestra esencia romántica, nos llevan a evadirnos de alguna forma y nos permiten ser parte de diferentes vidas. Sexo, erotismo y amor son aspectos de un mismo fenómeno, manifestaciones de lo que llamamos vida. El erotismo y el amor son formas derivadas del sexo, sublimaciones, perversiones y emociones placenteras que transforman la sexualidad llevándonos a un profundo conocimiento interior.

Las historias de romance erótico que conjugan el enamoramiento, la formación de relaciones amorosas y eróticas, juegan un papel importante en nuestras vidas. Desde el punto de vista literario, el romanticismo es el ideal del amor, es el encuentro de la pareja perfecta, es el anhelo escondido, la búsqueda, el triunfo del amor sobre la adversidad, la esperanza de que hay alguien para nosotros en el camino de la vida, de que no estamos solos.

El erotismo enciende una mecha para que el fuego arda, pero lo hace lentamente, para que el deseo crezca y se inflame. Es una insinuación sugerente de placer sexual, que tiene como fin promover nuestras propias fantasías que afloraran en la medida en que esas sugerencias y movimientos del relato nos vayan seduciendo.

Cuando ambos géneros se fusionan, estamos ante la máxima expresión del cuerpo y el alma, nuestra más pura esencia, el encantamiento mágico, la latente unión de la esperanza y la sensualidad, el deseo recóndito de que nuestra alma y nuestra sexualidad más profunda conecten con el ser amado formando un vínculo difícil de romper sin importar el tiempo que dure.

Querido lector te invito a que me acompañes en este viaje, a que te deleites y deleites tus sentidos en este camino de erotismo, amor y sensualidad, te invito a que conectes con tu más profunda esencia y disfrutes de este sendero, acompañado de diferentes personajes a través de sus luchas, conflictos y

evoluciones, sé que te conmoverán, te sacaran un sonrisa y también te ayudaran a escapar del día a día por un rato.

Bienvenido.

AHORA O NUNCA

Allegra Martin

Las puertas del elevador se abrieron y dieron paso a la amplia recepción vacía a esa hora de la noche. Podía ver estacionado junto a la acera el BMW que tenía a su servicio. Ni bien su cuerpo se perfiló tras la gran entrada de cristal, el chofer presuroso le abrió la puerta trasera del coche para recibirlo. Una brisa fresca le dio la bienvenida cuando pisó la acera, caminó con paso decidido hacia el auto, pero cuando llegó a él, giró su cuerpo y le dedicó una última mirada al edificio

¿Qué sucedería si volviera a entrar?

Conocía sobradamente la respuesta, pero era un hombre de palabra, precisamente por eso no podía volver. Sacudió la cabeza y esbozó una triste sonrisa; mañana todo quedaría atrás, todo volvería a la normalidad —si es que su vida podía tildarse de normal—, decidió caminar hasta el hotel, necesitaba oxígeno, respirar libremente para poder exorcizarla y sacarla poco a poco de su ser. Se excusó con el chofer quien le dijo que en tres horas el auto estaría listo para llevarlo al aeropuerto, de nuevo a su casa, de nuevo a su esposa.

Dejó despreocupadamente el maletín en el asiento trasero del coche, hizo el ademán de quitarse la corbata y se percató de que no la tenía, no importaba, es más, le pareció bien, algo de él para ella, algo material para que lo recordara. Cuadró los hombros, puso las manos en los bolsillos de su pantalón y se dispuso a caminar, los recuerdos no tardaron en llegar.

—Las subsidiarias en América Latina necesitan mano dura y atención urgente si no queremos perderlas— La voz de su mujer le taladró los oídos. En su pose de jefe al mando era tremendamente odiosa.

Si bien la compañía pertenecía a su familia, había sido gracias a él que habían escapado de la bancarrota aunque, en momentos como ese, Grace parecía desconocerlo.

—Olvidalo si crees que voy a ir a enterrarme a cualquiera de esos países, Jackson o Mathew pueden hacerlo.

—Pueden, pero nunca lo harán tan bien como tú. No te preocupes querido, te ocasionaré las menores molestias posibles, hasta contraté para ti

una asistente especializada en nuestro idioma y en Derecho Comercial Internacional, serán unas semanas, un mes a lo sumo— apuntó Grace quien luego de decir aquello comenzó a recoger su maletín y su abrigo.

—Aún tengo pendientes, ¿vas para la casa? —preguntó al ver que también tomaba las llaves de su coche.

—No, voy a cenar con Anna y Francine, dale un beso al niño de mi parte y por favor, no me esperes despierto.

Andrew observó a su esposa, abogada, brillante, delgada, rubia y de ojos claros, hermosa, más allá de todos y de todo, más allá de él, una muñeca de hielo que sabía desempeñar el papel de esposa eficiente a la perfección. Del matrimonio real poco quedaba. ¿Se habían amado? Estaba seguro de que él sí lo hizo, algún tiempo atrás; ahora la mujer que se dirigía con paso firme hacia la puerta de la oficina le resultaba impersonal y calculadora; su único lazo con ella era la empresa. . . y su hijo. Era por él por quien precisamente no quería viajar, la próxima semana iniciaría el kínder y el primer día lo habían planeado juntos durante semanas. La figura ausente de su madre hacía que para el niño de cinco años, su padre lo fuera todo.

Decidió no darle más vueltas al tema, al fin y al cabo, él también tenía sus asuntos —no era un hombre célibe— y, aunque le costara admitirlo, Grace tenía razón, si querían mantener la presencia de la compañía en América, él debía intervenir personalmente.

Una semana después, a bordo del jet privado de la empresa, Andrew partía con la idea de afianzar su posición y finiquitar todo cuanto antes. Al llegar, pudo advertir que la situación era peor de lo que suponía, una mala administración aunada a la competencia preponderante, habían dejado a la filial sumida en un contexto desesperante. Era imperioso trabajar con alguien que conociera la realidad económica del país y, tal como era su costumbre, Grace se había ocupado de encontrar a la mejor. «Treinta y cinco años, soltera, sin hijos, dos post grados en Economía y Comercio Internacional, una experta en su campo» Así la había definido cuando le tendió el Currículum Vitae de quien sería su mano derecha los próximos meses.

La primera vez que la vio le llamó la atención, la observó con el relativo interés que algo nuevo provoca, pero, no pasó de ahí. Era seria y circunspecta y, tal como le había dicho su esposa, brillante.

Lo que en un principio pensaba tomar solo semanas se convirtió en un

trabajo arduo que demandó casi un año. La crisis golpeaba fuerte y la necesidad de alianzas con el gobierno y otras empresas hizo que Andrew debería extender su estadía inexorablemente. Amanda Irigoyen respondía al trabajo de forma excelente, tanto que, ante la proximidad de su partida, Andrew estaba considerando dejar la compañía en sus manos; más que su asistente ejecutiva, la mujer desempeñaba el rol gerencial a la perfección. Consideraba su opinión ante las decisiones formales, la consultaba abiertamente sobre los variados temas de la agenda política y económica del país; compartían el gusto por el trabajo duro y bien hecho por lo que se acoplaron perfectamente trabajando en una sincronía auténtica; tal fue su grado de inmersión en la rutina, que poco a poco, no pudo prescindir de ella.

Casi sin darse cuenta, se sorprendió a sí mismo al encontrarse pensándola constantemente, llegando incluso a añorarla, justo en el momento en que su permanencia en ese lugar llegaba a su fin. Lo peor era, que ella no hacía nada especial para que esto ocurriera, su conducta era intachable; tal vez solo la forma en que lo miraba directamente a los ojos cada vez que hablaban podía hacer suponer algún tipo de interés. Por supuesto, esto no podía significar un intento de seducción y mucho menos una conducta impropia, seguramente solo se debía a que ella era, simplemente, una mujer franca.

El último día de su estadía por fin había comenzado y, al contrario de lo podía esperar el trabajo lo atrapó, casi al anochecer recién pudo llamarla a su despacho a solas; el fin de semana se le había hecho eterno sin su presencia y necesitaba tenerla un momento solo para él. Descubrió su necesidad de ella una noche en la que, harto de la soledad, buscó un cuerpo sin rostro y se encontró imaginándose a Amanda mientras penetraba sin piedad a la mujer debajo de él.

La anticipación hizo que su corazón se acelerara y se reprochó mentalmente esta actitud, no podía a sus treinta y siete años estar como un crío hormonalmente revolucionado, pero, así era; se quitó el saco y lo dejó en el sofá a un lado de su escritorio. Todo en ese momento le molestaba, hasta la immaculada camisa blanca parecía que intentaba estrangularlo. Ocupó su lugar y esperó su llegada tratando de calmarse.

Firmes golpes sonaron en la puerta de la oficina antes de que ésta se abriera y por fin, ella entrara. Sabía que no era una niña inexperta, caminaba hacia él una mujer de treinta y cinco años. Observó sus movimientos, tal como lo hacía desde el día en que la había visto como una mujer y no como su empleada; la lenta cadencia de sus pasos, el balanceo de las caderas, las

perfectas piernas enfundadas en un par de medias negras, visión que lo hizo removerse en su asiento cuando la imagen del portaligas que debía sostenerlas pasó de forma fugaz por su mente. No era especialmente bonita, pero era elegante y muy, muy interesante. Llevaba consigo la clase de atracción innata que ejercía la fuerza de un imán por el cual todos volteaban a verla cuando entraba a algún lugar, él mismo lo había experimentado y había visto como sucedía en más de una ocasión, los comentarios de admiración por parte de los hombres que se encontraban a su alrededor no se hacían esperar. Estatura promedio, curvas en los lugares correctos, sonrisa dulce, manos de dedos largos y ágiles, un precioso cabello castaño a juego con sus ojos, esos ojos oscuros de mirada penetrante que siempre lo confundían, porque no podía ver en ellos más allá que el simple respeto presidente — ejecutiva adscripta.

—Dígame, Señor

Andrew hizo un gran esfuerzo para sonar controlado y sereno al responderle; una vez más escuchó de parte de su asistente, la formalidad de siempre, pero, con la voz melodiosa que lo volvía loco.

—Tome asiento, Amanda, necesitamos finiquitar los detalles de la agenda y proceder a que ocupe el cargo gerencial

Observó cómo abre la computadora y preparaba todo para comenzar; siempre correcta, siempre moderada pero. . . había algo que lo llamaba. El instinto de hombre primitivo que aún todos llevamos dentro, le susurraba al oído que si presionaba en los lugares correctos, la mujer impecable que tenía frente a sí sería puro fuego, ella era un volcán contenido y él, lo sabía.

El amanecer la encontró despierta, desvelada desde el momento en que apoyó la cabeza en la almohada, no había podido dejar de pensar en él.

¿Cómo? ¿De qué manera podría ella sacarse ese hombre del recóndito lugar de su mente en el que se había obstinado en permanecer? Sabía que era imposible tan si quiera pensar en que él se fijara en ella, primero, porque era el hombre más correcto que había visto en su vida, segundo, porque estaba casado, y aunque era vox populi en la empresa que su matrimonio respondía más a una alianza comercial que a lazos de amor, no se imaginaba a ese hombre cometiendo un desliz en su propia compañía. Las ocasionales amantes, debían estar muy cubiertas, era extremadamente cuidadoso con su intimidad.

Todo el fin de semana lo pasó como una autómatas sabiendo que en unos días él se marcharía, tal vez con su partida, el revuelo hormonal que sentía por fin se clamaría. Su cuerpo respondía en forma mecánica a las órdenes que su mente enviaba, solo deseaba con todas sus fuerzas que el lunes llegara para poder tener el placer secreto de mirar sin pudor esos ojos azules que adoraba. Era la única libertad que se permitía, porque la franqueza y la seguridad con que se manejaba en su trabajo, y por los que era conocida, la amparaban.

Llegó a la oficina, media hora antes de su horario, para tener todo listo cuando él llegara, pero para su sorpresa, su jefe ya se encontraba ahí. Comenzaron a trabajar en forma frenética, absorbidos por la vorágine que el último día del presidente en la oficina representaba. Trató de buscar un momento a solas pero fue imposible hasta muy pasada la tarde, ya estaba ultimando los reportes cuando su voz en el intercomunicador le provocó la usual descarga de adrenalina. Golpeó dos veces y entró, ese era su código, caminó hacia el escritorio tratando de parecer muy segura, intentando con todas sus fuerzas que el leve temblor de sus manos no se notara.

—Dígame, Señor

La frase formal salió de su boca poniendo a prueba todo su auto control, debía por todos los medios mantener a raya sus nervios, su voz no debía traicionarla.

—Tome asiento, Amanda, necesitamos finiquitar los detalles de la agenda y proceder a que ocupe el cargo gerencial

Se sentó frente a su jefe cruzando las piernas en un vano intento por no moverlas. Cada vez se le hacía más difícil estar a solas con él pero era su trabajo y no podía rehuirlo. Trató de escapar por una única vez a los ojos azules que sabía la observaban del otro lado de la mesa, enfocándose en la nada difícil tarea de encender el computador. Una vez listo el proceso, no tuvo otra opción que levantar la vista y ahí estaba. La mirada color mar reclamándola.

Él no estaba de buen humor, había aprendido a reconocer las pequeñas señales: no tenía su saco puesto, el primer botón de la camisa estaba desprendido bajo el perfecto nudo de la corbata. Con toda su humanidad apoyada en el respaldo del sillón, los codos sobre los apoyabrazos y las manos juntas sobre sus labios, era la imagen de la total concentración. Tenía la mirada fija en ella, pero, se dio cuenta de que no la estaba mirando, solo estaba pensando y ella simplemente era el punto focal que tenía delante de sí. Se sacudió mentalmente la idea de que ese hombre pudiera estar haciendo

cualquier otra cosa que no fuera pensar en el importante documento que debían redactar.

Tomó aire y comenzó a dictarle las directrices para la primera semana de su ausencia. Su voz era profunda, sensual, el acento inglés hacía que todas sus terminaciones nerviosas se erizaran. Decidió concentrarse en seguirle el ritmo y tipiar correctamente. Él hablaba endemoniadamente rápido —otra señal de su mal humor, según había descubierto unos meses atrás— y el acento hacía que muchas veces seguirlo fuera muy dificultoso. De pronto vio como él se puso de pie y comenzó a caminar mientras le dictaba, el pulso se le aceleró ¿es que no podía simplemente quedarse quieto, con la seguridad material de un escritorio de roble entre ellos?

«Seguridad para ti, tonta, no para él» se reprendió mentalmente. Ese hombre le atraía como hacía mucho tiempo ninguno lo hacía, pero se cuidaba muy bien en demostrar nada, ante todo sabía cuál era su lugar, además, él jamás le había dejado entrever ninguna otra intención para con ella que no fuera la relación de trabajo que los unía, aunque a veces. . . lo había sorprendido mirándola, y era precisamente esa forma en que la observaba lo que había disparado en ella ese cúmulo de sensaciones que la agobiaban.

Se distrajo pensando en esto, solo un segundo, cuando notó que el movimiento a su alrededor había cesado. Sintió antes de que sucediera que él se había acercado por detrás y estaba apoyado en su silla. El aroma de su costosa colonia la envolvió, la esencia varonil que inundó su ser casi la hizo jadear. Notó como el cuerpo del hombre se curvaba para ver sobre la pantalla y como su rostro se ponía casi a la altura del suyo... casi pudo sentir el roce de la barba rubia sobre su mejilla

—Hay un error.

Tres palabras que la dejaron de piedra. Miró la pantalla y efectivamente ahí estaba. El subrayado rojo debajo de la palabra, se había distraído.

—Lo siento, lo corregiré de inmediato señor— dijo girando involuntariamente la cabeza quedando a centímetros de la de él. La proximidad física como nunca antes, la energía lujuriosa que emanaba de ambos amenazando colapsar, el aire enrarecido, suspendido en dos miradas que se decían todo, que esperaban y decidían.

«Esto es todo, es ahora o nunca, tu última oportunidad», pensó él y atacó.

—Tanto... — dijo recorriéndola con la mirada— y tan poco tiempo.

La voz la atravesó, gruesa, de hombre, varonil, con ese maldito acento. Sintió cómo sus piernas se aflojaban y agradeció estar sentada, notó cómo la

descarga de adrenalina brotaba en su pecho y llegaba a su estómago y cómo un fuerte tirón en su vientre le advertía sobre el paso que estaba a punto de dar, pero ya no lo soportaba más, no podía sostenerlo más.

«Esto es todo, es ahora o nunca, tu última oportunidad», pensó ella y respondió.

—Tanto. . . — dijo sin apartar sus ojos de los de él— y todo el tiempo que nos quede.

Lo primero que sintió fue la ola de calor que la golpeó en pleno, luego los labios sedosos y suaves que cubrieron los suyos contrastando con la presión que ejercían sobre ellos, no lo dudó, se volvió hacia él abriendo su boca para permitirle entrar, luego notó las manos grandes que recorrían su espalda y que tiraban de ella obligándola a ponerse de pie. Casi no fue consciente de cómo sus brazos se anudaron el torno al cuello del hombre quien la acercó hasta casi lo imposible a su cuerpo, un cuerpo tonificado, cálido, que la abarcaba y la contenía, su lengua rozando la suya, luchando por dominarla, por tomar todo de ese beso que desde el principio fue demandante. No pensaba, solo actuaba, toda ella era ese beso demoledor por el que tanto había esperado, que tanto había imaginado y que nunca soñó que pasaría.

Cambiaron la posición en un vano intento por respirar mientras lo hacían, porque ninguno de los dos quería separarse, eso no estaba en los planes. Él comenzó a caminar sin despegarse de ella, dirigiéndose hacia la puerta, guiando sus pasos en medio de una lucha desigual, mientras Amanda solo atinaba a enterrar sus dedos en la abundante cabellera rubia. Si se detenía, tenía miedo de salir corriendo o, en el peor de los casos, despertar de ese sueño maravilloso, por eso se aferraba a él con todas sus ansias. Escuchó el click de la traba de la puerta y sintió la dureza de la madera contra su espalda

—Listo, ahora ya no podrás escapar—dijo sobre sus labios, mientras con sus manos recorría su cintura y se apoyaba sobre ella haciendo sentir su erección.

Amanda sonrió.

—No estaba en mis planes escaparme, no ahora —respondió, retomando ella el beso interrumpido. Sus manos fueron directas a la piel, se concentró en acariciar su cuello e ir bajando poco a poco hasta deshacer el nudo de la corbata, tiró de ella dejándola caer al piso. Un jadeo de escapó de la boca a la que no le daba tregua, un jadeo masculino que solo hizo que se encendiera más, su centro palpitaba completamente húmedo y preparado, estaba tan excitada que le parecía irreal. Sintió como su pierna se colaba entre las de

ella y como sus manos se internaban entre su falda y la ropa interior para tomarle el trasero y estrujarlo sin piedad mientras clavaba su erección en su entrepierna, ahora fue su turno de jadear. Las manos eran avaras, recorrían el encaje de sus bragas tocando todo lo que podían, él impulsó una de sus piernas haciendo que le rodeara la cintura y tocó el borde del portaliqas.

—Lo sabía —dijo entre susurros mientras le recorría el cuello delineando con la punta de su lengua el lugar justo donde latía su pulso

—¿Qué es lo que sabías? —respondió ella agitada mientras movía su pelvis buscando el roce que aliviara la creciente desesperación que sentía

—Creo que eso es algo que me guardaré, señorita Amanda— dijo mirándola a los ojos por primera vez desde que se habían besado. El pulso se había disparado nuevamente y ambos lo sintieron ¿existiría otra conexión más allá de la física? Los dos descartaron la idea que cruzó sus mentes de forma casi automática; no, no era el momento ni el lugar para pensar en ello, ahora solo eran conscientes de la necesidad imperiosa y animal que los dominaba. Casi a la vez las manos de ambos fueron a sus camisas, ella para tratar de desprender los botones, él para arrancarlos de un tirón.

La actitud la tomó desprevenida y sintió que su interior se licuaba, toda ella era líquido y calor. Llevó las manos a sus pechos y se los ofreció, manjar que él no pudo resistir. Andrew bajó la copa del sostén para acunarlos y tapar con sus labios las dos duras rocas que eran sus pezones, Amanda se sintió desfallecer. Terminó a duras penas con la camisa mientras él atendía sus senos y fue directo al pantalón, liberó la erección y la tomó con la mano, una preciosa verga brotó para ella y comenzó a acariciarla. Cuando quiso darse cuenta estaba sin ropa, solo con las medias y el portaliqas, ¿falda y bragas? No tenía idea de cuándo habían abandonado su cuerpo, solo era consciente del hombre que la tenía atrapada y que se movía con ella nuevamente en dirección al escritorio y de las sensaciones que Andrew le provocaba,

La depositó suavemente sobre la mesa y la cubrió con su cuerpo, el hombre ardía tanto o más que ella, eran brasas al rojo vivo. Andrew le sostuvo la cara con ambas manos y profundizó el beso explorándola toda. De pronto se levantó lentamente y una de sus manos recorrió su cuello y el valle entre sus senos mientras la otra bajó a su coño y abrió sus labios llegando a su clítoris totalmente excitado. La sensación combinada de esa mirada azul llena *de hambre animal, aunada a la caricia suave con la que recorrió su cuerpo y la presión en su clítoris hizo que la lujuria la invadiera por completo.*

—¡Dios, tu olor!

La exclamación casi gutural la puso al borde, y cuando vio desaparecer la cabellera rubia entre sus piernas creyó que el mundo acabaría ahí mismo. El roce de su lengua sobre su carne necesitada le provocó el primer espasmo, mientras con una mano la sostenía desde su vientre, con la otra exploraba su centro húmedo y la devoraba utilizando y dando todo de sí. Andrew sopló, lamió, mordió, presionó, degustó hasta saciarse y cuando ya no pudo más la penetró de un solo golpe. Se detuvo un instante para disfrutar de la maravillosa sensación de acoplarse a su cuerpo, para luego tomarla de la cadera con firmeza y comenzar el vaivén. Amanda se abrió hasta casi lo imposible, su cuerpo lo recibió sediento, lo envolvió con sus piernas para acercarlo más, mientras sus manos se perdían recorriendo ese cuerpo que la consumía y le exigía todo. Pudo alcanzar su cuello y como una depredadora hambrienta clavó sus dientes en la piel; el gemido ronco que él dejó escapar le recorrió la columna erizándola al tiempo que las estocadas se volvieron cada vez más desesperadas, profundas, clavó sus uñas en la espalda cuando se dejó llevar. Él la sintió cerrarse, fundirse, su interior se volvió lava hirviente, se tensó hasta lo imposible y se derramó en ella entre respiraciones agitadas y sudor compartido. Apoyó su frente en la de Amanda mientras la respiración volvía a la normalidad, podía sentir el leve filo de sus uñas recorriendo su espalda, el latir de su corazón estallando en su pecho, la acalorada tibieza de su piel. Enfocó su mirada en ella, buscando grabar en su memoria hasta el último detalle y la besó nuevamente, ahora no con el fuego de la pasión, la besó como hacía mucho tiempo no besaba a nadie

—¿Cómo voy a poder seguir? —dijo pensando en voz alta, mientras dejaba pequeños besos en su clavícula

Amanda se sobresaltó, el mismo pensamiento había acudido a su mente una vez que volvió de la estratósfera donde el orgasmo la había llevado.

—Supongo que del mismo modo en que lo haré yo— dijo acariciando su rostro, el tacto de la barba bajo sus dedos era sensual— el trabajo será mi escudo, aunque estarás presente siempre, esta oficina será mi lugar favorito en el mundo.

Andrew sonrió, aunque su sonrisa fue triste. Volvieron a besarse sin prisa, explorándose, tocándose, reconociendo el cuerpo del otro; el simple hecho de compartir la intimidad ahora más allá de la pasión del principio los hizo sentir un gozo extraño, desconocido por parte de Amanda y olvidado por parte de Andrew. Aún estaba dentro de ella, salir de su cuerpo fue una especie de tortura. La ayudó a incorporarse, con parsimonia. El silencio cayó

sobre ellos, mientras acomodaban su ropa, la lenta vuelta a la normalidad los dejó sumidos en una atmósfera nostálgica. Ambos sabían que este era el principio y el fin.

—Yo...—dijeron ambos al mismo tiempo y una sonrisa se dibujó en sus rostros, Andrew indicó con la cabeza para que ella hablara.

—Yo... creo que deberías marcharte, es casi media noche, tu vuelo sale en dos horas y yo... aún tengo cosas que hacer— declaró Amanda observando el reloj mientras acomodaba lo mejor que podía su blusa, tratando de escapar a su mirada. Andrew tomó su brazo para detenerla.

—Escucha, por favor...

—Es lo mejor y lo sabes —respondió interrumpiéndolo con una media sonrisa— no lo hagamos más difícil, conservemos esto como un bonito recuerdo. —Tomó todo el aire que sus pulmones pudieron recibir para decir lo inevitable— Ha sido un placer, señor Claiburne— le tendió la mano al tiempo que reunía valor para volver a mirarlo a los ojos, sin correr a encerrarse de nuevo en sus brazos.

Andrew le sostuvo la mirada, ahí estaba de nuevo, la mujer calmada y controlada, la que podía esconder tan bien como él la desesperación que le provocaba la despedida. Si alguno de los dos imaginaba que luego de haberse disfrutado, todo sería más sencillo se habían equivocado, si antes de hacer el amor, separarse era una idea dura para ambos, ahora el mil veces peor. Tomó la mano que le era ofrecida y sin dudar lo atrajo hacia él para besarla con ardor, pasión y deseo. Amanda respondió con todo su ser, con todos los sentimientos que durante tanto tiempo había ocultado, el desasosiego se mezclaba con el deleite, el placer con agonía... Andrew disfrutó conscientemente del tacto de sus manos en su espalda, del roce de sus lenguas al encontrarse, guardó su sabor, su aroma y por fin, se separó bruscamente de ella, tomó su maletín y salió de la oficina sin mirar atrás.

Amanda tardó unos segundos en abrir los ojos, la inútil idea de que si lo hacía él aún estaría frente a ella paso fugazmente por su cerebro y por su corazón. Se encontraba a solas en la que, de ahora en más, sería su oficina y para ella —tal como se lo había dicho a Andrew antes— su lugar favorito en el mundo. Recorrió el espacio con la vista y se dio cuenta que en el piso estaba la corbata de fina seda negra, la tomó y la acercó a su rostro dejando que el aroma la inundara. Inevitablemente llegó a su mente la imagen de Julia Roberts en una limusina y la voz de una mujer cantando “*Pudo ser amor*”

—¡Basta ya! deja la cursilería barata, eso no te servirá de nada. Tienes

trabajo que hacer. Mañana será otro día— se reprendió con dureza a sí misma y acto seguido, salió de la habitación sin poder contener las lágrimas.

Llegó al hotel al tiempo que las primeras gotas de lluvia caían en la calle, todavía llevaba consigo su sabor.

—Buenas noches, la tarjeta de mi suite por favor.

—Buenas noches señor, Claiborune, su suite esta lista y la cena ya ha sido enviada

—Yo no solicité ninguna cena, debe haber un error

—No lo hay señor, la señora Claiborune nos dio la orden de hacer subir la cena ni bien usted llegara pero... —el conserje notó el rictus en la cara del ilustre huésped —disculpe, creo que le he arruinado la sorpresa de su espos...

No lo siguió escuchando, se dirigió con paso firme hacia el elevador.

—Hola, cariño

La sensual voz de Grace lo saludó ni bien cruzó el umbral, si a alguien hubiera esperado ver en ese lugar era a todo el mundo, menos a ella.

—¿Qué haces aquí?

Andrew la miró ceñudo, no estaba de humor para soportarla aún, su tormento comenzaría recién en el día de mañana, qué demonios hacía ella ahí

—¡Cuánta brusquedad! —Respondió la mujer, mientras se acercaba con una copa de champaña en la mano— Con un sencillo hola me hubiera conformado; cualquier persona que te oyese creería que no te alegras de verme, querido.

Andrew tomó la copa y vació su contenido de un solo trago, ante la despectiva mirada de la mujer. Ella simplemente sonrió.

—Aunque es evidente que no te alegra verme, tal vez sí sea de tu agrado el motivo de mi llegada —una sombra perversa pasó por su mirada o eso creyó ver él

—Estoy a punto de partir, todo se ha solucionado aquí, simplemente no veo razón para que hayas venido

—Pues cariño, hay un motivo muy importante, verás, estoy cansada

—¿Cansada? Tú jamás te cansas, el trabajo lo es todo en tu vida.

—Yo no dije que el trabajo me cansara, lo que me cansa es el niño. Ha sido muy duro para él este año alejado de ti y como comprenderás, aunque he

puesto todo de mi parte, Simon es extremadamente apegado a ti, así que... — Grace hizo una pausa para evaluar la reacción de su marido. Andrew tenía los puños apretados y la taladraba con la mirada; bien era lo que ella necesitaba, cuanto más furioso estuviera, más rápido terminaría todo y podría volver a Londres—he pensado que lo mejor para él es estar cerca de ti, ya sé que volvías mañana pero hemos pensado en la junta directiva extender tu estadía en esta filial. Haz hecho un estupendo trabajo, querido y queremos que lo mantengas.

Andrew no daba crédito a lo que oía, por supuesto no le llamaba tanto la atención que Grace no se hiciera cargo de Simon, es más, para él sería maravilloso estar con su chico al que había extrañado horrores en estos meses, lo que más incrédulo lo dejaba era que hubieran tomado la decisión de prolongar su estadía sin consultárselo

—Así que ya lo han decidido, ¿no se le ocurrió a la junta directiva consultarme si deseaba permanecer aquí?

—Verás, la junta y yo, como accionista mayoritaria de la compañía hemos pensado que sería, digamos, justo traspasarte la presidencia de todas las filiales en este continente. La idea es crear una repartición completamente independiente de nuestras oficinas en Europa, pero manteniendo los estándares de calidad y competitividad de nuestra firma. Es todo un reto al que solo un hombre como tú puede hacer frente, querido

Andrew sopesó la situación.

—Es una oferta tentadora, pero ¿a cambio de qué? Quitémonos las caretas Grace y hablemos francamente. Sabes que esto no es ningún regalo para mí, he trabajado duro por esta empresa, he sacado a la compañía de la ruina por segunda vez, pero aquí hay algo más, tú no das nada gratis.

—Por algo me casé contigo, Andrew, eres extremadamente brillante; ya que quieres hablar sin rodeos, pues hablemos. No me interesas ni tú ni el niño. —La voz de Grace sonó clara y fría, tan impersonal como siempre—, sabes de sobra que mis intereses están direccionados a la empresa y por lo tanto, aunque en mi vida personal puedo prescindir de ti, no puedo hacerlo en lo profesional, por eso es que vengo a ofrecerte este trato. Sabes tan bien como yo que este matrimonio fue un negocio más, no existe más que para el exterior, no soy monógama cariño, y tú tampoco, así que la solución perfecta para nuestra situación es un océano de por medio, tu liderando en este continente, bajo mi dirección claro esta y yo haciendo mi parte en Europa, pero los dos libres.

Andrew se acercó lentamente al gran ventanal, demasiada información no esperada, debía asimilar esto. Era la salida perfecta, tal vez demasiado perfecta, era su oportunidad, tendría a su hijo con él, libertad de acción en la compañía, y... ¿Amanda? Ella era claramente un punto final en su vida, pero de acuerdo a este nuevo panorama, se abría un abanico de posibilidades que sería muy estúpido no contemplar; la sola idea de repetir lo sucedido en esta noche infinidad de veces le produjo una increíble sensación de bienestar. Por un momento se olvidó de la situación en la que se encontraba y solo fue capaz de recordar el cuerpo de la mujer bajo el suyo y lo que sintió al salir de la oficina. Sí, claro que aceptaría, era una oportunidad fantástica. Iba a responder cuando recordó lo que Grace no había dicho: jamás nombró la palabra divorcio. Se volvió y encaró a la mujer en forma directa.

—Muy bien, no perdamos el tiempo, acepto ocupar el cargo, pero quiero el control total de las acciones en este continente, quiero la custodia total de Simon y por supuesto, quiero el divorcio. Lo tomas o lo dejas. Sabes que podemos mantener la sociedad empresarial, pero tanto tú como yo queremos libertad, una que el matrimonio no puede darnos.

—Lo sé, pero te propongo algo, un último favor personal si quieres llamarlo así. Divorciémonos dentro de un año, tienes razón yo quiero mi libertad, pero la prioridad de todo esto es la empresa, dejemos que los abogados se encarguen del papeleo, la actualización de tu acciones puede llevar un tiempo, dejemos que se disipe el interés que la apertura va a causar y luego, nos divorciaremos.

—Seis meses a partir de hoy, ni un día más ni uno menos. Que no participe en la junta directiva no significa que no conozca cómo funciona, Grace. Te vuelvo a recordar, me necesitas, a mí y a mi dinero más de lo que yo te necesito a ti, acepto la propuesta pero no voy a ceder ante esto.

Notó el debate interno de su esposa, casi podía sentir los engranajes de su cerebro moviéndose para encontrar una salida, la muralla de hielo con la que se cubría estaba resquebrajándose, debía tener que ser extremadamente difícil para una mujer como ella ceder en algo. Grace respiró hondo, dejó la copa que sostenía delicadamente sobre la mesilla de centro, tomó su costoso abrigo y se dirigió hacia la puerta

—Será como deseas, estaremos en contacto —se volvió a mirarlo— mi jet parte en media hora, Simon estará aquí mañana por la tarde. Hasta pronto querido, sé que no me extrañarás.

Abrió la puerta del departamento y ni si quiera encendió la luz, dejó en cualquier sitio su bolso y su abrigo, no importaba nada más. Solo quería llegar a su cama, desnudarse y recordar lo que había sucedido hasta que el sueño la venciera y pudiera con ella. Solo esa noche se permitiría sentirse vulnerable, solo por esa noche se permitiría llorar y evocar lo que no fue, se permitiría reprocharse el tiempo perdido, ya que, cuando el sol despuntara, volvería a ser la mujer fuerte y segura de siempre. No le importó que su ropa cayera en cualquier lugar, no tomaría una ducha, no esta noche; se miró en el espejo de pie de su habitación y observó los lugares por donde él dejó su huella, si cerraba los ojos y se concentraba, era casi capaz de sentir el roce de la barba sobre su piel, la humedad de sus besos, el tacto de sus manos, su virilidad llenándola, haciendo que su interior se volviera fuego una vez más. El timbre sonó sorprendiéndola, algo grave debería haber pasado para que estuvieran llamando a su puerta a esa hora. Molesta, tomó rápidamente su bata se envolvió en ella para abrir, encendiendo la pequeña lámpara de la estancia. Abrió la puerta con brusquedad y no tuvo a tiempo a reaccionar, un par de labios tibios se estrellaron contra los de ella y la empujaron al interior. Trató de zafarse pero entonces, solo por una fracción de segundo, él la soltó

— ¡Soy yo! —exclamó y volvió a abalanzarse sobre su boca

Amanda no atinó más que a responder a ese beso ardiente, sintió su corazón estallar de gozo, no pensaba, no podía, no entendía... Cuando la necesidad de aire se hizo imperiosa, Andrew se separó de su rostro pero sin soltarla, una sonrisa se asomó a su cara ante la mirada asombrada y preocupada Amanda.

—¿Qué haces aquí? Tu vuelo...

—Shhh— dijo interrumpiéndola mientras depositaba un suave beso en sus labios— no habrá viaje.

Rápidamente le explicó la nueva situación en la que se encontraba, le habló de su matrimonio, le habló de Grace y le habló de Simon, le contó de su vida en Europa y sintió un alivio como no había sentido en muchos años, mientras le contaba, pensó que podría pasarse la vida hablando con aquella mujer, mirándola, besándola... amándola. Ella lo escuchó extasiada, no podía dar crédito a lo que oía, «puede ser esto real, de verdad está pasando» pensó en un momento, pero todas sus dudas se disiparon cuando se encontró

respondiendo Sí, fuerte y claro a la proposición de seguir junto a él; les tomaría tiempo, debían conocerse y descubrirse, pero la libertad incipiente de Andrew dejaba el camino llano para todo. Cuando el silencio llegó una sonrisa se dibujó en el rostro de ambos, Andrew la recorrió con la mirada llevando su mano al cinturón de la bata, sus ojos se volvieron oscuros, su respiración se aceleró... Y volvió a reclamarla.

AMOR, PERDÓN Y FANTASÍAS

Aryam Shields

—Entonces, ¿no vas a pasar por mí? —Mi tono de voz era de furia contenida.

—*Hay una emergencia, un accidente en la autopista...*

Lo detuve, ya parecía una obra de teatro trillada.

—Me lo habías prometido... ¡Dios!, trato de ser una buena esposa, James, pero esto no está funcionando.

—*Nena...*

—¡Nena y una mierda!—lo interrumpí, completamente fuera de mí—. ¿Cuánto tiempo ha pasado que no estamos solos? ¿Hace cuánto no intimamos? ¡Meses, James!

—*Lo siento, amor...*

—Eso es lo único que dices últimamente «Lo siento, amor, lo siento». ¡Sabes que tienes una familia, dos hijos y una esposa!, ¡tu vida no es el maldito hospital!

Colgué, terriblemente enfadada. Había tenido un día desastroso y estaba cansada, tenía un maldito informe que entregar, que simplemente no cuadraba, lo que significaba que me tocaría trabajar horas adicionales, hasta que estuviera perfecto; y como para completar el día, James cancelaba la única noche que tendríamos solos, desde el nacimiento de los mellizos.

«¡Maldito doctor Williams! ¡Maldito hospital!»

Di un suspiro resignado, antes de volver a enfocarme en el software contable de la compañía, revisando el informe desde el comienzo, y buscando minuciosamente en dónde estaba el error. El señor Moore contaba con ese informe, para la reunión con los inversionistas irlandeses, y debía empezar a liquidar el pago de fin de mes.

Mi celular vibró al lado de mi laptop, era un texto; y aunque había decidido ignorarlo, la firmeza de la decisión duró solo unos segundos. Lo abrí, sabiendo perfectamente de quién era.

Lo lamento, amor, pero te compensaré, lo juro.

*Pediré el fin de semana, y dejaremos a los niños con mi madre.
Seremos solo tú y yo, te amo...*

Cerré el celular aún más enojada, sobre todo, porque sabía que él lo diría, yo me emocionaría, y ese fin de semana nunca llegaría. Llevábamos así el último mes.

«¡Maldito mentiroso! ¡Te odio James Williams!»

Apagué el celular y tomé el teléfono de la oficina, mientras la ira aún era efervescente en mí.

—Anna—llamé a mi asistente al tiempo que me masajeaba la sien... ¡¿El día podía ser más mierda?!—, si James llega a llamar, dile que estoy en una reunión, o que me fui a Tombuctú, invéntate cualquier excusa, pero bajo ninguna circunstancia me transfieras la llamada. ¿Entendido?

—Entendido, Jefa.

—Por favor, comunícame con mi madre, y cuando puedas, consígueme un par de analgésicos. Siento que mi cabeza puede estallar en cualquier momento. —Colgué el aparato, tirando por accidente la fotografía que adornaba mi escritorio. Era la imagen de mis dos terremotos.

No solo era el abandono de James, era... Hacía más de tres meses que no teníamos intimidad alguna. Yo había logrado, con mucho esfuerzo, bajar todos esos kilos de más, que te quedan después de un embarazo múltiple; ya que al principio pensé que era por eso, que James pasaba más en el hospital que en casa, pero un año después del nacimiento de Theo e Ian, las cosas seguían igual.

Resoplé, iba a hablar con James en cuanto lo viera, solo que en este momento no podía pensar en mis problemas personales; tenía toda una montaña de problemas laborales que resolver. Coloqué la foto en su lugar, y me enfoqué nuevamente en el informe, justo antes de que mi teléfono empezara a repicar.

—¿Señora Williams?—La voz angustiada de Stella, la nana de los mellizos, me hizo cerrar los ojos. «Por favor, que Ian no tenga un moretón nuevo»—. *Señora Williams, soy Stella...*

—¿Le pasó algo a los mellizos? —pregunté con temor. Hacía menos de dos meses que había retomado mi trabajo, y aún sentía pánico cuando dejaba a mis bebés con la niñera.

No es que Stella fuese una mala niñera, Theo e Ian la adoraban; solo era

ver sus ojitos cuando ella llegaba a casa. En ocasiones, hasta sentía celos cuando Theo alzaba sus brazos, en busca de la atención de la chica de veintidós años que lo cuidaba. Sobre todo, si era yo la que lo tenía alzado.

—*No, los monstruitos están bien*—se apresuró a contestar, y agradecí internamente. Lo último que me faltaba era que uno de los niños enfermara—. *Simplemente mi profesor de estadística ha decidido adelantar unas clases, y nos ha citado en la universidad a las seis. Sé que usted tenía una salida con el señor James, pero me es imposible cuidar a los niños después de las cinco.*

—Stella...—No sé si mi voz fue un bufido, o completamente lastimera.

—*Lo siento...*

—Está bien, llamaré a mi madre.

—*Le devolveré el dinero.*

—No te preocupes por ello, tengo que colgar ahora.

«Genial... ¡Simplemente Genial!»

El teléfono se escuchó nuevamente, y pasé la mano por mi rostro, dispuesta a mandar a mi interlocutor al infierno, si recibía otra mala noticia.

Afortunadamente era mi madre.

—*Dime qué necesitas.*

—Hola, mamá, también te amo.

—*No tienes tiempo para llamar a tu madre, a no ser que necesites algo*—refunfuñó.

—Cené contigo el jueves, y el domingo fui con los enanos... Mamá, ¿ya fuiste al doctor? Me preocupa tu menopausia.

—*¡Ellen Marie Johansoon!*

No pude evitar reír. Hacía años que mamá no me llamaba por el nombre completo.

—Está bien, mami, ¿me perdonas? Sí necesito algo. —Esperé por unos segundos alguna objeción, pero la línea parecía muerta; si no fuese por el sonido de su respiración, juraría que me había colgado—. Maaa...—supliqué, y ella emitió un ruidito de derrota, así que continué—. ¿Puedes quedarte un par de horas con los granujas? Tengo que entregar un informe, y Stella no puede quedarse después de las cinco.

—*Pensé que James y tú saldrían esta noche.*

—Bien dicho, madre, pensaste. Al parecer, el doctor Williams tiene cosas más importantes que hacer...—Intenté que mi decepción no se filtrara en

mi tono de voz, pero creo que fue imposible; afortunadamente, mi madre era una santa, y no preguntó nada—. Entonces, ¿puedes ir por los chicos?

—*Sí, hija, yo voy por mis bebés. Si quieres, puedes dejarlos aquí esta noche.*

—No creo que me demore mucho aquí, a lo sumo tres horas después de la salida. Si no he llegado cuando el noticiario termine, mételos a la cama.—Mi madre había insistido en que Theo e Ian tuviesen su propia habitación en su casa—. Te amo, mamá.

—*Y yo a ti, hija.*

Colgué, observando el reloj en la parte inferior de mi computador. Había gastado casi media hora, y no podía perder más tiempo. Busqué en mi escritorio una lupa, y me puse manos a la obra. Me olvidé de James, y su obsesión por ser ascendido a tal punto de olvidarse de su familia, y me dediqué a revisar las hojas impresas, a sacar cuentas con la calculadora, y a digitar todo nuevamente en el programa de la empresa.

Llevaba más de la mitad del informe revisado y corregido, cuando la puerta de la oficina fue abierta con suavidad.

—Ellen...—Anna entró sigilosamente, colocando un capuchino, y un cruasán de chocolate sobre mi escritorio—, supongo que tienes hambre, no has salido de la oficina en toda la tarde. —Asentí—. James te ha estado llamando, le dije que estabas en una reunión con el señor Moore.

—Gracias...

—También envió un ramo de flores: rosas blancas, rojas y amarillas.

—¿Las devolviste? —pregunté, sin levantar la mirada de las hojas impresas.

—No, las deje en recepción. ¿Vas a quedarte?

—Ya encontré el descuadre. Solo es ajustar los gastos, realizar nuevamente el balance, y terminar de digitar; no me va a tomar más de dos horas.

—Si quieres puedo quedarme, y lo hacemos más rápido.

Observé el reloj en mi computadora, y era un poco más tarde de la hora en la que Anna tenía salida.

—No, Anna, tienes que ir por Dani a la guardería, o te cobrarán horas extras; sabes que estaré bien.

—¿Segura?

—Completamente, puedes irte.

—Nos vemos mañana entonces.

—Hasta mañana.

Anna salió de la oficina, y por varios minutos, escuché cajones cerrarse, los chicos de la planta despidiéndose, y luego silencio. Me dediqué a terminar el informe financiero, que debía entregar en la reunión del día siguiente, acompañada del tic tac del reloj de recepción.

No tenía idea de la hora que era, pero no faltaba mucho para terminar. Había podido conseguir un buen ritmo de trabajo, y si seguía así, podría irme antes de que mamá acostara a los mellizos. Fue entonces cuando pasó, lo que yo pensaba que nunca podría pasar en una empresa como *Smoots Enterprise*... Se fue la luz, y yo no había guardado nada del trabajo.

—¡Maldición! —grité con toda la fuerza de mi garganta.

Fue un apagón corto, es más, la planta de luz se accionó enseguida. Encendí el computador como una posesa, pero el daño ya estaba hecho, y el trabajo de horas, arruinado.

—¡Maldición, y tres mil veces maldición! —grité frustrada, golpeando la inutilidad de mi computadora.

—¿Hay alguien allí?—gritó una voz.

Miré el reloj en mi muñeca, y eran las 9:45 p.m.; la planta debería estar sola, así que decidí salir de mi oficina hacia el pasillo, quizás sería Andrew, el celador.

—¿Hola? —pregunté firmemente.

El hombre que estaba de espaldas a mí, dio un brinco, y se llevó una mano al pecho.

—¡Demonios!

—Lamento si te asusté. —Pasé las manos por mi pelo, mientras lo detallaba. Tenía los ojos azules más hermosos que había visto en este mundo, su pelo era negro como la noche, y tenía la piel ligeramente bronceada—. ¿Quién eres?

—Pensé que estaba solo—dijo, pasando una mano por su frente—. ¿Qué hace aquí a esta hora?

—¿Qué puedo hacer a esta hora en la oficina? Trabajando. Soy Ellen, la contadora, ya me iba, pero se me ha borrado toda la información con el apagón, por eso el grito. ¿Y tú eres?

—Soy el nuevo conserje, Andrew está enfermo. —Asentí como estúpida, podía observarse lo definido de su torso, bajo esa camisa beige que

llevaba—. Sé algo de sistemas y computadoras, si quieres puedo ayudarte, y revisar si se guardó algo de lo que llevabas.

—¿De verdad?—dije emocionada, él me dio una sonrisa ladeada, antes de asentir frenéticamente.

—De verdad.

Caminó hasta mi oficina, y se sentó frente a mi computadora, sacó de su bolsillo unos lentes y se dispuso a teclear. Me quedé por largos minutos observándolo, y no era para nada feo, hacía tanto tiempo que James y yo no intimábamos... Si no era un turno, era una emergencia, un accidente, una cirugía de última hora, siempre había una excusa, y estaba harta. La última vez que tuvimos un encuentro sexual, fue en el armario de las escobas, mientras lo visitaba en el hospital.

Mi estómago rugió poderosamente, recordándome que no había comido nada desde medio día, y ya pasaban las nueve de la noche.

—Ups.—El hombre alzó una ceja en mi dirección—. Está algo difícil encontrar los respaldos, tienen un muy buen Software, ¿por qué no va y come algo mientras yo resuelvo esto?

—¿Qué te parece si pido algo y comemos juntos? —dije coqueteándole... ¡Dios! Yo. Estaba. Coqueteándole.

—Bueno, no he comido nada desde el *brunch*, sería bueno darle algo que destruir a mis jugos gástricos. —Sonrió de nuevo. Tenía una sonrisa tan hermosa.

«¡Céntrate, Ellen!»

Saqué el celular de mi cartera, y pedí comida china en el restaurante que estaba a pocas cuadras de la oficina. Siempre pedía con Anna cuando teníamos que trabajar horas extras, y para cuando esta llegó, él ya había resuelto el problema.

Comimos en el sofá de mi oficina, riéndonos de cosas estúpidas, y conociéndonos un poco más; hacía mucho tiempo que no me reía tanto con un hombre. Me contó que tenía dos hijos, y me habló de querer una nena pronto, pero estaba teniendo problemas con su esposa por el trabajo.

Suspiré...

—No deberías estar aquí—dijo él de un momento a otro, tomando mis manos—. Tu esposo es un verdadero imbécil.—Se removió un poco, hasta quedar muy cerca de mí; su mano acarició mi mejilla y volví a suspirar.

—Me gusta trabajar. Además, si no estuvieras aquí, no sabría cómo

recuperar un archivo del disco duro de mi equipo, gracias por ello.—Sonreí, llevándome la última cucharada de *chop suey* a la boca.

Sus ojos azules miraron mi rostro con fascinación.

—¿Qué sucede? ¿Tengo un mono en la cara? —Sonreí, bajando mis pestañas.

—Tienes un poco de salsa aquí.—Limpió con su pulgar la comisura izquierda de mi labio, y lo perdí.

No supe en qué momento sus labios tibios y suaves, hicieron contacto con los míos, haciéndome suspirar entre sus besos, y dando paso a que su avariciosa lengua entrara en acción.

«¡Detente!—gritaba una vocecita en mi interior—, ¡eres casada!
C—A—S—A—D—A»

Recordé cuándo fue la última vez que James y yo habíamos intimado en serio, no un rapidito con ropa incluida en un armario... Había sido luego de la fiesta de Navidad del hospital, hacía cinco meses; de hecho, hacía eones que no compartíamos un beso tan intenso, como el que el conserje me estaba dando. El ritmo fue subiendo de intensidad, y me vi envuelta en el deseo de querer mucho más, en devolver todas las sensaciones, que el chico de los ojos azules, me estaba dando.

«Impura, infiel... ¡Mala esposa!»

Joder, nada me importaba ahora, ojitos lindos besaba como los mismos dioses.

Una aventura; algo más que ser la esposa, madre y contadora, quería ser la mujer, la mujer de hace cinco años. Me apoyé en mis rodillas, soltando apresuradamente los botones de su camisa, tocando los músculos de su muy bien trabajado abdomen. Sus manos se movieron avariciosas por mis pechos, estrujándolos, moviéndolos entre sus dedos, succionando la piel en mi cuello, mientras yo gemía por las sensaciones que hace mucho no sentía.

La ropa desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Su boca se ocupó de mis pechos sobre la tela de mi sostén de encajes, mientras sus manos descendían hasta la parte sur de mi cuerpo, lugar que se encontraba mojado y deseoso de conseguir algún tipo de atención esta noche. Mi mente se desconectó de mi cuerpo, olvidándome de los granujas, apartándose completamente de la Ellen responsable, que nunca hacía nada inadecuado; la esposa fiel y permisiva, la madre abnegada y tolerante, la ejecutiva eficiente y trabajadora. Me vi aceptando cada caricia, cada succión, deseando más y más

de su parte, queriendo que se enterrara sin preámbulos en mi interior. Podía sentir el sudor acariciando mi piel, sus manos cálidas marcándome con el deseo, que hacía mucho tiempo no recibía de mi marido.

Deslicé el zíper de sus pantalones, y tanteando con mi mano su erección, la acaricié por encima de sus bóxers, sintiéndola dura y caliente ante mi tacto. Sus manos tomaron mis caderas, y coloqué una pierna a cada lado de su cuerpo mientras él acariciaba mi clítoris hinchado, y yo sacaba su gruesa polla de la prisión de tela de su ropa interior, alineándola con los pliegues de mi sexo, para que pudiera empaparse con toda la humedad que mi cuerpo emanaba. Su boca cubrió la mía, dándome un beso frenético, ahogando gemidos en los labios del otro, acariciando todo lo que podíamos tocar. Alineé entonces la cabeza de su pene en mi entrada, y gemí con fuerza cuando él se empujó en mí, de una sola y certera estocada.

Apoyé mi cabeza en su hombro, mientras sentía mi interior adaptándose a la reciente intromisión. Él era grande y yo tenía mucho tiempo sin recibir ningún visitante en esa área específica de mi cuerpo.

—Lo siento—dijo mirándome a los ojos—, ¿te hice daño? No quise ser tan rudo. —Negué, separándome de su piel que olía como los dioses, con un perfume fuerte y masculino; llevé mis labios a los suyos, besándolo un poco más, mientras lo sentía agarrar mis caderas, alzándome levemente, antes de empalarse en mí por completo.

«¡Oh, Bendito Cristo!»

Me giró, dejándome recostada sobre el sofá, quedando él sobre mí, y se retiró de mi cuerpo lentamente, para luego, volverse a empalar con fuerza.

Apreté mis brazos alrededor de su cuello, y mis piernas en torno a su cintura, mientras él comenzaba el cadencioso movimiento, de estrellar sus caderas contra las mías, haciendo que nuestras carnes emitieran sonidos discordantes en cada embestida. Mis sentidos se nublaron, mientras sentía sus manos en cada parte expuesta de mi cuerpo; él estaba volviéndome loca de placer, al tiempo que gemía y gruñía en mi oído.

—¡Tan bueno, nena!... Oh, jodido Dios... Sigue moviéndote así... Dios, no quiero correrme aún, pero es tan agradable estar dentro de ti...

Succioné su cuello, mientras escuchaba sus jadeos entrecortados. Él estaba cubierto por una fina capa de sudor, que junto con su aroma corporal, parecían tener algún tipo de afrodisíaco en mí, ya que me estaban llevando directo a una espiral profunda, que se encontraba instalada en la parte baja de

mi abdomen.

Sus embestidas eran precisas, fieras y certeras. Acercándome cada vez más a la liberación de mi orgasmo, al tiempo que él gruñe, maldice y jadea en mi odio, con su cincelado torso aplastando mis pechos, llenos por haber amantado dos niños hasta hace pocos meses. Lamí su hombro, pidiendo que fuese más rápido; estaba a punto de llegar, tan cerca... Apreté mis piernas aún más a su cintura, enterrando mis uñas en su espalda, mientras él obedecía mis órdenes sobre aumentar el ritmo.

—Oh, Dios, eres....

—No hables—dije entre gemidos—, solo síguete moviendo así.

Quería apretarme todo lo que pudiese en torno a él, llevarlo aún más dentro de mí, si era que se podía. Sentía sus testículos golpear mi trasero, mi piel pegarse completamente al cuero de imitación del sofá. Él subió una de mis piernas a su hombro, descansando su pierna izquierda en la alfombra, y la derecha yacía flexionada en el sofá; habíamos dejado caer las cajas de comida china, y ahora estaban regadas en el suelo.

—Estoy cerca...

—Córrete cuando quieras—dijo él, con voz entrecortada—. No creo que pueda aguantar mucho más.

Solo le costó un par de embestidas más, y acercar su boca a mi pezón derecho, para que yo pudiese volar, y oír cómo a mí alrededor estallaban los jodidos fuegos artificiales, que llegaban junto al clímax. Mis paredes vaginales se cerraron, apretando su miembro, haciéndolo maldecir en voz baja, y derramando su simiente en mi interior.

Mi orgasmo barrió conmigo, liberándome, dejándome como una gelatina, con mi cuerpo entero en un estado de relajación.

Su cuerpo cayó sobre el mío, y estuvimos varios minutos callados, calmando el latir desesperado de mi corazón. Giré la cabeza, mirando la foto de mis granujas, y entonces todo cayó en su lugar: me encontraba en la oficina, mientras mis hijos estaban con mi madre, y yo...

—Te amo—dijo él, subiendo su rostro al mío y besándome—. ¿Qué sucede? ¿Fui muy rudo? —Su ceño se frunció con preocupación, cuando vio la primera lágrima descendiendo de mis ojos—. ¿Amor?

—Pensé que había un accidente en la autopista, y no te vería hasta mañana—dije sin verlo, mi voz fue plana y muy dura.

—Y lo había...

—¿Entonces qué haces aquí?—inquirí, removiéndome debajo de él, la furia de su abandono los últimos meses regreso con fuerza—. Levántate —siseé molesta, y él salió de mi interior, levantándose del sofá—. Si estás aquí para irte enseguida, James...—musité frustrada, empezando a colocarme la camisa. James se acercó hasta donde mí—. ¡Suéltame!—le grité cuando colocó sus manos en mi cintura, deteniéndome.

—Hoy vi algo que me dejó completamente destrozado, te debo una disculpa, princesa. —Sus labios me besaron con suavidad—. Un hombre perdió a su familia en ese accidente: una esposa joven y dos princesitas... —Suspiró—. Me tocó ver el sufrimiento y el dolor de ese hombre, para darme cuenta de algo, tesoro: no hay nada más importante en mi vida que tú y los chicos.

—¿Incluso que ser el nuevo coordinador de pediatría?
Me besó.

—Estos últimos meses he trabajado como una bestia, me he perdido muchas cosas de los granujas, y te he descuidado como hombre... —Besó mi hombro desnudo—, como amigo, como esposo; y mientras trataba de darle consuelo a ese hombre, solo podía pensar en qué pasaría si alguno de ustedes tres me faltara, porque yo los amo, Ellen Williams, amo a la mujer que me mostró el dedo del medio. Me burlé de ella, y su campaña para salvar el lago Erie; amo a la mujer que me esperó, cuando yo me especializaba en Londres; estoy extremadamente enamorado de la mujer, que una vez me preguntó cuán grande era mi amor por ella. Te amo tan profundamente, que estaría destruido si tú te vas.—Besó mi rostro, que en este momento era un río incontrolable de lágrimas—. Amo profundamente a la mujer que dijo «sí, acepto», hace unos años frente al altar, a la que me ha dado los mejores días de mi vida; y ningún trabajo, ni ninguna cantidad de dinero, es máspreciado y precioso, que la hermosa mujer que abrazo en estos momentos.—Me dio un beso en la nariz—. Yo te amo, Ellen, y ajustaré mis horarios, estaré mucho más tiempo contigo, y me involucraré más en la crianza de Theo e Ian, a cambio de que tú nunca te vayas de mi lado, nena.

Lo besé, fuerte, pasional. Yo amaba a este hombre, lo amaba más que a mi vida.

—¿Estas muy agotada, o podemos conti...? —Lo callé con un beso y moví mis caderas, lo único que quería era tenerlo cerca.

—Te amo, James...

—Te amo, nena—murmuró sobre mis labios, mientras me recostaba sobre el escritorio de mi oficina, para llevarme una vez más al cielo.

—Estaba tan preocupado de que me tiraras uno de tus zapatos de tacón, que me tocó comprarle su uniforme de repuesto a Andrew allá abajo—dijo riendo, mientras recogíamos el reguero de comida China. Yo estaba completamente vestida, y él aún estaba a medio vestir.

—Estuve a punto, pero luego quise ver hasta dónde llegabas; además, necesitaba que recuperaras el trabajo de la computadora.

—Bueno, de algo tenía que servir las clases de sistema que tomé en la universidad... —Amarró la bolsa que contenía la basura y se giró, dándome una sonrisa mortal, esas que decían «ven aquí y viólame, nena»—; y cumplí tu fantasía, te acostaste con un extraño.

—Tonto... —Lo golpeé—, nunca debí haberte dicho eso.

Me giré para recoger unos papeles en el escritorio.

—Oh, vamos, bonita, dime que no te gustó.

—Estaría mintiéndote...

—Así fui de bueno.

—Fuiste malo, muy malo, y fingí mi orgasmo.

—Eso no te lo crees ni tú misma.

Soltó la bolsa y me abrazó por la espalda. Podía sentir el tibio hálito de su respiración, calentando la parte expuesta de mi cuello.

—No voy a inflar tu ego de follador maravilloso, por mucho que te haya perdonado.

—¿Soy un follador maravilloso?—dijo, agarrándome por la cintura, y pegando su erección a mi trasero.

—¿Piensas recuperar el tiempo perdido? —dije entre risas, mientras terminaba de organizar todo.

—Te debo un par de orgasmos, ¿no?

—Creo que son más de un par. ¿No estás cansado?

—Por ti, nunca—susurró—. Puedo pasar toda una noche, susurrando plegarias a ese perfecto coño que tienes.—Acunó con su mano mi entrepierna, haciendo que mi cuerpo se estremeciera—. ¿Está tu madre con los granujas?

—Stella iba a llevárselos, antes de ir a la universidad—gemí cuando

coló sus expertos dedos por mi falda, y acarició mi sexo sobre la tela de encajes—. ¿De...Debes volver al hospital?

—Debería. —Succionó mi cuello, antes de girarme entre sus brazos. Su mirada azul intensa desprendía tanta lujuria, que un pequeño gemido abandonó mi garganta—. Hay un gran caos allí, pero prefiero irme a la casa de la playa con mi familia, quizás podemos agrandarla...

—Estás loco.

—Por ti, mi dulce tesoro, soy capaz de ir al psiquiátrico. Vamos a casa, tengo una deuda muy larga de orgasmos en tu nombre, y soy un hombre que paga sus deudas.

Tomé una hoja de papel y escribí:

*Nick, sé que vas a matarme. A tu correo envíe todo lo
que necesitas para la reunión de mañana.
Te quiero, pero no pienso venir a trabajar hasta el
lunes.*

El trabajo importaba, sí, era verdad, pero mi familia era lo primero.

—Hey—dijo mi esposo, mientras salíamos de mi oficina—, cuando quieras te espero en mi consultorio, tú también tienes que pagar una fantasía.

Sonreí. El disfraz de enfermera caliente estaba en la valija de mi auto. Yo era una mujer enamorada, y dispuesta a todo con tal de tener a mi esposo conmigo.

¿TU PIEL ES TAN SUAVE COMO PARECE?

L. Atenea

Definitivamente hoy no era mi día. Primero, me quedo dormida; segundo—como consecuencia de lo primero—, llego tarde al trabajo; y tercero, y lo peor de todo... tenía cita con el dentista.

«¡Arggg!».

Llevaba más de una semana tomando antibióticos para la maldita muela, así que esperaba que esta tarde, por fin, Susan Hayes pudiera hacerme algo en ella. Siendo sincera, Susan daba miedo. Sí, miedo. Esa chica apenas sonreía, y cuando lo hacía, se asemejaba más a una mueca que a una sonrisa... por no hablar de la manera tan siniestra en la que se ponía los guantes, y se ajustaba la mascarilla. Solo le faltaba la sierra eléctrica, para parecer La Matanza de Texas; aunque en vez de una sierra eléctrica, lo que ella llevaba era un torno para pulir las caries. ¡Arg! de nuevo. Y a juzgar por el precario estado de mi dentadura, esta tarde iba a necesitar una taladradora *Black&Decker*...

Salí antes de mi trabajo, para acudir a la maravillosa cita, nótese el sarcasmo. Trabajaba en una famosa editorial, y me encantaba mi trabajo. Quizás era lo único bueno que tenía últimamente en mi vida.

Hasta hace poco, había estado compartiendo mi casa y mi vida con Scott Brady, mi amigo de la infancia, que con el tiempo acabó en una historia de amor... ¡Ja! Al muy capullo lo dejé hace un mes. ¿El motivo? Le pillé con otra. En mi cama. Desnudos... Creo que no tengo que explicar que no estaban precisamente jugando al parchís, ¿no? Así que ahora estaba sola... bueno, sola no. Tenía mi trabajo y mi gran caries. ¡Oh, venga...! No necesitaba a ningún necio como Scott, con el que compartir mi vida. Era una mujer de veintiséis años, libre e independiente; quizás demasiado independiente en estos momentos.

Me senté en la sala de espera, y miré a mi alrededor. En un rincón había

una adorable abuelita, la pobre no hacía más que jugar con su dentadura postiza, mientras hacía gestos raros con la cara. A mi lado había una madre con su hijo, el niño no tendría más de nueve años, y la criatura ya llevaba unos brackets con los que se le hacía imposible cerrar la boca... Así que sólo tenía a dos personas delante, genial.

Cogí una revista, y la hojeé para matar el tiempo. ¿Qué mejor que unos buenos cotilleos para distraerme un poco? Quince minutos después, la puerta de la entrada se abrió.

—Buenas tardes—dijo una varonil y profunda voz.

«Guau, esa voz...».

Levanté la mirada de mi revista, para ver quién era el dueño de esa fantástica voz, pero aquel hombre, desapareció demasiado deprisa para mi gusto, por uno de los pasillos, dejando tras de sí el maravilloso aroma de su perfume.

«Definitivamente, tienes las hormonas revueltas, Natalie».

Después de leerme como cinco revistas, y de mirar el móvil unas quince veces, suspiré. ¿Qué demonios le estaban haciendo a aquella señora de la dentadura postiza? ¿Acaso la estaban operando? Como si la hubiera invocado, la tierna mujer salió con un gesto mucho más aliviado, mientras que la auxiliar salía a llamar al niño de los brackets.

Aprovechando que estaba sola, me dediqué a inspeccionar la sala de espera. Se podía decir que era un lugar agradable, pintado en tonos azules, y con cómodos sillones azulones. Claro, la tortura estaba en ese pasillo a mano derecha, donde estaban las salas con todos esos instrumentos del demonio... Oí cómo la puerta se abría al final del pasillo; increíblemente el niño salió rápido.

—Natalie Benson—me llamó una auxiliar bajita y rubia, de ojos azules, y con aspecto angelical—. Pase por aquí, por favor.

Acompañé a la muchacha por el pasillo que tan bien me conocía, y me animó a que entrara en el pabellón de torturas. Esperaba a ver a Susan ya preparada y lista para la acción pero... pero lo único que pude ver, fue un hombre alto con una bata blanca, y de espaldas frente a la máquina de esterilizar.

—Doctor Wylde, aquí le traigo a su última paciente. —Miré confundida a la mujer—. ¿Cree que me va a necesitar para algo? Ya es tarde y tengo que irme.

—No te preocupes,—dijo el dueño de aquella misteriosa voz, que minutos—quizás horas— antes, había oído—. Puedes irte, lo que le tengo que hacer a la señorita Benson es un simple empaste.

—Gracias, Doctor Wylde. Hasta mañana—se despidió.

Aquel misterioso hombre al fin se dio la vuelta, y a mí se me calló la mandíbula al suelo, «y yo que pensaba encontrarme con Susan y sus tenazas».

Era el hombre más guapo e irresistible que podía recordar. Me sacaba más de una cabeza, y eso que hoy me había puesto esos zapatos tan «cómodos» de tacón alto. Su cuerpo parecía ágil y fibroso, bajo esa bata blanca que llevaba; y su cara... «¡oh, Dios!»; sus labios eran carnosos y sonrosados, perfectos para besar; su nariz era recta, y sus ojos parecían mirarme como si me pudieran leer los pensamientos, que en esos momentos eran impuros totalmente. Cerré los ojos para despejarme un poco, de la visión de este hombre.

—Perdona por haberte hecho esperar tanto tiempo—dijo, mientras sonreía de lado—. Soy Caleb Wylde, trabajo en la clínica en el turno de mañana, pero Susan ha enfermado, y me ha pedido que viniera esta tarde. Espero que no te importe que sea yo el que te cure ese molar.

«¿Importarme? ¿Está de broma?»

—Oh, no, para nada. Mientras me quites esta molestia que tengo...

«Aunque si me quieres quitar algo más...».

Me senté en el sillón, y Caleb manipuló los botones para reclinarme, quedando a su gusto. Tuve la satisfacción de ver cómo sus ojos recorrían mis piernas hasta mis muslos. Decidí ser un poco recatada, y me re Coloqué la falda para que no se me viera nada incorrecto. Sonrió nervioso, mientras se ponía los guantes y la mascarilla.

—¿Terminaste todos los antibióticos que te recetó Susan?—Asentí mientras él miraba mi ficha—. Muy bien, vamos a arreglar ese agujero. —Madre mía, esas palabras sonaron demasiado eróticas en la boca de ese hombre... y él lo notó—. Quiero decir... quiero decir que te voy a quitar la... caries—dijo nervioso.

—Me parece muy bien. —Sonreí.

—Te voy a poner anestesia, ¿de acuerdo? Esto... —Señaló una mascarilla conectada a una bombona de gas—, hará que no notes molestias mientras trabajo en tu boca.

Asentí de nuevo cuando me colocó la mascarilla. Me concentré en sus

ojos, ya que era la única parte de su cara que podía ver. Poco a poco me sentí menos nerviosa, hasta que me relajé casi por completo.

—Tienes unos ojos preciosos—dijo Caleb.

—Gracias—murmuré. Mi voz sonaba rara por la mascarilla que aún tenía puesta.

—Y el color de tu pelo bajo la lámpara se ve espectacular... tiene matices rojizos —susurró, mientras acariciaba un mechón de mi melena.

¡Ay, me estaba tocando, me está tocando! Ese pedazo de hombre me estaba tocando a mí. Sus ojos se desviaron de mi pelo a mi escote, donde un botón traidor, de la camisa azul que llevaba, se había abierto, revelando más piel de la que debería... y de la que Caleb estaba disfrutando en estos momentos.

—Tu piel... ¿es tan suave como parece? —preguntó con un tono sugerente en su melodiosa voz.

Vale, a estas alturas de la tarde, y con semejante espécimen ante mí, estaba teniendo un grave problema de hormonas revolucionadas. Podría hacer cualquier cosa aquí, ahora, y sin pensármelo dos veces.

—¿Qué tal si me quitas ya la anestesia?—dije con mi mejor sonrisa.

—Sí, creo que ya es suficiente; además, quiero tenerte bien despierta para lo que tengo en mente—dijo, quitándose su propia mascarilla, y arrojándola a la papelera con un ademán totalmente sensual.

Me mordí el labio inferior cuando le vi delante de mí, con la bata abierta, el pelo rubio revuelto, y esa sonrisa sexual en la boca. Caleb Wylde, mi nuevo dentista, era el sueño erótico festivo de cualquier mujer... incluida yo, por supuesto. Ese héroe fornido de novela romántica, para mayores de dieciocho años. Se acercó a mí, y después de recorrer de nuevo todo mi cuerpo con su mirada felina, acarició la piel expuesta de mis brazos.

—Pues sí—murmuró—. Tan suave como me la imaginaba...

—Si sigues así—balbuceé, mientras sus dedos jugaban con el segundo botón de mi camisa—, creo que vamos a tener problemas.

—¿Quieres que pare? —dijo, dejando de mover su mano.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

El sonido de su risa, hizo que mi ropa interior se humedeciera por completo.

—Me parece una buena idea, mejor no hablar... podemos usar la boca para otras cosas... —dijo, acercándose a mi cara.

—Pues sí...

Se acercó lentamente—o al menos así me lo pareció a mí—, y al fin nuestros labios se juntaron. Cielo santo, sí que sabía besar bien. Sus labios eran suaves, pero demandantes sobre los míos. Su lengua se abrió paso lentamente en mi boca, y me acarició con ella de manera sensual, tanto, que me hizo gemir. Madre mía...

¿Cuánto tiempo hacía que no me besaba alguien así?

Quizás nunca, ya que los besos de Scott no eran comparables, ni mucho menos, a los que Caleb me estaba dando en esos momentos. Enredé mis dedos en el suave cabello de su nuca, acercándole más a mí. Sus manos acariciaron mis piernas hasta el borde de la falda... No me podía creer que estuviera haciendo esto, en este lugar y con esta persona...

—¿Quieres que siga?—preguntó sobre mis labios, mientras sus manos subían un poco más.

—¿Aquí? —dije, mirando a mí alrededor. Caleb sonrió como un niño travieso—. Alguien nos puede ver y...

—No, Candy, mi auxiliar se ha ido, así que estamos solos.—Su mano levantó un poco más mi falda, acercándose a la unión de mis piernas—. Dime, ¿quieres que siga?

—Oh, cielos. Si te paras ahora no sé lo que te haría... pero definitivamente no sería nada bueno...

Volvió a sonreír de esa manera que hacía que mi corazón palpitará agitado. Entonces, me tocó sobre mi ropa interior. Jadeé por el contacto íntimo de sus manos contra mi piel, y eso que aún nos separaba la fina tela de mis braguitas. Intentó ponerse sobre mí en ese cómodo sillón, pero en el intento, dio a la bandeja que contenía todo el instrumental. El enorme estruendo hizo que nos separáramos de golpe.

—Uy—dijo, mirando el suelo lleno de objetos—. Un fallo técnico. —Sonrió, mientras se rascaba la cabeza—. Ven aquí...

Me cogió de la mano, y tiró de mí hasta que me puse en pie. Tuve que esquivar las pinzas y los algodones, que estaban tirados por el suelo, hasta encontrarme con el cuerpo de Caleb. Me cogió por la cintura, y me pegó totalmente a su cuerpo. Noté la dureza de su excitación en mi estómago.

—Así me tienes desde que he entrado por la puerta, y te he visto sentada en la sala de espera, leyendo una revista. —Movié las caderas contra mí—. ¿Sabes lo tremendamente duro que ha sido, recolocarle la dentadura a la

señora Wilson, con esto entre las piernas?—dijo, señalando su erección.

—Me estás matando—susurré.

Le quité la bata y la dejé caer en el suelo, mientras él se concentraba en desabrocharme los botones de la camisa. Parecía un poco surrealista la escena: él y yo, besándonos en medio de una sala, con un montón de instrumental dental esparcido por el suelo. Me besó el cuello con húmedos labios, mientras terminaba de quitarme la camisa. Se separó un poco de mí, y me miró, sonriendo de lado.

—¿Un sujetador de Snoopy?—Miré hacia abajo... Dios... ¿por qué? ¿Por qué había escogido un conjunto de Snoopy esta mañana?

—Bueno — dije avergonzada—, me gusta Snoopy—balbuceé sin sentido. Sentía mi cara arder.

—En eso coincido contigo—dijo, acercándose a mí de nuevo—. A mí también me gusta Snoopy... y si es sobre una piel como la tuya, aún más.

Pasó un dedo entre mis pechos.

—Pues espera a ver la parte de abajo—murmuré, haciéndole reír de nuevo.

Con un rápido movimiento, se quitó la parte de arriba, de ese pijama verde típico que usan los dentistas. Guau. Su torso era un pecado, esa piel suave y tersa te invitaba a acariciarla, a besarla... a morderla. ¿Era yo, o era la anestesia la que me había provocado esta revolución en mi cuerpo? Volví a besarle, mientras uníamos de nuevo nuestros cuerpos, su piel caliente contra la mía, me hizo jadear por las sensaciones tan placenteras. ¿Cómo estaba haciendo esto? Para mí era impensable—hasta hace poco— estar con un completo desconocido de esta manera.

«Cielos... este hombre debe pensar que soy una cualquiera».

Haciendo un esfuerzo monumental, me separé de Caleb y de sus labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido.

—Verás...—Me aparté el pelo de la cara—. Yo...Yo no soy así...

—¿Así cómo?—dijo, animándome a que le mirara a los ojos.

—Así...—Señalé la habitación—. Yo no suelo hacer esto... enrollarme con desconocidos a la primera de cambio...—dije avergonzada.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco soy así.—Lo miré a sus ojos verdes, parecía sincero—. Hasta ahora he sido de relaciones serias.

—¿Tienes novia? —Uy, la pregunta salió de mis labios sin poder evitarlo.

—No... ¿Y tú? ¿Tienes novio? —sonreí como una imbécil.

—Desde hace tres meses... no. —Alzó una ceja, divertido—. Le pillé con otra en mi cama.

Silbó, haciendo un gesto de dolor.

—¿Se va con otra teniendo semejante mujer delante de él? Perdona que te lo diga, pero ese chico era idiota.

Solté una risotada.

—Totalmente de acuerdo...

—Ahora, aclarado todo... ¿podemos seguir?

Pues sí, aclarado todo era hora de seguir con lo que estábamos haciendo, así que volvimos a besarnos. Caleb tanteó el cierre de mi sujetador, cuando consiguió quitármelo, me acarició los pechos con esas firmes y varoniles manos, haciendo que mis pezones se endurecieran al instante.

—Tan suaves...—murmuró.

Entonces, bajó sus labios hasta mis senos. Me besó y me chupó esos duros botones, mientras mis manos recorrían los músculos de su espalda... esa bien formada espalda. Bajé las manos hasta su culo... Por favor... sus padres tuvieron una noche explosiva, cuando engendraron a semejante hombre, ¿no?

—Quítame ya los pantalones, que yo tengo las manos ocupadas—susurró sobre mi cuello, mientras seguía tocándome los pechos.

Pues dicho y hecho. Deshice el nudo que mantenía en su lugar esos pantalones, y los dejé caer. Sin separarse de mi piel, se los quitó a patadas, y pegó su cuerpo al mío. Ay, ay... miré hacia abajo. Estaba en tal estado de excitación, que su bóxer dejaba muy poquito a la imaginación; y por lo que estaba viendo en estos momentos, la tarde iba a ser gloriosa. ¿Era normal el bulto que se le formaba a este hombre en la entrepierna?

Caminó pegado a mí hasta que nos chocamos contra la pared. Sinceramente agradecí el frío contra mi espalda, ya que mi piel estaba en llamas. Caleb me cogió de las piernas intentando que las enredara en sus caderas...con un resultado negativo.

—Mira... —Se relamió los labios—, esa falda te queda de vicio, pero para lo que quiero hacer, me molesta un poco. Creo que voy a tener que quitártela.

—¿Y a qué estás esperando?—dije, fingiendo enojo.

Tanteó la cremallera trasera de mi falda negra de tubo, y la dejó caer al suelo, justo al lado de sus pantalones. Sus ojos volvieron a escanear mi

cuerpo, hasta que se centraron en mis braguitas. Como había dicho antes, eran de Snoopy, y en ellas el gracioso perrito sonreía con la palabra «Go» a su lado.

—¿Soy yo, o Snoopy me está animando a seguir?

No me dio tiempo a contestarle, ya que me cogió por los muslos para enredar—ahora sí—mis piernas en su cuerpo. Mmm... Ahora sí que estaba bien. Mis pezones erectos se rozaban contra la suave piel de su pecho, y la excitación de Caleb, me rozaba en ese punto de mi cuerpo que más atención necesitaba. Movi6 las caderas mientras jadeaba, un sonido totalmente caliente saliendo de sus labios. Volvió a gemir más fuerte y alto, cuando lo mordisqueé en el cuello.

—Creo que va siendo hora de despedirse del adorable perrito—me susurró en el oído.

Se separó de mi cuerpo, y se agachó delante de mí, sintiendo su cálido aliento sobre la piel de mi est6mago. Enganchó con dos dedos mis braguitas, y las bajó mortalmente despacio, acariciando mi piel, mientras se deshacía de la prenda. Sí, esto sí que era una auténtica tortura. Cuando estuve totalmente desnuda, pasó la mano por la unión de mis piernas, y jadeó aún con la cabeza en mi ombligo.

—Estás mojada...

—Como para no estarlo. —Sonrió de lado por mis palabras, mientras se ponía a mi altura—. Creo que para ser justos, y estar en igualdad de condiciones, deberías quitarte esto—dije, enganchando mis dedos en el elástico de su ropa interior.

—Sí, ¿verdad? —Asentí, mordiéndome el labio—. Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

Se quitó esa maldita prenda, dejándome ver su magnífico cuerpo por completo. Guau de nuevo. Su cuerpo parecía esculpido en mármol, un verdadero David de Miguel Ángel, salvo por un pequeño detalle: las medidas de su pene no cuadraban mucho con la hermosa estatua. Este sí que tenía las medidas perfectas, por todos lados... No lo pude evitar, tomé su miembro con las manos, y lo masajeeé de forma atrevida. Caleb apoyó la cabeza contra mi hombro y gimió.

—Vaya manos que tienes, Natalie...

—Mis... oh, mis amigos me llaman Natty—alzó la cabeza, y me miró con una ceja alzada—. Sí, sí... sé que el nombre queda un poco ridículo, pero

me he acostumbrado a él y...—Me puso un dedo sobre los labios, mientras mi mano seguía en su entrepierna.

—Natty está perfecto. Mmmm, pequeña...—Me cogió de la muñeca haciendo que parara—. Espera, para un poco...

Se alejó de mí, dejándome unas maravillosas vistas de su trasero. Rebuscó algo en el perchero, y entonces reconocí su abrigo negro. Se volvió sonriendo, mientras traía algo en sus manos. Era un preservativo. Oh, sí... me voy a acostar con este pedazo de hombre, aquí... en un lugar público, y sin conocerle de nada. Sí, lo estaba deseando.

—¿Me lo pones tú?—dijo, tendiéndome el envoltorio plateado.

Sin decirle nada lo cogí, y lo abrí con cuidado. Despacio, muy despacio, desenrollé el preservativo sobre su miembro mientras empujaba las caderas contra mi mano.

—Por Dios—jadeó—, ¿siempre eres así de cruel?

—No. —Sonreí—. Quizás eres tú que me incitas a ser mala.

—Pues ven aquí—Volvió a cogerme de las piernas. Ahora sí nuestras intimidades se acariciaron directamente. Ambos jadeamos con los ojos encendidos—. Demuéstrame lo mala que eres—susurró.

De un empujón, se introdujo en mi cuerpo, haciendo que por un momento, se consumiera todo el aire de mis pulmones. Me agarré con fuerza a su cuello, mientras mi cuerpo se adaptaba al suyo; Caleb era demasiado grande, y mi cuerpo llevaba sin sexo varias semanas. Besó mis labios con dulzura, quizás demasiada, hasta que me relajé de nuevo por completo.

—Increíble —murmuré.

—Lo mismo digo...

Ahora sí empezó a embestir contra mi cuerpo, al principio lento y pausado... No podía evitar los gemidos de pasión que salían de mi boca, estaba totalmente fuera de mí, y Caleb no se quedaba atrás. Sus gemidos roncros hacían que me excitara más y más. Me apretó contra la pared, a la vez que aumentaba el ritmo de sus embestidas.

—Más fuerte—gemí.

Como había dicho minutos antes, mis deseos fueron órdenes. Sus caderas se chocaban con fiereza contra las mías, pero estaba muy lejos de parecerme desagradable. Esto era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo, era increíble.

—¡Caleb!—grité.

—¡Natalie! ¡Natty!

Cerré los ojos con fuerza, cuando entendí que mi orgasmo estaba próximo, ya estaba... casi...

—¡Natty! —Noté que Caleb me sacudía el hombro—. ¡Natty! —me llamó angustiado.

Abrí los ojos, y miré a mi alrededor súper confundida. Todo en esa sala estaba en orden. El instrumental no estaba tirado por el suelo, sino debidamente colocado en la bandeja del sillón, en el que yo estaba tumbada. Y lo más importante... ambos estábamos vestidos. Incluso Caleb llevaba puesta su mascarilla. En esos momentos, me miraba un poco asustado.

—¿Estás bien?—Le miré confundida—. Te he puesto la anestesia, te has relajado, y he empezado a trabajar en tu muela... hasta que has empezado a... agitarte y a quejarte.

¿A quejarme? Pero si me lo estaba pasando orgásmicamente genial. y... ¡Oh Dios!... ¿Así que no ha pasado nada? ¿Me lo he imaginado? Joder. He tenido una fantasía erótica, mientras me empastaban una maldita muela... Soy una perversa. Justo en este momento, tenía un cruce de sentimientos bastante complejo. Estaba avergonzada. ¿Habré hablado? ¿Habré dicho algo, que le diera pie a saber lo que estaba soñando?... Y por otro lado, me sentía frustrada... frustrada porque nada de eso había sido real...un maldito sueño...

—¿Por qué me llamas Natty?—Sí, una pregunta tonta en ese momento...

—Tú me has dicho que preferías que te llamara de ese modo. Tus... Tus amigos te llaman así, ¿no?—me contestó confundido.

—Ah...—no quiero saber qué más le he podido decir mientras soñaba—. ¿Ya...Ya me has arreglado la muela?—dije para rellenar el silencio, que se había creado entre nosotros.

—Sí, solo me falta sellarte el empaste. —Frunció el ceño—. ¿Seguro que estás bien? ¿No te he hecho daño?

—No. —Me pasé la mano por el pelo—. No me has hecho daño—murmuré.

—Bien...—Suspiró—. Pues abre bien la boca, que te la tengo que meter hasta el fondo. —Abrí mucho los ojos, y Caleb los cerró con fuerza—. Quiero decir... quiero decir que te tengo que meter la lámpara, para secarte el empaste y... como es la última muela... pues...—señaló un pequeño aparato que tenía en la mano, con gesto avergonzado.

Abrí la boca, y dejé que terminara su trabajo. Dios... aún sentía mi cara

arder. Había tenido un sueño erótico, una fantasía... y el protagonista de ese sueño, estaba inclinado frente a mí, con sus maravillosos ojos verdes, mirándome con atención. Si supiera los pensamientos que había tenido con él, me moriría de vergüenza... Cuando terminó con mi muela, me ofreció un vaso de agua para enjuagarme.

—No comas nada en un par de horas, para que se fije bien la pasta. —Asentí con la cabeza, aún incapaz de hablar—. No debería de dolerte con lo que te he hecho, pero si sucede, te pasas por aquí y le echamos un vistazo, ¿de acuerdo? —dijo, mientras se quitaba los guantes y la mascarilla.

Le tendí la tarjeta de crédito en silencio. Los segundos se me hacían eternos delante de Caleb... «Maldita pervertida, pareces una adolescente con las hormonas revueltas, y...»

—Toma.

La voz de Caleb me sobresaltó. Me tendió la tarjeta y el recibo, con una sonrisa.

Me puse el abrigo en silencio, y cogí mi bolso, preparada para hacer una huida fugaz, pero su voz me hizo detenerme a la mitad del camino.

—Por cierto... la respuesta es no, Natty.

Me giré, mirándole confundida.

—¿Perdón?

Sonrió de lado... justo como lo había hecho en mi sueño.

—Antes me has preguntado si tenía novia—Se relamió los labios—. Y la respuesta es no.

—¿Te he... preguntado eso? —Asintió sonriendo—. Dios...—susurré avergonzada.

—¿Te estás sonrojando?—preguntó divertido, aunque dejó de sonreír cuando fruncí el ceño. Me giré para largarme ya de ese maldito lugar...

—¡Espera! —Me giré mientras suspiraba—, había pensado...—Me miró de arriba abajo—, había pensado que si no tienes a nadie esperándote en casa, podías esperarme a que cierre la clínica y... tomarnos algo... por ahí. Tú y yo... —Se acercó a mí, y me cogió un mechón de mi melena rojiza—. Me gustaría saber si tu piel es tan suave como parece...

«Oh, Dios mío...»

Al final, iba a tener mi aventura con mi sexi torturador.

RESILIENCIA

Mirna Grudina

—¡Maldición!—grité, al ver caer a Ronney, en el descanso de la escalera. Pronto tendría al hijo de perra volándome los sesos.

Volví a disparar a ciegas, mientras tomaba una decisión que me salvaría, o me jodería la vida. Tomé la chaqueta para presionar contra la herida, y con esfuerzo titánico, subí al piso superior; esperando que mi perseguidor creyera que había bajado. Lo cierto es que habría sido un blanco fácil con mi rodilla destrozada.

«¿Cómo mierda terminé así?»

Noche de Jueves. Acabábamos nuestra ronda, cuando la operadora llamó por un 10—10¹¹, en la Tercera y Sussex. Estábamos a cinco minutos del lugar, y decidimos responder el llamado. Mi compañero, Ronney MacGowan, es un rubicundo irlandés, que lleva nueve años en la fuerza. Un tipo honesto y leal, que había sabido ganarse mi confianza, y compartido mis padecimientos.

Yo llevaba casi con orgullo la etiqueta de problemático. Duro, inflexible, antisocial. Un lobo solitario; demasiado inteligente para llevarse bien con la sarta de inútiles, que me habían tocado como superiores. Por eso, había formado mi propia manada; oficiales jóvenes con problemas para integrarse. Renegados del sistema, incomprendidos y caídos en desgracia. Algunos me llamaron sindicalista, cuando la única política que profesaba, era mejorar las condiciones de trabajo. Mi proceder no ayudaba mucho a las promociones, y parecía que envejecería como oficial de patrulla. Pero me gusta la calle. Soy un adicto a la adrenalina del llamado a la acción, y soy bueno en ello. Por eso me dejaban hacer, aunque los galones nunca llegaron a ser importantes, y me doliera no ser reconocido. Encausé mi esfuerzo en mantener el orden de mis calles. Mi nombre: Brandon Hyun Gleason. Oficial Gleason «El General».

En realidad, el verdadero General era mi padre. Un militar de tercera generación, que había unido su vida con una bonita muchacha coreana. Con algo de reticencia de mis abuelos, logró conformar una sólida familia donde

yo, y mi hermana Sarah, habíamos crecido. Siempre amé a mi padre, aunque fue más una relación de respeto. Es un hombre intimidante acostumbrado a imponer su voluntad, y no fue hasta salido de West Point, cuando comencé a revelarme a su autoridad. Había tenido un nombramiento de seis meses en Afganistán; seis meses en los cuales, comprendí que en la Armada siempre sería el hijo del General Gleason, y yo quería ganar mis propias batallas.

Cansado de no haber visto el frente en todo ese tiempo, al regresar, me enlisté en la gloriosa policía de New York. La mejor fuerza policial de los Estados Unidos. Mi padre dejó de hablarme al menos un año, pero cedió al llanto de mi madre, y al fin hicimos las paces.

Ahora llevaba casi siete años en la fuerza, y no me arrepentía de mi decisión. Al menos de esa decisión. Lo que lamentaba es haber respondido a esta última llamada. Dos drogadictos se habían cargado a mi compañero, tratando de resguardar a una rehén, y yo había sido herido por el fuego cruzado. Analice rápidamente mi situación, y concluí que si no sacaban pronto mi culo de allí; sería otro cadáver.

«Demonios. El día había empezado tan bien».

Esa mañana, mientras me alistaba frente al espejo, me decía «Estoy en mi mejor momento». 38 años. Cabello oscuro y corto, como lo exigía el uniforme, una piel saludable, con apenas dos finas líneas en el entrecejo, un rostro varonil pero con ojos en forma de lenguado que denotan mi ascendencia asiática, de la que por cierto, estoy sumamente orgulloso. Buen estado físico, sano, con un apartamento para mí solo, y disfrutando de la soltería. Había estado casado durante varios años, con mi novia de la adolescencia; la mujer que mis padres habían querido y la que yo mismo había elegido para mí. La misma que cansada de mis horarios extendidos, y de la incertidumbre de saber si volvería vivo a casa, había dado el ultimátum. Incluso, ahora me imaginé sus facciones patricias bajo un velo negro, mientras llora sobre mi féretro, y el General recibiendo la bandera plegada en cementerio de Cypress Hill.

—No. —Debía centrarse y mantenerme con vida. No era momento de fantasear con mi entierro—. Gleason. Oficial Gleason por esta. —Pulsé por la radio de hombro, esperando que los refuerzos ya hubiesen llegado. Silencio en la línea.

Debía ocuparme de mantenerme positivo, por ejemplo, pensar en el maravilloso polvo que había tenido hacía dos noches, con una morena de largas piernas llamada.... «Que hijo de perra. Ni siquiera recuerdo su

nombre». Los rollos de una noche, con los que paleaba la soledad de mi cama. Yo no fui un buen esposo, y Carol podía ser una mujer perfecta, pero no era la mujer para un oficial de policía. Lo supe siempre; o, mejor dicho, lo supe desde el momento que la conocí a ella. Miranda Gardner

Curiosamente, el día en que le conocí, me había parado frente al espejo, y había dicho lo mismo de hoy: «Estoy en mi mejor momento». Me había llamado para integrar el cuerpo de instructores de la Academia. Había esperado con ansias, ese nombramiento. Dictaría la materia de Tácticas Defensivas. Una cátedra que me merecía, después de haberle pateado el trasero al oficial instructor, cuando era tan solo un aspirante. Años de artes marciales me hacían el candidato ejemplar para ese cargo. Recuerdo haber atravesado los arcos de la Academia en Albany, y la voz del retén al detectar mi presencia.

—Atención. Oficial en playón.

—Continuar—expresé con voz clara, fuerte y firme.

A la lejanía, observé a un pelotón de novatos corriendo, y me llamó la atención, la menuda figura que lo lideraba. El cabello corto, y el holgado uniforme azul de gimnasia no ocultaban las formas gráciles de mujer. Convergían en carrera hacia mí, por lo que pude verla pasar, y darle un buen vistazo a su delicioso trasero.

—Mmm. Uno no deja de preguntarse, porqué se metería semejante ricura en esto. —Michael Krupp me sorprendió, acercándose sigiloso como un zorro. Como el maldito zorro viejo que era—. Bienvenido —agregó, a la vez que me invitaba a la sala de profesores.

Tomó unos veinte minutos que me hicieran a la idea, de lo que la Academia pretendía del curso, y otros veinte, hasta que nos pusimos de acuerdo sobre lo que yo pretendía del curso.

El primer grupo nos esperó bajo el sol, durante casi una hora.

—No los quiero con ropa de gimnasia. Los quiero con el uniforme. —Le observé a Krupp.

—Pero... —Solo lo miré, y mordiéndose un «hijo de puta», los mandó a cambiar—. ¡A las cuerdas carrera mar. Tienen tres minutos para estar con uniforme de faena. Rompan filas. Corran, corran. Inútiles, fuera de mi vista!

La tropa pasó a mi lado, y pude observar sus miradas de rabia.

«Bien. Era bueno que supieran de entrada, como serían las cosas».

—¿Hay alguien que haya pasado el período de adaptación, y que

queremos de baja?

—Un muchachito de apellido Montgomery, demasiado flojo; y una maestrita, Gardner, devenida en aspirante, vaya a saber por qué.

—Bien. ¿Alguien con formación para trabajar como auxiliar?

—Roger, un ex marine; un boxeador semi profesional llamado Nielsen, y la misma maestrita que también es cinturón negro de karate. —Alcé una ceja, y estaba a punto de preguntar algo más, cuando el grupo volvió a formarse. Les rechinaban los dientes, y pocos estaban vestidos correctamente. Las agujetas de las botas sueltas, la camisa fuera del cinto, botones desalineados, y los ríos de sudor marcando sus rostros. Al final, la pequeña figura que había llamado mi atención—. Otra cosa—volvió a hablar en voz baja Krupp—, la maestra es la ricura del traserito parado, al final de la fila. Cuidado General.

Ni registré su advertencia. No estaba allí para arriesgar mi carrera por ningún culo, por más lindo que fuera. Cinco minutos después, ya no estaba tan seguro de ello.

—¡Atención. Grupo firmes!—mandó Krupp.

—El uniforme es una instancia plagada de prescripciones. Nos habla del individuo que lo porta, y de la institución que lo contiene. Su presencia es su placa y de aquí en más, su piel. En la calle no estarán con cómoda ropa de gimnasia, a la hora de aplicar una llave de sujeción contra un agresor armado—hablaba pausadamente, mientras examinaba las trazas de estos novatos, que aspiraban a convertirse en oficiales de la fuerza.

La revista me llevó en última instancia, a observar sin disimulo a la belleza de cabello corto, llamada Miranda Gardner. Ella mantenía la vista al frente en un punto indefinido, mientras la estudié al detalle. Rostro ovalado, de facciones armónicas, y unos labios gruesos que llenó mi cabeza de imágenes muy sucias. Me regodeé en las caderas redondas, la cintura estrecha, y el entallado de la camisa, que calzada perfectamente, donde sus pechos se veían como una jodida golosina. No sé si fui indiscreto en mi admiración, o ella presintió mi intención tras los lentes espejados, pero por un instante nuestros ojos se encontraron, y ambos fuimos conscientes de la química infernal que nos golpeó.

Si hubiera sido un caballero, me hubiera retirado sin observar cómo sus pezones tensaron el tejido de la camisa; pero yo no era un caballero.

—Gardner —pronuncié, fijando la vista en la plaqueta de su pecho, en la que aparecía su nombre—. ¿Tiene frío, novata? —Me acerqué sin el más

mínimo respeto de su espacio personal.

El brillo de su mirada fue tan intenso, como el rojo que cubría sus mejillas.

—Señor. No, señor—contestó con voz firme.

—Eso creí —murmuré, sacándome los lentes y mirándola abiertamente.

Aún ahora mismo, con la vida escurriéndose por una herida de bala, sonreía ajeno al dolor, recordando su carita brava.

Bastó solo una jornada, para que supiera que la muchacha superaría el curso con creces. Aun así, la sometí a un trato más riguroso, le grité, humillé, y nunca perdió el temple. Nunca hubo una seducción tan encubierta, como la mía. Me pasaba diseñando cada práctica para acercarme a ella. Tocándola ocasionalmente, pero con intensión. Corrigiendo su postura con una suave presión en su espalda, colocando mis manos en sus hombros, guiando sus brazos, acomodando su torso, apoyando mi cadera en la suya. Haciéndole consciente de mi cuerpo, y cómo su pequeño metro sesenta, encajaba perfectamente con el mío. Coqueteando con el desastre tanto para mí como para ella.

Solo eran seis meses de adiestramiento. Luego podría avanzar terreno, pero a poco de haber comenzado el curso, no la vi en formación. Pasé toda la hora urgiéndome a no preguntar por ella. Cuando terminó la clase, hice una visita a personal, y pedí su expediente: Licencia médica — neumonía. Hice una ojeada a su dirección, mientras trataba de anular la incómoda sensación de culpa. La había expuesto a la llovizna constante, durante las últimas prácticas, indiferente a su constante tos. ¿Quién cuidaría de ella? Por lo que sabía; su padre y hermano vivían en Texas.

Con el pretexto en mis manos, me presenté donde vivía, una especie de residencia de estudiantes.

—Oficial Gleason.

Aún con la nariz roja y congestionada, estaba preciosa. Se la veía tan vulnerable.

Era una delicada contradicción, dentro de ese ámbito de hombres duros y quebrados. Delicadeza que me encantaba desafiar en el campo, donde se convertía en una pateada—traseros estupenda.

—Gardner. Puede que parezca inapropiado presentarme así, pero quería saber cómo estás.

Intencionalmente había decidido dejar las formalidades de lado. Iba por

ella, y no quería ocultarlo.

—Bien. Ya estoy medicada. Me dieron inyecciones —musitó como una niña pequeña.

—Eso está bien. Te repondrás más rápido —dije acercándome, y apoyándome al resquicio de la puerta por donde ella asomaba.

No se alejó. Había hecho bien mi trabajo.

—No se permiten hombres en la residencia; sino, lo invitaría a pasar —expresó con timidez, mirándome directamente por vez primera.

Tenía unos ojos increíbles, de un gris o celeste muy claro. El cabello castaño sin fijador, ahora le caía en ondas sobre la frente y cuello. «Oh, mi Dios». La piel sonrosada de su cuello, me hacía picar los labios.

—¿Ya comiste? —Ella negó con la cabeza—. Te invito algo por aquí cerca. Busca un abrigo.

Miranda miró hacia dentro de la casa, como analizando si debiera pedirle permiso a alguien, y me tensé esperando su respuesta.

—Bien. Vamos—contestó.

Fuimos caminando a una cantina italiana. Un lugar ruidoso, donde todos parecían conocerla. Eso podía estropear mis planes, hasta que me vi inmerso en la especial energía que desprendía Miranda. Me encontré pasando una divertida velada, compartiendo anécdotas, y hablando de mi vida y mi trabajo, como no lo había hecho en muchísimo tiempo. Descubrí que había ido a un conservatorio de arte, que amaba la música, pero detestaba la docencia. Le conté que no sabía bailar, y que amaba enseñar. Hablamos, hablamos, hablamos. Ella alentaba la conversación con pequeñas preguntas, mientras expresaba su opinión de un modo encantador: gesticulando con las manos, sonriendo, tocando mis brazos sin saber que estaba poniéndome a mil. Era extrovertida, sociable y una excelente oyente, tanto, que me vi fantaseando con compartir los lastres, después de una jornada de trabajo. Me preguntaba cuánto más era Miranda Gardner.

—Estás muy callado. —En algún momento, había dejado el señor de lado, y eso me encantaba.

—Pensaba en que lo pasé muy bien.

—Yo también. Gracias.

Caminábamos despacio. Suponía que eso prolongaba el momento de despedirnos. Realmente no tenía ganas de que la velada acabara, y quería pensar que para ella era igual.

—¿Cuándo te reintegras?

—Creo que en cinco días. Si estoy mejor, antes. ¿Preocupado de que no esté para joderme la vida, General?

Ya habíamos llegado, y tenía los sentidos completamente alterados por su cercanía. Su perfume, su risa, la sutil femineidad de su caminar. Mareado por la idea de cuánto la deseaba, y de cuánto podía perder, si alguien se enteraba de que me había liado con una aspirante.

Me paré frente a ella y sujeté su mano.

—Estoy preocupado de los cuatro meses que nos quedan, y si podré aguantarme tanto tiempo sin besarte.—Respiré su aliento. Me llené del aire de su jadeo sorprendido. Subí mis manos hacia el gentil arco de su mandíbula, estudiando su rostro, preguntando en silencio si me rechazaría—. He decidido que cuatro meses es demasiado. Así que voy a besarte ahora.

No fue un primer beso. Fueron toda una jodida enciclopedia. Sus labios eran la gloria. La dulce humedad de su boca, que sucumbía contra los embates de mi lengua, y me devolvía el beso con igual voracidad. Una batalla sin apresuramientos, de quién dominaba a quién. Succionando, mordiendo y lamiendo la boca del otro. Conociéndonos. Aceptándonos. Tomando posesión de quién éramos, para convertirnos en algo más: en amantes.

Un beso concluyente; de esos que te dejan mareado y excitado hasta la médula. Un beso de esos que da miedo. Porque sabes que, aun siendo un canalla, has encontrado una pared contra la que te vas a estrellar, y mi pared era Miranda Gardner.

A pesar de todos los no en contra que tenía que considerar, la quería para mí. No tenía idea de cómo solucionaría mis mierdas, pero lo primero era convencerla de que se mudara a un apartamento. Se negó de lleno a que le ayudara con la renta, y a regañadientes, acepté que lo compartiera con otra estudiante. Esos días los recuerdo con la maravillosa expectativa de la espera. Del retrasar lo inevitable. Realmente estábamos probando nuestra resistencia, cuando decidí invitarla a salir. Una disco anónima, sin más rutina que la de tontear un rato, y poder conocerla mejor. Creo que tenía en claro el final de la noche; lo que no esperaba era ser yo el seducido. Toda piernas con unas altísimas sandalias, un vestido negro pegado al cuerpo, con algo de vuelo al final, tan corto que apenas le cubría el trasero. Infernal, creo que es la palabra que buscaba, e infernal, es como acabé pasándola.

«¿En qué mierda pensaba al llevarla a una disco?».

Ella comenzó a contonearse, siguiendo la música apenas entramos, y cuando se quitó el abrigo, quise darme la cabeza contra la pared. El maldito vestido no tenía breteles. Se sostenía a pura inspiración de sus senos, y mientras ella danzaba, yo ocultaba mi incómoda rigidez, sentado en el sillón más oscuro del lugar. Cuando un muchacho la invitó a bailar —yo, que no bailaba ni el vals de las bodas—, la arrastré a la pista. Estaba furioso de cómo la miraban, de cómo deseaban algo que era mío, pero estaba más enojado porque ella no era mía aún. La sujeté contra mí, y la besé con rabia.

Besarla siempre fue como buscarla en un personaje. Porque podía ser atrevida, suave, agresiva, tierna. Besarla siempre era una experiencia distinta, y esta no fue la excepción. No la conocía así, entregada; sumisa al saqueo odioso con el que violaba su boca. Me dejó hacer mientras la retenía con furia. No luchó contra mi sed, y dejó que yo liara con el fuego insano de los celos, mientras marcaba el ritmo con su cuerpo, para acabar meciéndonos a nuestra propia melodía. Quitó sus manos de mis antebrazos para cruzarlos en la espalda y entrelazar nuestros dedos. Recostada sobre mi pecho sin que ningún milímetro de nuestros cuerpos se dejaran de tocar. Cobijando mi erección contra su vientre, acunando la pasión, hasta que ya no podía pensar en otra cosa que tomarla allí mismo.

—Vámonos de aquí. —Casi no reconocí el graznido que salió de mi garganta.

—Creí que nunca lo ordenaría, mi General.

No sé cómo salí de allí sin avergonzarme en público. O cómo lograba caminar en el estado en que me encontraba. Lo que sé es, que en tiempo record, estábamos en la casa de fin de semana de mis padres, en Long Beach. Me sentí obligado a un recorrido, pero ella se encaminó hacia el dormitorio principal, apenas indique dónde estaba.

—Es todo muy bonito. —Su intento de ser casual no tuvo éxito.

—Aún puede emprender la retirada, novata Gardner. —Necesitaba darle una última opción de escapar.

—He firmado la rendición. Te deseo, General, y quiero gustarte lo suficiente.

Al contrario de mi voz vacilante, Miranda sonaba firme y decidida. Como una mujer con una misión, y sentí esa alarma en mi interior. La luz roja parpadeando «Peligro. Podrías acabar enamorándote», pero estaba lejos de

poder pensar.

—Más que lo suficiente, bebé.

La tomé entre mis brazos y le besé suavemente. Con estudiada conciencia de llevarla al mismo grado de excitación, en que yo estaba. La recorrí con mis manos, memorizando sus curvas, gozando de la suavidad de su tez sonrosada, apretándola contra mí, y dejando que sintiera cuán duro me ponía. Expuso su cuello, y marqué senderos de besos, lamiendo y succionando la exquisita piel de su escote, hasta llegar a la línea del vestido, el cual jalé con los dientes, hasta que sus pechos quedaron descubiertos.

Me alejé un paso para observarlos. Perfectos. Turgentes. Con aureolas de un rosado más intenso, y pezones erguidos cual fresa madura. No la toqué. Comencé a desvestirme frente a ella con premura, y con la sonrisa canalla ganándome la cara. Ella no se quedó atrás. Mi chica valiente terminó por quitarse el vestido, las ligas, las medias. Cuando yo bajé mi slip, ella se quitó sus bragas, y las revoleó para cualquier lado, al igual que yo lo había hecho.

Nos reímos. Los dos frente a frente. Llenándonos los ojos con la desnudez del otro. Apreciando las diferencias que nos hacían deseables y perfectos. La giré hacia el espejo, y me coloqué a su espalda. Ciñéndola por la cintura y mordisqueando su hombro, mientras no quitaba la vista de la erótica imagen que formábamos.

—Mira que hermosa eres, Miranda. Mira cuán perfecto encajamos uno con el otro.

Ella no respondió, solo estiró sus manos hacia atrás para apretar mis cachetes, arañando las nalgas, e instando a que me meciera contra ella. Cubrí sus senos con mis manos, palpando su peso, estimulando sus pezones hasta que un jadeo salió de su boca, la cual acallé con la mía. Tiré de ella para que se recostara sobre mí.

—Eres como una escultura—susurró, besando mi pecho, y acariciando con su aliento mis tetillas. Sus dedos dibujaban los músculos de mi abdomen, provocándome una agonía dulce, muy dulce.

Nunca había sido tan consciente de mi deseo. Tal vez por el control que debía ejercer sobre este. Ella me había dicho más de una vez, que no había estado con ningún hombre antes, y aunque llegué a creer que mentía, sutiles detalles me hicieron apreciar la cándida inocencia tras su seducción. «Qué afortunado cabrón». Sonreí.

—Pareces más joven cuando sonríes —dijo, esclavizándome con sus

increíbles ojos grises.

—¿Está llamándome viejo, señorita? —La recosté debajo de mí, y la aprisioné con mi cuerpo.

—Señor. No, señor —exclamó entre risitas.

—Pues va a tener que ocuparse de mantenerme sonriendo, por mucho tiempo.

—Es una promesa, mi General.

Y la promesa comenzó con muchos besos, y un reguero de saliva por todo el camino al sur de su vientre. Le apremié a abrirse, exponiendo la tierna carne. Rosada, hinchada, húmeda y preparada.

Mía.

Únicamente mía.

La degusté lentamente, y así la hice acabar por primera vez; pero no me detuve, y aligeré los movimientos, para dejarla alcanzar un segundo, y agregué mis dedos y palabras sucias, para que me diera un tercero. Cuando me rogó para que le dejara; cuando dijo «basta» con un sonido lastimero; me alcé a contemplarla. Aún estaba con los ojos cerrados. Saciada y exhausta. Por ver esa imagen, es que los hombres aprendemos a comer coños. Mi falo se alzó, como aseverando la idea.

En ese estado de excitación, me descubrió Miranda al abrir los ojos. Con mis piernas a cada lado de su cuerpo, arrodillado frente a su vientre plano, bombeando mi carne inhiesta lentamente, estimulándome con movimientos firmes y duros. Ella se pasó la lengua por los labios, y casi acabo en ese mismo momento.

—¿Haz masturbado a un hombre antes?—Ella negó con la cabeza, mientras me miraba fascinada—. Acaríciame—ordené, pedí, rogué, guiando su pequeña mano, para acoplarla al movimiento de la mía—. Eso es. Aprieta más. Bien, bebé—murmuré incoherentemente, mientras su cálida mano me envolvía.

Su inexperiencia inicial era devastadora para mi resistencia. Aprendía rápido. Era una buena alumna, y yo un maestro que estaba siendo superado. Cambiamos de posición, dejándome de espaldas. Sus manos fueron curiosas, sobre todo con mis testículos, que aguantaron su exploración erótica, tensándose y llenándose hasta un punto doloroso. Aguantaba su investigación estoicamente, con los ojos apretados, pensando en... «Manejar siempre el arma como si estuviera cargada, aun estando descargada. Dos: mantener el

arma... El dedo fuera del disparador hasta... ¡Demonios!». Su preciosa boca estaba sobre mí.

Se estiró sobre mi estómago, y me tomó, acompasando su succión, con el firme y ascendente masaje de sus manos.

—¿Está bien, mi General? —susurró al sentir mi sobresalto.

—Cielos, bebé. No. Sí. Es que no creo que sea buena idea —mascullé, tratando de controlarme.

—¿Por qué, señor? ¿No lo estoy haciendo correctamente?

—Nada que objetar con su técnica, novata. Es que, hablando de disparos, no quiero tirar en falso. —Ella sacó su divina boca de mí, haciendo un splot, y rio como una niña con un juguete nuevo—. Preciosa. Me estás matando, bebé. Ven. Siéntate sobre mí.

La mantuve a horcajadas, guiándola a que descendiera, tomándome. Adaptando sus cálidas paredes a la invasión. Dejándola tomar las riendas, y acompasando sus movimientos, hasta que me sentí llegar a su mismo cérvix, como un par de labios besando mi cabeza. Ella gimió suavemente, tirando su cabeza hacia atrás, y allí comenzó la verdadera danza. Apoyé mi mano en su vientre plano, para que pudiera sentirme más. La amé mucho. Desesperadamente. Empujé el placer, demorándolo, gozando del apuro y la agonía de nuestra unión, hasta que el ejercicio de complacerla fue recompensado, por el aprisionamiento de sus músculos, haciéndome acabar en un bramido animal.

Los estertores me mantuvieron en el limbo, por más de lo que hubiese experimentado con nadie más. Luego, el sosiego desconocido de querer acunar su cuerpo, de necesitar su calor, equilibrando la caricia tranquila. Porque en ese momento lo supe, me había estrellado contra la pared llamada Miranda Gardner. Un hombre puede sentirse enamorado, cuando lo pasa en grande follando con una tía, pero realmente se sabe enamorado, cuando después del sexo, aún quiere seguir quedándose en ella.

La miré a los ojos. Quería decirle tantas cosas, pero sabía que tenía mucho que resolver aún. Un curso que acabar, una novia a la que dejar, y la decisión de tirarme de cabeza a un sentimiento, que me asustaba como la misma mierda. Así que la atraje y saqué su boca, adorándola, disponiéndome a amarla otra vez, encendiendo su cuerpo con mis caricias, hasta el límite de que creyera en mí. Que creyera esas palabras que en silencio le dedicaba.

Tenía cada momento registrado con detalle.

Allí, a años de esa primera vez, aún con la muerte a mis espaldas, mi cuerpo reaccionaba a su recuerdo, entumecido como un adolescente. Sería más que vergonzoso que me encontraran frío, y con semejante problema. Ella siempre fue mi debilidad, y qué mayor comprobación de ello, cuando a poco tiempo, me llamaron de la comandancia.

—¿A usted confraternizado con la cadete Miranda Gardner?

Y todo fue cuesta abajo. Los interrogatorios, el sumario. Los de asuntos internos agarrándome por las pelotas. La sanción y el traslado al peor precinto. Aun así, no le dejé. Si ella podía aguantar toda esa exposición, yo no la defraudaría. Esa era mi intención, pero al mismo momento, Carol, a la cuál le había pedido un tiempo, me sorprendió con una noticia.

—Quedé embarazada —largó una tarde de domingo, en que había pedido encontrarnos.

Hacía tiempo que no intimábamos, pero recordé claramente la ocasión.

—Nos casaremos.

Fue terriblemente fácil llegar a esa conclusión.

—No dije que estuviera embarazada. Aborté. —Tomó un sorbo de su té, con la frialdad y parsimonia, como si estuviera hablando del clima—. No soy estúpida, Brandon. Sé cómo estaban las cosas entre nosotros. De ningún modo te hubiese atado con un niño.

Y fue precisamente eso, lo que me obligó a responder con honor. Fue entonces que dejé a Miranda Gardner. Sin explicaciones. Sin dar la cara. Simplemente no podía decirle que aun amándola como la amaba, iba a casarme con otra.

«Una vez más, Dios mío. Déjame verla una vez más» y recé como no había rezado desde niño.

—Gleason. Oficial Gleason, por esta—volví a insistir por la radio.

—Teniente Gleason. Aquí el Capitán Parker, del SOU. Evalúe.

—Oficial McGowan muerto. Repito, McGowan está muerto. Estoy herido, con mucha pérdida de sangre. Cuarto piso, ala oeste. En el tercero, dos masculinos con rehén femenino. Armas cortas. Una 45 y posible 9. No sé si tienen más proyectiles. No saben que estoy aquí arriba—informé con voz controlada.

—10.4^[2], Gleason. Estamos por sacarlo.

Estaba lúcido a pesar del dolor, y saber que estaban a punto de tomar el lugar, me puso más atento todavía. Percibí una luz titilante en el edificio de enfrente. Rápidamente saqué mi linterna, y respondí la señal. La luz de la calle y de todo el edificio se apagó. «Empezó el juego». Sentí un jaleo en el piso de abajo, y la fricción de algo o alguien, por lo ductos de aire. «Imposible. Demasiado pequeños para que un hombre cupiera allí». De repente, un estruendo, y una sucesión de rápidos disparos. No más de cuatro tiros, y luego, silencio, seguido del golpeteo de una bota subiendo. La tropa se abrió paso, justo cuando se encendían de nuevo las luces.

—Gleason. Gleason —llamó alguien.

—Por aquí—grité.

Un uniformado de la Unidad Táctica Especial, se acercó corriendo hacia donde yo estaba. Se acuclilló a mi lado, a la vez que se quitaba el casco y el pasamontaña.

—Encantada de verlo, General.

«Miranda».

No podía dejar de observarla, mientras me daban los primeros auxilios en el lugar. Los paramédicos me hacían preguntas, y yo solo balbuceaba. No por la pérdida de sangre que seguramente afectaba mis sentidos, sino porque estaba absolutamente anonadado por la pequeña Miranda Gardner. Se había convertido en parte de la fuerza de élite, y salvado mi pellejo. Tantos años sin verla. Sin saber de ella. Estaba diferente. Tenía el cabello más largo y de un color castaño más claro. No era solo un cambio físico. Era la maravillosa mujer en que se había convertido. La vi moverse entre sus compañeros, diligente, capaz. Atenta a todos, e ignorándome a mí.

A punto de que me llevaran, grité.

—¡Gardner!

Ella volteó a verme, su rostro serio y formal. Extrañé la grandiosa sonrisa que solía brindarme.

—¿Qué pasa, General? Sea bueno y deje que lo trasladen en paz.

—Gracias. Yo solo quería decirte, gracias.

—No hay porqué. Es mi trabajo.

—Jefe. Vamos a bajarlo —comunicó el camillero.

—Ven conmigo.—Pareció sorprenderse con mi pedido. Negó

ligeramente con la cabeza, antes de contestar.

—Brandon, tú sabes cómo son las cosas. Tengo un informe que redactar, planillas que llenar, entregar las armas.

—Por favor, Miranda. Por los viejos tiempos.

Los camilleros me subieron hacia el vehículo. La sirena impedía que hablásemos, pero insistí en que no me durmieran.

—Necesita los calmantes—contradijo el paramédico.

—Calmantes, sí. Pero no me duerman. El dolor es...

—El dolor es mi amigo, y bla bla bla. No cambias, General.

—Pero usted sí, Gardner.

—Teniente Gardner—corrigió, golpeando con su dedo los galones negros en las charreteras^[3] de la chaqueta.

—Siempre supe que lo conseguirías. He pasado las últimas horas, rogando que Dios me diera la oportunidad de verte una vez más. Casi no puedo creer tenerte aquí.

Alcé la mano canalizada, buscando la suya. Ella dejó que entrelazara sus largos dedos, y deslizó una suave caricia por mis nudillos. Se tardó un tiempo en volver a hablarme. Un tiempo en que, al consuelo de su toque, me fui aletargando.

—La cercanía de la muerte te ha alterado, mi General. Aunque quisiera saber qué nos pasó; este no es el momento. Recupérate y hablaremos. ¿Sí?

—Solo quiero que sepas que siempre te amé.

—Yo también, mi General. Pero eso es historia. Te amé, me heriste. Te perdoné y te olvidé. Estoy casada. ¿Sabes? Felizmente casada.

Sentí que el pecho se habría en dos. «Felicidades. Esto es lo que se siente cuando te rompen el corazón».

—A fin de cuentas me lo merezco. Debería sentirme feliz por ti, pero soy egoísta. Siempre te consideré mía. Cometí el terrible error de prestarte por demasiado tiempo, sin reflexionar cuánto dañado te había hecho. Lo siento, bebé.

—Yo no. No sería quién soy hoy, si renegase de todo lo que viví. Incluso tu abandono.

—Siempre fuiste mejor que yo. —Miranda me recordaba a esos objetos rotos que los japoneses reparan, agregando oro o plata en sus grietas. Celebrando sus fallos, para superarse y volverse más fuerte. Los celos me

hicieron querer saber, sobre quién había restaurado su corazón—. ¿Es de la fuerza?

—¿Quién? ¿Mi esposo?—Se río de esa forma encantadora. Con esa risa que me transportaba a momentos felices—. No. Nada que ver. Es cocinero. Ya sabes... lo que dice el dicho: no hay nada mejor que llegar al corazón de una mujer, que por el estómago.

—Mmm. No me hagas reír. Tengo un balazo por si no te has dado cuenta —respondí con humor, y recuperando algo de esa camaradería con la que solíamos comunicarnos—. Estás hermosa, Gardner.

—Compórtate, y con suerte, nos tomamos un café cuando salgas del hospital.

—¿Es una promesa?

—Es una promesa, mi General.

INSOLENTE

Gianna Leiman

Solía arrancarme de él.

Cada vez que giraba en alguna esquina, y veía su uniforme, me daba media vuelta y desaparecía. Sin embargo, esta vez no tuve hacia donde huir, porque ahora era yo quien le estaba buscando.

—¿Señorita Montfort?—Sonó sorprendido.

Alcé la vista hacia la dirección de su voz, y miré fijo cómo tiraba del borde de la remera verde, para terminar de acomodarla.

—Lamento molestarlo, sargento.

La verdad es que no lo lamentaba tanto, así como tampoco lamentaba el hecho, de que le hubieran mandado para proteger el patrimonio de la comunidad, aun cuando me hubiese quejado durante horas el día que llegamos.

El castillo de Montalbán, en Toledo, estaba bajo amenaza de demolición. Mi padre, doctor en historia, tramitó un permiso para poder investigar vestigios de su época, como centro militar de la Orden del Temple. Lo había logrado, y es que siempre lograba todo lo que se proponía. Así mismo, consiguió que nos dejaran instalar tiendas de campaña enormes en el patio de armas del castillo, para que él pudiera alucinar las veinticuatro horas seguidas, con sus queridos caballeros templarios; claro, siempre bajo la atenta vigilancia de dos sargentos españoles, entre ellos, Doménech.

¿Y mi excusa para estar allí? Una cabeza llena de cuentos sobre caballeros y princesas, vacaciones en el viejo mundo pagadas por papá y, por supuesto, la esperanza de encontrar un español que me susurrara cochinas al oído, con ese acento tan pornográfico que tienen. «Te voy a follar hasta que olvides quién eres», me decía el español de mis fantasías, mientras la sonrisa maliciosa se extendía por mi rostro.

El sargento carraspeó, y me trajo de vuelta a la realidad, a su ceño fruncido, y al calor seco del atardecer amplificado por la tienda.

—Mi padre necesita volver al castillo.—Aquello casi sonó a disculpa. Abracé la carpeta que llevaba, intentando protegerme de su enfado.

—Mi turno ha terminado. —Las arrugas en su ceño se acentuaron—. El doctor Montfort sabe que después de las seis de la tarde, debe llevar al sargento Alberti.

—Conoce a mi padre... —Los cuatro días que llevábamos allí habían sido suficientes, para que todo Toledo se enterara, de que nunca conocerían a nadie más terco que Bernard Montfort—, me ha pedido que venga por usted, y no aceptará un no por respuesta.

Doménech suspiró cabreado, puso el arma en el cinto, y tomó su chaqueta. Sus pasos fueron largos y rápidos, mientras avanzaba hacia la salida de la tienda.

—Yo soy el que da las órdenes, no su padre.

Sentí su aliento cálido cuando susurró junto a mi rostro, y mis piernas amenazaron con ceder ante la advertencia.

—Dígale eso a él, yo solo soy el mensajero —me obligué a contestar, al tiempo que me erguía. El sargento retrocedió, me miró de pies a cabeza, y endureció el gesto cuando llegó a mis ojos.

Una de las razones por las cuales huía de él, es porque tenía esa manía de mirarme fijamente a los ojos, sin la menor piedad, y cuando lo hacía, no estaba segura de si me odiaba, o me deseaba, y aquello comenzaba a desesperarme.

Seguía mirándome fijo, cuando sentí sus manos demasiado cerca de mi cuerpo. Me quedé inmóvil, viéndole como una idiota. Sus dedos rozaron el dorso de mi mano y la respiración me falló. Llevaba tres malditas noches revolcándome en la cama por no tenerle, y ahora estaba cerca, demasiado cerca. Por alguna extraña razón, sus labios se habían aproximado a los míos, y yo estaba segura de que me iba a besar. Se lamió el labio inferior y sentí su aliento sobre mi boca cuando susurró.

—Creo que esto es para mí.

Con un movimiento rápido, me quitó la carpeta que decía «CONFIDENCIAL», y se marchó.

—¡Eso es mío! —chillé cuando pude mover de nuevo los pies, para perseguirle. Doménech ni siquiera hizo ademán de detenerse, siguió cruzando el enorme patio de armas, como si yo no existiera. La verdad es que me importaba una mierda si leía el expediente, pero no iba a perderme la oportunidad de mirarle el culo mientras caminaba.

—Le he dicho que eso es mío—insistí cuando logré alcanzarlo.

Poco a poco me había ido cabreando. Un solo roce, una sola insinuación, y yo estaba mojada y lista, para revolcarnos en cualquier rincón oscuro. Esto comenzaba a salirse de control.

El sargento Doménech se giró hacia mí, y detuvo la marcha. Estuve tentada a dar un paso más, y chocar contra su cuerpo, pero me contuve.

El silencio me pareció eterno mientras nos mirábamos cabreados.

—Será una noche cálida —murmuró. Le observé sin saber qué diablos responder ante eso—. Después de la cena, venga a buscar su carpeta, para entonces la habré leído —el tono de su voz había sonado un poco menos duro.

—¿La voy a buscar? ¡Pero si es mí carpeta! —me quejé. Puse las manos en jarras, y me preparé para empujar un poco más aquello—. Es mía, y es usted quien debe devolverla. Será usted quien vaya a dejármela después de la cena.

El sargento no estaba para nada feliz. Los músculos de su cuello se tensaron, cerró la mano libre en un puño, y sonrió.

—No lo olvide, señorita Montfort, soy yo quien da las órdenes —sentenció con voz grave, antes de reanudar el paso.

Era definitivo, se me habían caído las bragas en un agujero profundo y oscuro, desde donde nunca podría recuperarlas.

«Borrar imagen mental. Borrar látigos. Borrar esposas. Borrar nalgadas. No borrar el culo de Doménech. Nunca».

Lo seguí con la mirada, intentando convencerme de que aquel hombre era igual de imperfecto que cualquier otro, y que sus defectos eran muchos más que sus virtudes, pero no pude hacerlo. El solo recuerdo de su aliento sobre mis labios, hacía que me estremeciera. Necesitaba darme una ducha fría, nivel ártico, y pensar en lo buena que la vida monacal podía ser para mí. Sí, claro, como si ser Santa Eleanor, Carmelita descalza y amiga de los desamparados, pudiera compararse a lo que me hacía sentir ese hombre, cada vez que lo tenía cerca.

Cuatro días, tres noches: mi larga sentencia cumplida. Dos noches, tres días: la sentencia que me quedaba por cumplir. Me sentía como un reo muriendo de sed, observando la jarra del carcelero al otro lado de los barrotes, con la garganta seca, el corazón frenético, y un único pensamiento posible.

Lo observé alejarse una vez más, sin poder dejar de fantasear.

—¿Y tú qué haces viéndole como estúpida?—preguntó Camille con tono

burlón. La asistente española de mi padre, había sido antes su alumna estrella del doctorado en historia, y ahora, se estaba convirtiendo en su mano derecha. Era ella quien le había metido en la cabeza, la idea de venir a buscar caballeros a Toledo.

—No seas celosa. Ven a mirarlo conmigo—bromeé. Ella se acercó, se tomó de mi brazo, y miramos al sargento hasta que llegó a la entrada del castillo.

—Deberías invitarlo a salir cuando hayamos acabado con esto, tía —me animó.

—Querida, si lo invitara a salir, estoy segura de que me dispararía en el culo, y luego se burlaría de mí. La verdad es que no parece del tipo «claro, nena, salgamos a por unas copas».

Hice una vergonzosa imitación de voz.

—Allá tú, Elle, pero si ese tío me mirara como te mira a ti, te juro que ya le hubiese dejado mis bragas bajo la almohada, y una notita para una cita a medianoche.

«Claro, como si yo no hubiese pensado ya lo de las bragas...». Camille me guiñó un ojo, antes de comenzar a caminar hacia el castillo.

No, no iba a arriesgarme con los regalitos nocturnos, pero sí a verlo de cerca otra vez. Alcancé a Camille, y la acompañé hasta la entrada del castillo. No estaba muy segura de qué me atraía de él, aunque probablemente eran sus ojos negros, destacando en la piel dorada por el sol español, porque del resto de su anatomía, no destacaba nada —al menos eso me decía a mí misma—. Era como cualquier militar: cabello corto, brazos fuertes, espalda indescriptible, un par de tatuajes del ejército, de los cuales solo había tenido pequeños atisbos, cuando mi útero descontrolado me obligaba a espíarle. Ya, bien, era guapo, de esos que no estás muy segura si lo son por cómo se ven, o por cómo se mueven, aunque el aire autoritario ciertamente le ayudaba.

Y yo, yo cada vez que intentaba coquetearle me sentía como una idiota. Las españolas, las pocas que había conocido, eran mucho más directas, iban por lo que querían, en cambio yo, estaba acostumbrada al cinismo, donde demostrar que alguien te gusta no está permitido. Vamos, que el amor es un juego, y el que demuestra sentimientos pierde; que hay que ser una perra, porque a los hombres les encanta que los trates mal. Aunque, pensándolo bien, hasta ahora nada de eso había funcionado; quizás debería cambiar la táctica.

—Señorita Montfort—me saludó Alberti con una leve reverencia.

—Sargento Alberti. —Le sonreí inevitablemente. Alberti tenía uno de esos rostros amables, que te obligaban a ser educada y agradable.

—Cariño—dijo papá, sin levantar la vista del libro que estaba estudiando—, iremos con Camille y el sargento Alberti a la torre principal, así que tendrás que acompañar tú al sargento Doménech a San Martín.

Sentí todos mis músculos contraerse.

—¿Y a qué iría yo con Doménech a San Martín?—pregunté, intentando no aceptar aquello, con la sonrisa que se me escapaba por la comisura de los labios.

—Vamos, a lo mismo que he ido yo todos estos días —intervino Camille—: a buscar la cena. ¿O acaso creías que alguno de nosotros era el mago Merlín, y la sacaba de un agujero en medio del patio de armas?

—Muy graciosa —murmuré con una mueca.

—¿Nos vamos, señorita Montfort?—preguntó Doménech. Asentí rápido, y le seguí hasta la camioneta del ejército.

«Oh, San Judas, patrono de las causas perdidas, ten piedad de esta hija tuya, que está al borde de la combustión espontánea».

Me recordé que debía seguir respirando, mientras subía al coche.

—Soy Eleanor, por cierto—le avisé cuando avanzábamos hacia la autopista.

—Lo sé. —Lo miré extrañada—. Su padre habla constantemente sobre usted, así que me he enterado de un par de cosas.—Su tono seguía siendo duro, pero estaba casi segura de que había relajado el ceño.

—Solo espero que no de las cosas vergonzosas. —Las mejillas se me habían puesto moradas, pensando en todo lo que papá podría haberle contado.

—No, no hemos llegado hasta allí. Solo me ha hablado sobre lo buena hija y estudiante que eres. Que estás terminando el doctorado en historia, pero que no quieres trabajar como su asistente, porque te gusta tu independencia. También me ha dicho que sois muy unidos, y que esta es tu primera vez en España.

—Bueno, al menos no te ha mentido —acepté con una sonrisa—. Y ya que sabes tanto de mí... bueno, deberías contarme algo sobre tu vida.—Lo cierto es que solo quería saber si era soltero.

—¿Y por qué querrías tú saber acerca de mí?—Volteó el rostro, y me miró fijo, sin desacelerar—. Si no me equivoco, habéis dicho que soy solo un idiota que sigue órdenes.—¡Mierda! la idea había sido precisamente que

nunca oyera eso.

—Y lo sigo creyendo —murmuré—, al menos la segunda parte. Pero ya no creo que seas tan idiota. —Aquello no fue precisamente una disculpa, aunque había intentado que lo fuera.

—La gente no solo entra al ejército para seguir órdenes, Eleanor, a mí también me gusta darlas —vi la sonrisa ladina en su rostro.

—Veo... —estaba segura de que ya había dicho eso antes, ¿sería acaso algún mensaje subliminal que yo no estaba captando?

—¿Qué ves? —Detuvo la camioneta sin el menor aviso, y se giró del todo hacia mí. Volví a sentir mis músculos tensos, las manos sudorosas, y el color subiendo a mi rostro.

Bien, a este juego podíamos jugar dos.

—Estás jugando conmigo. —Puse mi dedo sobre su pecho, acusador, y seguí increpándolo—. Tal vez para ti es divertido ver cómo intento comprender qué diablos tratas de decirme, pero de verdad no tiene ninguna gracia.

—Tú eres la que ha estado jugando. —Tomó mi mano y me acercó a él, desafiante—. Sabes quién soy y lo que hago, y aun así juegas. No me culpes a mí por lo que deseas, Eleanor. —Su boca estaba demasiado cerca. Podía sentir sus latidos bajo mi mano, su respiración sobre mi rostro, y el deseo gritando dentro de mi cuerpo.

—Yo no deseo nada—espeté desafiante, alejándome y cruzando los brazos sobre el pecho.

«Un beso, ¡dame un maldito beso!».

—No deseas nada...

—No, no deseo nada.

«Lo deseo todo, idiota...».

—Ha quedado claro, señorita Montfort.

—Me alegro que así sea, sargento Doménech.

«Mierda...».

El resto del camino hasta San Martín fue tan tenso, que estuve a punto de morir asfixiada por la densidad del aire. Abrí la ventana de la camioneta, y me dediqué a mirar sin ver.

¡Idiota! Era la más idiota de todas las idiotas. Deberían darme un premio por mi idiotez. Lo tenía, el sargento estaba allí dispuesto a... ¿o no? Tal vez solo estaba jugando, tal vez quería burlarse de mis estúpidas ganas de

acostarme con él. Bueno, ahora no podría saberlo nunca.

«No lo deseas, Eleanor. No te gusta. Es desagradable, insolente, irrespetuoso y horrible. Encontrarás a alguien mil veces mejor que esa bestia con una pistola al cinto».

Quería bajarme del coche, y hacer una pataleta por la frustración.

Doménech guió la camioneta por el pueblo, y se detuvo en una casa de dos plantas. No me habló, simplemente se bajó del coche, y volvió quince minutos después con comida casera caliente. Puso las bandejas en el asiento trasero, con cuidado, y volvió al asiento del chófer.

—¿Necesita comprar algo en el pueblo, señorita?—Su voz volvió al tono habitual de militar malhumorado.

—No, sargento, no necesito nada—respondí en el mismo tono.

—Comeré en la tienda—avisé a todos una vez que el sargento repartió las bandejas.

El viaje de vuelta había sido insoportable. Estuve a punto de lanzarme del coche en marcha, solo para estar lejos de Doménech y su silencio. La imbécil había sido yo, seamos sinceros, y quería morir unos minutos y así no pensar en que si supiera arriesgarme, ahora podríamos estar revolcándonos.

—Señorita Montfort—me detuve al oír su voz. Giré el rostro y me encontré con sus ojos negros—. No podré leer su carpeta esta noche, venga a buscarla mañana... por favor.—Aquel «por favor» me sorprendió. Le miré fijo, y alcancé a divisar cómo relajaba la expresión. Supuse que aquello era su particular forma de hacer una tregua. Sonreí como imbécil.

—No hay problema, sargento.

Seguí hasta mi tienda, y me dejé caer sobre el camastro, como una adolescente ilusionada.

Un corazón, una espalda gloriosa, unos ojos negros, manos fuertes, labios suaves y un pene. Todo volaba en el techo de mi habitación, como el collage perfecto de San Valentín. Ufff, me crucé de piernas instintivamente. ¡Diablos! ¿Qué estaba pasando conmigo? debería ir a coger una margarita, y quitarle los pétalos uno a uno, para ver si lo odiaba o lo deseaba, porque la verdad ya no estaba segura.

«Te odio. Te deseo. Repulsión. Espalda. Maldito. Labios. Imbécil. Fóllame... fóllame...».

—¿Está bien? —Rosa, rojo, morado, azul. Mi rostro llegó al más oscuro en los siguientes cinco milisegundos, después de oír su voz.

—Sargento—murmuré, sentándome en el camastro. Vi cómo el muy desgraciado intentaba contener la sonrisa. Probablemente, me había visto cruzar las piernas de manera indecente.

—Solo vine para decirle que no es necesario que cene sola, a causa del altercado de esta tarde. Le ofrezco mis disculpas, señorita Montfort, nunca quise insultarla. Erré en mis conclusiones.

«¡Vamos, es ahora o nunca, mujer!».

—Usted no estaba equivocado. Yo he reaccionado mal.

Su expresión se tornó seria. Entró del todo a la tienda y se acercó hasta mi camastro. Se detuvo frente a mí. Le miré hacia arriba, sin poder evitar la imagen mental de tenerlo dentro de mi boca. Tomó mi rostro, alzándolo y obligándome a mirarlo a los ojos.

—Te incomoda estar a solas conmigo. Lo entiendo.—El lado izquierdo de su boca se elevó en una sonrisa maliciosa—. Yo también siento que no voy a contenerme cuando estamos cerca.

Su mano soltó mi rostro, recorrió mi cuello con una lentitud exasperante, y Doménech se marchó, dejándome con el aire a mitad de garganta, la lengua lista para un beso, y palpitaciones por todos lados.

¡Hijo de la grandísima puta!

La brisa fresca del atardecer no llegaba a ese salón de piedra y, además, esta retenía todo el calor del día. Esa fue la excusa que me conté a mí misma cuando sentí una gota de sudor recorrerme la columna. La otra opción era que él produjese aquello. Imposible. Impensable.

—Si crees que sentada en esa piedra, vas a conseguir entender algo sobre historia, allá tú, cariño.—Papá comenzó el largo camino de vuelta al patio de armas, después de haber revisado juntos ese cuarto medieval.

—La dejaré sola, únicamente porque confío en que no se va a robar los ladrillos de este muro —me avisó Alberti, antes de seguirlo.

—No se preocupe, sargento, yo no soy mi padre.

—¡Gracias al cielo por eso! —le oí murmurar a la vuelta del recodo.

¿Qué mierda estaba haciendo con mi miserable vida? Enterrada desde que tenía memoria entre ladrillos milenarios, pensando que en el pasado iba a encontrar la clave para un futuro feliz. ¡Estupideces! Podía tener un trozo de felicidad aquí y ahora, solo tenía que saber aprovecharlo.

—Vamos, Elle, tienes cara de que te va a explotar el útero.—Camille se

sentó junto a mí en la piedra, y no pude evitar reírme.

—¿Crees que eso puede suceder? Porque la verdad es que yo siento que sí.

—No, tía, que no te va a explotar, solo tienes que ir allí, y decirle que quieres que te folle toda la noche.

—¿Es lo más romántico que se te ha ocurrido?

—¿Y quién coño te dijo a ti que tenía que ser romántico para ser bueno? Vamos, mujer, que eres una anciana comportándose como una cría. No me digas que te has creído los cuentos de Disney, ¿verdad?

—Ja. Muy graciosa. —Pero la verdad es que sí, me los había creído todos, uno por uno—. Culpa a tu jefe; papá fue quien dejó a los príncipes cuidándome, mientras él daba conferencias.

—Cariño, vamos, que esas son puras idioteces. No va a venir nadie en caballo a rescatarte.

—¿No?—pregunté bajito, señalando casi imperceptiblemente a la entrada de aquel salón de piedra. Doménech estaba de pie, con ambas manos al costado del cuerpo, mirándonos fijamente.

Camille se acercó entonces a mi oído, acomodó mi cabello y sentí su aliento sobre mi piel. Suspiró antes de hablar, como si estuviera a punto de revelarme un secreto, pero lo que pareció hacer fue cambiar de piel.

—Oh, creo que no te he contado que conozco hace siglos al sargento. —Doménech comenzó a avanzar lento hacia nosotras, como si calculara cada uno de sus pasos. Aquel andar felino aceleró mis latidos—. Él y yo tenemos gustos parecidos, Eleanor. —Sentí la lengua de Camille en el lóbulo de mi oreja, y aunque me pareció extraño, no pude moverme—. Y tú nos gustas mucho. —Sentí su mano firme en mi mentón, volteándome la cara, y antes de que pudiera decir algo, tenía la lengua de Camille dentro de mi boca.

Nunca me había planteado si Camille me gustaba, solo la encontraba bonita, como a otras decenas de mujeres que había conocido en mi vida, pero nunca había deseado besar a una, y lo cierto es que ahora no quería soltarla. Sus labios eran suaves, sus movimientos eran delicados, y sus manos se aferraban a mi cintura. Sentí cómo me apartaban el cabello de la nuca, y un beso en el cuello. Doménech. Doménech estaba allí.

«¡Ay, bendito Judas, prometo peregrinar de rodillas por el favor concedido!».

Mis piernas amenazaron con ceder.

Dos bocas. Cuatro manos. Me sentía atrapada entre las garras de un demonio que estaba a punto de devorarme. Necesitaba girarme, besar a Doménech de una puta vez. Me alejé de Camille, y giré en aquel diminuto espacio. Doménech sonrió antes de lamer mis labios con una lentitud torturante. Atrapé su lengua entre los dientes y lo besé. Al fin.

La sangre corría por mis venas, y sentía como tres corazones palpitaban de forma discordante. Unas manos suaves bajaron por los bordes de mi cuerpo, las de Camille, y siguieron su camino, rodeando mi cadera y acercándose al botón de mi pantalón. Hice amago de detenerla; algún estúpido pensamiento puritano intentaba que la alejara, pero yo no quería. La necesitaba allí, justo donde estaba, con sus manos tentándome, sus dedos acercándose lentamente. Camille me rodeó y quedó frente a mí al tiempo que Doménech se ponía a mi espalda. El sargento enredó mi cabello en su mano y tiró de él. Mi espalda se arqueó y sentí sus besos sobre mis hombros, y otros besos distintos sobre mi cadera, sobre el muslo, en mi sexo. Directo, sin consideraciones. La lengua de Camille rodeó mi clítoris y solté un gemido.

Doménech me separó las piernas con la rodilla y apoyó mis manos en la pared.

—Sostente fuerte—me advirtió en un susurro—, porque te voy a follar hasta que olvides quién eres.

Sus manos volvieron a tomar mi cabello, pero esta vez jaló para que volteara mi rostro hacia él. Sus labios se encontraron con los míos y embistió.

Lo sentí en todos lados, en las manos, en el cuello, incluso en la boca.

Camille volvió a acercarse y comenzó a lamer, a morder, a chupar. La pared frente a mí parecía a punto de caerse cada vez que Doménech embestía, y mis gemidos eran devueltos en ecos confusos y roncós.

Estaba ardiendo, aturdida y al mismo tiempo demasiado sensible. Doménech soltó mi boca y mordió mi cuello con fuerza, entonces todo se volvió rojo. El placer ascendió en espirales que recorrían todo mi cuerpo. Sentí mis músculos tensarse, sus manos tensarse sobre mi piel, sus gemidos roncós junto a mí oído, mis gemidos acompasados. Mi corazón corriendo frenético, Camille lamiendo más rápido, chupando, y todo explotó.

«¡Oh, Dios, oh, bendito Dios!».

Doménech continuó moviéndose, Camille me volvió a besar, pero yo estaba más allá de eso, consumida y exhausta.

El sargento terminó dentro de mí y se dejó caer sobre mi espalda. Las

manos de Camille me acomodaron el pantalón mientras Doménech me besaba el cuello.

—Creo que has sido un pedante, Doménech —Camille parecía seguir jugando, como si no hubiésemos tenido suficiente. Cuando la miré, me guiñó un ojo—. ¿No es cierto, Elle, que se ha comportado como si fuese el Dios del sexo? —inspiré tan despacio como pude, para poder articular las palabras. «Vamos, Eleanor, tienes que abrir la maldita boca y seguirle el juego».

—Totalmente, y la verdad es que en realidad no parece un Dios... —«Ay, Jesús, dame fuerzas»—, más bien parece un esclavo.

—Un esclavo sexual—aceptó Camille sonriendo, y cruzándose de brazos—, ¿y qué es lo que hacen los esclavos, Sargento?—tragué saliva, intentando no morir mientras esperaba su respuesta.

—Complacen, ama —los ojos de Doménech me miraban fijo. Estaba segura que esto también era parte de su juego diabólico, pero no podía detenerme ahora que veía el hambre en su mirada.

—Vamos, Elle, puedes hacer lo que quieras con él —«¡Ay, santa mierda!»—. Estaba segura de que la poca cordura que me quedaba, se había ido de viaje muy lejos.

—Desnúdate, sargento. Ahora.

Ni siquiera titubeó antes de desabrochar el cinturón del arma con una mano. Me mordí el labio instintivamente y él sonrió. Doménech desabrochó el botón del pantalón.

Camille se apoyó contra la pared junto a mí.

El sargento bajó su cierre.

Camille bajó mi cierre.

«¡Dioses!».

Yo bajé el cierre de Camille.

Doménech dejó el pantalón enganchado de sus caderas y tomó el borde de la remera.

Metí los dedos bajo las bragas de Camille.

«¡No puedes detenerte, Elle!».

Los moví despacio, tanteando, buscando.

Camille nunca fue compasiva. Tampoco ahora. Movié los dedos con una levedad rápida y certera.

Jadeé.

Doménech se quitó la remera. Sus músculos se marcaban con las

sombras del atardecer.

Se quitó los pantalones con un movimiento rápido.

Rápido moví mis dedos contra Camille.

Ella jadeó.

El bóxer de Doménech no mentía. Esto le gustaba tanto como a Camille y a mí. Caminó hacia nosotras.

—¡No! —gemí—. Quédate quieto.

Saqué la mano del pantalón de Camille y me quité mi blusa y mi brassier sin preámbulos. Estaba demasiado excitada para esperar mucho más, pero podía torturarlo durante otros cinco minutos, antes de conseguir mi recompensa. Bajé los pantalones de Camille, la miré a los ojos, y ella sonrió, una sonrisa lasciva y ansiosa.

—Ven aquí, Sargento, puedes mirar, pero nada más.—Tragó saliva audiblemente.

Bajé por el cuerpo de Camille, recorrí su estómago con la lengua, mordí su cadera y besé sus muslos. La respiración pesada de Doménech estaba demasiado cerca.

—Vamos, Elle, ¡maldita sea!, me estás volviendo loca —se quejó.

Su mano fue directo a mi cabello mientras hundía mi lengua entre sus pliegues. Minutos deliciosos la sentí mojarse en mi boca, retorcerse, palpitar, tensar todos los músculos, jalar de mi cabello, y vibrar completa. Un gemido escapó de su garganta y Doménech tragó audiblemente.

La besé con su sabor en mis labios y la respiración pesada.

«Mierda, estos dos van a matarme».

—Sargento—intenté decir cuando miré su pene. ¡Dios!, aquello era la invitación más explícita que había recibido nunca—. No se apresure, aún no es su turno.

—No es tu turno, Sargento—se burló Camille con voz agitada.

—Siéntate, Doménech—no reconocí del todo mi voz, pero la mirada de Camille me dio el coraje que me faltaba—. Te vas a sentar, y me vas a lamer como nunca lo has hecho —mantuve la expresión seria, fija en sus ojos, de otra manera iba a montarlo, y no era lo que quería, no, yo quería tener el poder.

Doménech se sentó en un enorme ladrillo de piedra maciza sin dejar de mirarme. Amaba esas miradas de odio y deseo. Se relamió los labios mientras caminé hacia él.

—Quítame la ropa —le ordené. Al menos la que me quedaba puesta.

El sargento metió sus manos en mis caderas. Sus dedos calentaban mi piel mientras iba bajando las prendas poco a poco.

—Ahora, Sargento, levanta la cabeza y come —metió su mano por la parte posterior de mi rodilla izquierda y la llevó sobre su hombro, y comió, diablos que sí comió—. Camille—gemí, señalando el pene de Doménech—. Y tú, esclavo, no tienes permiso para terminar.

«¡Bendita agonía!».

Fue el juego más malévolo que he jugado nunca. Lo sentía tensarse, y gemir sobre mi clítoris. Su lengua se movía frenética, como si intentara controlarse de esa manera. Sus manos se enterraban en mis caderas, mis manos afirmaban su cabeza, acercándolo tanto como podía. «¡Dios! ¡Mierda!».

Mis piernas se tensaron, mis pies se elevaron, y Doménech me agarró el culo para que no me cayera.

Gemí, sé que gemí, y posiblemente lo había oído toda España.

—¿Puedo terminar? —jadeó con los músculos tensos, mirándome hacia arriba. Toqué la cabeza de Camille y alejé su boca de su pene. Me puse a horcajadas sobre él, sintiéndolo en la entrada, alzando las caderas casi imperceptiblemente hacia mí, intentando alcanzarme.

Lo besé.

Sabía a mí.

Me dejé caer con fuerza; un gemido ronco escapó de su boca.

Alcé las caderas el espacio suficiente para que embistiera él.

Nos miramos. Sonreí. Lo comprendió.

«¡Jesús!».

Rápido. Duro. Rápido. Duro. Rápido.

Entra—sale—entra—sale—entra—sale—entra—sale—ENTRA.

Lo sentí cálido dentro, y palpitante, y como si fuera lo único a lo que debía aferrarme en el mundo. Su respiración en mi cuello. Su corazón latiendo sobre mi pecho. Un reguero de besos lánguido en mi hombro.

—Eso ha sido... vaya, ¿dónde te habías perdido todo este tiempo, Eleanor?

—Por ahí, ya saben, al otro lado del océano —sonreí mientras me levantaba, mareada, cansada, feliz.

—Puedes hablar ya, Alex. Te damos libertad por ahora —dijo su amiga.

—¿Te llamas Alex?—Conocer su nombre eran casi tan gratificante como

besarlo. Comencé a recoger mi ropa, como si la conversación no tuviera importancia.

—Alexei Doménech.

—Pues, Alexei, verás, tengo que confesarte algo... —Me miró confundido—, hace un rato dijiste que tú dabas las órdenes y todo eso, ¿recuerdas?—Asintió con esa sonrisa maliciosa tan suya—. Pues la verdad es que ya no me ha quedado tan claro, ya sabes...

—Te dije que ella era difícil de convencer, Doménech. Yo creo que deberías intentarlo un poco más—intervino Camille, al tiempo que se giraba hacia mí—. ¿No te apetece quedarte un tiempo con nosotros en España, querida?

—¿Con ustedes? ¿En España? —Los fuegos artificiales reservados para momentos épicos, estaban haciendo su aparición en mi cabeza.

—Con nosotros.—Asintió Doménech, abrochándose el pantalón.

—No lo sé—murmuré, haciéndome de rogar.

—¿Necesitas un incentivo?

La mano de Doménech se aferró a mi cuello y su pulgar alzó mi rostro. Me empujó contra la pared y sus labios chocaron con los míos. Su lengua estaba en todas partes y sus manos aferraban mis caderas, acercándonos tanto como era posible. No podía respirar. Su boca era asfixiante, demandante.

—Me quedaré. Me quedaré—logré decir con los labios aún juntos. El sargento se alejó un par de centímetros, y me miró triunfante.

—Te dije que yo daba las órdenes.

FRUTO DE NUESTRO AMOR

Teresa Cuenca.

La sala de mi casa se ha convertido en una juguetería. Mi pequeño Nate está jugando con su tío Nico. En realidad, no es su tío carnal. Nicolás es mi mejor amigo, es español, y fue a parar a Chicago, huyendo de un ex psicópata, y de una familia que lo despreció por su orientación sexual; porque sí, Nico es gay.

Nate, mi pequeño de cabello rubio y ojos azules, es un calco de su padre, padre que sabe de su existencia, y no es porque no quisiera serlo, es que no puede.

—Nate, mira quién ha llegado. —Nico capta la atención de mi hijo de dos años, que luego fija su mirada en mí.

—¡Mami! —grita corriendo hasta mí—, *¡te estañé!*

—Mami también, cariño. —Por norma general trabajo desde casa, pero hoy tenía que asistir a la editorial por una reunión importante—. ¿Cómo te has portado con el tío Nico?

—*Men* —responde, acurrucándose en mi cuello. A pesar de su corta edad, habla hasta por los codos, aunque en ocasiones cueste entenderlo.

Después de cenar baño a mi niño, y le acuesto a dormir en su habitación llena de coches y piezas de montar. En la sala me está esperando Nico con una botella de vino. Hoy es el día de celebrar, que un día como hoy me quedé embarazada, y tuve que marcharme de Chicago. Dentro de nueve meses, mi pequeño estará cumpliendo los tres años.

—¿Cómo crees que estará Christopher? —pregunto, aceptando la copa que me tiende.

—Supongo que seguirá casado, feliz y enamorado.

—Sabes que no la ama, aunque tampoco me ame a mí.

—¿Y entonces, por qué fue infiel a Susan contigo?, porque he de decirte que, Nathan no se hizo solo.

—Susan quería llegar virgen al matrimonio, y además, estaba obligado a casarse si no quería perder la empresa.

—Ya, y para desahogarse te utilizó, dejándote embarazada y enamorada.

—No me utilizó, me entregué a él voluntariamente, que me enamorara en

el proceso no es su culpa, y que me embarazara tampoco.

No puedo borrar de mi memoria el día que cabizbajo, llegó a mi casa, para contarme que le obligaban a casarse.

«Mis padres habían salido a su fin de semana romántico, todos los meses hacían uno, según ellos para que “la llama del amor” nunca se apagara. Seguía sin entender cómo en uno de esos viajes no habían encargado un hermanito para mí.

Estaba tirada en el sofá viendo la tele, cuando escuché el timbre de la entrada principal. Con pereza acudí a abrir la puerta. La persona que estaba detrás de ella debía estar desesperada, porque no le bastaba con fundirme el timbre, también tenía que aporrearme la puerta.

Al abrir, me llevé una sorpresa, Christopher, mi amigo de la infancia, estaba al otro lado, completamente desesperado; tenía el cabello revuelto y la mirada turbia, por un momento me sorprendí, ya que, desde que comenzó su relación con Susan, no nos habíamos visto tan seguido como solíamos hacerlo; ella y yo, no nos llevábamos muy bien.

—¿A qué debo tu visita? —dije molesta, Cristopher siempre recurría a mí cuando su noviecita armaba un berrinche—. ¿Otra pelea con Susan?

—No. ¿Puedo pasar? —Noté que aún estábamos en la puerta, así que me aparté dejándolo seguir. Una vez sentados en el sofá, él pasó la mano por su cabello antes de hablar—: Esta vez es algo peor, su padre me ha obligado a casarme con ella.

—¿Por qué? —La curiosidad pudo más.

—Arthur, embaucó a mi padre en un negocio, si no me caso con su hija, mi padre perderá la empresa, y no puedo permitir que la empresa que fundó mi bisabuelo quede en manos de un estafador.

—No le veo lo malo. —Me miró como si me hubiera salido una tercera cabeza—. Al fin y al cabo estás enamorado de ella, tarde o temprano le ibas a pedir que se casara contigo, tu suegro solo ha adelantado el proceso.

—Ashley, yo no amo a Susan, lo he intentado, pero no la amo; con su actitud, ha terminado de matar esa chispa que empezaba a tener por ella.

Él se veía realmente abatido.

Esta situación tan desesperada necesitaba una terapia tequila. Mi padre siempre guardaba una botella, caminé hacia el mini bar tomándola y

regresé al sofá; tendría que reponerla después, porque no quería explicar porqué faltaba. Le tendí la botella y él tomó directamente de ella, pasando luego la mano por su boca. Me regresó el tequila y tomé de él sin necesidad de un vaso. Entre tragos, Christopher se fue desahogando de su malestar, acabamos jugando al « yo nunca » .

—Yo nunca... —dije cuando llegó mi turno—, he follado con un amigo.

—Eso tiene solución. —Christopher borrachillo tenía su morbo—. Acércate.

Hice caso a lo que me pidió y cuando estuve sentada sobre sus piernas, me besó, algo más que un beso. Metió su lengua en mi boca, pillándome por sorpresa, me repuse enseguida y le respondí el beso con la misma intensidad, hasta que nos encontramos en mi habitación. Sus manos recorrieron mi cuerpo, sin dejarse ningún rincón sin explorar, desesperado arrancó los botones de la blusa que llevaba, dejando a la vista el sujetador de encaje negro. No vaciló y dejó caer la prenda rota al suelo.

Se entretuvo masajeando mis pechos por encima del sujetador, para luego atormentar mis pezones con la boca, sin quitarme el sujetador, hasta endurecerlos.

Llevé mis manos hacia el borde de su camisa y lentamente, todo lo que mi amigo me permitió, lo subí con la intención de quitársela; Christopher accedió a mi petición silenciosa, separándose de mi cuerpo, lo suficiente para que pudiera deshacerme de su camisa, dejando así su torneado torso a la vista. Aun en shock por sus pectorales definidos, sacó mis pechos de su prisión, sin llegar a quitarme la prenda de encaje, y como un sediento en el desierto, succionó mis pezones como si de ello dependiera su vida, sin causarles daño; rasguñé su espalda con mis uñas, él siseó de placer, mientras mis bragas se humedecieron un poco más, al notar su ya dura erección.

Con manos hábiles, desabrochó mi prenda íntima, que corrió la misma suerte que la blusa, dejando así por fin mis pechos al aire. Me tenía al límite y no había hecho otra cosa que mimar mis pechos. Con los pezones, erectos y doloridos, fue bajando por mi vientre, dejando besos húmedos por toda la superficie que se encontró, en mi ombligo se entretuvo hundiendo su lengua en él; pero inmediatamente continuó su camino hasta toparse con el botón de mi falda vaquera, llevó sus manos a mis piernas, masajeándolas, y

subiéndolas por mis muslos, hasta hacerlas desaparecer. Di un respingo cuando noté cómo acariciaba mi sexo sobre la tela de las braguitas.

—Qué mojada estás, Ashley —dijo con la voz ronca por el deseo.

—Solo por ti —contesté entre jadeos, sus manos seguían perdidas, por debajo de mi falda.

—Así me gusta, que solo yo te excite de esa manera.

Sin previo aviso, apartó mi panti y sin darme tiempo a protestar, introdujo dos de sus dedos en mi interior. Mientras embestía, con su dedo pulgar frotaba mi clitoris; mi respiración se volvió errática, el pecho me dolía, sentía el corazón latiéndome en las orejas. Me faltaba poco para llegar al clímax, solo necesitaba un poco más y me iba al paraíso, pero Christopher se detuvo, solté un gemido de frustración. Al sacar los dedos de entre mis piernas, noté que estaban empapados de mi excitación, se los llevó a la boca y degustó mi sabor, dejándome perpleja y más excitada de lo que ya estaba.

—Exquisita —murmuró.

—¿Por qué paras? —Mi voz sonó lastimera—, me faltaba poco.

—Lo sé, y por eso mismo he parado, necesito hundirme en ti.

No lo soporté más, mientras le besaba, me deshice de su pantalón y de sus bóxers, dejando libre su erección que se irguió orgullosa. La cogí entre mis manos y la acaricié de arriba a abajo, arrodillándome entre sus piernas, para lamer toda su longitud y meterla en mi boca; quería llevarlo hasta la locura, quería que se derramara en mí.

—Tú también estás exquisito —le dije lamiéndome los labios, cuando había tragado toda su semilla.

Chris me tomó por los brazos levantándome del suelo, estrellando sus labios contra los míos mientras me quitaba la falda, me tumbó de espaldas en la cama, y levantó mis piernas posicionando su miembro en mi entrada, hundiéndose en mi interior con una certera estocada; ambos ahogamos con nuestras bocas, los gemidos que las frenéticas embestidas nos obligaban a dejar escapar. Cuatro embestidas más me hicieron falta para dejarme ir, a Christopher aún le faltaba un poco, así que continuó sus embestidas, más enfebrecido, lo que ocasionó que yo consiguiera mi segundo orgasmo, poco después él se tensó en mi interior, derramando su semilla. Cayó exhausto sobre la cama, y me acercó a él, yo aproveché para acurrucarme en su pecho, mientras él nos cubría con la sábana » .

Esa fue la primera vez que me acosté con él, después de esa vinieron muchas más, la última fue cinco días antes de su boda. Una semana después me enteré que Nathan venía en camino.

—Tierra llamando a Ashley. —Nico me saca de mis recuerdos.

—Perdón, ¿me decías? Recordaba la primera vez que me acosté con Christopher, es como si hubiera sido ayer.

Sin darnos cuenta casi nos hemos acabado la botella de vino.

—A veces siento que soy mala madre, por no permitir que mis padres conozcan a su nieto.

—Lo haces por proteger a tu hijo. Cuando saliste de Chicago, dejaste atrás muchas cosas, entre ellas a tu familia y un empleo muy bien remunerado, el que está pagando el alquiler de esta casa.

Cuando vivía en Chicago mis padres no permitían que pagara nada, por lo que ahorraba todo mi sueldo, cuando tuve que marcharme, esos ahorros ayudaron a pagar el alquiler; luego cuando mi amigo Nico encontró trabajo, fue él quien se encargó de pagar el alquiler y todas las facturas, haciendo que yo empleara mi dinero en lo que necesitara mi hijo.

—Cuando les expliques a tus padres porqué tuviste que marcharte, te perdonarán. Y más cuando conozcan a su nieto, y se los meta en el bolsillo.

—¿Y qué pasará cuando Nathan me pregunte por su padre?

—Le dirás la verdad.

—¿Cómo le voy a decir que su padre no puede estar con él, porque si no lo perderá todo?

—No te tortures ahora, ya verás lo que haces cuando llegue el momento.

—Parecía ilusionado cuando le dije que estaba embarazada, se me rompió el corazón cuando le dije que me marchaba.

—Sí, no es tonto, entendió porqué lo hiciste.

Su cara pasó de la alegría a la tristeza en menos de un segundo, creo que le jodí el día de su boda, más si cabe, al decirle que me marchaba. Dos días antes, le había contado a Nico que estaba embarazada; mi período siempre había sido regular, y cuando se retrasó una semana, todas mis alarmas se pusieron a sonar como locas. Lo primero que hice fue comprarme una prueba casera, que dio positivo; enseguida, me fui al médico, que me confirmó lo que ya sabía: dentro de mí crecía un bebé, un bebé del hombre del cual me había enamorado, y ni siquiera podía compartir la felicidad con el padre de mi hijo,

porque si llegaba a oídos de Arthur que Christopher tenía un hijo con otra mujer, él se quedaba sin nada y mi hijo correría peligro; pero no podía irme de allí, no sin antes decirle a Christopher que iba a ser padre.

Había llegado el día de la boda, y aunque recibí mi invitación, no me apetecía para nada asistir, no quería ver cómo el hombre que amaba, se casaba con otra; pero tenía que despedirme de él, esa misma tarde me marchaba de la ciudad, y necesitaba decirle adiós.

Tres meses atrás, cuando Chris llegó a casa diciéndome que se casaba, no me lo podía creer; me enfureció saber los motivos que le orillaban a cometer tal locura, la locura de encadenarse a una mujer a la que no amaba. La cosa era sencilla: o se casaba, o se quedaba sin su empresa. Existían cláusulas en el contrato que firmaron, por las cuales, en el momento que se terminaba el matrimonio, el que incumplía las mismas, se quedaba sin nada. Tenían que permanecer al menos dos años casados, y tener a su primogénito en ese tiempo; ninguno de los dos podía ser infiel, si salía a la luz alguna infidelidad por parte de cualquiera de ellos, el adúltero se quedaba sin nada; y eso era todo, por eso tenía que marcharme.

Con ayuda de Nico, logré colarme en la habitación donde Christopher esperaba que llegara la hora. Estaba ya vestido con un esmoquin, y le faltaba ponerse los zapatos.

—Ashley, ¿qué haces aquí? —preguntó cuando me vio.

—He venido a despedirme —dije abrazándole.

—¿A despedirte? —La incredulidad se reflejaba en su voz—. ¿No vienes a la boda?

—No puedo quedarme, Christopher, estoy embarazada, y el niño es tuyo.

—¿Embarazada? —Asentí—. Entonces no puedo casarme con Susan, tengo que terminar con esta farsa de matrimonio. No puedo casarme sabiendo que tengo un hijo contigo.

—Christopher, debes casarte, por el bien de tu familia.

—¿Por qué te marchas?

—Sabes que si me quedo aquí, el niño correrá peligro. Como alguien se entere que es tuyo...

Tomó aire profundamente, y pude ver en sus ojos que le dolía mi partida, si bien no entendía el porqué; siempre tendría mi amistad, aunque estuviéramos separados. Me acerqué a él, para darle un último beso, mi

intención no era profundizarlo, pero Christopher lo hizo; nos separamos cuando Nico me avisó que era hora de irnos.

—Christopher, se feliz. —Le di un último abrazo.

—No puedes irte sola. —Seguía atrapada entre sus brazos.

—No me voy sola, Nico me acompaña, no te preocupes por mí.

—Cuando pueda iré a buscarte, por favor cuídate y cuida de mi hijo.

—Lo haré.

Con esas palabras salí de esa habitación, mi tiempo aquí había terminado. La ceremonia hubiera sido preciosa, si ambos se casaran por amor. Con ayuda otra vez de Nico, pude entrar a la iglesia a atormentarme, me fui antes que el cura los declarara marido y mujer. Cuando llegué a casa de mis padres, a recoger mis maletas, tuve que mentirles, les dije que me marchaba por una oferta de trabajo, lo único cierto que sabían era que me marchaba a Seattle.

—¿Ahora, por qué lloras? —No sé que estoy llorando hasta que Nico no me lo ha dicho.

—Acabo de recordar el día que le di la noticia a Christopher.

—Pobrecito, fue un palo para él, cuando te marchaste sin siquiera mirarme, él salió a buscarte y no estaba para nada contento, me pidió que cuidara de ti.

—Y lo hiciste, lo sigues haciendo. —Me levanto para irme a la cama—. Me voy a dormir, hoy ha sido un día muy agitado.

—Descansa, pequeña. —Mi amigo me da dos besos y se queda mirando la televisión.

Nico ha sido mi confidente, el que me ha cuidado durante todo mi embarazo e incluso después, el tío consentidor de mi hijo. Le debo mucho, siempre ha estado a mi lado, para levantarme cada vez que perdía las fuerzas.

Al día siguiente, mi niño me reclama desesperadamente. Me acerco a su habitación y está llorando en su cuna.

—Mi cielo, ¿qué te pasa? —Lo cojo en brazos—. Mami ya está contigo.

—Hambe, quielo eche.

—Bien, pero deja de llorar, que hoy tío Nico te va a llevar de paseo, mientras mami trabaja un poquito.

Siento a mi hijo en su sillita y me dispongo a prepararle su desayuno. Cuando tengo el biberón preparado, se lo doy, mientras procedo a preparar mi

propio desayuno y el de Nico, que se levanta poco después de nosotros.

—Buenos días —dice entrando a la cocina, como siempre en bóxer, al parecer no tiene pijamas.

—¿Quieres vestirte?, te he dicho miles de veces que no vayas en ropa interior por casa.

—No te enamores de mí, sabes que no eres mi tipo.

—No seas idiota, hay niños en casa.

—Tú lo has dicho, hay niños, este campeón, tiene lo mismo que yo, así que no tiene por qué asustarse.

Mi amigo es imposible, pero así lo quiero, y no me gustaría que cambiara por nada del mundo. Mi hijo ya ha terminado su desayuno, me termino rápido el mío, porque si no, no me dejará desayunar tranquila. Me lo llevo a su habitación a prepararlo para su salida de chicos. Al salir al salón con su mochila preparada, Nico ya nos está esperando completamente vestido. Me despido de ambos entre risas.

De mi maletín saco los manuscritos que me han pedido leer y traducir. Una hora después, el timbre suena; me levanto, estirando todos los músculos que se me han quedado agarrotados, después de permanecer sentada tanto tiempo en la misma posición.

—¡Ya voy! —grito cuando el timbre sigue sonando, esta vez con mayor insistencia. Sin revisar por la mirilla, abro la puerta para llevarme una grata sorpresa—. Christopher... —Es lo único que logro murmurar.

Ante mí, está Christopher con un bebé en brazos, deduzco por la mantita color rosa, que se trata de una nena. Está más delgado y más envejecido que cuando lo dejé.

—¿Puedo pasar? —pregunta con algo de timidez.

—Claro, pasa. —Me alejo de la puerta para que pueda entrar—. ¿Qué haces aquí, con este bebé?

—Prometí venir a buscarte, y este bebé es mi hija Lana. —Se sienta en el sofá, por un momento no puedo obviar el recuerdo de años atrás, cuando Chris llegó a mi casa, luce igual de desolado y abatido que entonces; lo veo quitar la cobija del rostro de la bebé, por su complexión debe tener alrededor de cinco meses.

—Qué nombre más raro. —He pensado en voz alta, me doy cuenta cuando Christopher frunce el ceño.

—Más raro es su nombre completo, se llama Layce Natalie.

—Lana queda mejor. —Sonrío intentando arreglar la metida de pata, estoy completamente segura que Susan tuvo mucho que ver en el nombre de su hija—. ¿Y su madre?

No puedo evitar preguntar por ella, me corroe la curiosidad de saber qué ha sido de la arpía que me arrebató al amor de mi vida.

—Murió en un accidente de tráfico, hace tres meses.

—Lo siento. —No se merecía una muerte así, aunque no me cayera bien.

—No lo sientas, iba con su amante.

—¿Incumplió una de las normas? —La incredulidad hace mella en mí.

—Sí, pero como ya llevábamos casados dos años y teníamos a nuestra pequeña, técnicamente no la incumplió, porque su romance comenzó un mes después de nacer mi hija. Así que ahora las empresas y los bienes de Susan le pertenecen a ella. —Señala al bultito entre sus brazos, que a decir verdad es una bebé muy linda; ha sacado el cabello rubio de Christopher, no desentonará tanto con su hermano—. Al morir Arthur y Susan, todos los bienes de la familia, pasaron a mi hija.

—¿Eso significa que eres un hombre libre?

—Lo era desde el momento que mi suegro murió de un paro cardíaco. —Aunque sonrío, sé que no está feliz con ello—. Ahora vengo a conocer a mi otro hijo, he estado esperando mucho tiempo para ello, imaginándome cómo será.

—Pues en este momento no está en casa, Nico se lo ha llevado a dar una vuelta, para que yo pudiera trabajar, es algo revoltoso, como puedes observar. —Señalo la sala, que sigue llena de juguetes, ya que no los había recogido; lo veo tomar una fotografía de la mesa con su mano libre—. Es una copia exacta de ti.

Sé qué foto tiene entre su mano, esa que mira con adoración, es la fotografía que Nico le hizo a Nate la semana pasada, mientras estábamos en el parque; mi bebé le sonreía a la cámara, justo cuando yo besaba su cuello, haciéndole cosquillas.

—Es el niño más guapo que he visto en mi vida —dice con orgullo en su voz—, me hubiera gustado estar contigo criando a nuestro pequeño.

Sus palabras estrujan mi corazón, sobre todo cuando lágrimas recorren sus mejillas.

—¿Cómo se llama?

—Nathan.

—Me lo imaginaba, siempre te gustó ese nombre. —Me mira con una sonrisa nostálgica—. ¿Dónde puedo acostar a Lana?, para tener cinco meses y medio pesa demasiado.

—No seas exagerado. Sígueme, puedes acostarla en la cama de Nathan.

Lo acompaño hasta la habitación de nuestro hijo, suena raro denominarlo así, siempre ha sido mi niño; pero estoy encantada que Nate pueda conocer por fin a su padre, ya lo desilusionamos una vez, cuando por accidente llamó papá a Nico.

Habíamos salido a dar una vuelta por el parque, porque hacía un día perfecto para permanecer encerrados en casa. Nico como siempre llevaba su cámara encima, le encantaba hacer fotos, documentaba todas las primeras veces de Nate, ya fuera en video o foto.

Mi amigo, se había llevado a mi hijo a los columpios, yo los observaba sentada bajo la sombra de un árbol, situado cerca de ellos, donde podía oír las risas de mi príncipe. En el columpio de al lado, un niño era empujado por su padre, sonreí con tristeza porque me encantaría que, en vez de Nico, fuera Christopher quien estuviera con mi niño. Pero las circunstancias lo impedían y no me podía quejar de la presencia de Nico en la vida de mi hijo.

—¡Papá, más fuerte! —Oí cómo el niño que no era mucho más mayor que Nate, le gritaba a su padre.

—¿Quieres tocar el cielo? —le contestó con orgullo en su voz.

—Sí, papá, de mayor seré « astronauta ». —Con esa última palabra me quedó claro que no era mucho mayor que mi hijo, aunque sí hablaba más que él.

Hacía apenas cinco meses que Nate había dicho su primera palabra: mamá, y lloré hasta deshidratarme cuando la escuché. Desde ese momento Nico se esforzaba por enseñarle más palabras, y aunque le costaba, ya hablaba un poco más. La única palabra que no le habíamos enseñado era papá.

—Papá, me has « pometido » un helado. —Recordando las primeras palabras de mi hijo, no me di cuenta que padre e hijo ya se habían detenido en sus juegos y se iban alejando.

—Pues, papá siempre cumple sus promesas, así que vamos por el helado prometido.

Ambos se alejaron, fijé mi vista de nuevo en Nathan y Nico que se

acercaban. Mi hijo me pidió agua, le ofrecí su botellita. Nate se quedó mirando a mi amigo.

—Pa—pá. —Tanto Nico como yo jadeamos ante la sorpresa—. Mi eo—lado, pa—pá.

—Nathan, cariño, Nico no es tu papá. —Sus ojitos se llenaron de lágrimas, no había nada que me doliera más que ver llorar a mi pequeño.

—No soy tu papá, pero si mami nos deja, el tío Nico te comprará un helado.

No me gustaba que comiera helado, pero al ver cómo esa afirmación hizo brillar los ojos de Nathan, di mi permiso para que le compre el helado prometido.

Desde aquella vez, esa palabra nunca volvió a salir de la boca de mi hijo. Camino hacia la cocina después de dejar a Lana acostada en la cuna. Tengo la curiosidad de saber cómo me encontró, pero no le pregunto hasta que dos humeantes tazas de café se encuentran frente a nosotros.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —pregunto después de un silencio incómodo.

—Tus padres me dijeron que viniste a Seattle, contraté un detective privado para que te encontrara.

Me pone al día de todos los acontecimientos que me perdí, como la boda de Olivia o el nacimiento del primer hijo de Josh, sus hermanos. Me hubiera gustado estar allí, pero por seguridad no era recomendable, sé que ambos me estarán odiando, porque me fui sin despedirme de ellos.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero de repente la puerta de casa se abrió, trayendo a mis oídos las carcajadas infantiles de mi hijo.

—¡Mamá, ya estamos en casa! —grita Nico, menos mal que he cerrado la puerta de la habitación de Nate—. Tenemos hamb... —Las palabras de mi amigo quedan a la mitad, cuando entra al salón y ve al padre de mi hijo—. Christopher...

—Mami... —Mi pequeño tesoro, alarga los brazos hacia mí, pero no quita la vista del extraño sentado en la isla de la cocina.

—Pequeño, ve con mami, que tío Nico va a comprar comida para todos.

Mi amigo me entrega a mi hijo, y tras un apretón de manos a Christopher, sale de casa en busca de comida, supongo.

No puedo evitar dar una mirada anhelante al hombre que mira embelesado a su hijo.

—Hola, Nathan —lo saluda.

—Nate, cielo, dile hola —le reprendo, aunque sé que está algo asustado.

—Oa —dice escondiéndose en mi cuello.

—Nate, mírame —le pido, a lo que mi hijo obedece, para solo tener dos años es muy inteligente—, Christopher es tu papá.

—¿Papá? —dice Nate, mirándome confundido para luego mirar a Christopher, que asiente orgulloso.

—¿Me das un beso, pequeño? —le pide con miedo a que le rechace—, ¿puedo abrazarte?

Mi hijo me mira y es mi turno de asentir, me pide que lo baje y se va directo a los brazos de Christopher, a Nate le encantan todas las muestras de cariño. Christopher lo coge en brazos y Nate le planta un beso baboso en la mejilla, mientras se dan un cálido abrazo.

—Eres muy guapo y simpático —dice con lágrimas en los ojos, las mismas que se deslizan por mis mejillas, por tan bonita escena—, tenía ganas de conocerte.

—*No oes, po faor.*—Mi niño intenta secar las lágrimas de la cara de su padre—. *Mi pone tiste.*

—Se dice: Yo me pongo triste —le corrijo, aunque me gusta su manera de hablar tan de bebé—. Papi llora porque se alegra de conocerte.

—Exacto, campeón, son lágrimas de alegría porque quería conocerte desde que mami me dijo que estabas en su pancita. —Christopher no deja de besar la cabecita de Nate—. Eres un niño muy inteligente.

—Lo llevo a la guardería dos veces por semana, el pediatra me dijo que le vendría bien.

—Has hecho un buen trabajo en su educación. Estoy orgulloso de ti, supiste arreglártelas sola.

—Nico fue de mucha ayuda, a veces perdía las fuerzas.

Como si lo hubiéramos invocado, mi amigo entra por la puerta, cargado de comida china y una cajita feliz para mi pequeño. Como si hubiera olido la comida, escuchamos a Lana llorar, Christopher se disculpa para ir a cogerla.

—¿Un bebé en casa? —pregunta Nico por lo bajo.

—Su hija Lana.

—¿Qué nombre es ese?, tiene nombre de perro —pregunta asombrado.

—Al parecer Layce Natalie, era demasiado ostentoso y su padre lo abrevió a Lana.

—Pues prefiero mil veces Lana, que el otro.

Nico se calla, cuando oímos cómo Christopher se acerca por el pasillo. Cuando aparece en la puerta, Nate se queda mirando con el ceño fruncido, al pequeño bulto que su padre lleva en brazos.

—¿Puedes sostenerla mientras le preparo su comida? —pregunta cediéndome a la niña.

—Claro.

Lana, abre sus ojos dejando a la vista los ojos azules de su padre, al parecer Christopher solo sabe hacer bebés igualitos a él. Nate deja su comida en la mesa y se acerca presuroso a mí, su primera escena de celos.

—*Mami e mía*. —Mira a su hermana con el ceño fruncido.

—Nate, ella es tu hermana Lana, es un bebé y no entiende lo que le dices.

Christopher llega con el biberón de Lana, Nate lo mira con curiosidad y cuando su padre toma asiento frente a mí, corre a sentarse en su regazo. Sé que piensa que la comida es para él. Miro a Nico para que coja a mi hijo, es capaz de tomar el biberón a pesar que hace mucho lo dejó. Mi amigo me entiende con ese simple gesto, entre nosotros no hace falta palabras.

Hace dos días que Christopher ha llegado de nuevo a nuestras vidas, y ya está insistiendo en que volvamos a Chicago; entiendo que él tenga que volver, se fue sin decirle a nadie dónde podían encontrarle.

—Ashley, por favor vuelve a casa conmigo —insiste como por enésima vez en lo que va de día.

—Christopher, nada me gustaría más pero tengo un trabajo estable.

—Por favor. Quiero estar cerca de mis dos hijos y de ti, quiero recuperar el tiempo perdido. Además, a tus padres les encantará verte.

—Hablaré con mi jefe, a ver si se puede hacer algo, pero no te prometo nada.

Christopher se marcha con los niños, al parque situado enfrente de nuestro edificio, mientras yo me quedo con Nico, que me mira divertido.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así? —le digo fingiendo estar enfadada.

—Eres tonta, o ciega o algo así. —Se ríe—. ¿No te has dado cuenta que ese hombre sigue coladito por ti?

—¿Qué te has fumado?

—Nada, pero si insiste tanto en que regreses con él, y que quiere recuperar el tiempo perdido, solo hay que sumar uno más uno. Además, piensa en tus padres, ya es hora que conozcan a su nieto.

Esas son las palabras que me convencen, no puedo tener a mis padres engañados por más tiempo. Lo primero será hablar con mi jefe, sé que no me pondrá ningún impedimento.

Dos días después, tengo una reunión con mi jefe, como suponía, no tiene problemas en dejar que me marche de la ciudad y que siga trabajando en la empresa, tienen una sucursal en Chicago, así que ha ordenado mi traslado. Nico me está ayudando con la mudanza. Por suerte, no tenemos muchas pertenencias que empaquetar.

—¿Dónde vamos, mami? —pregunta mi hijo, estamos esperando en el aeropuerto hasta que salga nuestro vuelo.

—Vamos a conocer a los abuelos.

Cinco horas después, estoy con un niño de dos años algo hiperactivo, delante de la puerta de mis padres. Mi madre abre la puerta de casa, parece que va a salir.

—¡Ashley! —grita asustando a Nate.

—Hola, mamá. —Me acerco a dejar dos besos en sus mejillas.

—¿Quién es este niño tan lindo? —pregunta haciéndole carantoñas a Nate.

—Tu nieto —digo temerosa—. ¿Podrías dejarme pasar...?, prometo explicártelo todo.

La sala no ha cambiado nada, parece que hace solo dos días los que he estado fuera. Me siento en el sillón individual con mi hijo en mi regazo y la cabeza agachada, papá levanta la cabeza y sus ojos van de mí a Nathan, pero no digo nada, espero a que mamá se siente, y justo cuando voy a abrir la boca ella habla:

—¿Cómo que mi nieto? ¿Qué edad tiene?

—Dos años —suelto la bomba.

—Justo el tiempo que hace que te marchaste. —Miro a mi padre que no parece asombrado.

—¿Te fuiste porque te quedaste embarazada? —Asiento—. ¿Te preocupaba lo que pensáramos de ti?

—No especialmente, me marché para proteger a Nathan.

—¿Quién es Nathan? —pregunta mi padre.

—Tu nieto. —Señalo a mi hijo.

—¿Quién es el padre? —la pregunta de mi madre me pilla por sorpresa.

—¿No lo ves?, es un calco de su padre —digo señalando las obviedades.

—Christopher —dice mi padre, que al parecer está más espabilado que mi madre.

Les cuento, guardándome los detalles más escabrosos, cómo fue mi situación con Christopher y porqué me marché.

—Yo hubiera hecho lo mismo, pero podrías haber avisado, nos habiéramos mudado contigo. —Mi madre como siempre tan comprensiva.

—Y este campeón, ¿no tiene nada que decir a sus abuelos? —Me sorprende la facilidad con la que mi padre acepta que tiene un nieto—. Nathan, ven con el abuelo, tengo unos juguetes para ti.

—Espera un momento —freno a mi padre en la puerta de la casa—. ¿Por qué tienes juguetes en casa?

Con la culpa reflejada en su rostro, mi padre me cuenta, cómo contrató un guardaespaldas—investigador, que le informaba de todos mis movimientos. La charla dura hasta que Christopher pasa a recogerme, mi madre le tira de las orejas por ocultarles a Nathan.

Meses después

Cinco meses que estamos de regreso en Chicago. Después de la charla con mis padres, nos presentamos en casa de los Fitzgerald, los abuelos paternos de mi pequeño, había llegado el momento de que también lo conocieran; estuve algo tensa, aunque me acogieron muy bien y no como si les hubiera ocultado que tenían un nieto y sobrino. Un mes después de esa cena, Christopher me pidió formar con él una pareja estable, y no me pude negar. Casi de inmediato nos fuimos a vivir juntos.

—Nathan, deja a tu hermana. —Lana ha estado enferma y mi hijo no hace más que atosigarla.

—*Peo yo quielo jugá.*

—Ha estado malita y no tiene ganas de hacerlo.

Suena el timbre y me apresuro a abrir la puerta. Nico está esperando al otro lado.

—¿Cómo están mis dos sobrinos preferidos?

—Como si tuvieras otros. —Rio dejándole pasar.

Cuando mi hijo ve a mi amigo, se lanza a sus brazos; el vínculo que han creado en estos tres años permanece, a pesar que Nico ya no vive con nosotros.

—Vengo a llevarlos a casa de tus suegros.

—¿Por qué los llevas tú? —No es que no me fie de él, pero me parece extraño.

—Órdenes de tu novio, ni idea qué tiene en mente, por si te lo preguntas.

Que bien me conoce. Le preparo un bolso a cada uno, aunque en casa de sus abuelos tengan de todo. Me despido de ellos unas cuantas veces, si no es por Nico que se los lleva al coche, aun seguiríamos así. No me he sentado en el sofá, cuando el timbre suena de nuevo, mi cuñada entra como un huracán con una funda de ropa y un neceser. Me maquilla y peina de manera sencilla, luego hace que me ponga un hermoso vestido negro; cuando termina, sale pitando de casa, prácticamente no hemos hablado nada.

Media hora después, Chris y yo, estamos de camino al restaurante más exclusivo de la ciudad. La cena pasa sin ningún contratiempo y en una amena charla. Acabamos la velada yendo a las afueras de la ciudad, a un complejo de cabañas.

—Tengo algo que preguntarte. —Cuando me giro para encararlo, me lo encuentro arrodillado y con un anillo en sus manos—. ¿Quieres ser mi esposa? Añadiría la madre de mis hijos, pero eso ya lo eres.

—Claro que quiero ser tu esposa, nada me gustaría más que ser la señora Fitzgerald.

A la mañana siguiente volvemos a casa, con cara de recién follados; en la puerta nos están esperando mis padres, que vienen a ver a sus nietos, porque sí, mis padres han adoptado, figuradamente, a Lana como su nieta, ya que la madre de Susan no quiere saber de ella. Se marchan sin siquiera darme tiempo a darles la noticia de mi próximo matrimonio.

REALIDAD Y FANTASIA

Lue Martin

Abrí mis ojos pausadamente, acostumbrándolos a la oscuridad absoluta. Todo se veía negro a mí alrededor, no podía disipar ninguna silueta conocida; ni siquiera, sabía en dónde empezaba o terminaba la habitación. La luz de la luna debía de estar asombrosa allá afuera, reflejando cada rincón de la ciudad, pero en donde me encontraba el resplandor no llegaba a su propósito... Pestañé varias veces, y seguí adentrándome a la suite. Unas manos suaves y pequeñas atraparon mis ojos por la espalda, estaba seguro de quién era, quise contenerlas, pero en un segundo habían desaparecido, sólo sentí una brisa fría indicándome que ahí, detrás de mí, había estado mi dulce tormento en persona.

De pronto... unas luces, como reflectores de teatro, enfocaron en el centro de la habitación una forma piramidal grande. Avancé unos cuantos pasos más, hasta comprender lo que mis ojos observaban perplejos, ¿era un pastel?

—Tres... dos... uno...—Giré sorprendido sobre mis talones, para identificar aquella voz, o al menos, para saber de dónde provenía. Era un misterio, porque aquí no teníamos ni micrófono ni megáfono, pero... ¿cómo era posible aquel sonido amplificado?

—¡Feliz Cumpleaños, mi amor!—gritó Hannah, llamando mi atención hacia el lugar donde reflejaba las luces de neón. Y lo que vi, me dejó totalmente idiota: Hannah saliendo de la torta gigante con una gran sonrisa. Sin detenerse un segundo, corrió a abrazarme, y yo seguía volando... apoyé mi cabeza en la piel de su cuello, y me impregné del delicioso olor de su cabello... era una mezcla de chocolate y miel...

Ella era real.

Sólo que... algo no encajaba aquí, puesto que hacia segundos la tuve a mi lado tapándome los ojos y, ahora, como por arte de magia, ¿salía de una torta? ¿Qué...? ¿Pero qué pasaba?

Atrajo mis labios a los suyos, de inmediato sentí un sabor dulce, y sin

más remedio, me sumergí en su deliciosa esencia. Cuando me dispuse a besarla, me vi sentado en el sofá y sin Hannah en mis brazos... ¿dónde estaba? Como respondiendo a mi interrogante, sus manos aparecieron por mis muslos, acariciándolos suavemente; dirigiéndolas hacia la pretina de mi pantalón, metió la mano derecha por debajo de mi camisa, tocando mi estómago con delicadeza, hasta empezar a rasguñarme la piel. Jalé la sábana de la cama con fuerza, escuchaba ya unos leves gruñidos provocándome excitación, la sangre galopaba por mis venas, sus lamidas eran cada vez más intensas, más fuertes, y mi boca ya no reprimió ningún gemido, quería besarla y tocarla... pero cuando quise hacerlo, la sábana se deslizó al lado opuesto con fuerza. Mi amor ya no estaba, había desaparecido sin decir una palabra, dejándome solo, y envuelto en un delicioso olor a chocolate que me hacía recordarla...

¿Qué estaba pasando?

La sábana seguía moviéndose, unas lamidas cortas e interminables en mis pies me hicieron abrir más los ojos.

—*¡Foxie!*—exclamó Hannah, y el aludido ladró.

El delicioso aroma a chocolate y castañas se intensificó; sin embargo, mis ojos seguían cerrados.

—*¡Fox ven para acá!*—La voz de Hannah cada vez más fuerte, hizo que me distrajera, y sentí cómo la sábana voló. El aire barrió mi piel desnuda, y una risa hermosa como sonido de cascabeles angelicales, retumbó en la habitación...

—Lindo trasero, señor O'Connor —dijo Hannah entre risas, pegándome un sobresalto. Ella sí era real.

—Pero, ¿qué...? —grité, sentándome en mi sitio, totalmente desnudo, y buscando por reflejo algo con qué taparme. Los estragos de lo vivido anteriormente me tenían mareado.

—Oh... ¿no recuerdas nada?—me preguntó Hannah, tapándose disimuladamente la boca para seguir riéndose de mi desnudez, y mi aturdimiento.

—¡No te rías! No es gracioso.

—¡Sí, lo es! Foxie y tú peleando por una sábana es jodidamente épico—agregó sonriendo, al tanto que desviaba su atención de la alfombra hacia mí.

Vi a dónde se dirigían sus ojos y era hacia una de mis zonas erógenas, que se encontraba inminentemente estimulada. No había nada con qué cubrirme. La

sábana blanca estaba tirada en el suelo, siendo víctima de los juegos de Fox, la mordía y peleaba con ella divertido.

—¿Qué pasó? Hace segundos tú salías de una torta, y luego me besaste... —le expliqué—. Sin embargo, ahora estás ahí, riéndote y con mucha ropa... no entiendo...

—Mi amor, Fox estuvo tranquilo en la cocina conmigo, pero se puso juguetón y desapareció. Solo me di cuenta que estaba aquí porque empezó a ladrar, como desesperado, creo que respondía a los ruidos que hacías... —Se detuvo un momento para controlar sus risas y mirarme sugestivamente—. Porque cuando llegué, estabas hablando sonseras y gimiendo. Cuando quise detenerlo, era tarde, él te jalaba la sábana, y tú se la quitabas gruñendo, era muy gracioso verlos.—Volvió a carcajearse—. Si no te hubieras volteado, ganabas tú, aunque me gusta que hayas perdido.

Finalizó su relato con una mirada pícaro, matadora.

Me mordí el labio avergonzado, todo había sido un sueño. Solo un extraordinario sueño. Hannah se acercó con una mirada dulce. Me besó la frente suavemente, y luego se dirigió a mis labios. El sabor a chocolate regresó, y creí por un instante, que nuevamente estaba soñando...

—Sabes a chocolate... exactamente como en mi sueño.

—Debió ser un muy buen sueño.

—Sí, porque estabas tú... —Sonrió.

La atraje más a mí, sorprendiéndola y dejándola caer sobre mi cuerpo. La abracé por la cintura, y no me importó quemarla con mi piel. Sus ojos verdes resplandecieron, y se mostraron temerosos a lo que se avecinaba. La iba a hacer mía. Nuevamente. No me importaba nada, quería cobrarme cada beso y cada caricia, que se había profanado en mi sueño.

Hannah y yo llevábamos más de dos años de novios. Extraordinariamente habíamos congeniado tan bien, desde el primer día en que habíamos entablado conversación, que ya en nuestros próximos planes estaba casarnos. Primero debía terminar un Diplomado de Derecho Internacional, y ella su Máster en Culinaria Francesa. Con ella podía asegurar que sí existía la persona correcta, aquella que con tan solo mirarla podías descubrir que era para ti.

Además, mi mamá la adoraba, y fue gracias a ella que la conocí un sábado de septiembre. Mi mamá me insistía constantemente, que tomara clases de cocina para aliviar mi estrés, tal como ella lo hacía. Vale decir que renegué

muchísimo, pero cuando vi a Hannah, me encantó su sonrisa y su forma de ser. Quedé prendado de ella... y es que Hannah Evans es así: sencilla, tierna e inteligente. Con ella puede ser yo mismo, sin pretender ser alguien más.

—No, Thomas. Debo regresar a la cocina.

—No—gruñí, al tanto que utilicé un poco de mi fuerza para girarla, y apresarla entre mis brazos. Ataqué sus labios de chocolate, mientras mis manos guiaban las suyas hacia arriba, dejándola temporalmente indefensa.

—Thomas, para... se me va a estropear la torta.

—No me importa —respondí besando toda la extensión de su cuello, que sabía a vainilla y manjar, para luego mordisquear y lamer los lóbulos de su oreja, incitándola, invitándola a perderse entre mis brazos.

Totalmente desnudo, empecé a mecarme contra su buzo, con suavidad, separé una de sus piernas con mi rodilla, y la acomodé alrededor de mi cadera, para continuar frotándome contra ella con total libertad, y así sensibilizar mi parte favorita. Hannah comenzó a buscar más fricción como respuesta, y gimió bajito en mi oído haciendo que la desee aún más...

—...Thomas... dejé calentando la leche... y el chocolate... —susurró contra mis labios. Sus advertencias ya eran tardes, yo solo quería en estos instantes quitarle esas malditas prendas que cubrían su perfecto cuerpo, y devorármela.

—Puedes hacer otra.

—No... Esta es especial...

Gruñí.

—Eso te pasa por no cumplir lo que prometes—la contradije, y sentí de inmediato una presión extraña en mi nuca.

—¿Ah no? —Me detuvo. Su respiración entrecortada y excitada se diluía, dando paso a una voz fuerte de ligera irritación. ¿Qué había hecho mal? —. Olvídate de tu regalo de cumpleaños, Thomas. ¡No te daré nada!

—Pero, mi amor... —respondí espontáneamente. No tenía ni idea qué podría ser mi regalo de cumpleaños, para mí, tenerla a ella en mi vida, era más que suficiente.

—¡Pero nada! —espetó, empujándome a un costado. Se había disgustado. Se sentó sobre la cama y yo la seguí, Fox paró sus orejitas y empezó a mirarnos—. Estoy haciendo tu torta de cumpleaños para mañana, y ¡a ti no te importa si se me estropea todo!

—No es eso, mi vida. Sólo que... ¡yo quería ayudarte! Me lo prometiste.

¿Y tú qué hiciste? Me dejaste dormir. —Crucé los brazos sobre mi pecho, como si estuviera enojado y fingiendo reproche en mi tono de voz. Era divertido verla arrugar su pequeña nariz, y lanzarme miraditas matadoras.

—No es tan tarde, Thomas, son apenas las cinco. Y si te despertaba para que me ayudes, no me ibas a dejar ni siquiera batir los huevos —advirtió, totalmente convencida.

—Nunca interferiría en tu arte en la cocina, mi amor —me defendí. Alzó una ceja, mirándome incrédula.

—Déjame recordarte, señor Thomas O'Connor, que por tu culpa, desde que llegaste de Canadá, Fox ha tenido que comer tres horas después de lo habitual. ¡Estás incansable!

—Eso pasa porque eres muy deliciosa, como un dulce. —Me paré de la cama con cinismo, desnudo, y fui a su encuentro—. Y yo nunca me canso de los dulces.

La estreché contra mí, a la vez que preparaba mis labios para besarla; le pasé la punta de mi lengua por la comisura de los suyos, y junté mi nariz con su piel. Hannah se tensó ante mi atrevimiento, provocando que sus mejillas se tiñesen con un tenue color carmín, y haciendo que mis ansias por ella se acrecienten.

—No, no, retrocede... —Mi amor se estaba resistiendo—. Déjame primero terminar tu torta.

—Te dije que podríamos comprar una y no quisiste.

—¡Obvio que no...! Quiero consentirte, mi amor, mañana es tu día, y quiero que sea muy especial, empezando por el pastel.

—¿Y qué tal si adelantamos la celebración? —sugerí con picardía, tentándola, mientras la observaba de arriba abajo. El delantal blanco le quedaba divino, pero sabía que quedaría mucho mejor, si le hacía compañía muy pronto a las sábanas del suelo.

Caminé a su alrededor, exhibiéndome, hasta posar mis manos en sus caderas, y aprisionarlas contra las mías. Jadeó. Era una propuesta que ella no podía negar, lo sabía, más aún si yo estaba casi listo para adentrarme en su interior una vez más. Abrió la boca para responderme, pero unos gruñidos cada vez más intensos la interrumpieron...

—Foxie, anda a la salita, tengo asuntos que resolver con tu mamá—le dije, y él ladró un poco más.

Hannah sonrió, y movió su cabeza de lado. Con gran agilidad volteó su

cuerpo, al lugar donde estaba el perrito jugando con las sábanas, y con un simple movimiento de dedos, lo tuvo a nuestros pies.

Era increíble como él también caía rendido, ante la belleza y ternura de mi Hannah.

—No seas impaciente, Thomas. Date una ducha, cámbiate, y te espero en la cocina.

—¿Me dejarás ayudarte?

—Depende. Pero, si te portas bien, te daré un pequeño adelanto de cumpleaños.

—Yo sólo te quiero a ti —confesé.

Se le dibujó una hermosa sonrisa en su rostro, y después de morderse el labio inferior seductoramente, avanzó hacia mí para unir nuestros labios en un beso corto, dulce, fue un simple roce, pero que me hizo anhelar mucho más. Hannah logró esquivar mis brazos rápidamente, y justo antes de que cometiera la locura de no dejarla escapar nuevamente, se alejó.

Foxie ladró por última vez y se fue tras ella, dejándome completamente aturdido y ansioso.

—¡No, Thomas! ¡Así no! —exclamó, apartando mis manos—. Estás haciendo trampa.

Bufé y me retiré un poco.

Hannah me miró ceñuda, colocando sus manos a ambos lados de su cintura. No demoré ni diez minutos en la ducha, y vine a su encuentro en la cocina. Estaba tan entusiasmado como para demorarme más, sobre todo porque la iba a ayudar a preparar el relleno de caramelo y manjar de mi torta; y debía admitir que tenía doble propósito. Si dejaba vagar mis manos por su cadera, su trasero y sus muslos, podía guiar mis labios para seducirla, haciendo contacto febril con la piel de su cuello.

—¿Qué? Yo no estoy haciendo trampa, mi amor, sólo te estoy ayudando—me defendí cínicamente, infundiendo inocencia.

—Oh... ¿y se puede saber, qué cosa piensas echar a la olla esta vez?

—Quería echarle más vainilla—respondí con seguridad—. Tú me dijiste que el *fudge* necesita vainilla y cacao y, falta mucho de eso.

—Thomas... esa no es la vainilla. Eso es azúcar en polvo —objetó, señalando la cuchara—. Y ya tiene suficiente vainilla, ¿ves que estás haciendo trampa? ¡Eres un terrible mentiroso! Sólo quieres persuadirme para que te dé tu regalo de cumpleaños, sin importarte en lo absoluto que estropees

las cosas.

Rodé los ojos. Ella tenía razón.

—Y así no te diré nada. Te quedarás con la duda hasta mañana. —Su mirada se endureció, confundiéndome. Podía sentir cómo se tensaba a mi proximidad, cómo se excitaba al contacto de mi lengua con su piel, cómo contenía el aliento cuando la acariciaba... Ella se estaba resistiendo, lo disimulaba muy bien, lo negaba descaradamente, y eso no podía quedarse así. Además, ya no había peligro. La torta estaba fuera del horno, a salvo y lista para desmoldarla, sólo nos faltaba terminar el fudge para deslizarlo sobre ella... ¡Así que no podía negarse más! Me estaba haciendo sufrir.

—¿Estás segura? —pregunté de la manera más tentadora posible, acechándola con la mirada intensamente. Me acerqué de nuevo a ella con prisa. Hannah sonrió. Quiso decirme algo, pero no le tomé importancia, sólo me dediqué a arrinconarla, e inclinarla sobre la alacena. Fui rápido. La besé.

—Eres tan caprichoso.

—Y tú mala. Me haces sufrir... —La silencé con una caricia en su mejilla.

Suspiró largamente.

—Me estás complicando las cosas, Thomas —dijo mordiendo su pulgar. En tan sólo dos segundos noté que frunció el ceño, como si estuviera pensando algo, o quizá, tratando de decirme algo. La miré extrañado.

—¿Por qué no vas a dar una vuelta con Foxie, mientras yo soluciono todo esto?

—Pero...

—No... nada de peros, mi amor—susurró muy cerca de mis labios, evidenciándome el deseo que sentía por mí.

Su mano derecha empezó a acariciar mi cabello, su boca se abrió paso por mi oreja, mordiéndola, royéndola suavemente con sus dientes, para luego, adueñarse de mi cuello regando unos cuantos besos húmedos sobre él, y haciendo que mi piel se erizara. No demoré nada, y ya estaba besándola desesperadamente... como si no lo hubiera hecho nunca.

Fue un beso muy dulce e incitador, como un *pecado de lúcumas*. Sonreí para mis adentros... Hannah era un pecado, un exquisito pecado.

—Cuando regreses, tu torta ya estará lista, sólo para decorar con la cereza —dijo con voz entrecortada—. ¿Sí, mi amor?

No sabía qué fue lo que me convenció, si sus ojos increíblemente

grandes, o su piel blanca como la crema fresca, o sus labios finos... Solo sé que nuevamente caía rendido, totalmente cautivado, ante ella.

—Lo haré. Saldré con Foxie. —Asentí. Lo que no sabía esta señorita, era que yo estaba ya formulando un plan B, en la que ella tendría que jugar mis reglas y atenerse a ellas.

—Muy bien, Gracias. —Se alegró.

Le devolví la sonrisa con un cierto grado de malicia y perversidad, cruzando los dedos por detrás. Regresé al cuarto refunfuñando, y busqué rápidamente una chaqueta liviana.

—¿Serás mi cómplice, verdad? —le dije a mi cachorro. El aludido me miró unos instantes para, de inmediato, ladrar y mover su colita contento. Sonreí. Con un plan así, Hannah no se resistiría más, esa vez, no se me iba a escapar.

Casi una hora después, estuve de regreso en nuestro departamento. Había recorrido gran parte de la avenida principal de nuestro barrio, Yorkville, donde se alojaban los restaurantes y tiendas comerciales, más concurridos y atractivos de la ciudad.

Ni bien crucé el pórtico, llamé a Howard, mi colega y amigo de casi toda una vida, para preguntarle por los últimos proyectos que tendríamos con la Contraloría General. Como abogado e ingeniero civil que éramos, teníamos al mando la auditoría especial de un establecimiento educativo, a una hora de la ciudad; sin embargo, él había sido seleccionado para asistir al Congreso Internacional de Contralores en México, y yo me quedaría a cargo de la supervisión de la Comisión, desarrollando el doble de actividades. Hannah estaba al tanto, y tenía su apoyo a pesar de haber estado en Toronto, alejado de ella, durante dos meses por una comisión especial.

Cuando ya subía por el ascensor, y miraba los números de la pantalla, que me indicaban los pisos que faltaban por ascender, sonó mi celular: era mi hermano menor.

—¡Feliz cumpleaños, Tommy! —exclamó Andrew.

—¡Hey! ¡Aún faltan varias horas! —le contesté.

—Lo sé, por supuesto, pero aquí, ya son más de las doce de la noche.

Andrew estaba terminando sus estudios de Derecho Internacional en Barcelona. Su fin era trabajar para la compañía de abogados de nuestro tío abuelo, que radicaba en la capital.

—¿Tendrás listo mi regalo, no? —averigüé en broma.

—Será el mejor.

—No tanto como la torta de chocolate que me hizo Hannah —aseguré orgulloso.

—Entonces es verdad lo que dijo mamá.

—¿Qué dijo esta vez? —pregunté angustiado. ¡Estos dos siempre hablando a mis espaldas!

—Que cuando Hannah y tú sean viejitos, pondrán una confitería para pasar sus últimos días.

Solté una carcajada.

—Y yo podría ser vuestro mesero.

—Lo pensaré —le contesté entre risas, y tratando de reflejar incertidumbre. Me aclaré la garganta y agregué con gravedad—. No quiero que ahuyentes a los clientes con esa bola de pelos que tienes en la cara. Para evitar eso, te haré firmar un contrato, Simba.

—Estúpido.—Reímos—. Así que todo se resume a estética.

—En tu caso sí—subrayé y él gruñó. Por más que traté de mantenerme serio, ya no podía aguantar la risa con sólo imaginármelo, tuve que sentarme en el sofá de la sala, para no caer de bruces a la chimenea.

Seguí conversando un poco más con él. Durante esos minutos, no escuché otro ruido que no sea el proveniente de mi voz, la de Andrew y los ruidos agazapados de Fox. Me parecía raro porque Hannah no era silenciosa, siempre andaba escuchando música, bailando o cocinando; y esta vez me había prometido esperarme en la cocina para colocar la cereza en la torta. Todo estaba muy raro.

Luego de concluir la llamada telefónica, me dispuse a recorrer nuestro piso para encontrar a mi chica, y no la hallé. Para mi mala suerte, crucé las puertas batientes del comedor, ilusionado y tampoco estaba ahí. ¿En dónde se había metido? Por último fui a la cocina y lo que encontré fue peor.

—¿Pero qué ha estado haciendo? —pregunté bajito, casi inaudible, aturdido, abrí los ojos como platos, no podía creer lo que estaba mirando.

La alacena y el repostero estaban iguales, exactamente como los dejé, con la harina salpicada en toda su extensión, mediante pequeños puntos blancos; el cacao y el chocolate corrían la misma suerte, los moldes y recipientes estaban haciendo fila en el lavaplatos, totalmente cubiertos de manjar, leche y una mezcla espesa y oscura, que consideré era el fudge frío. En

ningún momento preparó el manjar, en su lugar, estaban las dos bolsas pequeñas vacías del producto, mirándome como si yo fuera una broma, o un maldito experimento. Su delantal estaba en la otra esquina, al lado del otro pequeño desastre que hice. No había limpiado nada. No había hecho nada después de que me fui. ¿Me había engañado?

—¡Hannah! —llamé preocupado.

Foxie acompañó mis exclamaciones con un eco de ladridos suturados, y olfateando la alfombra.

—¡Hannah! —volví a llamar, adentrándome por el pasillo que daba al dormitorio. Foxie seguía rastreando su aroma, e iba en mi misma dirección.

—¡En el baño, mi amor! —respondió.

Entré a la habitación lentamente, estaba un poco oscura, casi simulaba a la oscuridad que hubo en mi sueño; las cortinas se mantenían cubriendo las mamparas y sólo dejaban pasar finos rayos de luz solar, que enfocaban a la mesita de aperitivos, vino, chocolate y cerezas. Iluminada únicamente por la tenue luz anaranjada, proveniente de las lamparillas de la mesa de noche, y otra, proveniente de varios montones de velas de colores, expuestas por toda la habitación. Me parecía el mejor efecto visual que podría existir. Allá afuera aún no caía la tarde, pero aquí adentro, la mezcla de claroscuro creaba un efecto trasnochador y casi sensual, erótico, romántico.

Dejé mi celular en el tocador y me adentré aún más, una sensación de calor atacó mi corazón. La calma y la tranquilidad se apoderaron de mí, al inhalar el aroma de chocolate y flores, entremezclado con el magnífico perfume que provenía del baño.

El ambiente era perfecto y armónico, todo estaba en su lugar. Las sábanas estaban bien acomodadas y limpias. Ahora comprendía a Hannah, ella quería hacer algo especial en mi día, quería sorprenderme, quería crear un ambiente idóneo, en el cual sus cinco sentidos estaban puestos, para así lograr un momento tornasolado, mágico e impactante. Y yo, por poco se lo estropeaba.

—Es loto rosado, Tom—dijo suavemente Hannah, al sentir ella también el olor agradable que desprendían los aceites aromáticos. Volteé sorprendido, y la encontré apoyada en el marco de la puerta del baño, envuelta con una bata larga de felpa blanca y con el cabello totalmente húmedo. Sus ojos brillaron al presenciar la escena. Los míos hablaron por sí solos, y mi cuerpo corroboró lo que mis sentidos gritaban: querían alcanzar el cielo junto a ella.

—Hannah... No quería arruinar nada...

Traté de acercarme, pero me echó para atrás, no con mucha fuerza, sólo la necesaria para arremeter contra mí, implantando su aliento en mis labios, y presionando su cuerpo con el mío, mis ojos se cerraron para intensificar la sensación. Sus labios comenzaron a devorarme con hambre y deseo, sin esperar una respuesta o una clase de permiso, mi lengua entró a su boca para saborearla, había tanta pasión y necesidad en aquel beso que creí que perdería el sentido. Nos separamos sólo para tomar aire, mi respiración agitada, lujuriosa golpeó contra su cuello. Suspiré y me dejé caer sobre la cama llevándome a Hannah conmigo. Ella me cogió el rostro con sus manos, y con la picardía y determinación que sólo ella sabía mostrarme, se levantó de mi regazo y caminó hacia la cómoda. Demoré un instante en comprender qué era lo que estaba haciendo.

Prendió su IPod, y una melodía lenta que aún no reconocía empezó a sonar.

Al compás de la música, Hannah deshizo el nudo de su bata de felpa, y la abrió lentamente dejándome entrever su piel, su vientre plano y un atuendo sugestivo, totalmente sexy. La canción cambió a una más rápida y empezó todo...

—Feliz Cumpleaños, mi amor. —Expuso sus hombros desnudos, y se quitó la bata con erotismo, lanzándola al aire, liberando completamente su vestimenta.

Quedé completamente deslumbrado en ese instante.

Una minifalda que me dejaba ver su sexy lencería negra, y una blusa escotada transparente se aproximaron a mí... Las diferentes velas aromáticas, colocadas estratégicamente en los diferentes puntos de la habitación, me permitían poder observar su delicado cuerpo a la luz de las mismas y su contorno, sus movimientos sensuales y esa exquisita manera de mover las caderas.

Tragué saliva, mi boca estaba reseca, mis manos se mostraban inquietas, urgidas por tomarla entre mis brazos. Había presenciado toda la escena con dedicación, memorizándola. Ella se dejaba llevar por el ritmo de la música, y se animaba sin complejos a despertar la seducción que llevaba dentro, y que sabía me estaba excitando, llevándome al borde de mi autocontrol, explotando de placer.

La sintonía entre su cuerpo y la música era impresionante... Hannah

estaba excitada, y yo rápidamente estaba a tono con ella, sin vergüenza alguna de experimentar las sensaciones que la música me ofrecía.

—Mi amor, no tienes idea de lo que puedo hacerte... —le susurré en respuesta a la letra de la canción, ella me estaba provocando con aquella música, desafiándome, haciéndome fantasear. Quise levantarme para besarla y dar finalizado su baile, pero ella no desistió. Se sentó a horcajadas sobre mí, desabrochando el cierre y la cremallera de mi pantalón, y el mismo movimiento sinuoso de caderas de su danza, lo ejerció sobre mí, frotándose contra mí, y provocando que mi erección creciera y se volviera cada vez más dolorosa.

Soltamos un mutuo gemido y nos miramos lentamente, ella me deseaba, yo la anhelaba. Sus mejillas estaban con un tenue rubor, y sus ojos azules eran un mar oscuro, que invitaba a sumergirse en límites de seducción insospechados. Adentró sus manos calientes bajo mi camiseta para quitármela, su piel y mi piel eran como una lava caliente, deslizándose sobre nuestros cuerpos. Pasé mis manos por su espalda semidesnuda, las guie hasta el inicio de su minifalda, deteniéndome unos momentos ahí, para luego, adentrarme con efusividad por debajo de ella, hasta llegar a su minúscula tanga; la jalé, y estiré hacia arriba, proyectando la pasión que sentía por poseerla en ese mismo instante. Pasé mis dedos por sus labios suaves, y me empapé de su humedad, mi erección palpité al reconocer el lugar donde pertenecía, y las corrientes nerviosas latieron por su centro. Hannah jadeó, y empezó a moverse aún más rápido...

Cuando estuve a punto de adentrarme a su profunda cavidad, se repuso, y apartó mis manos de su cuerpo...

—No... —murmuró agitada—. Aún no...

Su excitación era evidente en esos instantes, pero trató de ocultarla para seguir con mi show de cumpleaños.

Movió sus caderas con sensualidad, contoneándose alrededor de una silla, bailando una melodía prohibida, mientras ejercía fricción contra ella, haciéndole el amor. Mis instintos más básicos despertaron, y sentí que ya no podía más... Su libido y mi libido podían ocasionar una colisión espacial en ese preciso momento.

Sin abrir la boca, y tan sólo mordiéndose los labios, seguía enviándome mensajes excitantes y descargas de adrenalina por sus ojos.

Tragué en seco con los ojos desorbitados, desordené mi cabello una y

otra vez, pensando que quizá fui muy bueno en esta vida, y que estaba soñando nuevamente. Mi pecho subía y bajaba desmesuradamente, mi respiración se iba cortando en el aire, y mi corazón bombeó más fuerte, que parecía que se me iba a salir del pecho. Todo mi torrente sanguíneo se vio invadido por una energía sensual y erótica, imposible de describir...Era el fuego líquido.

Se incorporó lentamente. Se meneó contra la silla al compás de la música rápida y se paró sin dejar de observarme, enviándome una sonrisa pícaro.

Sus piernas perfectas y hermosas dieron una vuelta sexy alrededor de la silla hasta quedarse de espaldas a mí, dejando su derriere ante mis ojos, la faldita era tan chiquita, que dejaba entrever su tanga y su bien robusto trasero, el cual amaba. Unos leves estremecimientos anduvieron vertiginosamente por toda mi longitud, concentrando la sangre en mi ingle. Nublado por el deseo de poseerla en estos instantes, mis pensamientos fueron invadidos por sensaciones cavernícolas de apretar, friccionar y morder su carne.

Hannah estaba muy desinhibida, disfrutando lo que hacía para mí. Amaba verla así en nuestra intimidad, sin importarle nada, desencadenando su criatura sexual interna. Se veía deliciosa, hermosa... y lo mejor era que era mía, sólo mía.

Se incorporó lentamente, siguiendo el ritmo de la música. Acariciando un poco su cuerpo, dio una palmada en su nalga, y se volvió hacia mí, acercándose tal cual gatita, hasta subir su pierna derecha al colchón de la cama donde me hallaba sentado; se inclinó hacia delante de nuevo, dejando sus senos bien cerca de mi rostro, mis labios quisieron destrozar esa tela, y deleitarse con la suavidad de sus pezones.

Exhaló en mis labios, y muy despacio, se fue quitando el ligero... mi nariz rozó su pecho y su estómago, y el olor de su femineidad me dio de lleno en los pulmones, no pude evitar posar mis manos inquietas en su trasero dándole una ligera apretada... Me sentí soñar.

—No seas impaciente, bebé... —Jugó con mis manos, evitando que la tocara y me apoderara de su cuerpo. Las entrelazó un segundo, y sin perder tiempo, con determinación, me agarró del cabello, sellando mis labios con los suyos. Fue un beso rápido, hambriento, que en vez de calmarme, me impacientó aún más, mucho más en cuanto se alejó de nuevo.

Mis ojos se nublaron, estaba entre aturdido y extasiado a tal punto, que no había percatado el momento justo en que mi gatita me había lanzado su

minifalda al rostro, conteniendo su aroma femenino y quedando sólo vestida con una lencería negra, fina, de encaje. Me relamí los labios, se me hizo agua la boca, mientras que mi ritmo cardiaco aumentaba, y sentía mis músculos tensarse cada vez más.

Ella sonrió y se me acercó. Me tiró suavemente a la cama, mis codos y mi espalda sintieron lo frío que estaba la sábana, mas no le importaron ser víctima de la incitante seducción de mi amor.

Rápidamente me acomodé un poco más atrás, hasta casi tocar el cabecero, para darle mayor comodidad. Hannah gateó, sacudió su cabello y empezó a acariciarme suavemente por encima del bóxer mordiendo los labios, fue subiendo sus manos paulatinamente por mi estómago, por mi pecho, rasguñándolos, al tanto que mi boca hacía de las suyas con su cuello y su mandíbula. Liberó mi excitación y la envolvió con su mano, ayudándome a aumentar el placer. Gemí, el estímulo viajó a través de mi médula espinal, provocando que el flujo de la sangre en aquella zona aumentara.

—Hannah... —Tragué en seco—. No puedo... más... —Presentía que ella estaba igual que yo.

Hannah se montó sobre mí y se llevó mi miembro a su boca. Al ritmo de la canción, lo lamió y succionó, mordisqueando suavemente la piel, mientras que con su otra mano acariciaba mis testículos. Ya no pude más y le solté el sujetador, atrayéndola hacia mí para besarla en la boca, sentir mi excitación y luego, sin cuidado, poseer, jalar y aferrarme a sus pezones como si fueran el único manjar de la tierra.

Gimió en mi oído al sentir mis manos pasearse por sus nalgas, buscando con rapidez su húmedo centro. Pasé mis dedos por las delicadas tiras de su tanga, y las rompí al instante, para en seguida, dirigirme a su intimidad, que estaba caliente, palpitante, al igual que la mía, a la expectativa de fundirse en uno solo.

Mordí, lamí, jalé, succioné e hice todo en un segundo, estaba loco, embriagado, excitado por ella, por el baile más sensual y ardiente que haya visto, había sido el preámbulo perfecto para lo que se vendría a continuación.

No quise aplazar más el tiempo, así que la rodé sobre el colchón, quedando su cabeza en una de las almohadas, con mi lengua tracé círculos alrededor de su ombligo y fui bajando paulatinamente hacia el sur, para oler y saborear su excitación. Fue el detonante perfecto para que mis instintos salvajes se activaran, y con la poca cordura que me quedaba, junté sus piernas

y las llevé hacia mi hombro derecho y de una sola estocada me introduje en ella. Comencé a mecarme marcando un ritmo fijo, mientras aferraba sus manos a mi cadera pidiendo más. La fricción era deliciosa, su interior era perfecto, como un molde hecho a mi medida.

—¡Oh Dios! No doy más...

Hannah movía sus caderas cada vez más rápido, mis movimientos eran delirantes. Me sentí crecer, mientras ella me aprisionaba con mayor fuerza cada vez, emitiendo contracciones y cosquilleos, que recorrían directamente cada rincón de mi cuerpo y el de ella.

Unimos nuestros labios para compartir el aliento, sincronizamos nuestras respiraciones, y mirándonos fijamente, empezamos a movernos al mismo tiempo, cada vez más apresurado, más urgente, potenciando nuestra unión, y construyendo el camino a un clímax espectacular.

—Llega conmigo...

No bastó decir más para perder el conocimiento, y llenar la habitación con nuestros sonidos de placer. Mis músculos se volvieron rígidos, mi respiración agitada. Hannah se removía y tensaba bajo mi cuerpo; me apretó, estrujó las sábanas y se arqueó totalmente, permitiéndome coger uno de sus pezones y morderlo con desesperación, sintiendo cada punto interno de mi ser contraerse, al tanto que con frenesí llegábamos a un increíble orgasmo.

Caí derrotado sobre ella segundos después, cuidando en no lastimarla, y saboreando aún el efecto de sus contracciones alrededor mío, su aliento me quemó la piel, me alcé sobre mis brazos para observarla, y deleitarme con sus mejillas teñidas de un hermoso color carmín. Me abrazó con más fuerza y me acerqué para besarle en los labios con dulzura.

Verla así, no tenía precio.

—Te amo tanto...

—Feliz cumpleaños, mi amor.

—Gracias, mi vida... —Le di otro beso—. Casi malogro mi sorpresa... si lo hacía, no me lo perdonaba.

—Nunca podrías estropear nada, Thomas... aunque me lo estabas haciendo difícil. —Rodó los ojos—. Al menos traté que se asemeje a tu sueño.

—No, bebé... lo de hoy fue mucho mejor, fue perfecto. —Delineé el contorno de sus labios sonrientes, con la yema de los dedos.

Nos rodé suavemente y le di otro beso. Hannah se acomodó, sentándose con las dos piernas a mi costado, y acercó su boca a mi oreja.

—Prometí darte un pequeño adelanto de cumpleaños, Tom.

—Y lo conseguiste, pero sabes que con tenerte en mi vida es más que suficiente. —Quise agregar algo más, pues tenía en mente otro regalo: uno que tardaría nueve meses.

Sus ojos, en el silencio, complementaban lo que le había dicho.

—Entonces... —Sonrió divertida—. Eso quiere decir que... ¿ya no quieres saber las otras sorpresas que tengo para ti?

—¿Hay más? —pregunté asombrado.

Esbozó una sonrisa. Ella sabía qué amaba las sorpresas... En serio, nunca pensé que desear algo con tantas ganas y cruzando los dedos, me traería un sin fin de buenisimas sorpresas y momentos agradables.

—Sí... aún falta tu torta de chocolate.

—Esa es para mañana.

—Por supuesto... pero... —Se paró de la cama desnuda, y me sentí reaccionar de inmediato. El poderío que ejercía en mí era inaudito, debería ser ilegal.

Caminó hacia la pequeña mesa, donde se hallaba las uvas y los demás aperitivos. Divertida, me señaló las cosas que traía entre sus manos.

—Esta es crema batida... y este otro, chocolate líquido.

—¿Quieres decir...? —Enarqué una ceja.

—Que dejaré que coloques las cerezas dónde quieras, como te lo prometí... —respondió, mientras que me regalaba una mirada coqueta y juguetona.

Me quedé boquiabierto. Tragué en seco. Era tentativo. Tendría a mi diosa sensual bañada en chocolate, manjar y crema para mí solo... para recolectar cada cereza de su cuerpo y volver a hacerle el amor como si fuera la última vez.

¡Perfecto!

Sin duda, este era el mejor regalo de cumpleaños hasta el momento...

Una realidad hecha fantasía.

LA CITA

Cleorompatt

Ese lunes, a pesar de todo el tiempo que nos habíamos entretenido echando un buen polvo mañanero, Manny insistió en darnos una relajante ducha juntos, enjabonando nuestros cuerpos entre besos y caricias.

Aunque estaba satisfecha y sonriente, me había dejado anhelante y, conociéndolo como lo hacía, sabía que él también se habría quedado en las mismas condiciones —con ganas de más—, sin embargo, esa intimidad sexual y la expectativa siempre nos daba el ánimo suficiente para comenzar nuestra agitada semana de labores.

Mientras él intentaba despertar a nuestra pequeña Megan de seis años y ayudarla a arreglarse para ir al colegio, yo me dispuse a preparar unas ricas panquecas para el desayuno.

Después de desayunar nos dimos un beso y nos despedimos.

—Esta noche terminamos con lo que has comenzado en la ducha —susurró sobre mis labios antes de darme otro beso y salir sonriente con nuestra hija tomada de la mano.

Él la llevaría al colegio antes de irse al trabajo, por mi parte recogería la mesa y lavaría los platos antes de marcharme también al mío. Como era costumbre, hice tiempo mientras esperaba la llegada de la nana Debby. Y, contra todo pronóstico, llegué al hospital a la hora acostumbrada.

Al llegar al consultorio me senté y encendí mi laptop, perdida en los recuerdos de las horas pasadas, recreándome en el delicioso orgasmo que él me había regalado.

Acostados de lado cual cucharitas, Manny presionaba su erección mañanera contra mi trasero, con movimientos ondulantes y perezosos. Coló uno de sus brazos ubicándolo debajo de mi cuello, acunándome contra su pecho, para así tener más acceso y pellizcar mis pezones suavemente, estirándolos y endureciéndolos, mientras que con su otra mano acariciaba mi vientre y ombligo bajando hasta hundirse entre mis pliegues, dedicándole atención a esa parte de mi cuerpo, rozando de forma circular mi clitoris, burlándose de él y bajando hasta mi entrada. Ya con solo recostar su polla en mi ano y presionar, me ponía a cien, aunado a lo que hacía con sus manos y su boca, mordiendo mis hombros, raspando sutilmente con su barba de dos días en mi espalda y, para colmo sumado a su respiración entrecortada, susurrando en mi cuello, diciéndome esas palabras que estaba acostumbrada a escuchar salir de su boca en repetidas oportunidades, durante los nueve años que llevábamos juntos, me tenía a su completa merced.

Me había penetrado lento, enloqueciéndome con sus estocadas suaves, pero yo quería más, deseaba más y lo alentaba a que lo hiciera rápido y profundo clavando mis uñas en su trasero.

Su mano seguía torturando mis pezones, alternando entre uno y otro; sin embargo, cuando habíamos explotado en ese orgasmo mañanero tuve que morder mis labios y enterrar mi cara en la almohada para no ser lo ruidosa que hubiese deseado.

La enfermera que siempre me asistía en la consulta de las mañanas, entró con dos humeantes tazas de café en la mano y un sobre debajo del brazo, sacándome de mis recuerdos.

—Buenos días, doctora. Aquí le traigo los informes que llegaron del caso Patern—Ducks y su descafeinado —comentó mientras depositaba una taza de café sobre el escritorio y le daba un trago al suyo.

—Buenos días, Patricia. No te hubieses molestado, gracias —dije y me dispuse a darle un sorbo. Ya había desayunado, pero no podía hacerle ese desprecio a mi amiga. Me removí en mi silla tratando de calmar los latidos de mi corazón, estaba acalorada y sentí que ella notaría mis pensamientos reflejados en el rostro—. Siéntate, tenemos unos minutos, antes de que comiencen a llegar nuestros pequeños. A estos, ya les echo una ojeada. —Aparté los documentos y me centré en su mirada apagada—. Cuéntame, ¿qué tal tu fin de semana?

—Ay, Cam. Encerrada en mi departamento, más aburrida que una ostra. No me envió ni un puto mensaje, ni un hola. Ya nuestra ruptura es definitiva.

—Cuánto lo siento, Patty. De verdad —dije tomando su mano entre las mías, reconfortándola.

—¿Cómo puede molestarse si tengo guardias nocturnas o los fines de semana?, él no entiende que este es mi trabajo, que hay días en la semana que lamentablemente no podemos vernos. ¿Y sabes lo que me dijo la última vez? Que escogiera entre él y mi trabajo. Que cuando me decidiera, él me estaría esperando. —Le pasé la cajita de *Kleenex* para que secara las lágrimas, que bajaban por sus mejillas—. Y de verdad que yo voy a escoger mi profesión por encima de todo. ¡¿Qué se ha creído?!

—Cariño, y yo te apoyo, si él te ama tiene que aceptarte con tu profesión. No es como si no lo hubiese sabido desde un principio, cuando te conoció.

—Eso le dije, pero Steve está en sus trece y yo soy orgullosa, por lo tanto, no voy a dar mi brazo a torcer. Es como si le pidiera que dejara de ser maestro, porque detesto verle corregir exámenes y llevarse trabajo a la casa.

—Ok, pues esa es tu baza, Patty. Steve te está exigiendo tiempo, pero se lleva trabajo a casa, en lugar de dedicarte ese tiempo a ti y a su relación, es muy egoísta de su parte.

—¡Es un idiota integral! Ya no hablemos más de él, Cam. ¿Qué tal el tuyo? La granuja, ¿cómo se porta? —dijo, después de sonarse la nariz y cambiar de manera radical el tema.

—Muy bien, aunque con algo de malestar, ha mudado los cuatro incisivos delanteros, inferiores y superiores todos a la vez y le duele para comer. Fue una tortura, aunque feliz por todo el dinero que le trajo el ratón Pérez. Su padre la ha dejado en el colegio esta mañana.

—Pobrecilla.

—Por cierto, ¿el doctor Marshall ya llegó?

—Sí, ya pasó por aquí. Solicitó prestada la carpeta con el informe del caso del niño Howard. Tiene una reunión a primera hora con los nuevos residentes.

—¿Cuántos le asignaron para supervisión esta vez?

—Son tres.

—Siempre volando alto, pobres chicos. Ya lo veo haciéndolos correr con ese paciente —comenté negando con la cabeza.

Por lo general, él solicitaba alguno de mis casos con problemas de cardiopatías, para tomarlo como ejemplo cuando daba sus clases a los nuevos residentes. Aunque no pertenecían al área pediátrica, a él le gustaba prepararlos para pacientes de cualquier edad, los medía y, en mi opinión, los hacía sufrir poniendo a prueba su resistencia y capacidad para afrontar situaciones extremas. Era un excelente médico, por algo era el director de Cirugía Cardiovascular del hospital donde trabajábamos.

—También te llegó una invitación de la Universidad —dijo señalando los documentos que me había entregado antes.

—¡Oh, gracias! La estaba esperando. —Era una tarjeta sencilla sin sobre, en el que se leía doctora Cameron Levinstong.

«*Vaya, habían omitido mi apellido de casada, qué extraño*», pensé.

—Solo tienes que hacer la confirmación en el grupo de Facebook.

—¡Joder! Ahora la tecnología y las redes sociales nos tienen atrapados. ¿No podía confirmar vía telefónica como se venía haciendo hace cinco años? —le pregunté dubitativa.

—Lo mismo comentó el doctor Marshall —dijo con su amplia sonrisa, como si supiera algo y me lo estuviera ocultando, mientras se levantaba y daba por terminada nuestra conversación.

—Dame diez minutos y comenzamos la consulta —le pedí—. Y por favor, Patricia, necesito saber si tenemos camas disponibles para hospitalizarlo hoy mismo —le dije, señalando la carpeta del niño Patern—Ducks, mientras ella asentía y salía del consultorio, cerrando la puerta tras de sí.

Me metí en internet y abrí la página del *Daily Journal*. Era lo primero que hacía, para enterarme de las noticias diarias, aunque solo me diera tiempo de leer los titulares y detenerme si había algo de suma importancia. También entré en el grupo de Facebook de la Universidad, hice mi reserva y confirmé mi asistencia al reencuentro anual de ex estudiantes, al que asistía desde que había recibido mi título como Médico Cirujano, y posteriormente cuando hice la especialización en Pediatría.

La mañana pasó sin ningún contratiempo, a pesar de que la consulta estuvo muy concurrida, no tuve pacientes con nada grave. Gracias a Dios ya estábamos terminando con la época de lluvias que siempre afectaba a los más chicos, con fuertes resfriados. En un par de meses llegarían las vacaciones escolares y tendría menos afluencia, ya que la mayoría visitaría más al área de Traumatología por caídas o fracturas.

Ya eran las dos de la tarde, solo me había tomado unos minutos para comerme un sándwich y tomarme un zumo. Tenía el tiempo justo para pasar a buscar a Megan al colegio e irnos a casa, comer algo decente y dejarla haciendo la siesta, mientras regresaba para

atender la consulta privada en la clínica. Su nana se quedaría con ella, hasta que Manny y yo regresáramos en la noche.

«*Menos mal que el colegio y la clínica están relativamente cerca de casa, mas no el hospital*», pensaba mientras me disponía a recoger todas mis pertenencias para marcharme. Escuché un par de golpes en la puerta y vi la cabeza de alguien muy agradable que se asomaba.

¡Santo Cristo!, se veía tan guapo con su uniforme quirúrgico.

Sin mediar palabra le puso el seguro a la puerta y se abalanzó sobre mi boca, besando con ansias, con desesperación como si no me hubiese visto en años.

—Te he extrañado tanto, Cam —decía entre besos, mientras se deshacía de mi bata y levantaba, sin pudor alguno, mi falda, haciendo espacio dentro de mis bragas con sus dedos.

—¡Oh, mi Dios! —gemí.

—Acabo de salir de una cirugía y los residentes me han tenido al borde, te necesito. Tenemos quince minutos antes de que te vayas —dijo con su mirada suplicante.

Lo dejé que me follara contra el escritorio, no podía negar que estos rapiditos también me encendían, sin embargo, esta vez sentí algo diferente.

—¿Qué demonios ha sido todo esto? ¿Qué está pasando? —pregunté preocupada mientras reacomodaba mi ropa.

—Nada, ¿no puedo venir a darte una vuelta?

—Me temo que algo vienes a pedir.

—Este... —dudó—. Tengo guardias toda la semana.

—¿Por qué? Se suponía que estarías libre.

—Sí, lo sé, ese era el plan, pero ya sabes, estamos escasos de personal y los casos de problemas cardiovasculares cada día son más, la gente está mal alimentada, con comida chatarra tapando sus venas. No toman conciencia. —Hablaba atropelladamente mientras paseaba de un lado a otro, cual león enjaulado y jalaba su pelo de manera molesta—. Aunado a eso, me asignaron tres residentes, tuve que trasladar un par de clases para las tardes, porque me programaron cirugías todos los días. Frank que es mi segundo al mando, está de reposo, se ha dislocado una rodilla este fin de semana y ando al tope de trabajo.

—Claro, y tú como jefe de departamento tienes que asumir toda la responsabilidad —espeté molesta—. ¿Creías que con venir a follarme al consultorio no te armaría una bronca?

Él se quedó callado observándome y continué despotricando. Estaba tan molesta por esa decisión, ya teníamos planes para esta semana.

—Se suponía que teníamos planes, doctor Marshall —ironicé.

—Puedes escaparte alguna noche y quedarte conmigo.

—Sabes que estadísticamente en las noches es cuando la gente sufre más infartos, ¿no?, es cuando la emergencia cardiovascular está usualmente colapsada. Y más con el poco personal que tienes, ¿crees que en una de tus guardias podrías dedicarme cinco minutos?

—Cameron, mi amor —dijo acercándose y acorralándome entre su pecho y el escritorio.

—¿Mi amor? —pregunté molesta, empujándolo, haciendo distancia entre nuestros cuerpos, mirándolo directamente a los ojos de manera desafiante—. ¡Una mierda, Marshall!

—Cuide su vocabulario, doctora —susurró en mi oído tomando mis manos, apartándolas de su pecho, bajándolas hacia sus caderas y presionando con fuerza su cuerpo contra el mío.

—¿Qué le dirás a ella? —pregunté resistiéndome al estremecimiento que me estaba provocando su olor, su respiración en mi cuello, el calor que traspasaba las finas capas de la tela que nos separaban. La molestia parecía desaparecer y ser reemplazada por excitación.

«¡Por Dios!, Cameron, concéntrate que estamos discutiendo», me regañé internamente.

—Que tengo congreso toda la semana y regreso el sábado —comentó separándose y su mirada ahora se veía afligida.

—Bien —dije levantando mis manos cuando escuché que lo llamaban por los altavoces. La voz monótona y nasal de la chica, logró terminar de sacarme de mis casillas.

Doctor. Marshall, favor presentarse en emergencia, doctor. Marshall.

—El deber me llama —se acercó para darme un beso en la boca pero giré mi rostro y terminó con sus labios en mi mejilla—. No te molestes, ya lo solucionaremos.

—Marshall, tenemos prioridades y eso lo habíamos hablado. Nuestra familia es lo más importante; por favor, recuérdalo —me ignoró.

—Todas las noches estaré aquí. Si te apetece, pasas por mi consultorio, recuerda que tenemos una cita el viernes y, por favor, sé que estás cabreada, pero deja de llamarme por mi apellido —dijo, luego salió cerrando la puerta tras él.

«Te llamo como me dé la gana», le grité internamente.

Terminé de recoger mis pertenencias, recordando la cita del viernes, cómo olvidarlo si ya había confirmado mi asistencia.

Él me pedía que lo apoyara en esto, cómo iba a quedarme en el hospital una noche, si podía estar cómodamente en casa con M...

¡Mierda! Esto no iba a perdonárselo tan fácilmente.

Pasó la semana y lo castigué por completo, ignorándolo cuando lo veía por los pasillos del hospital, por su parte él no se había acercado a mi consultorio, supongo que evitando más riñas entre nosotros. Sabía que era injusto lo que estaba haciendo, tenía que entender que su trabajo lo apasionaba, incluso Patty me había comentado que me estaba comportando igual que Steve, logrando en mí un cabreo monumental.

Hoy era el día del fulano reencuentro. Llegué al hospital a la hora de siempre y comencé con mi rutina encendiendo la laptop. Leí algunos titulares en el *Daily Journal* sin importancia, minimicé y me fui a la página del Facebook. Deseaba saber si tenía alguna novedad o si el encuentro se había suspendido a última hora. Introduje mi contraseña y en cuanto entré, apareció un número uno dentro del círculo rojo, justo sobre la cartita de mensajes privados. Era de él.

« Buenos días. Espero que tu mañana sea estupenda. Me hubiera gustado que almorzáramos juntos hoy, pero sigo algo liado. ¿Ya hiciste tu reservación? Yo ya hice la mía, espero verte allí esta noche, como todos los años » .

Me entró la risa cuando vi un emoticón de perrito suplicando.

« *Allí estaré esperándote. Que pases un buen día* » .

No le contesté, aún estaba enojada con él, aunque no podía negar que las mariposas estaban haciendo un baile privado en mi interior. ¡Esto prometía!

Suspendí las consultas en la clínica, para tener tiempo suficiente de ir a la peluquería y ponerme bonita. Sí, por qué lo iba a negar, ponerme linda para él. De solo pensar en la aventura que tendría esta noche, de esa cita que disfrutaría con él, me daba ese sustito agradable en la boca del estómago, cual adolescente. Estaba a punto de salir del consultorio cuando sonó el teléfono interno.

—Diga.

—Cameron, sé que ya leíste el mensaje que te envié al *Facebook* y no me contestaste. —Silencio—. ¿Estás allí? —Me quedé callada, ¿qué le podía decir?, ¿que aún estaba cabreada pero que me moría por verle y estar con él?—. Escucha, sé que estás molesta, pero te prometo que esta noche voy a resarcirte. Aún tengo cosas pendientes por terminar, pero nos vemos allá.

—No hay problema, me da tiempo de ir a casa a refrescarme y cambiarme de ropa —dije después de un suspiro.

—Reservé una habitación como todos los años, con desayuno incluido —comentó con ese tono insinuante en su voz, lleno de promesas.

—Excelente —ronroneé. ¡Ronroneé! Ya estaba perdida y él sabía que había ganado esta partida.

—Así que no llegarás a casa hasta mañana —continuó engatusándome.

—Eso suena genial.

—Hasta la noche, entonces.

—Ok —dije, y colgué.

Llegué a casa y encontré a Megan jugando a la Xbox. Su nana la había ido a buscar a la escuela y se quedaría con ella toda la noche.

—Hola, corazón.

—Hola, *Maaa* —contestó alargando la *a* y corriendo hacia mis brazos, dejando el mando del juego tirado en la alfombra para abrazarme—. Llegaste temprano. ¡*Guaoooo!*, tu cabello está liso y muy lindo —decía mientras lo acariciaba con sus manitas.

—*Ajá*, pedí que plancharan mis ondas para tener el cabello tan liso como el tuyo, porque esta noche tengo un compromiso.

Mi nena había heredado el cabello liso y rubio de su padre, mientras que yo lo tenía castaño y ondulado; sin embargo, sus ojos eran tan grises como los míos. Poseía una perfecta combinación de ambos.

—Sí, papi me llamó y dijo que cenara y que me acostara temprano, que regresa mañana. Así que en la tarde prometió que nos llevaría a pasear.

«*Claro, típico de él después de estar ausente toda la semana*», pensé.

Jugué un par de horas con Megan, ambas tiradas en la alfombra de su cuarto, merendamos y después de perder muchas veces me di por vencida, marchándome a mi habitación para darme una ducha relajante.

Me enfundé en un vestido azul que llegaba justo una palma sobre mis rodillas, se ceñía como un guante a mi cuerpo y tenía un pronunciado escote en la espalda. Así que me decidí ir a tipo comando. Sabía que a mis treinta y cuatro años era muy atractiva y conocía al detalle el efecto que le causaba. Seguro que, para él, la sorpresa sería muy agradable. Sombree mis ojos con tonos en negro haciendo que se vieran más grandes, mis labios rojos y solo coloqué un poco de base en mis mejillas, ya que mantenía un rubor natural permanente en ellas. Calcé mis sandalias altas y me miré en el espejo.

¡Oh, sí! Me sentía poderosa, guapa y muy *sexy*.

Me despedí de mi hija y me encaminé al lugar donde se celebraría la reunión.

Entré al salón de festejos y detallé la sencilla pero elegante decoración del lugar, todo en tonos de blanco y negro: las mesas delicadamente ornamentadas con exquisito gusto para la cena, un grupo de música que amenizaba con unos suaves acordes, mientras que un par de parejas ya hacían gala en la pista de baile, luces suaves aquí y allá que tornaban el ambiente muy acogedor.

Tomé una copa de champán que me ofrecía uno de los camareros amablemente, mientras hacía un recorrido con mi mirada, hasta que le ubiqué. Allí estaba él, de espaldas a mí, con su imponente metro noventa y su elegancia, enfundado en ese traje gris. Su cabello rubio imposiblemente desordenado y con una de sus manos en un bolsillo del pantalón, tan guapo que era difícil de ignorar. Se encontraba conversando con dos de nuestros ex compañeros de Universidad: Johnny McDowell y Oliver Parker. Miraron en mi dirección y le realizaron algún comentario, haciendo que él volteara a verme.

Me encontré con su intensa mirada azul y con un simple gesto de su cabeza en forma de saludo, levantó el vaso que tenía en la mano, guiñándome un ojo. ¡Dios! Este hombre hacía que mi cuerpo reaccionara de manera insospechada con solo su mirada acerada.

La noche fue muy agradable, compartí una deliciosa cena con mis antiguos compañeros, a los que veía poco por nuestro agitado tren de trabajo, poniéndome al día con sus vidas. Algunos estaban haciendo postgrados y especializaciones, mientras que otros se habían quedado estancados en una consulta privada demasiado concurrida. Me sentí muy identificada, notando que la razón que me mantuvo molesta toda la semana, era común entre las parejas que conformaban nuestras amistades —más de lo que hubiese deseado saber—; sin embargo, decidí pasar la página, después de haber bailado un par de piezas y de tomar unas copas de champán.

Me despedí de todos haciendo una promesa de volvernos a ver antes de que fuese el nuevo reencuentro, cosa que hacíamos todos los años y terminábamos sin cumplir.

Llegamos a nuestro destino en mi auto —ya que él decidió dejar su coche en el hospital, en el mismo lugar donde había estado estacionado por una semana—. Un hotel cinco estrellas, nada menos se podría esperar por parte del Director del Área de Cardiología del Hospital, el cirujano más joven que ocupaba ese cargo en la historia del mismo, con solo treinta y seis años, prometedor, excelente profesional y, hasta el momento irremplazable.

Subimos al ascensor en silencio, tomados de la mano, solo cruzando nuestras miradas de vez en cuando.

Todo cambió al entrar a la habitación, el ambiente relajado se convirtió en netamente

sexual, me atrapó entre su cuerpo y la pared que estaba junto a la puerta después de cerrarla. Atacó mi boca con ansias y desesperación y, aunque sabía que tendríamos toda la noche, me encontraba tan desesperada como él. Una semana a la expectativa por sentirlo de nuevo dentro de mí, furiosa por el distanciamiento por culpa a nuestro trabajo, molesta porque sabía que desde un principio lo más importante para ambos era nuestra familia y frustrada porque lo deseaba, mucho.

Levantó mi corto vestido acariciando mis piernas y mi trasero, mientras seguía enredando su lengua con la mía. Me cargó a horcajadas presionando toda su anatomía y haciendo movimientos ondulantes con su cadera, justo en mi parte sur.

—He deseado quitarte este vestidito toda la jodida noche —susurraba sobre mis labios—. Pensé que no aguantaría hasta llegar aquí y tendría que follarte en uno de los baños en el reencuentro.

—¿Por qué no lo hiciste?, yo hubiese estado más que dispuesta.

—No iba a permitir que alguien viera a mi mujer desnuda. Porque te iba a quitar toda la ropa mientras yo te follaba sin descanso y continuaba completamente vestido y eso es lo que voy a hacer en este momento —dijo levantando mis brazos y sacando la prenda por mi cabeza. No se sorprendió al ver que no había más impedimento entre su ropa y mi piel desnuda. Se bajó la cremallera y me volteó posicionándose detrás de mí y penetrándome lentamente, mientras yo buscaba el aire que le faltaba a mis pulmones—. Desde que te vi con ese vestido sabía que no tendrías nada debajo de él, y pasé toda la noche tratando de disimular mi incómoda erección — comentaba entre estocadas—. Eres una chica mala, y con tu indiferencia, me hiciste pagar con creces las guardias de esta semana.

Estuvo penetrándome lentamente, no sé si por unos minutos u horas y cuando deseaba llegar, paraba, y se alejaba dejándome anhelante, era mi turno de pagar, hasta que con un gruñido se corrió dentro de mí.

—¿Qué carajos? —espeté volteándome molesta y encarándolo. Lo vi dirigirse al baño para asearse. Las piernas me temblaban y estaba cachonda, pero muy cabreada.

Salió del baño sonriente y quitándose la ropa con parsimonia. Primero, sacó su chaqueta dejándola tirada en el sofá donde se sentó y quitó sus zapatos y medias. Se levantó y mientras caminaba hasta donde me había dejado parada, dejó caer sus pantalones al suelo, luego se deshizo de la camisa que fue hacerle compañía junto con el bóxer. Estuve a punto de tener un orgasmo en ese momento, al reconocer que aún estaba muy empalmado. Se acostó en la cama e hizo un gesto con su mano para que me acercara.

—Quiero que me cabalgues —ordenó.

—Y yo necesito liberar esta tensión, urgente —dije posicionándome sobre él, sin preámbulos, dejándome caer con facilidad por lo mojada que me encontraba gracias a nuestros fluidos, haciendo que encajara completamente dentro de mí. Comencé a moverme arriba y abajo con ayuda de mis manos. La frustración era tan fuerte que no lograba mi orgasmo, estaba completamente segura que cuando me golpeará sería un fuerte estallido. Por su parte, él no se movía, me observaba con sus brazos cruzados debajo de su cabeza mientras mostraba esa sonrisa descarada en sus labios, esa que me enloquecía y de la que me había enamorado. Yo hacía todo el trabajo, moviéndome más rápido sobre él para lograr el objetivo que me estaba costando alcanzar—. No estás siendo de mucha ayuda —comenté,

sudorosa por el esfuerzo.

Me acerqué besando su cuello, dando un mordisco sobre su clavícula, y subiendo hasta comerme su boca de manera desesperada, logrando que se resquebrajara su autocontrol.

—Eso es por ignorarme toda la semana. Ahora date la vuelta, sin que se te salga, quiero ver tu culo fruncido. —Ya su sonrisa había desaparecido, y su mirada, parecía la de un depredador cazando a su presa. Sus ojos azul claro se divisaban casi negros por lo dilatado de las pupilas. Su frente estaba sudorosa, los músculos de su cuello tensos y sus gruñidos de placer, que se confundían con mis gemidos, hacían eco en la habitación. Los labios los tenía entreabiertos, susurrando palabras ininteligibles—. Date... la... vuelta —pidió de nuevo y yo lo hice sin chistar. Di la vuelta sobre su eje lentamente, sin dejar que se saliera de mí, colocando mi culo en pompa y dándole un buen espectáculo—. ¡Me estás matando!

Continué cabalgándolo, el cambio de posición hacía que él llegara más profundo y presionara con fruición ese punto que me enloquecía. Sentí cómo introdujo un dedo en mi ano, estimulándome, y me tensé. Mi útero comenzó a convulsionar y la oleada de placer, me paralizó por un momento. Esa muerte súbita que le ocurría al cuerpo, mientras experimentaba el más poderoso de los orgasmos. La mente nublada, el cuerpo actuando por voluntad propia, los pulmones dejando de funcionar y donde el corazón parecía dejar de latir por unos interminables segundos. El grito que salió de mis labios fue liberador, la frustración desapareció de un plumazo y fue reemplazada por el éxtasis más sublime. Quería más, necesitaba más, y él pareció leer mis pensamientos, comenzando a dar fuertes estocadas, haciéndome subir y bajar alrededor de su dura erección, alargando mi orgasmo y desencadenando el suyo.

Lo hicimos un par de veces más esa noche, hasta que nos venció el cansancio, y quedamos rendidos con nuestros cuerpos extrañamente entrelazados.

A la mañana siguiente, ambos nos despertamos con una enorme sonrisa en el rostro, reflejo de lo satisfechos que estábamos tanto sexual como emocionalmente, saciando nuestro apetito con un delicioso desayuno antes de regresar a la realidad.

—¿Nos vamos a casa, señora Marshall? —preguntó dándome un casto beso en la frente.

—Sí, pero no sé si pueda caminar hasta el auto.

—Te llevo en brazos, nena.

—¿Aun te quedan fuerzas? —dije levantando mis cejas con asombro.

—Soy un puto semental y tú me pones como un burro, amor. Una semana de abstinencia fue demasiado para mí. Si no te levantas ahora, creo que te empotraré de nuevo contra una de las paredes.

—Mejor nos vamos entonces. —Le di un beso, tomé mis llaves y la cartera—. Megan debe de estar ansiosa esperándonos. Le dijiste que la sacarías a pasear esta tarde. Pero me dejaste tan agotada que no sé si les seré buena compañía. Buena manera de comprarnos por dejarnos una semana a solas.

—Cameron, ya me castigaste lo suficiente ignorándome todos estos días pasados.

—Y tú te encargaste de recordármelo, negándome un orgasmo. —Que no pensara que

esa crueldad se me había olvidado.

—Escucha —dijo abrazándome y sonriendo con malicia mientras esperábamos el ascensor. Me perdí en sus ojos azules, en la intensidad con que me miraba y todo el amor que veía reflejado en ellos—. Te recompensaré esta noche, no obstante, sabes que la espera valió la pena. —Me dio un beso suave, lento, mojando su lengua con la mía, logrando apartar la desazón que sentí un segundo atrás y echando el recuerdo a la basura—. Prometo que trabajaré menos y cuidaré más a mis dos mujeres. Aunque sabes que seguirá habiendo semanas duras, nuestra familia es lo más importante para mí, para ambos. He trabajado duro para llegar a donde estoy, y está claro que a las profesiones que elegimos, tenemos que dedicarles gran parte de nuestro tiempo.

—Lo sé y lo entiendo, y voy a tratar de ser menos intransigente. Y de verdad espero que podamos encontrar el punto de equilibrio que tanto deseamos —concluí mientras bajábamos abrazados en el ascensor.

—¿Estás muy cansada? —susurró en mi oído mientras entrábamos a nuestra habitación. Habíamos llegado de pasear e ir de compras toda la tarde con nuestra pequeña Megan. Manny me mantenía abrazada con mi espalda pegada a su pecho y me mecía al ritmo de una música que supongo sonaba en su mente.

—Mucho.

—Entonces déjame quitarte la ropa y meterte a la cama.

Hicimos el amor despacio y sin prisas, disfrutando de nuestros cuerpos, hasta que explotamos juntos en un delicioso orgasmo.

—¿Qué tienes pensado para mañana? —preguntaba mientras con sus dedos hacía figuras imaginarias en mi espalda.

—Desearía quedarme metida en la cama todo el día, Manny. ¿Por qué lo preguntas? —le decía mientras me acurrucaba contra su pecho desnudo.

—Deseaba que tuviésemos otra cita.

Ser la esposa del guapo e importante cirujano cardiovascular Manuel Marshall, tratar de mantener viva nuestra llama en la relación, atender mi profesión de manera responsable, compartir mi tiempo con mi papel como madre de una hermosa niña, significaba en ocasiones estar bajo mucha presión, algunos días sentía que no daba para más; sin embargo, siempre me repetía como un mantra: «*el amor lo puede todo*».

—Quizás ir al cine, doctor Marshall.

—Sus deseos son órdenes, doctora Marshall. —Escuché sus palabras mientras me dejaba llevar por la bruma del sueño.

Nueve años y a pesar de todas las circunstancias, cada día estaba más enamorada de mi esposo.

DESNUDA

Marie Del'herbe

Cierro la puerta con sigilo y de la misma forma, camino por el pasillo en dirección a los elevadores, no quiero encontrarme con el aquel pintor de pacotilla.

«Pintor sexy y estúpido, tan pretencioso como tierno y maravilloso», pienso mortificada a la vez que impaciente pincho el botón de llamada, esperanzada en que alguna de las malditas cajas metálicas —donde comenzó todo, por cierto—, ayude a escabullirme, al menos por hora, de su mirada.

Porque sí, como si no fuera suficiente castigo haber sucumbido a los encantos de semejante mujeriego, el maldito toma desayuno todos los días, llueva, truene o relampagueé, a las nueve en punto, en la *Cake Boutique* de la cual soy dueña. Qué puedo decir..., él ama mis *cupcakes*.

Apoyo la frente en el plateado marco, espero que su frialdad, en algo ayude a calmar la avalancha de candentes imágenes que ataca mis pensamientos, desde que abrí los ojos a las siete de la mañana. Pero, ¿cómo aplacarlas, si el enorme cuerpo desnudo de «él», atrapaba el mío de manera tan deliciosa e inolvidable?

Suspiro.

La molesta campanilla, anuncia la llegada del artefacto que me llevará, no tan lejos como quisiera, del lujurioso piso 17. Entro con rapidez, aprieto el número uno y cuando comienzo a disfrutar de la limitada libertad que me dará el cierre de las puertas, una mano enorme y hermosa, aparece por la rendija frustrando mi patético intento de fuga.

Sí, esa mano es de «él».

«¡Maldición!», sollozo y aprieto mis piernas con deseo, al recordar donde estuvieron esos largos dedos y todo lo que son capaces de hacer.

Siento que mis mejillas arder y deseo fundirme con los pulcros espejos —que han sido testigos silenciosos de nuestro licencioso encuentro—; para no revelar el efecto que él tiene sobre mí, me parapeto contra el de la izquierda, alejándome todo lo que puedo de Sebastian, «caliente como el infierno», O' Riely, bien dotado pintor de desnudos.

—Buenos días, Françoise...

Saluda acariciando cada sílaba de mi nombre, al igual como la hacía anoche, cuando se deslizaba suave y profundo dentro de mí, cuando me exigía que le describiera qué sentía con cada una de sus certeras embestidas. Otra dulce e involuntaria contracción ataca el centro de mi deseo y Sebastian, sonrío satisfecho; él ya sabe cómo me provocan sus palabras.

Se apoya con gesto elegante y desinteresado en el espejo para enfrentarme, sus ojos azules, ardientes e insolentes, se clavan en los míos, como diciendo: «Sí, cariño, sé qué deseas..., que te folle de nuevo hasta que pierdas la conciencia».

Lo ignoro, pero por el rabillo del ojo, veo que mi indiferencia le divierte. La amplia

sonrisa que deja ver sus blancos y relucientes dientes, es la prueba que mi rechazo en vez de herirlo, le divierte.

Tengo ganas de golpearlo, por ser tan malditamente irresistible y por verse como un dios a las ocho de la mañana, con solo unos *jean* desgastados con rastros de pintura, al igual que su vieja camiseta, que transparenta sus tonificados pectorales, gracias a las gotas de agua que caen de su desordenada y húmeda mata de pelo negro.

También tengo ganas de golpearme, por no sentar cabeza, permitir que su masculino perfume embriague mis sentidos y seguir el movimiento de sus manos, que se han colado en los bolsillos de sus vaqueros, como recordatorio que ahí, en medio de ellas, está la poderosa herramienta que anoche, una y otra vez, me hizo tocar las estrellas...

Tiro de la cortina metálica para cerrar la cafetería, son las siete de la tarde, es hora de ir a casa; ha sido un largo día. Ajusto los candados en cada esquina de la reja, guardo las llaves en el bolsillo delantero de mi blanca minifalda y, con los nervios a flor de piel, miro calle abajo, dónde está ubicado el taller del presumido pintor de «brocha gorda». Necesito cerciorarme que no ande cerca, estoy harta que esté acosándome todo el tiempo o eso me digo, para no reconocer que, la primera vez que mis ojos se posaron en la cuasi desnuda humanidad de mi nuevo vecino, despidiendo de manera nada decente a una mujerzuela en la puerta que enfrenta a la mía, deseé ser ella..., verme subyugada a su atlético cuerpo creado para pecar.

Niego con la cabeza, como si así pudiera ahuyentar de mis recuerdos las desagradables escenas que tuve que presenciar y oír, después de la primera: desfiles de mujeres —cada una parecía gemir más alto que la otra—, tantas, que estoy segura que no le faltó una, de la diversa población femenina que habita en la Gran Manzana.

«Sí, fueron muchas, pero ¿hace cuánto tiempo que no lo ves con ninguna? —Me recuerda la voz de mi conciencia, para hacerme ver que, hace días me estoy comportando como una desquiciada bruja—. ¡No me importa! ¡Es un puto mujeriego!», silencio a la muy entrometida.

No cederé a los encantos de Sebastian.

Rodeo el edificio hasta que llego a sus cristalinas puertas de entrada, Peter —el portero—, las abre para mí y me saluda como todas las tardes:

—Buenas tardes, señorita Beaumont.

—Buenas tardes, Peter —correspondo su amabilidad y camino directo a los elevadores.

Pincho el botón de llamada, conteniendo las ganas de celebrar triunfante, ¡he arrancado del señor «mantén la calma y fóllame»! Una risa loca se me escapa al recordar el gemido de anticipación que hizo esta mañana, antes que sus sedosos labios, inocentes, degustaran la crema del cupcake de venganza: «vainilla al ají, para sinvergüenzas folladores».

Mi risa se convierte en carcajadas, al ver con claridad en mi cabeza, los penetrantes zafiros de Sebastian abriéndose como platos y, en un pobre intento de mantener su hombría, tomar un buen trago de café con sal, que en nada le ayuda a pagar el incendio que tiene su pecaminosa cavidad bucal.

¡Fue un momento memorable!

—Quien sólo se ríe, de sus maldades se acuerda... —susurra una masculina e inconfundible voz y sus suaves labios, rozan el lóbulo de mi oreja.

¡Dios, aquel tono parece salido de las mismas profundidades del infierno! Candente, sexual como la risa y el aliento que roza la piel de mi cuello y ha erizado mi piel.

Las puertas del elevador se abren, Sebastian pega su pecho a mi espalda y me arrastra dentro de él. Sin separarse de mí, pincha el número 17, comenzamos a ascender y cuando vamos entre el piso 8 y 9 pasan dos cosas a la vez: nuestro viaje se detiene y mi cuerpo colisiona contra el frío espejo.

La esbelta y alta humanidad de Sebastian me tiene presa y nuestros ojos se retan a través del espejo. Quiero apartarlo, gritarle que no me toque; pero me rindo en un segundo, cuando siento su potente excitación restregarse en mi trasero y una mano acaricia mi muslo izquierdo, y sinuosa asciende por dentro de mi falda.

—Me ignoras toda la semana, hoy intentas intoxicarme con el desayuno y además, te encanta provocarme con estas falditas que poco dejan a la imaginación.

—Alucinas... —contesto con poca convicción, su mano ha llegado a mi trasero, el cual acaricia con dulce posesión y entierra los dedos en mi carne.

—Y estas pequeñas bragas... —me acusa, y con sus largos dedos, dibuja el contorno del encaje—. Este insulto de tela que se trasluce por tu falda y grita: ¡rásgame y fóllame!

Y sin darme tiempo para reaccionar, arranca la ropa interior de mi cuerpo de un solo tirón.

—Estas... —Sin dejar de mirarme a los ojos, lleva mis bragas a su nariz e inspira—, me las llevaré a mi taller como inspiración... —Sigo el movimiento de su mano, y veo cómo guarda su trofeo en el bolsillo de sus jeans, luego sus labios se abren y con voz ronca ordena—: Ahora, separa las piernas para mí, hermosa Françoise...

Por más que quiero, no puedo negarme; el deseo que siento por él, que se hace presente inundando mi intimidad y me tiene temblando de los pies a la cabeza, destruye mis convicciones. Abro mis piernas, y su mano que ha vuelto al punto inicial, disfruta provocándome unos segundos, hasta que rodea el hueso de mi cadera izquierda, acaricia mi monte de Venus y desciende hasta rozar suavemente mis pliegues.

Gimo y Sebastian sonrío satisfecho.

—Tal como imaginaba... Eres una pequeña caliente, estás húmeda.

Quiero gritar, ¡para ti, solo para ti!, pero me contengo, mi traicionero cuerpo ya ha demostrado suficiente, sobre todo, si a mí evidente estado de excitación, le sumamos mi agitada respiración —que está empañando el espejo— y mi mirada le ruega: ¡por favor, no pares!

La sonrisa de Sebastian se amplía, sus ojos aun conectados con los míos, demuestran que han comprendido mi silenciosa súplica. La necesidad que siento por él, le complace. Los roces se intensifican y sus dedos, suaves se deslizan hasta aquel punto, que palpitante, espera por las sanadoras caricias.

A un compás perfecto, acaricia mi clitoris; sublimes círculos, que ejercen la justa

presión para hacer mis piernas flaquear, apoyar con violencia mis palmas en el espejo y gemir sin control. Quiero cerrar mis ojos y entregarme al placer que Sebastian me está brindando, pero me obligo a mantenerlos abiertos, no quiero perderme un segundo de su ilegal humanidad, mientras me está follando con sus largos dedos.

—Sé lo que necesitas, cariño —susurra en mi oído, sus ojos ardientes como dos piras del mismo infierno—. Necesitas esto... —Y sin darme tiempo para reaccionar, sus dedos se introducen en mi cavidad y comienza a embestirme suave y profundo.

—¡Sí! —No puede evitar gimotear, y balancear mi cuerpo en busca de las deliciosas caricias; su perfecta cadencia, me tiene al borde del éxtasis.

—Aún no... —ordena lamiendo el contorno de mi oreja, hasta llegar a atrapar lóbulo con los dientes—. Solo te correrás, cuando yo esté dentro de tu cuerpo...

Los incendiarios roces cesan, Sebastian lleva sus talentosos dedos a la boca, los degusta con deleite y el ascensor retoma su camino al piso 17.

Quiero protestar, gritarle en su cara que quién se cree para jugar conmigo como si fuera una de sus putas; pero no alcanzo a decir palabra, Sebastian me atrapa dentro sus tonificados brazos y ataca mis labios a ilegales besos. Voraces besos que me es imposible no responder, y que destruyen todas mis aprensiones.

Sin dejar de besarnos, salimos del elevador, así mismo, caminamos con dificultad por el corredor hasta que llegamos a su departamento y, solo cuando atravesamos la puerta, me deja recuperar el aliento. Nos envuelve el silencio, la penumbra de la estancia y la plateada luz de luna que se cuele por las ventanas.

En aquel íntimo ambiente, nos comenzamos a desvestir. Sebastian se despoja de su raída camiseta, salpicada de pintura; y yo, como si fuéramos el reflejo de un espejo, me deshago de la mía, junto con mi sostén; ambos quedamos frente a frente con nuestro torso desnudo. Sus manos viajan al cinto de sus jeans, lo imito y, al mismo tiempo eliminamos las últimas prendas, que nos impide contemplarnos sin tapujos. Ya no existen dudas, ni celos, ni desconfianza, solo somos un hombre y una mujer a punto de ofrecer sus cuerpos para el placer del otro.

Las grandes manos de Sebastian, cogen mis pechos, los acaricia con tal delicadeza que los candentes roces caen en la devoción.

—Hoy pinté estos hermosos pechos. —Sus pulgares coquetean con mis pezones—. Cada pincelada eran mis manos acariciándote, deseando tenerte desnuda para mí, así como te tengo ahora... —Su boca llega a acompañar sus eróticas caricias, sus húmedos labios atrapan mi pezón derecho y succiona con algo de fuerza, para después sanar el dulce escozor con su cálida lengua—. Reclamando cada centímetro del cuerpo de mi musa... —Dejando un reguero de húmedos besos, va en busca del otro, y de la misma forma, le brinda debida atención—. Mi musa...— asevera otra vez. Su boca abandona mis pechos, vuelve a atacar mis labios y sus manos delinean las curvas de mi cuerpo.

«Mí musa», baila en mi mente negándose a dar crédito a tal confesión, a la vez que correspondo sus alucinantes besos; sin embargo, algo se ha removido en mi interior, deseo sentirlo dentro de mí, con locura. Completamente drogada de su masculina presencia, mis manos, deseosas recorren su tonificado torso, la derecha ávida desciende por su delineado abdomen, juguetea con su camino de la felicidad,

hasta que apreso su enorme y palpitante miembro, el cual masajeo con urgencia.

—Te necesito dentro de mí... —suelto sin reconocer mi voz, mi pierna derecha rodea su cadera y sin dejar de acariciar su dura polla, la dirijo a la entrada de mi intimidad, que deseosa espera por la dulce intromisión—. Fóllame, Sebastian —exijo, obnubilada de deseo—. Fóllame...

Sebastian gruñe en mis labios, sus manos apresan con algo de rudeza mi trasero, me insta a que rodeé con ambas piernas sus caderas. Siento su masculinidad presa entre nosotros, mientras a grandes zancadas nos traslada a través de la plateada penumbra, hasta que se sienta en la cama, y sin deshacer nuestra unión, nos traslada hasta el centro de esta.

Sus ojos azules, contemplan entremedio de nuestros cuerpos sin una gota de pudor, y con el brazo que rodea mi cintura, me alza para que su duro miembro acaricie mi anhelante clítoris.

—Espero que mi musa, esté tan apretada como imagino —gruñe y de un fluido movimiento se entierra de una estocada en mí.

Gemimos el unísono y sin pudor, nublados por la poderosa sensación de nuestra carnal unión, Sebastian busca mi boca y, lento y profundo, comienza mecirme sobre él.

—¡Oh, ¿qué bien te sientes, cariño! —jadea sobre mis labios, embistiéndome con aquel ritmo enloquecedor.

Ritmo enloquecedor que no aumenta, Sebastian comienza a arrastrarme a la más negras de las locuras. Sus grandes manos apresando mis caderas, marcan la cadencia de nuestra erótica danza. Me aprieto a él con piernas y brazos, incitándolo a que me coja más rápido; estoy desesperada por alcanzar mi orgasmo.

Sebastian sonríe, me contempla con sus ojos metálicos, clavados en los míos y ronronea—: Tranquila, preciosa, ríndete a mi control, porque planeo cogerte toda la noche... Te quiero feliz, complacida, eres para mí mucho más importante que un miserable polvo. —Sus estocadas son igual de incendiarias, pero se vuelven más duras—. Cuando comiences a llorar de placer..., permitiré que te corras, y yo lo haré contigo... —sentenció. Me besa con pasión y luego abandona mis labios, dejando un húmedo tatuaje por mi cuello hasta llegar a atender mis pechos.

Me rindo frente al poder de sus palabras, a las intensas sensaciones y a este maravilloso ardor que se edifica en el centro de mi deseo y, se expande como luz hasta la punta de mis dedos.

Y me dejo poseer por él, cuando sin separarnos nos gira, me recuesta sobre el colchón y él permanece arrodillado entre mis piernas... Cuando sigue arremetiendo dentro de mí, de esa forma enloquecedoramente lenta, sin soltar mis caderas, a sus jadeos calientes y su exigencia, que le describa qué siento ahora que somos uno solo... A la perfecta sincronía de nuestros cuerpos, cuando finalmente, recuesta su perfecta anatomía sobre la mía...

Suspiros acalorados.

Pieles entrelazadas y sudorosas.

Alientos contenidos.

Inteligibles palabras.

Uñas enterradas en la carne y miradas conectadas.

El cielo...

Gimo, incapaz de contener la lujuria, que me ha provocado recordar mi falta de voluntad. Deseo restregar mis piernas, para aplacar el deseo que ataca mi feminidad, que grita desesperada por una nueva visita de aquel grande, suave y hercúleo individuo. Un estremecimiento recorre mi cuerpo, cuando mis recuerdos son disipados por su profunda voz, lo que no ayuda a mi elevado calor corporal.

—¿Algún mal recuerdo, Françoise? —Sebastian juega al ver mi creciente desesperación.

No le contesto, solo me concentro en los segundos que me quedan para escapar de este asfixiante espacio, que me vuelve vulnerable ante él. Cuando las puertas se abren, prácticamente, corro fuera del ascensor, saludo al portero de la mañana y así mismo lo hace Sebastian, quien viene pisándome los talones y de seguro mirando mi culo.

Como todos los días rodeo el edificio para llegar a mi *Cake Boutique*, saco las llaves de mi chaqueta y cuando me voy a agachar para abrir los candados, unas grandes manos me las arrebatan y comienzan a hacer el trabajo por mí.

A pesar del gesto caballeroso, quiero gritarle que me deje en paz, que salga de mi vida y me deje de torturar; pero estoy sin palabras, solo me limito a mirar sus atléticos movimientos y cómo los músculos de su espalda, ondean a través de su raída camiseta, cuando levanta la pesada cortina de fierro, como si esta fuera de lata.

—En la puerta de su castillo, su majestad... —dice divertido abriendo la puerta para mí y luego deposita las llaves en mi mano.

«Inhala, exhala», repito para intentar calmarme y no mandarlo a la mierda, me parece insólito que después de todo lo que ha pasado entre nosotros, esté como si nada.

Entro a mi tienda y así mismo lo hace Sebastian, él se va a su mesa habitual —al fondo, al lado de la ventana— y yo, comienzo a preparar las máquinas de café y a repasar mi lista de creaciones para hoy.

Veinte minutos más tarde:

«Explosión de chocolate orgásmico», así he bautizado al delicioso monstruo de cacao que tengo frente a mí. Ya sé, debería haber hecho algo como: «crema de coco al ajo para malditos mujeriegos», pero mis manos se movieron con vida propia y al parecer —sobre todo después de anoche—, unidas a mi corazón.

—¿Quieres que yo se lo lleve? —ofrece Cecile, mi ayudante, al ver que suspiro y suspiro frente a la bandeja que contiene el lindo *cupcake* y tibio *latte* con crema, sin tomar una decisión.

—Déjalo, al menos así pensaré, que de nuevo lo quiero envenenar...

Cecile suelta una risita.

Me armo de valor, agarro la bandeja con el desayuno de Sebastian y me dirijo a su mesa. Sus ojos azules que interesados miraban la vida del Soho, se clavan en mí, cuando ve que he llegado hasta él. Sin decir palabra, dejo ambas cosas frente a él y me volteo esperanzada en que coma pronto y se vaya, pero no alcanzo a dar más de un paso, una cálida mano apresa mi muñeca derecha, con decidida suavidad. Quiero tirar para que me suelte, mas no le muestro mi debilidad; resignada me giro para encararlo.

—¿Qué es lo que quieres, Sebastian? —mascullo dejando la bandeja encima de la mesa, de manera violenta.

—Me puedes explicar, ¿por qué demonios hace más de una semana estás actuando como una loca?

—No sé de qué me hablas.

—¡Oh, sí claro que lo sabes! —me increpa, y tira de mi muñeca para dejarme sentada en sus piernas.

—¡Suéltame! ¡¿Qué es lo que haces?!

—No, no lo haré, hasta que me digas qué es lo que tienes. Pensé que después de anoche...

—¡Nada, nada pasó anoche, solo un simple desliz! —grité sintiéndome ridícula e histérica—. Creo que no necesito explicártelo, tú tienes un magister en esa materia.

Los ojos azules de Sebastian se llenan de comprensión, para luego mirarme enternecido, y a la vez ofendido.

—Acompáñame a mi estudio.

—No.

—No te pregunte si querías...

Rápidamente poniéndonos de pie, y entrelazando nuestras manos, salimos de la Cake Boutique, a grandes zancadas; me arrastra calle abajo, en dirección a su taller, sin escuchar ninguna de mis protestas.

—No te muevas —advierte, cuando me suelta para abrir la pesada puerta de metal, que cierra la bodega donde tiene su estudio.

—Como si pudiera escapar —siseo molesta y me cruzo de brazos en un gesto infantil, aunque la verdad, es que mi orgullo me impide aceptar que muero por entrar.

Sebastian sonríe para mi tozudez —y con la misma agilidad que levantó la reja de mi negocio, hace una media hora atrás—, desliza el pesado portón, permitiéndome así entrar a su íntimo y creativo mundo.

Siento mi corazón golpear fuerte contra mi pecho, la incertidumbre de lo que voy a encontrar lo hace latir enloquecido, ya que de lo único que estoy segura, es que no quiero ver retratadas a todas las zorras gritonas. Dudosa, doy un paso hacia adelante, pero Sebastian me lo impide, de un rápido movimiento sus manos han cubierto mis ojos.

—¡Qué demonios, Sebastian! ¡¿Crees que estoy para juegos?! ¡¿Para qué me has traído hasta aquí, si ahora no me dejas ver?!

Rezongo y él, paciente, como lo ha sido toda esta semana, se limita a susurrar en mi oído: —Tienes que admirarlo, de la misma forma que yo lo admiro todos los días.

Juntos ingresamos a su taller —a paso protector y seguro—, el pecho de Sebastian pegado a mi espalda, me brinda la confianza que me falta, ahora sé que él no me dejará caer. Avanzamos lo que considero un par de metros, hasta que nos detenemos y, siento sus suaves labios rozar el lóbulo de mi oreja y decir —rayando en la adoración—: Abre los ojos, y admira a mi musa...

Sus grandes manos liberan mis ojos, pestañeó un par de veces para aclarar mi vista y me encuentro con un escenario sorprendente.

El sol traspasa los grandes ventanales del taller, los cálidos rayos miman más de una

veintena de telas de distintos tamaños —pequeñas, grandes, enormes—, estas descansan sobre atriles apostados de forma semicircular y, en cada una de ellas, está retratada la misma mujer en distintas poses y facetas. Su cabello castaño cae en ondas hasta su cintura, sus ojos son como dos cristales aguamarina y de facciones delicadas.

Mis piernas tiemblan, a la vez que las ardientes confesiones de Sebastian cobran sentido, porque esa mujer..., esa mujer soy yo.

—Estoy... Estoy... —musito conmovida, mi voz se apaga, incapaz de articular palabra frente a lo evidente.

Las manos de Sebastian asaltan la piel de mi cintura, la cual es atendida por amorosas, candentes y ascendentes roces, hasta que la primera prenda cae al suelo; acomoda mi cabello en mi hombro izquierdo, deja un húmedo beso en la base de mi cuello, y con la yema de los dedos, desliza los breteles de mi sostén.

—...desnuda... —sentencia con posesiva ternura—. Para siempre mía... Para siempre, desnuda...

SOLO DI QUE SÍ.

Amelie Pgal.

—¡Delicioso!

Dijo Marion con la boca llena, tratando de tragar, antes de meterse otro bocado del pie que estaba sobre la encimera de la cocina, y que aún no se enfriaba por completo. Sonreí satisfecha de mi trabajo, aunque ella era mi amiga, y no estaba muy segura de que fuera tan objetiva como debería ser. Pero bueno, ¿quién iba a arriesgar su empleo altamente remunerado, por recomendar y contratar a una amiga que —aunque necesitara el trabajo desesperadamente— cocinara fatal?

Lo único que sabía, era que esa oferta laboral había llegado en el peor momento de mi vida, y no la podía desaprovechar, mucho menos podía hacer quedar mal a mi amiga con su estricto, parco y severo jefe. Marion había empezado a trabajar para él hacía ya casi seis meses, pero aún no lo conocía. Todos los tratos y acuerdos los realizaban por teléfono, y a ella parecía sentarle bien. Era arquitecta, y fue contratada para supervisar la remodelación de un enorme rancho en Colorado, y como era una decoradora nata, también se aplicó en dejar el lugar como de ensueño. Se dio el placer de elegir todo a su gusto, ya que, su raro y extravagante jefe, solo le había dicho que quería algo elegante pero acogedor, y lo había logrado. Creyó que su trabajo con él había terminado, pero para su sorpresa, le ofreció hacerse cargo de otro proyecto en Jamaica, y Marion estalló de gusto. Solo que antes de partir, tenía que dejar a alguien responsable para que se hiciera cargo del rancho, y de atenderlo a él cuando fuera a pasar algunos días... y ese *alguien* era yo.

—No sé si podré —le dije cuando me lo propuso.

—¿Estás bromeando? —Negué suavemente, mientras miraba mis manos en mi regazo—. Pero si es justo lo que necesitas, Allison, salir de aquí, alejarte de este pueblo de locos y respirar otros aires. Es una oportunidad de oro, casa, trabajo, gastos pagados, un sueldo de lujo, y como bono extra, nunca tendrás que ver a tu jefe, y créeme, eso es lo mejor de todo.

—Mi ánimo no está...

—No puedo creer que te estés negando a que te paguen un sueldo, por vivir en un lugar de lujo, como una reina.

—Marion...

—¡Marion nada! Lo tomas o lo tomas —respiró bajando los hombros—. Ya no quiero verte sufrir más, ¿de acuerdo?

Asentí con lágrimas en los ojos, al sentir su abrazo protector. Al día siguiente, estábamos volando a Colorado, a mi nuevo hogar. Me instalé en una de las hermosas habitaciones de la planta superior, tenía vista a un hermoso lago, y suspiré al ver todo cubierto de blanca nieve. En navidades se cumpliría ya un año. Un año desde que emocionada, tomé un avión para reunirme con Marion en Australia, pero ella nunca logró llegar. Un accidente de auto la mandó al hospital, y yo me quedé ahí —por órdenes estrictas de la misma Marion—, para disfrutar esas vacaciones, y así lo hice.

Después de pasar el día recorriendo Sidney, por la noche solo me apetecía tumbarme en la cama y dormir, pero un cartel en el lobby del hotel, anunciando a un grupo de jazz que me gustaba mucho, me hizo cambiar de opinión; así que me duché, me arreglé y bajé al bar donde tocaría el grupo. El ambiente me encantó desde que entré. Gente que charlaba animadamente y que sonreían al verme, como dándome la bienvenida. Me senté en una silla alta, y antes de pensar en qué pedir, una chica puso frente a mí un Martini de manzana y un Alcatraz. La miré intrigada y ella solo encogió los hombros, divertida. Miré hacia todos lados, para ver si encontraba a quien me había invitado ese trago, pero no tuve éxito. El grupo empezó a tocar, y yo me bebí mi copa mientras disfrutaba de la música.

—Siempre he dicho que me casaré con una mujer, que sepa beber con elegancia, una copa de Martini.

Mi nuca se erizó al escuchar su voz, era como un susurro sensual, que se vertió sobre mí como la miel, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo entero, al sentir su cálido aliento en mi oreja. No pude reaccionar. Solo cerré los ojos para disfrutar de ese mágico momento.

—Solo di que sí.

Negué con la cabeza, con una gran sonrisa en mis labios. Al abrir los ojos, tenía frente a mí al hombre más atractivo que hubiera visto jamás. Muy alto, de anchos hombros, ocultos bajo una chaqueta de marca. Caderas estrechas, y no me atreví a bajar más la mirada, pero intuía que el resto de su cuerpo estaba igual de bien proporcionado; pero su rostro... me había quitado

por completo el habla. Sus hermosos ojos, de un azul profundo, combinaban con su claro tono de piel, su nariz recta y de medidas exactas, sus mejillas que guardaban unos pómulos perfectos, y unos labios... unos labios que me gritaban que los mordiera, mientras hundía mis dedos en su castaño y suave cabello.

—Soy Blake Cameron.

Me sonrió, y yo seguía sin poder articular palabra alguna.

—¿Mi futura esposa tiene nombre?

Asentí lentamente antes de responder.

—Me llamo Allison Reed... pero no voy a casarme contigo —intenté reprimir una sonrisa.

—Y ¿por qué no?

—Porque no te conozco.

—No te preocupes, eso lo solucionamos desde este instante.

Se sentó junto a mí, y a partir de ese momento todo a mi alrededor dejó de existir. Solo tenía ojos para el hombre que estaba a mi lado. Hablamos por horas enteras de muchos temas, y descubrimos que teníamos gustos similares en muchas cosas, que coincidíamos en otras tantas, y que, por encima de todo, nos atraíamos demasiado. Tanto, que cuando nos quedamos sin palabras, solo nos miramos, y de la mano fuimos a su habitación.

Como todo un caballero, antes de entrar me miró, ansiando mi aceptación, y mientras esperaba por ella, podía sentir su sangre bullendo irracional por su torrente sanguíneo, justo como lo hacía la mía. Mis latidos eran tan fuertes que me ensordecían; mi cuerpo temblaba, y el deseo era tan grande, que mis rodillas estaban a punto de flaquear. Blake me tomó de la cintura, y yo me sostuve en su duro pecho antes de besarlo, dándole el permiso por el que esperaba. Me levantó en sus brazos y me recostó en la cama. Estaba sobre mí, sosteniéndose en sus fuertes brazos. Estábamos vestidos, y nos mirábamos como si con solo eso, pudiéramos leer nuestras almas.

Lentamente acercó su cara a la mía y me besó en los labios. Gemí por el dolor de necesitar más. Arqueé mi cuerpo invitando al suyo, y él cerró los ojos. Sabía que se estaba conteniendo y yo no quería eso, lo quería entero, por completo, todo mío.

Como si hubiera adivinado mi deseo, se quitó la chaqueta y comenzó a desvestirme, deshaciéndose de cada pieza de mi ropa con extrema sensualidad. Mi piel ardía por donde me tocaba; mis pantorrillas, mis muslos

y mis caderas. Subió sus manos y tomaron mis pechos, que encajaban a la perfección en ellas. Los apretó, los masajéo y los besó con reverencia. Tomó mis pezones entre sus labios, uno a uno, y los succionó haciendo que gritara de placer. Entonces, lo sentí adentrarse en mí. Avasallante y duro, fiero, decidido. Se empujaba en mi interior con urgencia, necesitado de mí como yo de él. Sus embestidas me inyectaban un placer que nunca antes había sentido, catapultándome poco a poco a la cima del éxtasis. Un éxtasis que siempre había ansiado, imaginado, pero la realidad fue mucho mejor de lo que yo había soñado.

Se dejó caer a mi lado, estábamos agotados. Nuestras respiraciones tardaron un par de minutos en normalizarse, y mientras ese tiempo transcurría, Blake se llevó mi mano a su pecho, oprimiéndola junto con cada latido que daba su corazón. Se recostó de lado, apoyando la cabeza en su mano, mirándome en silencio.

—No puedo creer que seas real, Allison Reed.

—Sí, lo soy, Blake Cameron.

—No puedes ni darte una idea de lo feliz que me hace que lo seas.

—¿Ah, sí? Y ¿por qué?

Sonrió seductoramente, y nuevamente se colocó entre mis piernas, pero esta vez, se deslizó hacia abajo. Tragué en seco cuando sus labios iniciaron su recorrido por mis muslos; besando cada centímetro de piel a su paso, dejando rastros húmedos con su lengua, volviéndome loca, agitándome.

Sus dedos llegaron a la unión entre mis piernas y ahogué un gemido de placer, pero esa sensación no se pudo comparar a lo que sentí, cuando sus labios tocaron el centro de mi deseo. Mis puños se cerraron sobre las sábanas, aferrándome a ellas, al mismo tiempo que mi cuerpo se retorcía de puro gozo. Su lengua hacía maravillas rodeando mi hinchado botón, lamiéndolo, acariciándolo suavemente, mientras sus dedos se hundían en mi interior, regalándome un doble placer.

Estaba segura que no iba a poder soportar por mucho tiempo ese ataque oral. Mi respiración acelerada, mis jadeos ante el placer que iba creando un fuego abrasador en mi vientre, y que amenazaba por extenderse por todo mi cuerpo, consumiéndome entera. Sus dedos entrando y saliendo de mí, su lengua incansable acariciando mi clítoris... era demasiado. No pude más, y estallé en un orgasmo enloquecedor que me hizo perder la conexión con el mundo real, por unos maravillosos instantes, mientras me corría en su boca y él bebía de

mí.

¡Sí!

¡Sí!

Esto era lo que había deseado por mucho tiempo, por no decir toda mi vida. Un hombre que me hiciera estallar de placer, que me tratara como lo que era, una mujer llena de deseo, y ávida de entregarse a un hombre que supiera cómo calmarlo, y Blake era ese hombre.

Los días sucesivos, literalmente fueron un sueño. Me llevó a conocer Sidney de cabo a rabo, y no como una turista cualquiera, no. Un helicóptero nos llevó a sobrevolar la ciudad para enamorarnos, con el Puente de la Bahía y la Opera de Sidney, donde comimos en un área reservada especialmente para nosotros, con fantásticas vistas. También fuimos a nadar a sus espectaculares playas, mirando a los expertos surfistas, y caminamos explorando el famoso barrio The Rocks, con sus renovados edificios antiguos, sus cafés, sus tiendas, y como la cereza del pastel, el Museo de Arte Contemporáneo de Sidney.

Era una deliciosa locura. Me sentía tan plena, tan feliz junto a Blake, que una tarde, mientras disfrutaba un delicioso masaje relajante, me preguntaba si esa felicidad tan maravillosa, que me hacía reír como una tonta a cada momento, no era amor. Otra sonrisa apareció en mis labios y supe que sí.

Él era el hombre de mis sueños. Tan varonil, con una personalidad tan fuerte, que solamente con mirar directamente a alguien, manifestaba sus deseos, pero en la intimidad, ese hombre imponente se convertía en el amante perfecto, que convertía un sueño en una idílica realidad.

Estaba completamente enamorada, y como si eso fuera poco, lo amé mucho más cuando me pidió quedarme más tiempo con él. Por supuesto, acepté sin siquiera dudar.

Todo era maravilloso y pasábamos el día juntos, ya fuera haciéndonos arrumacos en la cama; conociendo más a fondo esa espectacular ciudad; yendo a las playas, y por las noches a cenar a un restaurante distinto cada vez, o a algún bar, pero claro, cada vez que su trabajo se lo permitiera, porque Blake era un importantísimo asesor financiero, y tenía que estar pendiente de las bolsas de valores de todo el mundo, todo el tiempo. Prácticamente debía estar disponible las veinticuatro horas, los siete días de la semana, y del móvil ni hablar. Por ningún motivo dejaba pasar una llamada o un mensaje. Vivía saltando entre juntas virtuales, citas en persona y el bendito móvil, pero

cuando el artefacto dejaba de sonar, él estaba dedicado a mí.

—Ven a vivir conmigo.

Me dijo una noche, después de caer rendidos ante un intenso orgasmo. Me quedé muda, temblando emocionada, y aunque me moría de ganas de tirarme sobre él, y llenarlo de besos y decirle que sí, respiré hondo y le respondí sincera.

—Blake... apenas tenemos unas semanas estando juntos, no nos conocemos bien.

—Lo que conozco de ti me basta y me sobra, no te pido más, Ally.

—Además, vivimos en diferentes ciudades, no puedo dejar mi vida para irme a Nueva York, y tú no lo dejarías para venir a vivir conmigo a un pueblito de Kentucky, ¿verdad?

—Lo que estés haciendo ahí, muy bien lo puedes hacer en Nueva York. Es una ciudad completa, tiene todo lo que pudieras necesitar, y yo te daría todo lo que tú quisieras. Dime Allison, qué es lo que quieres hacer y lo tendrás.

—Blake, yo me gano la vida organizando, y haciéndole la vida más fácil a las personas. Les soluciono sus problemas, no importa de qué índole. Intento hacerles la vida más agradable, y eso me gusta mucho. Me gusta la vida tranquila, las ciudades pequeñas, sin tanta gente, sin aglomeraciones. Las casas amplias pero acogedoras, donde me pueda sentar en el porche con una taza de café, y ver pasar el tiempo...

Por varios minutos, que se me hicieron eternos, Blake me miró sin que yo pudiera tener un indicio, de qué era lo que pasaba por su mente en esos momentos. Solo su mirada azul profunda se clavaba en la mía, como si deseara descubrir algo más.

Blake salió de la habitación y fue directo a darse una ducha. Serio y parco, como él era a veces, me dejó pensando en si había hecho lo correcto en hablar claro e irme a lo seguro, o si debí arriesgarme y aceptar su propuesta sin vacilar. ¿Quién sabría?

Mi respuesta parecía no haber ensombrecido nuestros días, lo único que lo hacía era su obsesivo trabajo, y aunque lo comprendía, y me repetía todo el tiempo que esa era su vida, simplemente el sonido de los mensajes o de una llamada entrante, me encendían por dentro, y no precisamente de deseo. Un deseo que afortunadamente crecía y crecía cada vez más, y nos hacía entregarnos siempre al máximo, sin ataduras, sin miedos, sin nada. Era solo

deseo puro, carnal, sincero.

—Tengo que viajar a Londres. Ven conmigo.

Me pidió mientras besaba mi ingle con delicadeza contenida. Acepté con un gemido de placer, tanto por la erótica caricia de su boca en ese sitio tan erógeno, como por su petición. Una semana en Londres y otra en Brasil; conocí lugares maravillosos con lo que solo había soñado, recorriéndolos de la mano de Blake, que hacía de los momentos que podía, y que le permitía su trabajo dedicarme a mí, una verdadera delicia.

Una mañana, me desperté desconcertada, sin saber en qué ciudad del mundo me encontraba. Mi móvil sonó y era Marion.

—¡Hey! ¿Qué dice esa viajera itinerante?

—Esta viajera está feliz. No sabes todos los lugares que he conocido, y todo lo que Blake me ha regalado. Me ha pedido que me vaya a vivir con él, Marion, ¿puedes creerlo?

—¿A vivir con él? —preguntó asombrada—. ¿A Nueva York?

—¡Sí!

—¿No crees que van muy rápido? —inquirió con cautela—. Es decir, solo hace unas pocas semanas que se conocen, y tomar una decisión tan drástica es... bueno, es tu vida, Allison. Yo solo te pido que sea lo que sea que decidas, lo pienses muy bien y que estés segura del terreno que estás pisando. Sabes que yo te apoyaré siempre, sin importar nada. ¿De acuerdo?

—Gracias, Marion.

Volví a recostarme en la cama, quería sorprender a Blake fingiéndome la dormida, pero él fue quien me sorprendió al escucharlo hablar por el móvil.

—Sí, sí, ya lo sé, necesito estar completamente concentrado —guardó silencio por un momento—. Ya te he dicho que solo ha sido una distracción momentánea, voy a ocuparme de eso, y me vas a volver a tener cien por ciento dedicado al trabajo. Ahora mándame esos informes actualizados y espera mi llamada, los leeré tan pronto como me lleguen.

¿Distracción momentánea?

¿Se referiría a mí?

Por supuesto. ¿A quién si no? Blake era un hombre muy ocupado, y tenía que estar siempre con todos sus sentidos alertas y enfocados en su trabajo, para tomar las decisiones más acertadas; por eso él era tan exitoso, porque tenía el don para saber cómo y cuándo mover sus fichas, y lograr tanto éxito en cada negocio que hacía.

¿Y yo?

Yo solo lo estaba estorbando, lo estaba distraendo, y mermando la atención que sus asuntos requerían. No estaba siendo una distracción para él en el buen sentido, sino todo lo contrario. Estaba siendo un peso muerto en la ya pesada carga de responsabilidad, con la que vivía día a día.

Permanecí con los ojos cerrados, mientras las palabras de Marion y de Blake se repetían en mi cabeza, y como si de una señal se tratara, así las tomé. Esperé a que Blake se fuera nuevamente a una de sus juntas, recogí mis cosas y salí de la habitación rumbo al aeropuerto. En las interminables horas de mi vuelo desde Japón, pude meditar bien lo que había hecho, y la conclusión fue muy ambigua. Por un lado, era lo correcto alejarme de él, para que pudiera seguir trabajando con la perfecta precisión con la que lo hacía. Salir de su vida para no ser un obstáculo, y permitirle seguir cosechando éxitos; mientras que por el otro lado, esa extrema decisión me rompiera el alma, al tener que abandonar al hombre al que amaba, pero por eso precisamente, porque lo amaba, tenía que hacerlo.

Ahora me encontraba en un lujoso y precioso rancho; un lugar donde había encontrado mucha paz y tranquilidad. Ahí podía seguir llevando algunas ajetreadas vidas de mis clientes, estando al pendiente por medio de internet. Al principio, me había costado un poco delegar y confiar en los servicios en línea, pero tuve que hacerlo y fue una bendición. Me sentía útil y, aunque el dolor en mi corazón aún era muy fuerte y lacerante, estaba aprendiendo a vivir con él.

¿Pensaría Blake en mí por las noches?

¿Me extrañaría tanto como yo a él?

Al cabo de mi segundo mes en el rancho, ya había aprendido a montar a caballo, ya tenía algunos amigos en el pueblo cercano, al que iba con bastante regularidad, y ya había un par de personas interesadas en contratar mis servicios. Todo iba marchando muy bien, y esperaba con todas mis ansias que tanta actividad mitigara, aunque fuera solo un poco, el dolor de mi solitario corazón.

Dormía plácidamente, acurrucada bajo el grueso edredón. Hacía mucho frío y me encogí un poco más. Tenía un fuerte debate interno, entre si levantarme y subir el nivel de la calefacción, o seguir hecha un ovillo guardando ese calor. Me decidí por levantarme, cuando de pronto, todo quedó

a oscuras. Se había ido la luz, y al parecer, el generador tampoco funcionaba.

Rogaba para que la energía volviera pronto, cuando escuché un ruidito. Me quedé quieta, y al instante siguiente, sentí cómo se hundía un poco el colchón de mi cama. Antes de poder reaccionar, un olor inconfundible a maderas y almizcle, inundó mis fosas nasales. Intenté girarme, y unos fuertes brazos me sostuvieron en esa posición, rodeándome, y acercándome a su musculoso e inconfundible cuerpo.

—Allison Reed —susurró en mi oído—. ¿Pensaste que te ibas a librar de mí tan fácilmente?

—Blake...

—El mismo —dio una profunda respiración—. Ese Blake al que abandonaste hace exactamente ocho meses, dejándolo hundido en la más negra de las penumbras.

—No podía quedarme a tu lado, Blake, hubiera sido muy egoísta de mi parte.

—Lo que sí fue muy egoísta, Ally, fue irte sin darme la oportunidad de decirte cuanto te quiero. Lo que sí fue muy egoísta, mujer, fue irte dejándome con todo este amor aquí guardado, ese amor que por toda la vida esperé para dar a alguien, a ti, Allison. Eso sí que fue muy egoísta de tu parte.

—¿Tú me amas?

Pregunté dudosa, aún sin poder creer lo que escuchaba, pero muy emocionada.

—Por supuesto que te amo, pero no me diste tiempo para decírtelo. Por eso, esta vez tomé todas las precauciones necesarias. Compré este rancho, y lo mandé a reconstruir según tus gustos, y quién mejor para hacerlo que tu mejor amiga Marion, que resultó ser un auténtico y excelente elemento, al que he decidido conservar. Jugó sin saberlo, un papel muy importante, que culminó cuando te propuso como la persona ideal para dirigirlo, ya solo me quedaba esperar a que aceptaras, y créeme que me iba a valer de cualquier sucia treta, para que aceptaras si tenía que hacerlo.

—Yo, no sé qué decir, yo...

—Solo di que sí, Allison. Di que nunca más te alejarás de mí, di que aceptas ser mi mujer, que aceptas casarte conmigo y ser la madre de mis hijos. Dime que me amas, y que quieres que vivamos aquí por siempre. Dímelo Ally.

—¿Aquí? ¿Vivir aquí? ¿Y tu trabajo? ¿Cómo podrías...?

—Necesitaría ser un verdadero estúpido, como para no darme cuenta de

la magnitud del sacrificio, que decidiste hacer por mí. Después de ver el gran amor que me tienes, ¿de verdad crees que no puedo ser capaz de dejar esa obsesiva vida de trabajo por ti?, ¿por la familia que quiero formar contigo? Te necesito en mi vida, Allison, a mi lado, solo di que sí...

Asentí con lágrimas en los ojos, de pura felicidad. ¿Estaba soñando? Por Dios, esperaba que no.

—Te voy a anteponer ante todo durante el resto de mi vida, Ally, a ti y a nuestros hijos. Siempre serán lo primero en mi mente al despertarme, y lo último en lo que piense antes de dormir. Te lo juro. Te amo, Allison.

—Yo también te amo, Blake. Mucho.

—Lo sé, mi amor, me lo has demostrado con creces, y yo pienso demostrártelo cada día de mi vida.

—Pero, ¿cómo supiste los motivos que tuve para... irme?

—Marion —dijo como si fuera obvio—, tienes que reconocer que solo hay que darle un poquito de cuerda, y ella solita empieza hablar. Me contó de punta a punta la desgracia de su amiga a la que recomendaba ampliamente, y por la que ella respondía para llevar este rancho. *Su rancho*.

Lo besé más enamorada que nunca, y sentí sus manos recorrer mi cuerpo, una vez que me colocó a horcajadas sobre él. Se apoderó de mi boca, invadiéndola con su lengua hambrienta, mientras subía sus caderas en busca de satisfacción. Desesperada, empecé a deshacerme de mi ropa cuando llegó la corriente eléctrica, y gracias a la tenue luz de la lamparita en mi mesilla, el ambiente no se podía calificar de otra cosa más que de romántico y perfecto.

—Déjame a mí.

Dijo con voz grave y, como por arte de magia, mi ropa abandonó mi cuerpo que ardía de necesidad por él. Una vez desnuda, le ayudé a quitarse la suya, ambos desesperados y hambrientos el uno del otro, de nuestro aroma cuando estamos juntos, de nuestros jadeos, de nuestra pasión. Blake, con todo el autocontrol que poseía, bajó el ritmo apresurado que nos estaba envolviendo, decidiendo movernos a un ritmo más lento y sensual, erótico, lo que aumentaba nuestro deseo.

Jadeé ansiosa y él solo soltó una risita sexy, mientras sus labios iban recorriendo el camino hacia abajo, hacia el centro receptor de las terminales de mi deseo, y su lengua se entretenía feliz en mi ombligo, provocándome un sinfín de sensaciones maravillosas. Levanté mi pelvis incitándolo, y Blake me mordió juguetón, causándome un intenso dolor de necesidad en mi interior.

Descendió un poco más y quedó justo en donde él quería, para brindarme caricias que me elevaban hasta las nubes. Sus dedos mágicos —que sabían muy bien dónde y cómo tocarme—, se hundían en mí, acercándome al clímax, junto con esa lengua que obraba milagros en mi cuerpo.

Blake no estaba teniendo piedad conmigo, y me estaba volviendo loca de placer, llevándome de la mano al más puro éxtasis de amor. De pronto, creí de verdad perder la cordura, cuando sus caricias prodigiosas cesaron, pero no me dio tiempo de reclamar su abandono, porque en menos tiempo del que pude percatarme, ya se introducía en mi interior con un lento vaivén de su cuerpo, embistiendo al mío. Era una danza seductora de dos cuerpos, que estaban hechos el uno para el otro. Movimientos sensuales, que se acoplaban en una perfecta sincronía pausada que, poco a poco, fue incrementando el ritmo, por la fuerza de nuestra pasión buscando alivio.

Nuestros jadeos llenaban la habitación, que era fiel testigo de nuestra entrega. Blake se empujaba cada vez con más ímpetu dentro de mí, azuzando —si es que más se pudiera— el inminente orgasmo que se levantaba en mi vientre, y que al alcanzarlo, logró que se dispararan millones de toques eléctricos en mi interior, en un verdadero derroche de pasión. Blake detuvo sus movimientos con un par de espasmos finales, que lo hicieron derramarse dentro de mí, colmándome de su esencia pura, de su amor incondicional por mí.

—Te amo, Allison.

—Yo también te amo, Blake.

—Seamos felices, mi vida, cástate conmigo, solo di que sí...

EL FANTASMA DEL CENTRO DE COPIADO

Salem Fabian

—¡Adam! ¡¿Dónde están los malditos papeles?! —Golpeé el escritorio—. A quién diablos se le ocurre que todo debe ir impreso, ¡quieren recortar gastos y mandan a imprimir! ¡Quieren la maldita certificación de ecología, y gastan hojas y hojas, como si eso no hubiesen sido arboles!—grité, levantándome de mi silla, y caminando hacia la salida de mi oficina. ¿Dónde diablos estaba mi jodido asistente?

—Siento la tardanza, Margaret, las únicas impresoras que quedan en el edificio, están tres pisos abajo...

No quería escuchar sus explicaciones, él estaba aquí para asistirme, no para excusarse por lo mediocre de su trabajo. Levanté la mano, deteniendo su diatriba, ya que no me importaba por qué se había demorado, estaba cansada. Era tarde, y aún teníamos mucho trabajo por hacer, pero necesitaba hacer las cosas a mi ritmo, a mi modo. Miré el maldito reloj de la computadora, eran casi las diez de la noche, y el hombre, suponía yo, tenía una vida. Y ya me había hartado de verlo sobre todo.

—Adam, vete a casa, hemos avanzado lo más que se pudo. Mañana compra un par de impresoras para mí, llega con ellas, te espero a las ocho.

Sin mirarlo siquiera, lo despedí con una señal de mi mano.

Frustrada como me sentía, abrí la carpeta que Adam había traído. Necesitaba avanzar un poco más, sentir que el día no había sido un completo desastre. Un estúpido en la calle me había echado su café encima; mi blusa de repuesto había desaparecido misteriosamente, y la tonta de mi secretaria había comprado una que no era de mi talla, de baja calidad, por lo que podía sentir cómo los botones estaban cediendo.

Maldito día, estúpido Consejo de Administración, pero sobre mil veces malditos, todos los hombres del mundo que creían que las mujeres éramos idiotas, que no podíamos ocupar puestos altos de administración.

Miré mi reflejo en el vidrio de mi oficina, y descubrí una mancha de algo en mi blusa corriente; no me importó, la tiraría en cuanto me la pudiera quitar. Miré el reloj de la pared, casi las doce de la noche, había tenido que cancelar mis planes de salir a cenar. Odiaba cancelar a mis citas, pero el estúpido de Johns, el director de la empresa, quería mi cabeza, y yo no iba a entregársela en bandeja de plata.

¿Quién manda a hacer una auditoría, cuando no han pasado seis meses de la anterior?, y lo peor, quería todo impreso. ¡Joder! Acabamos de conseguir la certificación como empresa verde y quieren impresiones; que no saben que las hojas vienen de los árboles.

Volví a mirar el reloj, solo había pasado un minuto. Me dediqué a cuadrar los gastos de la empresa de los últimos tres meses; ahora solo me faltaba imprimirlos, y no había ni una maldita impresora en mi piso; ¿por qué diablos dejé que Adam se fuera? Ahora tendría que ir yo. No recordaba si había dicho que estaban tres o cuatro pisos abajo, maldita sea la ecología y la reducción de gastos.

Llamé al elevador sin respuesta, entonces recordé mi grandiosa idea para recortar gastos. Quitar el servicio del elevador después de las nueve de la noche, y faltaban diez para la doce de la noche; era obvio que no funcionaba. Así que tenía que bajar cuatro pisos en tacones del número diez. Bajé cuatro pisos para recordar que solo eran tres mugrosos y espantosos pisos; así que regresé uno, y con toda la dignidad posible, llegué al cuartucho de los artículos de oficina. De pronto recordé un detalle: para imprimir necesitaba el maldito archivo, maldije un par de veces más, la tensión me estaba haciendo cometer errores de novata. Yo era Margaret Rose Mortens, la legítima directora del Departamento de Finanzas de Johns&Mortens, no podía darme el lujo de cometerlos. Mi padre me había advertido que en este negocio tenía que cuidarme las espaldas, siempre estar un paso adelante. Sus socios no estaban muy contentos con mi nombramiento. Me calmé un poco, y subí de nuevo los tres asquerosos y apestosos pisos; tome la *laptop*, la memoria, el teléfono y regrese al cuartucho.

Miré mi celular, y solo tenía el maldito uno por ciento de batería, malditos teléfonos inteligentes. Dios, todo me pasaba a mí; ahora necesitaba conectar la computadora con la impresora, imprimir el maldito y estúpido informe, y luego largarme a mi departamento a dormir unas tres horas, antes de comenzar mi nuevo día.

Ahora sí, quería matar a alguien; simplemente no tenía el código para mandar el maldito archivo. Therese, mi secretaria, iba a pagar esto, y Adam, mi asistente, igual. Joder, él era el encargado de hacer estas ridiculeces.

Intenté salir del cuarto, que era tan pequeño que comenzaba a darme claustrofobia.

La puerta no se abrió, simplemente no abría.

—¡Qué diablos! —grité desesperada. Intente llamar a Adam para que viniera a rescatarme, pero mi celular decidió morir en ese momento.

«Tranquilízate, Margaret, eres una mujer fuerte. Eres responsable, y has de pensar una solución».

Luego de pensar por un momento, decidí enviarle un memo, o llamarlo por Skype desde la laptop, a menos claro que, por una extraña coincidencia del destino, no tuviera internet, cosa que por supuesto, sucedió.

Ahora si quería llorar. Golpeé la puerta, esperando que el guardia me escuchara, y luego recordé que en la parte posterior del cuarto, debería de haber un teléfono, o algo. Caminé hacia la parte trasera para encontrar que no lo había, lo único bueno es que había encontrado una pequeña cafetería, una máquina de café, un refrigerador con refrescos y comida. Había prohibido este tipo de cosas por el gasto que suponían para la empresa, luego recordé que los empleados habían hecho la propuesta, de ellos absorber parte del gasto, y acepté.

Decidí hacerme un café, tomé una dona que me supo a gloria; no había comido nada desde las tres de la tarde. De pronto, escuché el ruido de una puerta que se abría y se cerraba.

—¡Maldita sea! ¡Quien quiera que esté del otro lado, abra! —bramé furiosa, golpeando la puerta.

Nadie contestó, y comencé a golpear la puerta fuertemente.

—¿Sí sabes que para salir, solo necesitas mover la manija?—Escuche detrás mío.

Mire al imbécil que me hablaba.

—Si se pudiera salir de aquí moviendo la desdichada manija, hace rato que lo hubiera hecho—le espeté furiosa, me acerque a él, y apuntándole al pecho, le dije—. Y tú, estúpido, has cerrado la puerta, y ahora estamos atrapados.—De pronto recordé—. Dame tu teléfono, necesito hacer una llamada.

—Solo vine a imprimir, y lo mande desde la computadora. —Señaló la

impresora, y vi cómo salían las hojas.

—¿Quieres decir que no traes tu teléfono? —le dije, intentando sonar lo más calmada posible, pero de hecho, se escuchó bastante mal.

—No vivo pendiente del teléfono mientras trabajo.—Se acercó a la puerta, e intentó abrirla—. Por las barbas de Merlín, es verdad...—Se quedó callado, y luego, subiéndose los lentes, exclamó—. ¡Espera! el guardia pasa cada hora, pasó hace como diez minutos, entonces solo esperemos alrededor de cincuenta minutos, y golpeamos la puerta.

Miré al tipo, ni podía recordar de qué departamento era, tampoco era como si fuera alguien que uno quisiera guardar en su memoria. Era... algo así como... no sabría describirlo sin ser políticamente incorrecta, pero era una buena descripción para nerd; una mala copia de Leonard de The Big Bang Teory. La ropa era corriente y estaba toda arrugada. Dios, llevaba tenis, ¡quién diablos lleva tenis a trabajar!

—No eres de esta planta, ¿verdad? Creo que nunca te había visto.

—No —contesté seca.

—Yo soy uno de los auditores externos, no entiendo por qué esta empresa está siendo auditada; llevan todo realmente en regla, para mi gusto demasiada estructura, pero... es más trabajo, y eso me gusta. Soy Thomas Hardy...—Lo miré a él y a su mano extendida, como si tuviera algo contagioso, pero él pareció no darse cuenta—. Sí, como el poeta inglés. Mi madre tenía una fase algo loca cuando nació.

Me miró y de pronto lo entendí. Él no sabía quién era yo, no sabía que era a mí, a quien había venido a hacerle la vida imposible.

—Soy Margaret... —iba a seguir hablando, cuando de pronto la luz se apagó—. ¡¿Qué Diablos?! —grité asustada.

—Es horrible, ¿no? Todas las noches pasa lo mismo, como a las doce y quince minutos, apagan las luces innecesarias, la noche anterior me pasó lo mismo. No entiendo tanto recorte en esta empresa, todos son tan circunspectos, tan alzados. —Lo miré, queriendo fulminarlo y callarlo—. Y la peor, según entiendo, es la jefa de finanzas. No he escuchado nada halagador de ella, ¿sabes que sus empleados directos no pueden hablarse entre ellos?—Arqué una ceja—. Bueno, como amigos, los pobres tienen prohibido socializar entre ellos. Es una mujer amargada. Me la puedo imaginar, alta, toda almidonada y vieja. Ya puedo verla cual Gorgona sentada en su trono, algo así como un rey malvado.

Miré al tipo, no debía medir más de un metro sesenta, tenía barriga, su pelo era oscuro, lacio, usaba lentes. Al menos iba afeitado. Miré otra vez los tenis, ¿cómo diablos se atrevía a criticarme? ¿Quién era él? ¿Qué autoridad tenía para pensar que yo era alguien amargado?

—Entonces, Maggie, ¿en qué departamento trabajas?

—En finanzas, soy la jefa.

El tipo me miró, e hizo un gesto como de dolor.

—Lo siento, no debí de... es solo que es la impresión que tengo de lo que... lo siento —recalcó.

—¿En serio?... Primero, soy Margaret, no Maggie...—Estaba furiosa—; Segundo, la impresión que yo tengo por convivir contigo unos minutos, tampoco es nada agradable. Pareces un tontito sin cerebro, que no sabe lo que es ducharse o planchar su ropa; una persona que no sabe callarse sus opiniones cuando no conoce a esa persona de quien va a opinar, o para que entiendas, te ves...—enfaticé mi comentario, mirándolo de arriba abajo, intentando hacerlo sentir minimizado—, como una persona poca cosa, un trabajador promedio, flojo y mal vestido. ¿Quieres que siga? porque tengo mucho más que decir.

—Oye, mi ropa esta arrugada porque llevo trabajando todo el día, no tienes que ser tan ofensiva...

—¿Ofensiva, me dices ofensiva? Tú me llamaste amargada —le dije, acorralándolo en una esquina. Me miraba hacia arriba, porque eso era, era superior a él. Yo era accionista y jefa de finanzas.

—Tu blusa... —me dijo, mirándome los pechos.

Mire hacia mis pechos, y la maldita blusa se había roto de los botones, que tenían que cubrir mi pecho.

—No me mires, imbécil.—Bufé fuerte. El tipo estaba lamiendo sus labios.

—¿Por qué no?, son bonitos, blancos y redondos, y tu sujetador es sexy. —El tipo se estaba burlando, podía verle la sonrisa, de seguro no había visto ningunos en persona.

—Voy a echarte de la empresa, considérate despedido. Muerto. Gusano—grité llena de rabia. El tipo se tapó los oídos.

—¿Siempre tienes que gritar? No necesitas alzar la voz para hacerte oír. Ves, esa es la actitud que te critiqué. La misma de la que todos hablan. Además, no puedes correrme, no trabajo para ti, y mis jefes saben que soy

eficiente.

—Pondré una queja, voy a boletinarlo con todas las empresas de esta ciudad, te juro que voy... —no pude seguir hablando, porque él tipo tapó mi boca con su mano, y lo mordí.

—Joder, por los dioses del Olimpo. Espero que tengas todas tus vacunas. Mira, los dos estamos estresados, yo debería estar en casa, mamá va a preocuparse.

—¿Vives con tu madre? Clásico, un perdedor—le espeté, alzando los brazos al cielo.

—No exactamente, tengo mi departamento aparte. Mi padre murió hace unos meses, no quiero dejarla sola, y así le ayudo con lo que pago de renta. Tú, ¿tienes casa sola?

Quise carcajearme, pero no pude, ya que vivía en casa de mis padres, en la misma recámara de toda la vida. Iba a mentirle, pero algo me hizo decirle la verdad.

—No, vivo con mis padres, pero es porque no necesito... vivo muy feliz en casa.

No tenía que justificarme ante él.

—Ya me imagino, tu vida sexual debe ser interesante, sobre todo si es verdad lo que dicen. Que tienes ese carácter por falta de sexo.

—La tuya debe de ser fabulosa. Puedo imaginar que tienes colas de mujeres esperando por ti —le dije sarcástica.

—Pues no es mala, cuando no tengo torneo de algún juego. Soy muy solicitado.—De pronto se llevó las manos a la cabeza—. ¡Joder!, tenía juego.

—¿Juego? —¿Qué jugaría? ¿Calabozos y dragones?

—Sí, juego en línea varios juegos, y hoy tenía cita. Hoy toca League of Legend, ¿quieres que te explique de qué se trata?

—No, paso. Eres un típico nerd. Qué cliché.

—No soy tan típico, soy sexy nerd, eso siempre me dicen mis chicas, estamos de moda —me dijo y sonrió.

—Si tú lo dices —le dije, dejándome caer recargada en la pared.

Solo nos iluminaba una tenue luz de emergencia, pasaron unos minutos en silencio, Dios santo, podía escuchar la electricidad; de pronto, lo vi volver de la pequeña cafetería con dos cafés en la mano

—Te traje tu café, supuse que era tuyo junto con la dona mordida.

Pasaron más minutos eternos, si hubieran moscas, podría escucharlas volar. Podía sentir su mirada en mis pechos, mejor dicho, recorriéndome, pero no era eso lo que me molestaba, sino que estaba poniéndome húmeda en donde no debía estarlo.

—Vamos, juguemos algo, matememos el tiempo, tenemos hojas, bolígrafos. Santo cielo el tipo era de lo más infantil.

—No me digas que no sabes divertirte, por Dios, tenemos cuarenta minutos. Juguemos lo que tú quieras, Tic Tac Toc (gato), números.—Lo miré de la forma más fría que pude.

—Amargada —murmuró y volví a mi café.

Me dieron ganas de llorar de frustración, pero di un par de respiraciones y me controlé, tal vez jugar me distrajera un poco, y podría darle una lección al nerdcito.

Me acerqué con el café en la mano.

—Te reto, juguemos tic,tac, toc, pero si gano...

—Si ganas ¿qué?

—Yo decidiré mi castigo cuando gane.

—Y si yo gano, ¿tengo la misma prerrogativa?

—Me parece bien, es justo —dije, antes de tomar un sorbo de mi café.

—Hagamos más interesante esto, juguemos prendas, el que llegue a seis ganados, es el ganador. ¿Trato?

Estiré mi mano, cerrando el trato. ¿Prendas? El tipo esta creído, lo había visto mirándome los pechos. Si yo ganaba los seis seguidos, lógicamente sería la mejor forma de humillarlo, de castigo me llevaría la ropa.

—Trato hecho —respondí, apretándole la mano, sellando el trato. Nos sentamos en la alfombra y comenzamos.

La luz de emergencia era débil, pero me mostró el tercer juego al hilo que me ganaba, ya había perdido los zapatos, la blusa, y ahora la falda. Si perdía uno más estaría desnuda. Me concentré en el juego y logré ganarle el cuarto asalto.

—Gané —grité, alzando los brazos—. Quiero los pantalones —indiqué.

Él sonrió y comenzó a bajárselos. El siguiente juego lo gané de nuevo, y pedí su playera. Ahora lo tenía en tenis y bóxers, pero algo me decía que me había dejado ganar. Al mirarlo sacarse la ropa, me di cuenta que no tenía mal cuerpo, un no muy marcado *six pack*, y unas hermosas piernas, enmarcando un nada despreciable paquete.

Él ganó el siguiente, ahora si estaba segura que los dos anteriores me había dejado ganar. Él pidió mi sujetador, lo miraba sin atreverme a quitármelo. Dios bendito, mis pechos estaban pesados, mis pezones erectos, el tipo me estaba haciendo sentir cosas, pero al mirar sus bóxers, vi que yo hacía lo mismo con él.

Se acercó y bordeó todo mi sujetador con su dedo, mi respiración se tornó más pesada. Llegó al broche, y con una habilidad sorprendente lo desabrochó, y lo retiró de mi cuerpo, aventándolo lejos de mí.

—Listo —dijo, sin despegar sus ojos de mis senos mientras lo retiraba—. Son bellos, me gusta que no sean tan grandes. Me gustan pequeños, que no estorben.

Estaba tan excitada que ni siquiera me moví, dejé que siguiera tocándolos, sus manos los hacían tan apasionadamente, que no quería que se apartara. Apretó mi pecho derecho y gemí en respuesta; con un movimiento rápido me acerco a él y me besó, comenzó hambriento, y luego bajó por mi cuello hacia mis pechos. Era realmente increíble la sensación de sentirme bajo su hechizo, entre sus manos y su boca iban a volverme loca, sabía dónde tocar, dónde besar. Quería gritar y retorcerme, pero algo me decía que no lo hiciera. Succionó mis pezones, los pellizcó, se concentró en casi llevarme al orgasmo.

—Me gusta que no te muevas —dijo, mientras tocaba por encima de mis bragas mi parte más íntima, hacia círculos y apretaba firmemente mi carne, todo encima de la tela. Me dejé hacer. Que Tom llevara las riendas, que fuera él quien controlara el momento, sonreí al pensarlo, a mí me gustaba llevar el control, odiaba cederlo, pero en este caso no. Un dedo apartó la tela y tocó mi clítoris, que ya estaba hinchado y adolorido. Su boca en mis pechos me volvía loca, pero sus manos estaban terminando el trabajo. Me recargué en la pared, abriendo más las piernas, para que él siguiera follándome con sus dedos.

Gemí sin vergüenza, sin contenerme. El lamía mi cuerpo, sentía su erección contra mi pierna, y me hacía sentir más y más excitada.

—Recuéstate y abre más las piernas —su voz era ronca, excitante, y sin chistar lo obedecí.

Recorrió mis piernas, primero con las manos y luego con su boca, pero justo antes de llegar a donde tenía que llegar, comenzaba de nuevo. Gemí frustrada cuando me sentí que se alejaba, lo oí decir algo, y luego volvió a tocarme.

—Estas tan jodidamente mojada, voy a probarte, pero antes dime que

tomas algún tipo de medida anticonceptiva.

Asentí rápidamente, tratando de que no notara mi titubeo, había dejado hace un mes las pastillas por una reacción, pero llevaba años tomándola, y esperaba que eso fuera suficiente.

Bajó su boca hasta mi clítoris, y comenzó a lamer y succionar, a penetrarme con sus dedos, con su lengua. Sabía que solo tenía dos manos, pero sentía como si fueran más de dos, podía sentirlo por todos lados. Yo quería terminar, necesitaba terminar, pero se detuvo cuando me faltaba poco para llegar, e instintivamente, bajé mi mano para ayudarme a terminar. Su mano le dio un pequeño golpe a la mía, y la retiré.

—Una niña mala —dijo, al tiempo que me daba una nalgada y entraba en mí, no sé si fue la sorpresa por la nalgada o qué, pero tuve un demoledor orgasmo.

El seguía entrando y saliendo de mí, formando otro más sin siquiera terminar el primero, me llenaba, sentía cómo todo mi coño lo apretaba para que no pudiera salir. Dios santo, quería tenerlo dentro de mí para siempre, quise rogarle, pedirle que fuera más rápido, pero mi voz no encontraba la salida, solo escuchaba mis gemidos.

Sin esperar más pude balbucear «rápido» y él me complació, vi que iba a terminar, y yo necesitaba llegar también, bajé mi mano y comencé a sobar mi clítoris. Juro que vi luces, y casi pude escuchar el sonido de los fuegos artificiales.

Cerré los ojos e intenté calmar mi respiración; simplemente no podía, sentí cuando se levantó, me sentí vacía, mi cuerpo pedía a gritos que lo siguiera llenando. Cuando me tranquilicé lo suficiente, abrí los ojos y pude ver cómo subía sus bóxers, su polla era enorme, la más grande que había visto en mi vida y en ese momento estaba ya en descanso.

Sentí frío, y con él la cordura comenzó a llegar.

Nunca se caga donde se come, escuchaba a mi padre decirme, era una de sus reglas. Y yo la había roto.

Lo vi terminar de vestirse, me miró.

—Ahora sabemos los dos, que no debemos juzgar a nadie por la apariencia, o por lo que habla la gente.

Tomé la blusa rota y la falda, y me las puse lo más rápido que pude, y él me sonreía con mucha satisfacción. Al mirar que estaba vestida, se acercó a la puerta

—Solo para que sepas... —habló—. La puerta se abre alzándola un poco, y luego girando la perilla, primero a la izquierda, y luego a la derecha —dijo mientras lo hacía, y salió.

Así sin un adiós, sin nada.

Él supo cómo salir todo el tiempo. Sin pensarlo más, tomé mis cosas y salí de ahí.

Todo el camino a mi oficina me reprimí, jamás debí bajar la guardia, pero al mismo tiempo no me arrepentía, había sido una de las mejores experiencias de mi vida.

Apagué todo, y salí rumbo a mi departamento.

Por primera vez en quince años que tenía trabajando para la empresa, llegué tarde, me había quedado dormida, había dormido como si no debiera nada.

Mi padre estaba asombrado al verme salir de casa, después de las nueve de la mañana, siempre salía a las siete de la mañana. Estaba esperando mi almuerzo, y miré mi reflejo en los vidrios de mi oficina. Me veía satisfecha y sin tanto estrés. Definitivamente sí me hacía falta un polvo, y mira que fue uno bastante bueno.

Sonreí ante el recuerdo, si Tom se atrevía a decir algo lo negaría, nadie le creería. Pero no escuche ningún rumor, ni siquiera volví a ver a Thomas, y la auditoría terminó sin ningún tipo de problema.

Habían pasado ocho semanas desde ese día, y miraba hacia la ciudad, tenía tres años sin tomar vacaciones. Necesitaba irme unas semanas, me las merecía. Escuché entrar a Adam y le dije.

—Prepara toda esta tarde, me voy de vacaciones, vas a quedarte al frente. No me llames, a menos de que sea algo de vida o muerte.

El pobre Adam estaba en shock, pero se recuperó y asintió. Yo tomé mis cosas y salí de la oficina, tal vez en el Caribe encontrara una buena manera de distraerme.

DOS EXTRAÑOS EN UN BAR

VShaday

Y allí estaba yo... lo suficientemente triste y solitaria, cómo para recurrir al cliché de ser la mujer que ahoga sus penas en un bar. No era de salidas nocturnas, en realidad, no recuerdo la última vez que salí sin mis hijos a algún lugar; tampoco recuerdo la última película que vi, que no fuese de dibujos animados.

No recuerdo nada que haya hecho para mí... y solamente para mí en los últimos años, tampoco logro recordar, por mucho que me esfuerzo, la última vez que disfruté un encuentro sexual, con el hipopótamo infiel de mi esposo.

En eso me había convertido.

En la típica desdichada, que a la mitad de su vida, todo se le viene abajo.

¿Divorciada?, a dos semanas de serlo; y de enfrentarme por la custodia de Sam y Charles... de enfrentarme al bochorno, a las críticas de mis padres, de mis amigas, de todos mis conocidos.

«Paola, la divorciada...», ya podía escucharlo como gritos en mi subconsciente.

Aún recuerdo cuando di el sí frente a esa capilla en las vegas; yo realmente pensé que mi matrimonio tenía al menos una pizca de futuro. Y lo tuvo, por dieciocho años estuve bajo la fantasía cincuentona del *matrimonio perfecto*.

«Perfecto... bah», pensé asqueada, dándole otro sorbo a mi *Gin—tonic*.

Miré la pantalla de mi teléfono de nuevo, no tenía ninguna llamada perdida de nadie, y había desaparecido de mi casa desde ayer. ¿En serio era tan invisible?, ¿incluso para mis hijos?

Sé que los adolescentes aman estar solos, pero, ¡por dios!, ¿acaso Charles no se ha dado cuenta de que su mamá no está desde el desayuno?, o ¿Samantha no necesita que le haga algún favor?

Bufé frustrada, hundiéndome aún más en mi depresión.

¿Acaso era tan mala mujer, para merecer que incluso mis hijos estén mejor sin mí?, ¡Mis propios hijos!, sinceramente mi vida no tenía sentido; ahora que lo veo, estos dieciocho años fueron un trabajo inconcluso... un mal sabor en mi boca.

Una herida quizás demasiado grande, y no es que quiera ser dramática, no es que me importe ese degenerado, o no pueda funcionar sin un hombre en mi vida, pero ¡era mi esposo!, ¡el hombre al que le entregué toda mi juventud y le di dos hijos! ¿Saben lo difícil que es llevar un embarazo?

¿Pueden imaginárselo?

¿Lo difícil que resulta la recuperación?

¿El desastre emocional?

Bien, pues imagínense pasar por eso dos veces; y amo a mis hijos, yo los crié, los eduqué, pero sé que inevitablemente harán su vida y me dejarán.

Al menos yo tenía el consuelo, de contar con el inútil de mi marido en ese escenario, ahora sé que ni eso podré tener.

Porque la verdad es que no me imagino con nadie más, yo no me veo saliendo en este siglo, con otro hombre egoísta e infiel... no, definitivamente no pienso rehacer mi vida con nadie.

¿Para qué? Ellos no van a querer casarse con una mujer como yo... oficialmente cuarentona... con dos hijos adolescentes, y divorciada.

¿Qué hombre querría algo así en su vida?

Yo no dejaría que Charles estuviese con una mujer así, si fuese necesario lo amarraría a mi casa, pero no le dejaría cometer semejante barbaridad.

Y es que...

—¿Problemas en el paraíso? —Una voz me sacó de mis quejas mentales, al mirar a mi lado, me encontré con un hombre que me veía expectante.

Un veinteañero, si no me equivoco... y yo nunca me equivoco.

La única vez que me equivoqué, fue cuando pensé que el idiota de mi marido era diferente a los demás, y que no pensaba con su pene.

«Grave error de mi parte».

Y claramente, ese también pensaba con esa parte de su anatomía, y creía que yo me acostaría con él a la primera oportunidad. Era de esos chiquillos que querían experimentar con una mujer madura, y dárselas de macho alfa.

En fin, joven o viejo, todos son iguales.

Hice una mueca, esperaba que eso fuese una indirecta, lo suficientemente fuerte, como para que él dejara de hablarme.

De mirarme.

De existir.

«Pero no... al parecer los jóvenes de hoy son aún más insistentes».

—¿Problemas amorosos? —intentó esta vez, sentándose en el taburete a mi lado.

«Oh, vaya, ¿qué más me va a salir mal?», pensé molestándome.

—No te lo tomes a mal, pero... de verdad, no tengo ganas de hablar—dije, mi voz sonó ronca y pastosa, podría ser por el alcohol, o porque estaba a punto de llorar, y hacer de este un cliché espantoso.

Pero tenía una excusa. Una buena... así que podía llorar todo lo que quisiera.

—Oh, definitivamente tu mal es de amor—bromeó, girándose al cantinero—. Un Whisky en las rocas. —El hombre asintió, poniéndose a trabajar.

—¿Al menos tienes edad para estar aquí? —pregunté divertida, saboreando mi trago.

—Ouch, dolió. —Me sonrió. «¿No me entiende?», yo rodé los ojos por repetida vez, «vaya ignorante».

—¿Universitario? —adiviné, intentando saber con exactitud cuántos años tenía.

—Hace tres años dejé de serlo—dijo arrogante.

—¿Qué estudiaste? —pregunté... la verdad el chico tenía cara de doctor, quizás contador o...

—Ingeniería.

«Soy un asco adivinando cosas. Soy un asco de esposa».

—Oh, ingeniero. ¿Podría dejarme sola con mi trago, señor ingeniero? —pregunté, esta vez intentando aparentar seriedad.

—Tengo curiosidad por ti, enserio—insistió cuando el hombre le dio su bebida.

—¿Qué puedes querer saber tú de mí? —dije, algo... bastante incrédula.

—¿Qué hace una mujer como tú en un lugar de estos? —preguntó de forma directa, yo alcé la ceja divertida—. Sola—aclaró.

—Creo que no es una historia divertida, es más, es bastante repetida, e incluso fastidiosa—admití, pidiendo otro *Gin—tonic*.

—Pruébame, soy bueno escuchando.

—¿No se supone que eras Ingeniero? —pregunté, fastidiada por aquel interés.

El alzó la ceja impaciente.

—No pienso contarle mis problemas un extraño, sin ofender, pero ni siquiera sé tu nombre—expliqué.

—Soy Charles Walles—dijo con simpleza, pero yo no pude evitar romper en carcajadas, él simplemente me miraba asombrado por el volumen de mis risas... pero claro, si él estuviese en mi cabeza lo entendería.

—Es que te llamas justo como mi hijo—solté, tomando un poco de mi trago para calmarme.

El pobre chico hizo una mueca divertida, él intentaba *ligarme* y yo lo comparaba con mi hijo.

—Charles es un nombre común—dijo—. Pero tú puedes empezar a decirme Charlie.

—Está bien, *Charlie*. —No lo sé, pero mi pronunciación de su apodo, sonó demasiado pervertida para mi gusto.

—¿Y cuál es su nombre, bella dama? —Oh, muchacho, créeme, no quieres ir por ese camino.

—Soy Paola White—dije estirando mi mano, y usando mi apellido de soltera por primera vez, en más de dieciocho años.

Él la estrechó complacido, y no quiero volver esto una novela rosa, pero joder, sus manos, la manera en la que mi cuerpo reaccionó... Uf, necesito una ducha.

«Es un niño, Paola, podrías ser su madre», me reproché incomoda.

—Bueno, Paola White... ¿Qué te perturba?

Lo dudé, realmente dudé abrir mi boca, para contarle a ese chiquillo lo que me sucedía... probablemente ni lo entendería.

¿Qué podía él saber de mi vida de todas formas?

Sin embargo, él estaba aquí, interesado por mí... cosa que no había hecho ni mi madre, ni mis hijos, ni mis amigas.

«Oh, al diablo».

—Me estoy divorciando de mi cerdo y asqueroso marido infiel—solté rápido, e incluso me trabé en alguna parte—. ¿Qué tan cliché sonó?

—Depende.

—¿De? —añadí sonriendo.

—De con quién te haya engañado. —Me carcajeé por la ironía.

—Se acostó con la maestra de dibujo de Charles. —Observé cómo Charlie escupió su tragó, antes de ahogarse con él.

—¿Quieres la cereza del pastel?, o ¿ya sacié tu curiosidad? —pregunté algo amargada.

—Lo siento, la verdad es que no pensé que tu marido fuese tan... —Intentaba buscar una palabra, suerte que ya yo las conocía todas.

—¿Idiota?

—No.

—¿Imbécil?

—No.

—¿Cerdo?

—No.

—Hijo de...

—Snob—soltó complacido—. ¿Qué puede ser peor que eso?

—Que tus hijos no noten que has desaparecido desde ayer.

—Oh, vaya, preciosa... sí que has tenido un día de mierda—murmuró, frunciendo el ceño.

—Un año de mierda—justifiqué, antes de pedir otra ronda.

—Mis padres tratan de emparejarme con la hija de sus mejores amigos... En realidad, me acabo de escapar de un intento de cita demasiado desastroso—admitió él, intentando hacerme sentir mejor.

«¡Que tierno...! No, ¡Paola!, ¡los hombres no son tiernos, son asquerosos hijos del demonio!», pensé, entrando en pánico.

—¿Qué tan mal puede ser la chica? —pregunté, sintiendo curiosidad.

—Es demasiado... infantil, ilusa, en fin, la perfecta esposa florero, a la que mi madre espera algún día que le ponga un anillo—murmuró, visiblemente amargado.

«Pobre alma en desgracia», me dije a mí misma.

—Estamos en el siglo veintiuno, no deberías dejar que tu madre controle tu vida sentimental—aconsejé.

—¿Qué edad tiene Charles?

—Catorce.

—¿Dejarías que saliese con alguien de la cual él estuviese enamorado? —preguntó.

—Sí, pero iría yo misma a ponerle el condón, hasta que me cerciorará

que la chica valiese la pena—bromeé, él me dedicó esa sonrisa de comercial... esperen, debo dejar de tomar.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Dos, Charles y Samantha.

—Los niños me dan algo de pánico—comentó en susurros, como si se tratase de un pecado capital.

—Oh, pero el problema no está en cuando son niños... empiezan a volverse insoportables cuando entran en la adolescencia—comenté.

—¿Tan mal es?

—Lo sabrás en el futuro, escucha Charlie—dije, sintiéndome mareada—. Eres un chico fenomenal... cualquier mujer estaría feliz a tu lado, y de seguro serás un padre estupendo; si tienes suerte, no serás un cerdo como mi marido, pero yo de verdad necesito irme, antes de que los tragos me afecten de verdad—le dije, poniendo una mano en su hombro, intentando que el mundo dejara de moverse.

—Espera, Paola—dijo de pronto, sosteniendo mi mano con la suya.

«Oh, dios, benditos dedos largos», pensé, mirándolos más de lo que debería, cuando le miré, él ya se había dado cuenta del rumbo torcido, que habían tomado mis ebrios pensamientos.

«Trágame tierra».

—¿Ah? —murmuré, sintiéndome sonrojada y sofocada en aquel vestido.

—¿Quieres que vayamos a otro lugar? —preguntó, levantándose sin soltar mi mano... no había notado lo alto que era, me llevaba sin dudar dos cabezas y media... su cabello cobrizo era perfecto, y esa mirada profunda hacía estragos en mi vientre.

«Bendito niño Jesús».

—¿A otro lugar? —repetí, confundida del camino que había tomado esta conversación.

—Sí. ¿Quieres acompañarme a mi casa?

—Sin ofender, pero tu madre me mataría... no soy el prototipo de mujer adecuada para sus estándares, seguramente.

—Vivo solo—aclaró, me sentí estúpida.

—Oh, dios—susurré, llevándome las manos al rostro—. Eres hermoso—murmuré, sintiendo mis piernas temblar—, pero no creo que yo pueda hacer lo que tú me propones.

—¿Por qué? ¿Acaso tú marido te espera? —susurró, su aliento se sentía

mentolado en mi rostro... estábamos demasiado cerca, ¿Cuándo nos habíamos acercado tanto?

—Nadie me espera en casa—respondí incomoda.

—Entonces, ¿qué tienes que perder? —preguntó, pasando su lengua sensualmente por sus labios.

«¡Oh, al demonio!», siseé, antes de estampar furiosamente mis labios contra los suyos.

Y no me equivoqué, su boca estaba mentolada, y sabía a escocés. «Moriré e iré al infierno por asaltacunas», pensé angustiada, mas no podía dejar de besarle.

Y no sabía si era porque estaba demasiado molesta, con el cerdo con el que estuve casada; o porque Charlie besaba cómo un ángel; o porque yo tenía sin ser besada, de esa manera tan inapropiada, mucho tiempo.

De una manera, de la que no estoy muy segura porqué, terminé metida en un auto con Charlie, y no es que yo me esté quejando. No lo hago, pero me asombraba la capacidad de ese chiquillo para sofocarme, y convencerme de la semejante locura que muy seguramente cometeríamos.

Y probablemente me arrepintiese mañana.

Y el día después de mañana.

Y todos los días siguientes.

Pero no era una mujer cobarde, y sí ese chico quería llevarme a la cama, yo no me iba a oponer; total, mi marido era un bastardo infiel, que dentro de quince días me firmaría el divorcio, y mis hijos estaban tan absortos en sus vidas, que no me necesitarían esa noche.

El destino me llevaba con fuerza, y yo no era de las que iban en contra de la corriente.

Me sentía nerviosa, a su lado en aquel espacio tan reducido, y extrañamente caliente... «¿Qué ropa interior llevo puesta?», pensé algo atolondrada por el alcohol, mientras me decía a mí misma que estaba lista para esto.

¡E infiernos, sí lo estaba!

Cuando llegamos al lujoso complejo de departamentos, al frente de la costa, me di cuenta de que Charlie era bastante rico. No todo el mundo tenía un lugar aquí, de hecho era bastante exclusivo.

«Y yo que pensé que vivía con sus padres», me dije abochornada.

A penas salimos del carro, volvimos a besarnos como dos jóvenes

enamorados, y en realidad, él sí lo era, yo soy la pasada de época en esta historia. Dejé de pensar con claridad, en el momento en que entramos al loby, y Charles me arrinconó contra la pared de ladrillo, mientras llamaba al elevador.

—Espera, pueden vernos—susurré como pude, sin dejar de atender sus urgentes besos, pero de pronto, ya no fueron solo besos.

Eran caricias.

Eran gemidos ansiosos.

Eran toques bestiales.

—Que nos vean entonces—bramó él sin sentido de la cordura, mientras me apretaba más contra su cuerpo.

«Mi Dios», pensé cuando me alzó como si fuese una talla dos, para que yo me enroscará en su cadera. Gemí cuando nuestros sexos se frotaron, aún cubiertos de ropa, y sinceramente, perdí la conciencia y la decencia, en el momento en que las puertas del elevador se cerraron detrás de nosotros.

Yo no era una mujer salvaje. Nunca me consideré una mujer fatal, o una diosa sexual... Mi marido nunca provocó ese tipo de sensaciones en mí.

Dieciocho años teniendo sexo tradicional, rosa, y para nada original en nuestra habitación, bastaron para soltar a una bestia sedienta de novedad esta noche.

Y era increíble, que este desconocido... este muchacho mucho menor que yo, me hiciese explotar como si fuese una quinceañera en su primera vez.

¿Desde cuándo el sexo era tan bueno, y por qué yo no lo sabía?

Me hizo chocar contra otra pared y embistió con fuerza, mientras le escuchaba luchar con una cerradura. Mis manos recorrían su espalda, su nuca, su pecho... tan solo quería acabar con toda esta ropa, y hacerlo mío de una vez.

Quería sentirlo adentro y profundo, como nunca antes quise.

La puerta cedió, y antes de que me diese cuenta, ambos ya estábamos dentro de su hogar, a oscuras y a media luz, nos movimos chocando con los muebles, y tumbando algunas lámparas.

Llegamos al sofá, no dio tiempo de más, pero yo estaba realmente conforme con eso.

Me senté a horcajadas sobre Charlie, y en menos de lo que canta un gallo, ya había desgarrado con pasión su camisa, mis uñas se pasaban con libertad por su pecho trabajado, mientras que las manos de él me apretaban

contra su erección.

A este punto, mi vestido negro estaba por la cintura, y solo me protegía la delicada tanga de encaje, que había decidido llevar en un ataque de rebeldía esta noche.

—¿Dónde demonios está el cierre? —me preguntó con desespero, apartando el cabello de mi hombro para morderlo después. Lo ayudé a encontrar el cierre lateral, y con mi colaboración, pudimos deshacernos de la estorbosa prenda.

Y allí estaba yo.

Desnuda, con todos mis complejos al aire.

A punto de tener sexo salvaje.

Con un chiquillo al menos quince años menor que yo.

«Quizás eso de ser soltera en esta época no estaba tan mal», pensé, antes de aventurarme en su regazo otra vez, y comenzar a moverme de forma lenta y fogosa sobre su miembro.

—Oh, mierda—gruñó, apretando mis caderas para acelerar mis movimientos, su otra mano aprisionaba uno de mis senos, dándole caricias y besos húmedos.

Yo eché la cabeza para atrás, demasiado ida en la fricción de nuestros sexos, y su boca en mi seno.

«Un chico de muchos talentos». Antes de que siguiese con mi monólogo, Charlie nos volteó con rapidez, dejándome debajo de su cuerpo, para empezar a besar y morder todo mi torso.

Yo chillaba, gritaba y lloriqueaba, cuando me sentía en el borde del abismo, solo para que él me empujara aún más.

Cuando llegó a mi tanga, comenzó a bajarla con los dientes, ¡oh, sí!, con los dientes, tal cual como lo oyes.

Para ese momento yo deliraba, solo tenía aquellos insoportables zapatos de tacón puestos, pero por alguna extraña manera, él no me dejó sacarlos.

—Déjatelos puestos, me pones duro así—gruñó, abriéndome las piernas de par en par, dejando una sobre el sofá, y la otra sobre su hombro.

Y justo como si se tratase de una sucia porno, hundió su cabeza en mi depilada intimidad, y lamió.

¡Oh, sí! Él jodidamente lamió todo. Mi tacón se encajó en la dulce piel de su espalda, y esperaba sinceramente dejarle marcas.

—¡Charlie! —chillé apretando su cabello, mientras su dedo jugaba con

mi clítoris, y su lengua penetraba mi intimidad con fiereza.

—Eres descarada—murmuró, azotando mi botón de placer con lujuria; yo me arqueé aún más, y moví mis caderas ansiosa.

—Por favor—susurré, pero él no me escuchó, siguió chupando como si su vida dependiese de ello, hasta que mi cuerpo explotó, en miles de hermosos pedazos.

Me sentía lívida, ida... suave.

—Eres perfecta, Paola, y tú marido es un inepto, que no sabe lo que acaba de perder—aseguró, sonriendo arrogante, mientras se quitaba su pantalón.

Descubrí que no traía bóxer abajo, y fue demasiado gratificante ver a aquella gloriosa erección, alzarse en sus quince gloriosos centímetros... Dios, parecía una obra de arte digna del propio Da Vinci.

Charlie no perdió tiempo, estaba igual o más ansioso que yo, sacó de su bolsillo un condón, abrió el empaque con sus dientes, y estaba a punto de ponérselo, pero lo detuve.

Él me miró interrogante.

—Deja, yo te lo pongo—susurré, sintiendo unas enormes ganas de lamerlo desde la base a la punta. Con suavidad y experiencia, deslicé el látex por toda su longitud, ganándome un gruñido de su parte.

Él siseó, tomando mis manos e inmovilizándolas sobre mi cabeza con facilidad, yo sonreí divertida, y pasé mis piernas alrededor de su cintura, aprisionándolo más cerca... Su pene encontró mi sexo, y yo gemí ante la deliciosa sensación.

—Charlie—susurré, retorciéndome debajo de él.

Mis palabras fueron silenciadas con un beso rudo y demandante, que yo no tardé en corresponder. Nuestras bocas se devoraban la una a la otra, ansiosas de terminar nuestro deseo en agonía.

Y entonces, mirándome a los ojos, entró en mí con un movimiento fogoso y contundente. No pude contener el gemido desesperado que se escapó de mis labios, mientras mis manos se hacían camino por su espalda, aruñando todo a su paso.

Charlie no se detuvo, y embistió de nuevo con fuerza... apoderándose de las últimas gotas de cordura que me quedaban. Me entregué por completo en ese mismo segundo, el estrés, la vergüenza e incomodidad desaparecieron, en ese sofá, en ese momento, todo se fue.

Solo éramos nosotros, Paola y Charlie, sin edades ni divorcios de por medio.

Y Dios sabe que amé esa sensación, esa lujuria, esa peculiaridad de sentirme deseada por un hombre de nuevo, de sentirme poseída por alguien.

Charlie mordisqueaba mis labios, mientras sus embestidas no se detenían, y yo no quería que lo hicieran... quería llegar hasta el profundo final; mi pelvis se movía contra la suya, mientras mi espalda se arqueaba buscando más fricción.

Él salía y entraba, haciéndome maldecir y gemir incoherencias.

«Dios, se sentía tan jodidamente bien».

—Ah, sí—chillé cuando atrapó mi pezón entre sus dientes.

Embistió más fuerte en respuesta.

—Más, más fuerte—exigí ansiosa de placer.

Y me complació, sus embestidas aumentaron el ritmo rápidamente. Ya no éramos dos extraños, ya ni siquiera éramos Paola y Charlie... tan solo éramos un hombre y una mujer solitarios, buscando un poco de amor en el otro.

Calor, caricias, pasión.

Dos extraños que se conocieron en un bar.

Él venía huyendo de una cita desastrosa.

Y yo ahogaba mis penas en alcohol.

¿Coincidencia?, ¿destino? No sé si fuese algo de eso, pero estoy bastante segura de que sin Charlie, y sin esa noche de desenfreno, probablemente yo seguiría atrapada en el tormento, que una vez fue mi vida.

UNA NOCHE AL DESNUDO

Alexandra Simon

Mis amigas Janice y Lorelay me habían amenazado que el día de Halloween yo perdería mi virginidad... ¡Mierdis! casi me hago pipi... Ellas se referían a perder mi virginidad de ver un stripper en vivo y en directo... Ahhh, yo respiré, ya me veía con un tipo de esos emos que le gustan a Janice, esos cortavenas que hablan sobre la luna y el dolor de su existencia... ¡No! Peor uno de esos tipos locos que se visten de vampiros y hablan con voz de ultratumba, ya me veía con unos dientes plásticos en mi cuello siendo atacada por un bobo con mal aliento y actitud de niño solitario... Ya había tenido suficiente de esos niños en mi secundaria.

Mi terror era que yo, Samantha Travis, súper poderosa mujer de negocios a los veintiséis años era ¡Virgen! ¡Virgen! Sí... Yo era un fenómeno, una loca... Carajo ¡Una virgen! Lo peor de todo es que mis dos amigas, las chicas con más novios y amantes de la ciudad creían que yo era mucho más promiscua que todas ellas... Claro está que yo era una genia para hablar de sexo, es decir había leído desde el Kamasutra hasta las cosas más porno de todo el mundo... La verdad es que lo que leía era mandarín para mí, pero después de tanto tiempo yo manejaba el lenguaje con más propiedad que la Ciciolina.

La verdad es que había tenido toda la oportunidad del mundo para perder mi virginidad, un novio de cinco años, una cantidad de hombres con quien trabajaba y un ejército de modelos a los que yo manejaba, porque para mi desgracia, manejaba una agencia de modelos... casi todos gay, pero bueno.

Mi primer novio Troy Carter, más bisoño que yo y a quien conocí en la secundaria, era un tipo de lo más cursi del mundo quien creía que tercera base era darme un beso francés. Peor, su madre era de la legión de mujeres pro la decencia en Portland, una mujer quien adoraba a Julia Roberts por la pulcritud de sus películas y odiaba a Angelina Jolie *Esa destruye hogares* casi va hasta Hollywood para hacer una quema pública de esa ramera de babilonia por quitarle el marido a la simplona de Jennifer Aniston. Ya la veíamos vestida a lo Ku Kux Klan. y persiguiendo a la pobre flaca de la Jolie por todo los

Ángeles gritando *Vuelve a Cristo...arrepíentete y pide perdón a Dios y a América por existir mala mujer*; el pobre de Troy vivía bajo las faldas de esa loca religiosa.

Nada podía ser peor, yo a los diecisiete años con las hormonas ahogándome y un novio bobalicón. Lo peor de todo es que lo amaba, creo que lo amaba porque secretamente quería pervertirlo. Mas mi padre y mi madre creían que ser novia de Troy era lo mejor que me había pasado, sobre todo mi padre quien suspiraba con la idea de un cinturón de castidad.

A los dieciocho, y yo más caliente que un bollo en un horno, tomé la decisión de violar a Troy, pero todo fue terrible, su pequeño auto no ayudó, no teníamos idea de cómo poner un condón -rompimos tres,- y lo peor es que cuando me vio desnuda de la cintura para abajo se puso a llorar como un niño y decía: *nos vamos al infierno Sam... a mi madre no le gustará esto...* Y no hay nada que mate más la libido que la voz de la suegra gritando *vuelve a Cristo y arrepíentete...* Maldita vieja.

Fue todo tan estúpido que me ofusqué y tiré de su pantalón y le pellizqué el pene con la cremallera y el pobre se desmayó del dolor. Lo peor fue el hospital y mi intento de dar una explicación plausible sobre el porqué la pobre pollita del muchacho estaba hinchada y mal herida.

El resto del año mi pobre novio caminaba como si tuviese dos bolitas de acero colgando de su pipi. Me sentí culpable y me pasé todo el año en la iglesia con la mamá de Troy hablando pestes de Angelina Jolie y su muy "sucias y pecaminosa vida sexual" ¡Como la envidiaba! Hasta pensé en ponerme colágeno en los labios para yo tener un buen folleo al estilo Jolie Pitt.

En la universidad fue peor, me obsesioné con un tipo divino, su nombre era Jack Norton... Oh mi madre el tipo era caliente, lleno de tatuajes y hablaba a lo macho. Mis bragas bailaban Can—Can cada vez que lo escuchaba, yo lo seguía por todas partes, estaba a punto de hacer tatuar mi trasero con su nombre "*Propiedad de Jack*" esa fue mi época de acosadora, loca demente. Para colmo el tipo *escribía* poemas y Samantha Travis ya se veía siendo la musa inspiradora de semejantes maravillas... *Tu cuerpo perfecto es el terreno donde mis delirios caníbales serán satisfechos* ¡Carajo! Y yo amaba esa mierda. Lo más terrible para mí fue que la musa de Jack era un machote de dos metros de estatura que andaba en una moto y se llamaba Calvin, hasta ahí llegó mi contacto con la literatura, comiquitas y bien sangrientas ¡si señor!

Después llegó a mi vida un tipo de esos súper cultos, Travis Kimblell y yo

morí de amor, pues hablaba seis idiomas diferentes. Mi mente cochina, sólo pensaba en las maravillas que ese hombre y su lengua podría hacer *Oh si... yo hablaré hasta lenguas que no existen...* porque chicas, en ese punto de mi vida mi pobre mente era una muy sucia y enfermiza cochera. Al principio Travis era de lo más tierno, es decir su definición de romance era llevarme a ver una película francesa donde nunca ocurría nada y todos hablaban de muerte y melancolía, yo fingía divertirme y me hacía la intelectual, hasta compré unos lentes tipo secretaria sucia con mente perversa, pero el idiota no entendió el mensaje. Todas mis amigas decían *él te respeta Samantha* y yo entornaba los ojos y pensaba *quiero que me respete haciéndome gritar el himno nacional en mi cama*. Pero nada, sólo me faltó hacer señales de humo y hacer el baile de la fertilidad para que el hombre entendiera que lo que yo quería era sexo sucio, salvaje, perverso, inmoral y delicioso. Un día me salió con el cuento *Nosotros nos comunicamos espiritualmente Sam* ¡No! para mí el concepto de retiros espirituales se reducía a uno: retirar el espíritu y dejar solo la carne. Finalmente el día llego y yo casi hice el baile de la victoria. Travis me llevó a su apartamento, que era lo más pulcro y afeminado del mundo ¡vamos! Un hombre de veintiocho años teniendo de mascotas a dos pescaditos de colores *Pinky y Fifi* casi me da un infarto, pues creí que de algún lugar iría a salir otro Calvin tatuado escuchando a los Village People y su YMCA... gracias a Dios no fue así, el hombre escuchaba la música más pretenciosa del mundo Leonard Cohen y Troy Morrison... ¡Carajo! Yo estaba en mi época de Britney Spears y de Usher. Todo comenzó muy bien, yo iba a perder mi virginidad con ese hombre, y al día siguiente caminaría con el rostro en alto diciendo ¡mírenme soy una zorrita! Pero oh decepción, horror de horrores, el hombre tenía la maquinaria más pobre que existía en el mundo, es decir al tipo lo habían estafado en la repartición de penes, chicas no exagero cuando digo que era para buscar con lupa. Yo estaba que gritaba en medio de la calle *¿Dios porque me odias?* Al día siguiente el pobre David me veía aterrado, ya que pensó que su "pequeño" digo "muy, pero muy pequeño problema" se sabría.

Llegué a creer que eso era un mal Karma, el mundo no quería que yo tuviese sexo. Hasta pensé que la mamá de Troy había hecho un conjuro para que yo fuese virgen y mártir de por vida, porque si, la vieja urraca, más que santa, era una bruja.

Mi universidad fue una sucesión de este tipo de fracasos, llegué hasta el colmo de querer hacerme una limpia.

Al año de haberme graduado pasé el ridículo más grande de todos. Odio volar, lo odio. Venía de Londres y a mi lado se sentó el tipo más hermoso del mundo, y el tipo me coqueteaba con descaro, yo estaba segura que no tenía novio motorista, una madre loca ni pececitos de colores y ni un "pequeño" problema. Todo iba sobre ruedas, pero el maldito avión empezó a hacer ruidos raros. La asistente de vuelo quien tenía una mirada de loca sádica dijo:

— Estamos pasando por una pequeña turbulencia, por favor pónganse sus cinturones— Yo me perdí en la mitad de la oración. Había visto el primer capítulo de *Lost* y ya estaba traumatizada, además porque ya me imaginaban los titulares *Samantha Travis... Veinticuatro años y muere virgen... ¡Mierda!*

Empecé a hiperventilar como loca, el avión hizo un movimiento fuerte, me agarré del hombre, pero el avión de nuevo se sacudió con fuerza... Iba a morir, iba a morir y no había hecho nada en mi vida, no había ido a Francia, no me había tirado del bungee jumping, no había estado en una fiesta Drag Queen, no le había gritado ¡te amo! a Thom Felton en la premier de Harry Potter (maldición ya tenía mis boletos comprados) no me había emborrachado hasta perder la razón... no... no... había tenido sexo... nunca había hecho el amor con nadie... y de mi corazón y en medio del terror y de la cercanía a la muerte yo grité en el avión:

—No quiero morir ¡Soy virgen!— a los segundos el avión se normalizó y todos me miraban como si yo fuese una loca. Mi futuro novio, es decir el bello desconocido que me coqueteaba me miró despavorido.... *¡carajo! estoy oficialmente jodida.*

Fue así que un día me dije *¡Diablos Samantha! Quizás esto sea buena señal... quizás no te has perdido de nada y todo ese escándalo por el sexo es puro ruido... oh y que ruido, porque mi compañera de habitación Jessica Stanley era bastante ruidosa... si, definitivamente todo era una señal... la señal para conseguir un nuevo apartamento.*

Así que volqué todo en mi trabajo y en mis tres lindas amigas, Lorelay súper modelo, Janice aspirante a actriz y a Cambell aspirante a... ¿a que aspiraba Cambell? *A un novio con una enorme herramienta y que sea buen bailarín* mi amigo era tan gay que Sam Norton era un troglodita a su lado.

Lorelay estaba disfrazada a lo Bob Derek, es decir con esas trencitas cursis que sólo le quedaban bien a una diosa como ella, Janice de vampiro sexy y mi amigo Cambell estaba disfrazado como un motorista salvaje.

—¡Por amor de Dios Cambell! Eres de lo más predecible.

—¡Cállate Samantha! Me quería disfrazar de Cheer pero no me depilé hoy, mi novio no me amara todo velludo como un lobo.

—¿Qué novio?— preguntó Lorelay.

—El que me espera seguramente hoy, *estoy* segura que hoy conoceré el amor de mi vida.

—¿El de la gran herramienta?

—Y de gran corazón.

—¡Eres tan cursi!

—Yo tengo un presentimiento hoy conoceremos nuestras almas gemelas.

—Si, Halloween la noche más romántica del mundo— dije yo de manera cínica.

—Oh por favor Samantha ¿podrías ser menos fiestera? Tú ánimo es contagiante.

Si porque yo Samantha Travis quería estar en mi casa, atiborrándome de galletas oreos y estar viendo la nueva película de Sandra Bullock, la segunda favorita de mi ex suegrita linda... *carajo soy patética*.

Todos me miraban raro, pues mi disfraz era de lo más contradictorio, el único que quedaba en la tienda de disfraces... Monja sexy... el mundo conspiraba contra mí, ya esto era aberrante.

—Oye Lorelay ¿y la fiesta es de verdad en un lugar donde hacen striptease?

—¡Sí! Nos vamos a divertir.

Cambell saltó de emoción.

—Me llevaré mis gotitas de valeriana, no sea que mi pobre corazón no aguante esa descarga de hombres... — y Cambell empezó a cantar *It's raining men... aleluya pensé... ¡nunca ha llovido por estos lares!*

Salimos a la calle en mi impresionante Audi r8 6 velocidades R—Tronic doble turbo, si porque a falta de hombres, mi macho era mi auto y lo amaba con todo mi corazón.

A las diez de la noche entramos en aquel lugar. Una cantidad de mujeres locas y desesperadas gritaban. Todas rebuscaban en sus bolsos los billetes de a 100 para poner en las tangas de los bailarines... *¿será que si usan tanga? Y si no ¿Dónde se ponen el dinero?* Últimamente estaba de lo más filosófica, yo era una chica profunda *Diablos mañana me tengo que hacerme mi depilación láser...*

Miraba a todas esas chicas, pero el que más fuerte gritaba era Cambell.

—¡Que lluevan hombres!

—¿Podrías controlarte Cambell?

Cambell me dio una mirada del mal y me sacó la lengua.

—¡Que lluevan hombres!

Y lo peor de todo es que Lorelay y Janice le hacían coro.

Los vi a los tres y les di una mirada de suficiencia, esas mirada que dicen "*Yo estoy más allá de eso... soy una dama y no estoy desesperada*"

Pero cuando salió el primer bailarín, mi damura se fue para la porra y grité a voz en cuello:

—¡Que lluevan hombres!— y como loca fui a mi bolso de sexy monja zorrilla y saqué mis billetes de a 100.

El primer bailarín era un tipo enorme con una tanga amarilla, totalmente bronceado y con un casco de bombero.

Cambell casi se muere de la emoción. El chico se nos acercó, una mujer desde lejos gritó ¡Lowell mi oso grandote! ¿Lowell? ¿Quién carajos se llama así en esta época? Me imaginé a la pobre madre del chico viendo *una pequeña casa en la pradera* o los *Walton... gracias a Dios no lo llamo John Boy...*

El chico del nombre raro y cuerpo de gladiador se nos acercó y sin timidez bailó frente a nosotros. Su tanga tenía una extraña inscripción, pero yo no quería leer, es decir leer *eso* era tener toda su... "manguera" frente a mí. Cambell no fue tímido y leyó casi muere...

—Ohhhhhhhh

—¿Qué?

—"Soy tan sexy que ardo"... mi valeriana Sam, estoy enamorado.

Pero Lorelay y sus trencitas bailaban al compás de la cosa caliente esa y ya le había dado cuatro billetes de a cien al bebé.

Los ojos azules y picaros le guiñaron el ojo a la rubia, ella tomó su margarita y dijo.

— Ese nene está hecho a la medida de mis sueños— e hizo un gesto de lo más vulgar con las manos.

Cambell le jaló las trenzas.

— Yo lo vi primero Lorelay.

— Lo siento amiga, pero a ese nene parece no gustarle tu look motorista y lo que sobra de tú anatomía.

— Ohhh ¿Por qué? ¿Por qué? Mi amor tan pronto te encuentro y tan pronto te pierdo.

Pero a los segundos un nuevo bailarín salió vestido de vaquero tejano y le

dio una mirada de hambre a mi amiga la chica motor.

—¿Qué les dije? Nuestros hombres están esta noche aquí— Cambell le sonrió con sonrisa lobuna al niño cowboy y fue feliz.

—Vaya Cambell parece que el niño tiene gran corazón— Janice soltó la carcajada.

—Oh si... eso es lo importante, no soy tan superficial como todas las chicas de aquí, a mi me importa el alma de mi hombre... — y soltó una carcajada.

Maldito Cambell, si el alma, ¿así se le decía ahora al pito de un chico? ¡Sucio! ¡Yo nunca había tocado el "alma" de un hombre... quise llorar, que falta de romance tenía en mi vida... *Samantha Travis... setenta años, virgen y sin saber que es besar el alma de un hombre...* ahggggg estoy muy loca y desesperada... y sobre todo solterona... ¡qué horror! Quiero ser soltera... no solterona, había una gran diferencia.

—¡Está imprimado! — gritó Lorelay.

—Impri... ¿qué?— pregunté yo.

—Por favor Lorelay deja de leer esas cosas, lee algo con más sustancia— dijo Janice.

—¡Ja! mira quien lo dice, te has visto esa película de vampiros como 20 veces y casi te le arrodillas al director para que te den un extra en la película del chico ingles.

—Ohhh y estoy que me ofrezco hasta para bañar ese niño, darle de comer y limpiarle sus babitas...

—Tiene novia.

—No me importa, aún no me conoce.

Todos soltamos la carcajada, todos sabíamos que Janice amaba a su novio Jared, quien era un músico y que le seguía el juego de fan enloquecida por el niño británico, quien a mi manera personal estaba más bueno que el pan, pero que no era mi tipo.

El animador anunció.

—Señoritas... él que ustedes esperaban— y las mujeres gritaron como locas— ¡La bestia!

—Ahhhhhhhhhhh.

¿Qué? Otro niño manguera.

De pronto una canción empezó a sonar *Backdoor Man...* la música más sexy del mundo, las mujeres empezaron a gritar como locas... y de la cortina salió el hombre más impresionante del mundo y yo dije *Dios ¿he muerto? ¿Esta es la bestia? Nene... llámame Sam.*

—¡Ronnan! ¡Ronnan!— todas empezaron a gritar en coro y ese ser delicioso sonrió de manera dulce para todas y yo empecé a suplicar por oxígeno... Me llevé mis manos a mis ojos para saber si estaba soñando.

La música vibraba de manera sinuosa, el órgano hacía vibrar mi chica dormida — es decir mi kitty sweet — si chicas, yo era de ese tipo de niñas que le ponían nombre a su cosita... una buena chica católica no decía vagina ni mucho menos coño... eso era pecado.

Kitty Sweet quien ahora estaba a punto de decir a lo Cat Woman "óyeme rugir" frente a ese dios griego que bailaba frente a mí con unas pecaminosas tangas rojas... Cambell me codeó, pues el nene bailaba frente a mí de manera descarada, yo estaba acalorada y a punto de echarme bendiciones miré de frente, pero no me encontré con su cara precisamente sino... ¡mierdis! y en su tanga decía "hell boy" para mi desgracia y para el placer de Kitty, yo nerviosa mandé mi mano a... no sean malpensadas a mi bolso y saqué un billete de a cien. Temblaba como una hojita, iba a tocar el pene de ese hombre... ¡carajo! Y ese nene... no parecía tener ningún "pequeño problema" es más "eso" es a lo que yo llamo "talento" me acerqué para ponerle el billete en su tanga, pero el muy perverso empezó a moverse y a no permitir que yo le pusiera el billete... yo me veía dando tientos para poner el maldito billete, de pronto me dio impaciencia y sin medir fuerzas le metí el billete, pero pobre de mí, mi mano quedo enredada en la tira de esa cosa, es decir entre "hell boy" y su enorme talento. Me quedé paralizada, el muy desgraciado levantó sus cejas y se acercó mientras seguía bailando... *Por todo lo sagrado déjame sacar mi mano de aquí...* y el muy... el muy... se movía y yo Samantha Travis estaba a punto de perder la razón y de ofrecerle mi vida, mi sangre, mi sueldo y mi audiR8.

Mi pobre Kitty a lo gatita sexy maullaba frente a semejante belleza... *¡Dios! Que no tenga un novio de nombre Calvin y un par de peces dorados ¿te oyes Samantha?* Pero el niño de cabello cobre y rostro como para dejar a todas aniquiladas y ahogándose entre babas seguía bailando y mi mano sobre su "enorme alma" con él... bueno al menos mi mano ya no era virgen.

— Eso no es muy santo de su parte hermana — unos ojos verdes de infarto me miraron con dulzura.

Si, oficialmente el tipo era lo más infernalmente caliente sobre este mundo, y yo era la bastarda más suertuda del planeta.

—Lo siento.

—Saque... la mano lentamente, ¿no querrá desnudarme frente a todas

verdad hermana?

Ohh y Kitty Sweet y su virginal deseo se las arreglaba para no asfixiarse por la excitación que le producía chico infierno....

Saqué la mano con lentitud, parpadeé como una niña buena, cuando mi mano lo dejo de tocar casi lloro de la tristeza, era lo más cerca que había estado del paraíso... *diablos, ya siento nostalgia...* la madre de Troy me odiaría y yo estaba muy feliz por eso, ya la veía vestida a los Ku Kus gritando por toda la ciudad... *pecora... pecora... mi pobre hijo aún te ama... esa es tu oportunidad de ser una dama del señor Sam querida, caminemos de mano a la santidad, no puedes sentir placer con un hombre desnudo es inmoral...*

Vieja loca, a veces creí que en algún momento le saldría bigote.

Cuando regresé a la mesa, Cambell ya había investigado su nombre.

—Ronnan Watson veintiocho años, un metro noventa y cinco, estudia medicina, no bebe, no fuma y lo mejor no tiene novia, un buen niño.

—¡Por favor Cambell!

Pero a decir verdad yo estaba vibrando con la sensación de todo aquello en mis manos... *¡carajo! Debo estar soñando, en este momento debo estar en mi apartamento con todas mis oreos sobre mi cama y muriendo de una indigestión de chocolate y por culpa de una mala película de Sandra Bullock...* pero no, a los diez minutos Ronnan Watson volvió a salir y el desgraciado bailó para mí... y entonces me pellizqué... *Dios me ama... ese hombre baila para mi...* no me haré la limpia.

Salió vestido de policía y Kitty Sweet y yo estábamos a punto de gritar *Oh señor oficial he sido una niña muy mala...* ¡Mierdis! ya me veía comprando un par de esposas de peluche rosadas.

"La bestia" se paró frente a mí.

—Hermana... soy un pecador.

Ohhh... ¡Lo amo!

Poco a poco se fue acercando hacía mi, Lorelay, Janice y Cambell me empujaron hacia esa cosa maravillosa y de pronto él me agarró de la cintura y empezó a bailar conmigo de la manera más sucia, depravada y maravillosa del mundo.

—La debería arrestar por ser la mujer más Sam de este lugar, usted me hace tener malos pensamientos.

¡Carajo! Ya estaba muerta.

Me dio una voltereta y me dejo sola en la mitad de la pista, Kitty Sweet bailaba en un contoneo sexy... ¡No! ¡No! Por favor no lo hagas... ahhhh y lo

hizo, se quitó el pantalón... yo estaba a punto de ir a la *National Geographic* este hombre era la novena maravilla del mundo *Diablos... ¿será real? La bestia* y me di cuenta el porque le decían así, el tipo no tenía sólo talento, era un súper dotado, un genio, el Albert Einstein del siglo XXI... *por favor, si esto es un sueño no quiero despertar... lo prometo no más oreos, no más películas terribles...* si yo estaba a punto de proclamarme esclava de ese bebé e ir a mi pueblo y escupir a la vieja urraca y decirle *Señora el infierno es lindo.*

Dos pasos hacía y su baile sensual y lento me estaba matando.

¡Piedad!

Bajó...

Bajó...

Bajó...

Y con sus dientes fue hacía mis ligeros... *Ohhh a la porra Leonardo Di Caprio... este bebé es el rey del mundo y quiere enterrar sus dientes en mi cuerpito...* Yo Samantha Travis me sentía cual Kate Winslet y a punto de dar un Do de pecho a lo Celine Dion.

Mi pequeño ligero cayó al suelo y la bestia divina las recogió y de nuevo... Ohhh ¿acaso nací para ser torturada? Chico infierno se hizo tras de mi y su "genialidad" me pinchó el trasero... si yo estaba lista para dejar salir mi voz de Diva suprema y cantarle *my Heart will go on* cuando se alejó de manera maliciosa. Cambell corrió hacía mi con varios billetes de a cien, yo estaba a punto de darle mi Master Card, mi chequera y mi colección de comiquitas. Pero el de manera sexy no permitió que yo le metiera los billetes dentro de su tanga negra... mi decepción fue inmensa... mi ex virgen manito quería volver hacía su portentosa alma y arma... *Cochina... Sam Travis... ¡Sí! Y me gusta.*

El adonis se acercó a mi me dio un lengüetazo en el lóbulo de mi oreja y me susurró.

— Bailé para ti princesa, fue gratis.

Oficial, publica y definitivamente yo era cadáver.

Cuando desapareció me sentí como una viuda... mi Kitty Sweet ya preparaba su procesión de plañidera.

El resto de la noche "mi bestia" no apareció... me quería ahogar entre mis oreos... *Samantha Travis, muerta por ingestión de oreos, fue encontrada en su casa con su colección de películas de Julia Robert y Sandra Bullock... ahh y se nos olvidaba... murió virgen...* lo peor es que ya veía a la mamá de

Troy ofreciendo mi alma pura al cielo y diciendo *mi hijo fue su novio* ¡No!

Lorelay más atrevida que yo se metió al camerino y de allí salió con el guerrero manguera.

—Hola, soy Lowell— me dio su manasa.

—Tú mamá debió ser fanática de las series de los setentas.

—¿Disculpa?

Pero yo bateé mis pestañas... *ojala su cerebro sea del tamaño... ups...* en serio, estoy muy mal, pero muy mal.

La zorra de Cambell había desaparecido y Janice se había ido porque su novio Jared tenía un concierto en un bar privado.

—Me voy antes de que sus fans le tiren las bragas a su cara.

—Pero Janice ¿no fue así como lo conociste?

—Si, pero ahora las únicas bragas que el puede tomar son las mías.

—Y aún así le vas a tirar las bragas al niño Inglés.

—Oh no me lo recuerdes... de corazoncitos rojos... nunca las va a olvidar...

Malas amigas... me dejaban sola en mi crisis de viudez virginal.

Salí a la calle para dirigirme a mi potente macho cuatro puertas, cuando de la nada salió el niño infierno.

—Hola, te estaba esperando.

¿*Mua?*... chicas no miento me quería pellizcar.

—¿A mí? — Genial ahora me comportaba como una boba, Kitty Sweet hacía un gesto de "no me lo puedo creer" al estilo Cartoon Networks.

—Si a ti — alargó su mano— Ronnan Watson mucho gusto.

—Sam Travis.

—Beauty, estamos destinados princesa, me llaman bestia.

Oh mami... mami...

Y de los cielos salieron ángeles cantando en un coro celestial: *Sexo....Sexo...Sexo...* ¡que ángeles putongos! Mañana les pongo velitas....

Por que....

Oh si chicas....

Y su héroe era Bruce Willis...

Y no era emo.

Aprendí porno mandarín.

Y la Cicciolina era una vieja pasada de moda.

Y no tuve necesidad de colágeno en los labios... *Angelina... muérete de*

envidia.

Y quemo mis películas de Sandra Bullock...

Y Tom Felton pasó a la historia.

Y me hizo hablar lenguas muertas... en dos horas.

Y su talento era digno de estudios por el *Discovery Chanel*.

Y Kitty Sweet es una leona rugiente.

Y yo comía oreos....sobre el pecho de mi chico....

Y la madre de Troy me odia, por mi sexy caliente novio... alias "chico infierno"

Ahhhh y se me olvidaba: Y no tiene pececitos de colores... sino un enorme... enorme Bulldog llamado Neron.

Si... definitivamente: Halloween, una noche para hallar el amor de tu vida.

¡HEY TAXI!

M. Soto.

9.40 pm.

Apuré mis pasos, la lluvia caía incesantemente y por alguna razón ningún taxi tenía pensado asomarse. Amarré la cinta de mi chaqueta para entrar en calor, el viento que hacía me calaba hasta los huesos y acompañado con la bendita lluvia... Era uno de esos días donde lo único que te apetecía hacer era estar en casa, acostadita, acurrucada con el amor de tu vida, viendo películas de *Woody Allen*.

Me senté bajo el techo de una parada de autobús; las calles estaban desoladas, nadie cuerdo saldría a mojarse con esta lluvia, nadie excepto yo, Marie Anne Duncan, la chica que tuvo que presentarse a trabajar a pesar de la puta tormenta porque a su jefe le dio la gana de que apareciera justamente el día de hoy en la oficina. Un exasperado suspiro salió de mis labios por recordar al vil cerdo de Michael Clayton, créanme, era tan jodidamente grande que tuvieron que adaptar las puertas de toda la oficina para que pudiera pasar, así que la palabra cerdo no era un simple insulto, se adjudicaba a su persona, tanto mental como físicamente.

El parpadear de unas luces rojas me sacó de mi ensimismamiento. Me puse de pie y alargué mi brazo para hacer parar al bendito taxi. Solo bastaron unos segundos para tener el auto de color amarillo frente a mí, el agua escurría por toda la carrocería y tan solo pensar en la calidez de su interior me ponía la piel de gallina.

Abrí la puerta trasera lentamente y me acomodé en el acogedor espacio, los asientos estaban tapizados con una tela de polar que alejaba el frío de mi cuerpo; suspiré y una sonrisa de satisfacción se instaló en mi rostro.

—A la avenida Wallace, número 263, por favor —Le indiqué la dirección mientras rebuscaba mi billetera para tenerla a mano.

— Como usted diga, señorita —Mis manos se quedaron estancadas dentro

de mi bolso, parpadeé un par de veces y levanté mi vista con extremo cuidado. La aterciopelada voz del taxista había llamado mi atención, sin embargo esta quedó relegada al olvido en cuanto divisé a través del espejo retrovisor dos perlas de color azules que me miraban intensamente. Por instinto crucé mis piernas y me acurruqué contra el asiento. Corrí mi mirada hacia la derecha, a cualquier punto neutro que me distrajera de esos ojos que me ponían los pelos de punta y no precisamente por frío; la sensación estaba muy lejos de poder ser comparada con algo tan superficial como el frío.

Un nuevo suspiro salió de mis labios, enrollé la manga de mi chaqueta y dejé mi muñeca al descubierto, la cual estaba adornada por un fino reloj de pulsera.

9.59 pm

Comencé a tamborilear con mis dedos en la puerta del taxi mientras mi pie se movía por sí solo sobre mi rodilla. Una suave risa hizo que mi atención volviese al frente. Alzando una de mis cejas, le di una nueva mirada al “señor conductor” quien tenía una chispa de diversión en sus adorables ojos.—¿Se encuentra bien? La noto un poco... nerviosa — Su voz llegó a mí como un suave arrullo, me quedé embobada por un momento, si antes creía que su voz era sexy ahora pensaba que era extremadamente caliente.

Lo único que pude hacer para evitar que notara el estúpido aturdimiento momentáneo al que me había inducido fue reír.

Las comisuras de sus labios se levantaron en una suave sonrisa, y mis hormonas se dispararon, esparciéndose por toda mi anatomía.

—¿Nerviosa? ¿Por qué tendría que estar nerviosa?—Entrecerré mis ojos juguetonamente y fruncí mis labios—. A no ser que fueras un psicópata secuestrador o algo por el estilo...

—O algo por el estilo...— murmuró, sonriendo torcidamente a través de espejo retrovisor sin romper la conexión que unía sus ojos con los míos —.Entonces, no estás nerviosa — afirmó, moviendo la palanca de cambios y haciendo que disminuir la velocidad del auto.

—Para nada—murmuré, mirando a través de las ventanas para ver mi ubicación. ¡Dios! ¡Apenas nos habíamos alejado de la parada del autobús! El motor del auto se quedó en silencio, me agarré inconscientemente de la orilla del asiento y tragué saliva pesadamente. Sus felinos ojos estudiaban cada uno de mis movimientos a través del puto espejo y fue ahí, cuando su lujuriosa

mirada recorrió el escote de mi vestido que mi chaqueta dejaba al descubierto, fue cuando me di cuenta que la mierda de calor que sentía no tenía nada que ver con la calefacción.

—Mientes—susurró—.Estás nerviosa, mira tus manos —Mis manos que seguían agarradas fielmente al asiento tiritaban sin control. Estaba temblando a más no poder — Tienes miedo cariño ¿Me tienes miedo? — Una de sus cejas se alzó divertidamente. Oh, el muy bastardo estaba disfrutando esto.

— ¿Por qué mejor no me vas a dejar a casa?— comenté, intentando que mi voz sonara con la mayor normalidad posible. Había tenido un día espantoso y no estaba de humor para aguantar a un taxista al que le gustaba hacer bromas. .

Una gran carcajada brotó desde lo más profundo de su garganta. Era ronca, áspera y sensualmente masculina. Volví a cruzar mis piernas, esta vez con un problema mayor surgiendo entre mis bragas.

—¿Por qué mejor no vamos a otro lado, cariño?—El motor del auto volvió a encenderse con su característico ronroneo. Por una extraña razón, la idea de ir a otra parte con este sexy desconocido me sonaba pecaminosamente tentadora.

—Porque debo ir a casa, cariñito—Le respondí, siguiéndole el juego. En su cara apareció esa perfecta sonrisa que me había dado antes.

—¿Novio?—preguntó girándose hacia mí, una vez que paramos en un semáforo.

—Novio, ninguno, no— Un balbuceo torpe fue lo único que pude responder una vez que tuve su rostro en todo su esplendor, y no solo unas pequeñas proporciones por el espejo. Un toque de masculinidad perfecta remarcaba su rostro, su fuerte mandíbula, su recta nariz y sus angulosos pómulos fueron más de lo que pude soportar. Llevé una de mis manos a la altura de mi rostro y me abaniqué con ella inconscientemente. Respira, inhala, exhala... y piensa en lo que estás a punto de hacer.

Cambié de posición mis piernas, cruzando la otra por encima. No pasé desapercibida la mirada que me dio el conductor a través del dichoso espejo, que ahora consideraba mi mejor amigo. Sonreí sin escrúpulos y abrí un poco más mi chaqueta, me volví a abanicar con mi mano derecha y antes de que me arrepintiera solté:

—Anne — Una chispa de confusión apareció en sus orbes verdosos, rodé mis ojos nuevamente — Mi nombre es Anne — Le guiñé un ojo y me gané una adorable risa por su parte. Sin pedir permiso, me levanté con cuidado para no

golpear mi cabeza contra el techo del auto, y pasando una a una mis piernas cuidadosamente logré mi cometido, me instalé en el asiento del copiloto, junto al sexy hombre —O algo por el estilo... —susurré, mordiendo mi labio inferior delicadamente—¿No te da miedo que, tal vez, yo sea ese “algo por el estilo”?

—Por mi puedes ser eso y más, preciosa—La mano que estaba sobre la manilla de cambios se posó en la desnudez de mi pierna.

Una descarga eléctrica recorrió mi cuerpo haciéndome estremecer cuando comenzó a acariciarme lentamente. Cerré mis ojos y conté hasta tres, retiré su mano lentamente con la mía y la posicioné en su antiguo lugar.

— Cariño, eso déjame a mí, tú ahora concéntrate en la carretera —Y la perra atrevida que existía dentro de mí salió a flote.

Sin inhibición alguna posé lentamente mi mano izquierda en su entrepierna. Un suave gruñido escapó de sus apetitosos labios, haciendo que con ese pequeño gesto un fuego comenzara a encenderse en la parte baja de mi vientre.

—Deberás dejar de hacer eso si quieres que me concentre en el camino, dulzura — Sonreí coquetamente mientras comenzaba a masajear su miembro por sobre la tela de su pantalón — Ann... — Siseó, con sus dientes apretados. Mis bragas estaban cada vez más mojadas dada la situación, nunca en mi vida pensé tener sexo en un auto y con un completo extraño.

22.33 pm.

Seguí con mi tarea de masajear su entrepierna, podía sentir su miembro cada vez más duro a través de la tela, mordí mi labio inconscientemente anticipando lo que vendría a continuación. Un nuevo recorrido a su cuerpo me llevó al punto de desesperarme porque no aparcaba nunca; las fuertes manos que afirmaban el volante podían estar perfectamente recorriendo mi cuerpo en estos instantes y esos labios que se veían tersos y deseables podrían estar colaborando en el trabajo. — Bien, Anne, ni siquiera recordaras tu nombre cuando acabemos — Su voz ronca me volvió a la realidad y mandó un escalofrío por mi columna vertebral.

Dobló en una esquina y aceleró a fondo, mientras yo me derretía más y más por el éxtasis que me recorría el cuerpo en estos momentos. Aparcó en un oscuro callejón y sin darme tiempo a nada, me tomó de la cintura y me puso a horcajadas sobre él, haciendo que nuestros sexos se rozaran de una manera

peligrosa.

— La avenida Wallace puede esperar —susurré, a centímetros de sus labios. Él se acercó a mí y tomo mi labio inferior entre sus dientes, haciéndome soltar un gemido de excitación, debido al momento, las circunstancias y lo que venía en un futuro cercano.

—Te aseguro que la espera no será en vano — Y luego de que esas palabras abandonaran sus rellenos labios, estos se posaron fieramente sobre los míos. Correspondí el beso y acepté la invitación que su lengua hacía cuando recorría mis labios, el fuego en mi vientre crecía cada vez más y la inevitable fricción que había entre nuestros sexos me prendía de una forma inexplicable. Nuestras lenguas luchaban entre sí sin que ninguna fuera vencedora.

El taxista comenzó a acariciar mis brazos lentamente, mis manos se fueron a su cuello y comencé a jugar con su cabello, mientras el desabrochaba la estorbosa chaqueta que me resguardaba de un frío inexistente desde hace un buen rato. La chaqueta desapareció en un instante de mi cuerpo, dejándome con el vestido que llevaba debajo, sus habilidosos dedos comenzaron a desabotonarlo lentamente, tan lento que dolía.

—Más rápido — Pedí, separándome de sus labios. Una arrebatadora sonrisa adornó su rostro, y sin nada que decir, dirigió sus labios a mi cuello, para dejar pequeños y húmedos besos por toda su longitud. Cerré mis ojos y comencé frotarme con su entrepierna, sus gemidos eran bajos y amortiguados por mi cuello, los botones de mi vestido volaron cuando la abrió de un tirón, un gemido de sorpresa salió de mis labios al ver el desastre, mientras que sus ojos brillaban con diversión.

—Tú lo pediste cariño — Sus besos bajaron hasta el comienzo de mis senos, y fue mi turno de desabrochar su camisa, cuando terminé mi labor recorrí su torso con mis manos, deleitándome con cada uno de sus músculos y la suave piel que tenía, mis manos comenzaron a jugar con los vellos de su pecho mientras él seguía besando y mordisqueando levemente mis pechos.

Mi brassier desapareció, dejándome al descubierto frente a él. Sus ojos vagaron por mi cuerpo y daba la impresión que las azuladas gemas que me habían cautivado se oscurecían a cada segundo que pasaba, sus manos se posicionaron sobre mis pechos, los masajéó lenta y suavemente, llevándose unos cuantos gemidos de mi parte, volví a cerrar mis ojos y di un pequeño respingo cuando sentí algo húmedo en mis pechos. Eran sus labios posándose en mis pezones; los cuales mordisqueó, jugueteó y lamió sin cesar. Me sentí

fuera de foco por unos instantes, sin saber qué hacer, sus caricias estaban causando estragos en mi persona. Torpemente jalé de su cabello y lo atraje hacia mi rostro para besarlo una vez más, su esencia era dulce y embriagadora. Mis manos volvieron a hacer el mismo recorrido por su torso, seguí lentamente el camino de vellos que descendía desde su ombligo, una sonrisa apareció en mis labios cuando capturé el botón de su pantalón entre mis dedos, un gruñido salió desde lo más profundo de su garganta cuando comencé a deslizar el cierre hacia abajo. — Espera... —murmuró. Alcé una de mis cejas por la repentina interrupción, y fue ahí cuando entendí lo que hacía, sus manos recorrieron el costado del asiento y este se fue hacia atrás, solté una pequeña risita al estar en esta nueva posición — Mucho mejor — Rodé mis ojos y seguí con mi tarea, mientras sus labios recorrían parte de mi cuerpo. Lo ayudé a bajar sus pantalones y sus bóxers de un tirón. Su miembro apareció erguido frente a mí, mis ojos se abrieron un poco al ver el tamaño descomunal que este tenía, sin poder retenerlo, mis bragas se humedecieron más al imaginar el placer que me proporcionaría.

22.54 pm.

— Oh Dios... — Mis ojos se cerraron instintivamente cuando sentí su miembro adentrándose en mí, cuando lo sentí en toda su plenitud comenzamos a movernos suavemente, al mismo compás. Las embestidas subían de velocidad cada vez más, en una perfecta sincronía, suaves suspiros salían de mis labios cada vez que los suyos me besaban. — Rob — susurró junto a mi oído, exhalando su aliento en el mismo, haciendo que con ese simple gesto un suave cosquilleo recorriera todo mi cuerpo — Mi nombre es Robert, preciosa —asentí, perdida en las sensaciones que me hacía sentir, atraje su rostro al mío y una nueva danza entre nuestras lenguas comenzó.

Una de sus manos se perdió entre nuestros sudorosos cuerpos, una suave caricia en mi punto débil me hizo gemir deliberadamente, mientras frotaba mis caderas con más rapidez que anteriormente.

—Dios Robert, así... —Sus dedos pellizcaron mi clítoris suavemente, sus embestidas se volvieron casi feroces mientras jugueteaba con mi sensible carne. En un movimiento inesperado nos cambió de posición, quedando yo bajo su cuerpo. Sus verdes ojos brillaban bajo la única luz que nos alumbraba desde fuera, la lluvia había aminorado solo un poco y lo único que se lograba escuchar eran nuestras agitadas respiraciones.

—Quiero que sigas gimiendo mi nombre, cielo — Sus caderas se movían lentamente, torturándome cada vez más. Un gemido de frustración escapo de mis labios — ¿Qué sucede cariño? Anda, dime lo que quieres — Sus labios se volvieron apoderar de mis endurecidos pezones, un nuevo gemido abandonó mis labios y comencé a frotar mis caderas contra las suyas, para que el éxtasis de antes volviera — Dímelo Anne — Sus ojos brillaban, con lujuria y diversión.

— Más rápido Robert, más... — Su sonrisa se ensanchó y me penetró de un golpe, haciendo que una gran exclamación saliera de mis labios. El fuego en mí se reavivó, las llamas eran cada vez más grandes y el cosquilleo en mi bajo vientre se expandía por toda mi anatomía.

— ¿Así está bien? — Me preguntó al oído con su voz enronquecida, asentí mordiendo mi labio inferior, disfrutando del placer que me recorría en estos momentos.

— No hagas eso cariño, no seré capaz de dejarte libre esta noche—Sus dientes se apoderaron sutilmente de mi labio inferior, sus labios succionaron y besaron, mandando descargas eléctricas por doquier. Mis pechos subían y bajaban con cada embestida que daba dentro de mí — Dios cariño, eres tan estrecha — su sudorosa frente se apoyó sobre la mía, mientras su embestidas subían de intensidad.

— Rob, Rob, Rob... — Gemí, enterrando mis uñas en sus hombros — Sigue así, estoy... — No pude seguir hablando ya que sus labios se habían adueñado de los míos nuevamente. El clímax estaba a punto de llegar a mí, recorrí su espalda con mis temblorosas manos mientras sentía los espasmos recorrer mi cuerpo, la llama se intensificaba en mi bajo vientre por cada segundo que pasaba. Unas cuantas embestidas más y toqué el cielo.

23.41 pm.

—Avenida Wallace 263 —El taxi estacionó con lentitud frente a mi casa. Una débil sonrisa se plasmó en mis labios y le di los cinco dólares que salía el recorrido normalmente — Hoy no cariño, digamos que... olvidé encender el taxímetro — Su arrebatadora sonrisa volvió a aparecer, tomó los cinco dólares de mi mano y los guardó con suma delicadeza entre mis pechos. Sonreí y me acerqué para besar sus labios por última vez.

—Gracias —murmuré antes de bajarme y abrir el paraguas. Me guiñó uno de sus ojos antes de soltar una pequeña risita.

—Gracias a ti dulzura — Cerró la puerta del copiloto y bajó la ventana lentamente—. Ya sabes dónde encontrarme—Y con esas últimas palabras, el taxista de ojos azules emprendió su marcha. Me quedé parada ahí hasta que su auto desapareció, con un suspiro de resignación caminé hasta la entrada de mi hogar. Como dicen por ahí, todo lo bueno tiene que acabar.

Cerré el paraguas y lo dejé a un lado mío mientras buscaba las llaves de la puerta en mi bolso y rememoraba inconscientemente lo bizarro de esta noche. Cuando finalmente pude dar con ellas no tuve tiempo de abrir, ya que, al levantar la vista la puerta estaba abierta y una persona me sonreía abiertamente al otro lado de la misma.

—Cariño ¿Por qué llegas a estas horas?—Ian me sonreía comprensivamente, mientras sujetaba la puerta para que yo pasara.

—Oh, uhm, ya sabes... — Con nerviosismo traté de contestarle, mientras centraba mi mirada en mis zapatos y los comenzaba a retirar lentamente, pensando en que decir.

—No importa, el idiota de Clayton debe haberte dejado exhausta con tanto trabajo, cielo. Sonreí, mientras terminaba de sacarme los tacones y amarraba la chaqueta contra mi cuerpo.

—Así es cariño, el idiota de Cleyton me dejó completamente exhausta — Me acerqué a él y le di un suave beso en los labios, antes de subir la escalera con la misma sonrisa que tenía desde que llegué.

—¿Te llevo de cenar Anne?—Sonreí.

—Te espero en el cuarto amor...

Bueno, tal vez si tenía un novio después de todo.

DOBLE ESPÍA

Claudia Vega

Siento el cuerpo pesado mientras intento no quedarme dormida lo que resta del trayecto de la comisaría a mi casa en el Municipio Roma VIII, en la ciudad de Roma.

Uff, pero que agotadoras son las guardias.

Recuesto mi cabeza contra el cristal de la ventanilla del coche patrulla esperando no terminar con un terrible dolor de cuello.

Minutos después siento como el coche se detiene y me encuentro frente a frente al viejo edificio en que vivo desde que me trasladaron con una única misión como objetivo:

Acabar con la más poderosa familia de la mafia italiana, los Corona Roja.

Y es que, a pesar de mi juventud —porque solo tengo veintinueve años—, soy una de las más prometedoras oficiales de la Interpol. No lo digo por alardear, es literalmente lo que dijo mi superintendente cuando decidió que yo, Venus Meneguzzo, en aquellos tiempos de veintidós años, tenía que seducir al jefe más peligroso del crimen organizado que ha existido jamás en la historia. De aquello ya siete años.

Abro la puerta del coche patrulla y salgo de la cabina con el mismo ánimo con el que va un condenado a muerte a la silla eléctrica.

Dios santo, pero que sueño tengo.

—Que pase buena noche Inspectora Meneguzzo. —La voz de mi compañero, Paolo Mergluti, un novato acabado de salir de la academia, me distrae un poco de mis andanzas.

—Gracias Paolo —Le dedico una sonrisa cansada mientras retengo un bostezo que intenta escapar de mis labios.

Necesito mi cama con urgencia.

Me dirijo con muchísima parsimonia hasta la estructura frígida y gris que es mi hogar, abro las puertas de cristal de la entrada y allí me recibe con una sonrisa fingida e hipócrita Phill, el portero. El tipo no me soporta y el sentimiento es mutuo.

Camino hasta el ascensor con la sensación de que tengo que pedirle

permiso a un pie para mover el otro y, después de esperar a que baje y abra sus metálicas puertas para mí, me adentro en él.

Marco el botón que hará que la maquinaria ascienda hasta el último piso, en donde se encuentra mi apartamento.

Siento como las puertas comienzan a cerrarse en torno a la entrada y me recuesto contra la fría pared, cerrando los ojos en un intento inútil de recargar energías.

Es en ese preciso momento que una mano se interpone entre las puertas, interrumpiendo no solo el cierre sino también mi breve descanso.

Abro los ojos y veo ingresar al elevador la portentosa figura de ojos verdes y cabellos rubios que es Noah Aglieri.

—Buenas noches, Inspectora Meneguzzo. —Su tono al referirse a mi cargo es petulante y burlón, como siempre—. Se ve muy sexy con su uniforme de policía.

Yo ruedo los ojos mientras ruego a Dios por paciencia, porque si me da fuerza lo mato.

—Aglieri. —saludo escueta acompañando a mi voz con un movimiento de mi cabeza.

—¿No me extrañó Inspectora? —me interrogó con una sonrisa ladina mientras volvía a presionar el mismo botón que yo para hacer que el elevador ascendiera de una vez y por todas.

—Aglieri, estoy muerta del cansancio, no tengo ni las fuerzas ni las ganas de aguantarte.

—Oh, pero que fría está hoy conmigo, Inspectora. —Se acercó a mí con paso firme hasta que su figura cubrió la mía completamente. Comparado conmigo, él era muy alto, ciento noventa centímetros tallados en puro músculo que se traslucían incluso con los trajes caros de Armani que usaba. Poseía, además, una mirada aguileña y pícara que hacían que mis hormonas salieran de fiesta como si me tratara de una hormonal chiquilla de quince años. Y su voz, ¡por todos los santos!, su voz era profunda, seductora y causaba desastres naturales en mis bragas.

—¿Tú no tenías que estar en una reunión?—Trato de no flaquear ante su presencia, pero mi fuerza de voluntad no está muy de acuerdo conmigo.

—Tenía muchas ganas de verla Inspectora. —pronunció—. He estado duro toda la semana pensando en usted.

Yo jadeo inevitablemente, sintiendo como mi voluntad se acaba de tirar al vacío desde el último piso. Ante él, no soy más que un montón de dinamita;

solo necesitaba prender una pequeña chispa y yo ya estaba en llamas.

El rio ante mi inevitable excitación antes de echarse sobre mí completamente y regalarme un beso arrebatador. Sus labios me encandilan, son como una droga para mí que no puedo dejar de tomar.

Su lengua salió de su boca traicionera y delineó mis labios con el único propósito de abrirse paso en mi boca.

No se lo impido, al contrario, lo dejó adentrarse con gusto. El beso se volvió más agresivo, su lengua hace estragos en mi boca y en mi sistema. Mis manos se movieron inquietas hasta su nuca, adoro acariciar su cabello rubio.

—Noah... —Un suspiro placentero y desesperado salió de mis labios. Quiero más de él, no podía evitarlo, a pesar de que sé que cuando no esté ebria de placer por él me arrepentiré —. Esto está mal...—Intento detenerlo en un avistamiento de cordura.

—Es cierto —Él me dio la razón murmurando sobre mis labios —. Esto está tan jodidamente mal. —Su respiración profunda y su aliento mentolado no hacen más que volverme cada vez más loca por él —.Pero no sabes lo mucho que me gusta que esto esté mal, ¿sabes por qué?

No tengo fuerzas para hablar, así que no le respondo.

—Porque me encanta ver cómo, aunque digas que esto está mal, tu cuerpo dice todo lo contrario cuando te toco, ¿verdad? —Sus manos zafaron el botón de mi pantalón y se adentraron en mis bragas. —Ves lo que digo; estás húmeda y caliente pequeña, tan lista para mí—Los dedos rotaron en círculos sobre mi clítoris y yo sentí mi mundo temblar

—¡Dios!

Él rio ligeramente. —Le pone que le diga guarradas al oído, ¿eh?, Inspectora Meneguzzo.

—Te he dicho miles de veces que no soporto que utilices mi rango cuando estemos juntos.

—¿Por qué Inspectora Meneguzzo?

—Porque sé que... —Mi respiración se cortó cuando los dedos de Noah acariciaron mi entrada antes de empezar penetrarme con uno de ellos.

—¿Qué que, Inspectora?

—Sé que...que te burlas de mí.

—¿Yo?—dijo con fingida inocencia—. Incapaz yo de reírme de tan dedicada oficial de policía— Sus labios se alejaron de mi boca para acabar en mi cuello donde, con su lengua, empezó a dibujar intrincados diseños imaginarios que aumentaban mi placer.

De repente sus dedos se alejaron de mí a lo que yo dejé salir un gruñido de protesta.

—Lo sé, pequeña golosa, lo sé. —pronunció con voz guasona—. Yo también estoy muy impaciente por enterrarme en ti, así que, qué me dices de hacerlo aquí mismo, no sería la primera vez.

—Cállate —farfullé lanzándome hasta él desesperada. A estas alturas mi cansancio ya le está haciendo compañía a mi voluntad.

Noah soltó una gutural carcajada mientras presionaba el botón y hacía detener el artefacto en ascenso.

Yo me acerqué a él callándolo de una buena vez por todas mientras tomándolo por la corbata, tirándolo sobre mí y volviéndolo a besar.

Entre el beso sentí como el muy petulante sonreía socarronamente mientras llevaba sus manos a mis caderas y me levantaba en vilo. Rodeé sus caderas, abrazándolas con mis piernas al mismo tiempo que él caminaba hasta la pared contraria para apoyarnos allí y tener una mayor comodidad para maniobrar.

Mis manos fueron a parar a la chaqueta de su elegante y caro traje para deshacerme de una ropa que no servía para nada en mis propósitos.

—Dios, me voy a largar durante más tiempo si se pones así cada vez que me largo.

—Estás demasiado hablador Aglieri, solo cállate y fóllame.

—Con mucho gusto Inspectora.

Las manos de Noah fueron a parar a mi blusa de uniforme en donde con toda la brutalidad del mundo la abrió, haciendo que cada uno de los broches que la mantenían junta terminaran regadas por todo el suelo del ascensor.

—¿Es que todo lo tienes que hacer a lo bestia? —refunfuñé rompiendo el beso.

—Como si no le gustara que fuera un bestia con usted, ¿verdad?—Su voz se fue haciendo más grave y profunda, haciendo que mis bragas se derritieran como mantequilla—. Le gusta tenerme clavado dentro profundamente, que le coma el coño y que la haga correrse gritando mi nombre. —Por cada palabra que pronunció yo sentía como mi interior convulsionaba, mientras tanto, él se dedicaba a besar la piel que rodea mis pechos. —A mí también me encanta ¿sabe?, la manera como te me aprietas cuando te corres, el sabor de tu coño... ¿sabes lo dulce que eres? —Los besos continuaron torturándome hasta que quitó de en medio mi sujetador y bajó su boca hasta uno de mis pezones.

¡Santa Madre de Dios!, lo que hace este italiano no lo hace nadie.

Succionaba mi pezón al mismo tiempo que delineaba la punta con su lengua

mientras que con una de sus manos le daba atención al otro, pellizcándolo a momentos, haciéndome enloquecer. Maldita sea, como siga así voy a terminar en un psiquiátrico, este hombre me ha convertido en una ninfómana.

—¡Quítame los pantalones, ya! —ordené.

—Sus deseos son música para mis oídos. —Desenvolví mis piernas de las caderas de Noah para que pudiera desnudarme, necesitaba esto, lo necesitaba ahora, después de todo sería la última vez que él y yo estaríamos juntos.

Noah zafó mis botas, las quitó y extrajo mi pantalón conjuntamente con las bragas dejándome completamente desnuda frente a él.

—Depilada y mojada, ¿pueden existir dos palabras mejores?—Pasó uno de sus dedos por mi entrada y automáticamente gemí para él, abriendo más mis piernas para darle mayor accesibilidad a mi cuerpo. —¿Ansiosa?—Otra vez ese tono jocoso que me calentaba de sobre manera.

—Sí.—Me pegué más a él, quedando mi entrada a la altura de su boca. Lo tomé del cabello y lo jalé hacía mí, en una clara invitación.

Con su nariz acarició mis pliegues, luego se aproximó con su lengua pecaminosa hasta mi centro, lamiendo todo lo que hallaba a su paso. Un cúmulo de sensaciones muy familiares empezaron a formarse en mí bajo vientre, haciéndose más grande cada vez que su lengua tocaba mi clítoris.

Mi espalda se tensó e incliné la cabeza hacia atrás mientras mecía mis caderas en torno a las caricias que me brindaba su boca.

Estaba muy cerca, solo necesitaba unas cuantas succiones más y acabaría por explotar...

Sin embargo, cuando estaba segura de que no aguantaría más sin correrme él se detuvo. Fruncí el ceño y le dediqué una mirada asesina a través de mis ojos negros.

—Quiero sentir las contracciones de su coño apretando mi polla cuando se corra. —Fue la única explicación que me dio antes de levantarse y abrir sus pantalones para dejar salir su miembro. —Dese la vuelta, inclínese y coloque sus manos sobre la pared.

Yo hice lo propio antes de sentir como una mano rodeaba mis caderas y retozaba con mi clítoris.

—Deja de jugar. —reclamé entre gemidos.

—Sí, sí.

Finalmente me penetró.

¡Dios! No importaba lo mucho que hiciera esto, la sensación inicial de su miembro abriéndome para entrar en mí era nunca cambiaba. —Joder, eres tan

estrecha, ¿por qué eres tan estrecha si te follo tanto?

Yo no pude decir nada tangible así que me limité a gemir en respuesta cuando me volvió a penetrar luego de casi haber salido completamente de mí.

Sus embestidas me vuelven loca, hacen que mi cuerpo tiemble, mi respiración se acelere y mi centro se contraiga como loco. Dios estoy tan cerca —. Noah, ya no...ya no p...—Mi voz se cortó cuando un demoledor orgasmo irrumpió en mi cuerpo. Sentí la sacudida electrificante en mi vientre mientras mi espalda se contraía. Segundos más tarde, percibí como Noah se corría, derramándose en mi interior.

—Dios, amo esto. —susurró a mis espaldas con la respiración entre cortada mientras salía de mí.

Yo lo miré de reojo, viendo como acomodaba su ropa y volvía a poner en marcha el elevador. Se agachó para recoger mis pantalones y mis bragas y me las tendió. Las tomé entre mis manos y me las puse. Todas estas acciones en el más absoluto de los silencios.

—Estás muy callada, ¿sucede algo?—preguntó usando finalmente un tono de voz menos formal y más tranquilo.

—No pasa nada, solo estoy cansada. —contesté en un suspiro.

—¿Sabes que me da mucha curiosidad?

—¿Qué?

—¿Cómo sería la cara de los agentes de la Interpol cuando se enteren que eres el topo que les ha estado fastidiando cada uno de sus planes?

Me quedé callada pensando en que contestarle durante un par de segundos mientras veía el letrero de neón que indicaba los pisos que faltaban para llegar. No fue hasta que llegó hasta el número 69 que me digné a contestarle.

—¿Quién sabe?—Me encogí de hombros en lo que llevaba mi mano al estuche de mi pistola —. Probablemente no será tan graciosa como la que pondrás cuando te des cuenta de que soy una espía doble y que tú estás arrestado por un montón de crímenes que te llevarán directo a la silla eléctrica.

En ese momento las puertas del elevador se abrieron y dejaron ver a mis compañeros completamente armados quienes apuntaban al cuerpo de Noah Aglieri, líder de los Corona Roja, el mafioso más poderoso de todos los tiempos.

—Tú... —Sus ojos me miraron con odio infinito. —¿Cómo has podido, después de estos siete años juntos?

—De la misma manera en que tú mandas a matar y secuestrar inocentes.

—¡Traidora, hija de puta! —Se intentó abalanzar sobre mí pero mis compañeros lo contuvieron a tiempo —. ¡Yo confiaba en ti!

—Una vez, hace mucho tiempo me dijiste que no confiara en nadie, ni en mi propia sombra, porque en la oscuridad de la noche ella también me abandona, ¿no es así?; deberías escucharte más a ti mismo.

—¡Me diste tu jodida virginidad!

—Todo sea por proteger a la sociedad de ratas como tú. Oficiales, pueden llevárselo.

Mis compañeros lo empujaron hasta llevarlo por las escaleras y hacerlo bajarlas. Mientras descendían oí como sus gritos resonaban por todo el edificio, maldiciéndome y amenazando con matarme.

—No sobrevivirás hasta mañana Aglieri, las pruebas que hay en tú contra son más que suficientes para la pena de muerte. —murmuré para mí misma.

Unos pasos llamaron mi atención e hicieron que desviara la mirada hasta donde venía el sonido; era el superintendente O'Brien, el hombre que me había dado esta misión siete años atrás.

—Buen trabajo Inspectora Meneguzzo.

Agradecí su elogio con un agradecimiento de cabeza. Ahora que todo había acabado no tenía muchas ganas de hablar.

—¿Aun sigue en pie su decisión de abandonar el cuerpo? —me preguntó. Hacia un mes, había decidido abandonar a la policía una vez terminara la misión y los Corona Roja estuvieran desmantelados.

—Así es. —Quitó la placa de mi camisa y se la entregué junto a mi pistola

—Siento que el cuerpo ha perdido a una muy valiosa oficial, pero, ¿puedo saber por qué se retira tan joven?

—A pesar de mi juventud he vivido demasiadas cosas horribles, solo quiero un poco de paz y tranquilidad en mi vida.

Él asintió con entendimiento y con un ademán de su mano se despidió de mí.

Fue entonces que un objeto en el suelo del ascensor llamó mi atención. Era una cajita pequeña, de terciopelo y de color negro.

Me agaché y la tomé en mis manos, observándola curiosa. La abrí y sentí como todo mi mundo se volvía al revés.

No, esto no podía ser cierto.

Dentro de aquella cajita había un...un...un anillo de compromiso.

Sentí como mis ojos me picaban y amenazaban con dejar salir el llanto.

Oh Dios mío, ¿qué he hecho?

Sacó la sortija de diamantes de dentro de su estuche y la observo. Un pequeño detalle llama mi atención; en el interior del anillo, está tallada la frase:

Te amo mi Venus, siempre tuyo Noah.

No puedo más, dejó que mi espalda choque contra el metal frío de la pared, mientras dejó que las lágrimas salen de mis ojos sin poder evitarlo.

Tengo el corazón roto y yo misma me he encargado de romperlo.

Me levanto del suelo minutos más tarde, camino hasta la puerta de entrada me mi apartamento mientras sigo convulsionando en el llanto y mi dolor sigue creciendo. No puedo evitarlo.

Recorro con la mirada el lugar que ha sido mi casa durante estos siete años y los recuerdos que tengo con Noah en este lugar me invaden.

Rompo en llanto nuevamente y en algún punto de la noche me quedo dormida sin darme cuenta.

A la mañana siguiente, como la masoquista que soy, enciendo la televisión. La noticia está en todos los noticieros del país, su nombre en primera plana, anunciando su muerte.

Yo vuelvo a llorar, se que lo haré por días, semanas o quizás por toda mi vida. Nadie lo sabe.

Porque la verdad, es que en algún punto de estos siete años, me enamoré perdidamente del hombre al que debía capturar.

Suspiró cuando siento que mis pulmones no dan más. Me duele la cabeza y me arden los ojos.

Apago la televisión y caminé hasta el baño. Refresco mi cara con agua fría, lo más helada posible y después de unos segundos veo mi reflejo en el amplio espejo.

Mi cara luce horrible, tengo los ojos rojos y las ojeras profundamente marcadas.

—Hice lo correcto —murmuro para mí misma mientras acaricio mi vientre plano—. ¿Verdad bebé, que mamá ha hecho lo correcto?

Porque a pesar de todo, Noah me ha dejado el mejor de los regalos.

DIEGO Y LA COSTUMBRE

Ana Carina Orellano

Qué maldita la fuerza de la costumbre...

Uno le escapa, pero ella termina corriendo más rápido y alcanzándote en cualquier esquina atormentada. Con mi amigo Diego nunca quisimos que nos pase eso.

Él fue una de las pocas personas que realmente me conoció. Apareció un día con engañosos ojos tristes y los mismos cigarrillos que fumaba yo. Nos miramos y nos reconocimos de una. Amigos por toda la eternidad mientras dure. Empezó a hablar y me dieron tremendas ganas de patearle el trasero. Él se dio cuenta inmediatamente y ambos lloramos de risa.

Nuestra relación pasó por etapas de amistad respetuosa, sincera desconfianza, cordiales peleas, camaradería fraterna, coqueteo inconsciente y, bueno, terminamos una madrugada revolcándonos en la cama de su ex esposa. Sin más ni más. Y absolutamente divertidos.

Nos amábamos de una manera extraña, insumisa, sin amor -al menos eso creíamos- Ambos odiábamos con toda la fuerza de nuestros cuerpos la rutina. Acostumbrarse implicaba romper la primera y única norma que negociamos juntos: disfrutar mientras nos tuviéramos delante.

Cuando establecimos esa regla primordial, nos sentimos seguros, cómodos, libres. Nos veíamos cuando queríamos y si queríamos. Hacíamos el amor como locos o sólo conversábamos con café y cigarrillos. Teníamos mucho en común. Tanto que él me confesó entre jadeos que amaba que yo le dijera que era mi gemelo separado al nacer.

Cada vez que recordábamos ese episodio yo me reía como tonta y le gritaba “¡qué vamos a hacer, si los dos somos el gemelo malvado!”

“Yo sí sé qué hacer, y por dónde empezar...” me decía, y su lengua se enroscaba con la mía y encendía fuego como para calentar Buenos Aires.

Era mago incorregible del placer. Se divertía con mi piel y el resultado era una mezcla de orgasmos desmedidos cantados al ritmo de la risa. Nuestras sesiones de sexo eran eso: felicidad, libertad, complicidad: la marsellesa que

inventaron nuestros cuerpos a dúo y coreábamos entre mordiscos y gruñidos de placer. Nuestro himno particular que empezamos a entonar demasiado seguido como para sentirnos seguros.

Un día cualquiera, encontré algo que Diego había escrito entre sus muchas notas: “Me siento vacío a veces cuando levanto los ojos y no te veo”

Lo miré como en trance, y primero fueron las temidas mariposas.

Después la bilis.

Sus grandes ojos tristes me devolvieron una mirada indescifrable. Ahí nos dimos cuenta. Ninguno dijo nada pero cada uno huyó por su lado, lo más rápido que pudo. Por calles oscuras mojadas por la lluvia de octubre.

Yo me encerré en mi trabajo y dejé de escribir, como hago siempre que la realidad me pega una cachetada en plena cara. Él se dedicó a sus muchas amigas, más que amigas, más que amantes, más que compañeras. Sus amores de siempre, sus desacostumbradas costumbres. Problemas sin resolver que habían ameritado horas de charla frente al monitor de la PC.

Pasó tiempo, tiempo de desajuste. Nos veíamos a veces y - nunca mejor la expresión – nos relojeábamos desconfiados. Queríamos el fuego, pero no queríamos arder. Queríamos vernos, pero no queríamos encontrarnos. Tremendo dilema para dos piratas sin naves y sin mar.

Sin decirnos nada dejamos de frecuentarnos, dejamos de enviar al otro esa palabra que con su sola fuerza despertaba todos los demonios de la tentación. Decidimos que no podíamos permitir que nos venza la costumbre. Que queríamos seguir siendo tan libres como siempre, tan navegantes de la nada como cuando el placer de tocarnos nos tiró de la cama más grande del mundo.

Quizá vuelva a invitarte a jugar con mi piel cuando tenga la seguridad que este no-amor que nos une hasta el infinito no se transformará en rutina. Si te conozco, mi gemelo adorado, sé que estás esperando lo mismo. Pero tengo una mala noticia: la seguridad es la hermana no reconocida de la costumbre.

Hoy volví a escribir, es raro...

Todavía, después de tantos años, levanto los ojos y espero verte. Siento tu aliento de caramelo y tus manos traviesas en mis caderas. Pero es más fácil intentar huir que querer acostumbrarse. Apago la computadora. Son las dos y media y fumo mi último cigarrillo. La misma marca. Nunca debimos olvidar nuestra primera y única norma: disfrutar mientras nos tuviéramos delante.

AGRADECIMIENTOS.

Cuando la idea de escribir un libro en donde pudiéramos contribuir en alguna causa llego a mi mente, me emocioné, quería hacerlo, soñaba con hacerlo, pero necesitaba ayuda.

Fue cuando toqué la puerta de quince chicas que aceptaron este reto sin dudarlo, mis agradecimientos hoy son para ellas, porque sin ustedes chicas esto no fuese posible, todas somos aficionadas a la lectura, a la escritura, pero nuestro deseo de colaborar en un mundo donde el individualismo y el egoísmo hacen cada día más parte de nosotros fue mucho más fuerte que el miedo a publicar algo por primera vez.

GRACIAS enormes a Valentina, Alexandra, Allegra, Mirna, Gianna, Amelie, Marina, Cleo, Lu, Tere, Marie, Salem, Claudia, Laura y Ana Carina gracias

por escuchar el proyecto, por aceptar colaborar. Sabemos que muchas fueron las que se retiraron pero fue su deseo el que nos mantuvo en pie. Hoy tenemos Historias de Piel gracias a ustedes.

A Isabel Acuña, por su hermoso Prefacio.

Gracias a Martina Bennet, y a Claudia Vega quienes se encargaron de hacer la corrección de este documento y a Flor Urdaneta por nuestra maravillosa portada.

Y no menos importante gracias a ustedes por su confianza, apoyo y colaboración.

El dinero recaudado por esta obra será donado a la fundación del Hospital ST Jude.

AUTORAS

Aryam Shields: Colombiana, contadora de profesión y escritora por vocación pasa sus días entre números y sus noches entre letras, es fanática de la literatura erótica y romántica contemporánea y las series de zombies y época, autora de la bilogía Enseñame y de Nueve Meses.

Allegra Martin: Lectora por definición, "escritora" por atrevimiento, recién comenzando a aventurarme en este mundo loco, mágico, divertido, dramático y maravilloso. A quienes con su lectura me dan la bienvenida ¡Muchas Gracias!

L. Atenea: Madrileña de 31 años, peluquera de profesión y autora de historias locas por diversión pero sobre todo mamá de una nena preciosa a tiempo completo. Si me sobra tiempo, devoro libros

Mirna Grudina: Argentina, mamá de dos adolescentes y un pequeño de 3 años. Trabaja como organizadora de eventos. Le gusta coquetear con la escritura desde hace años pero se define más como una ávida lectora.

Gianna Leiman: Chilena, intentando contar verdades a medias y medias mentiras. Amante de los libros durante la noche y las fantasías por la madrugada.

Teresa Cuenca: Vivo en Puçol (Valencia, España), tengo 31 años. Estudié Grado superior de Administración y Finanzas. He trabajado como administrativa. Apasionada de la lectura y la escritura

Lu Martin: Peruana. Arquitecta de profesión y escritora por vocación. Ama viajar y conocer nuevos lugares, sirviéndole de inspiración para nuevas historias. Es amante de un buen café, una torta de mocca y un libro que la llene de misterio de principio a fin.

Cleo Romano Pattinson: Venezolana Apasionada a la lectura desde los doce años y trato de distribuir mi tiempo entre ser lectora, Madre y esposa. Administradora de profesión, Escritora de locuras por

diversión, amante de la repostería y la buena cocina por convicción y ama de casa por obligación

Marie Anne Del'herbe: Chilena, esposa de día escritora de noche... o de día o del momento que encuentre espacio lápiz y papel, amante a las cosas bonitas de la vida, un buen libro, una copa de champaña o su esposo.

Amelie Pgal: Mexicana, adoradora del mar, las puestas de sol y los plenilunios. Loca por mi familia; definitivamente noctámbula y enamorada del lugar donde vivo. Disfruto de mis amigos y leer libros hasta desconectarme por completo de la realidad

Salem Fabian: Mexicana, diseñadora de modas en su tiempo libre se dedica a escribir, ha incursionado en plataformas de Fanfiction desde hace varios años, es una apasionada por la lectura, la moda y el maquillaje

V. Shaday: Venezolana, estudiante de administración de Empresas y escritora en constante aprendizaje... Amo los libros de romance y fantasía, las novelas coreanas y las series de comedia.

Alexandra Simon: Colombiana, amante de la lectura vampírica y gótica, amante del cine y la televisión y del romance , profesora, madre de sus mascotas y Autora del Límite del Caos y El Protagonista.

M. Soto: 24 años, Chilena y estudiante de Diseño Gráfico. Amante de la cultura asiática, pseudo—escritora por diversión y lectora empedernida.

Claudia Vega: Cubana de 18 años. Estudiante de Ingeniería

Química. Amante de las letras y los números por igual. De día pasa el tiempo entre teorías y fórmulas, intentando que la universidad no termine por volverla loca. Adora la música, los dulces, los animes, los doramas, y sobretodo dormir.

Ana Carina Orellano: nacida en Balnearia en 1970, Argentina- Se autodefine como docente aunque tiene múltiples aficiones y actividades. Una de ellas es escribir.

[1] Verificación de Bienestar

[2] Comprendido

[3] Se llama charretera a la divisa militar de oro, plata, seda o lana que se asegura al hombro, sirviendo a un mismo tiempo de distintivo y de adorno.